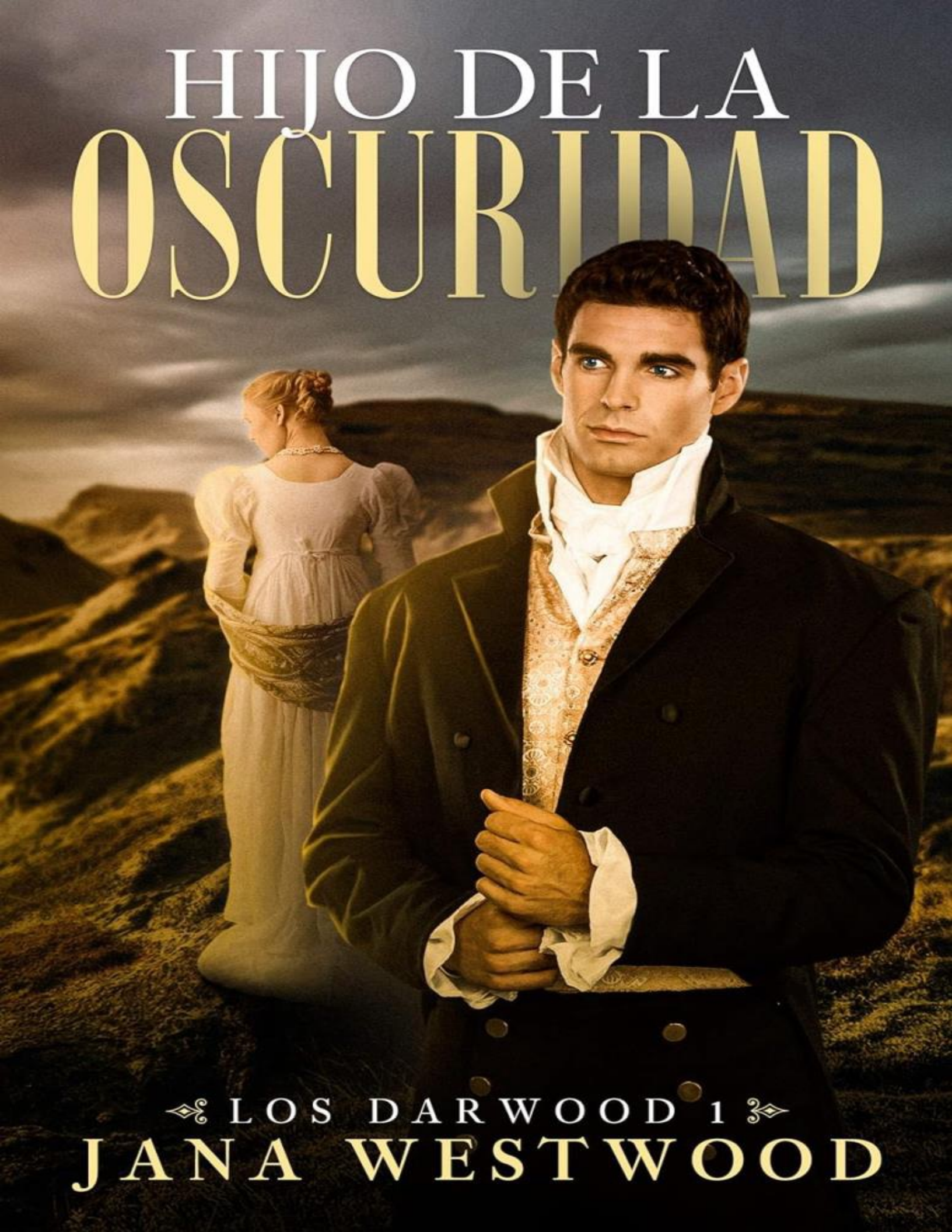
HIJO DE LA OSCURIDAD



LOS DARWOOD 1

JANA WESTWOOD

Emily es una niña resuelta, atrevida y con una curiosidad insaciable que hace todo lo posible por aprender más allá de sus eximias posibilidades. Emily adora a Reece, el hijo pequeño de James Darwood, y detesta a su hermano, Connor, futuro heredero de las minas y propiedades de los Darwood.

Reece es dulce, bueno, leal y quiere a Emily. Connor es oscuro, solitario, cruel… y no quiere a nadie. En Newley House siempre pasan cosas, algunas a la vista de todos, otras amparadas por susurros apagados y puertas cerradas.

Jana Westwood

Hijo de la oscuridad

Los Darwood - 1

HIJO DE LA OSCURIDAD

Los Darwood 1

Jana Westwood

Capítulo 1

Heaven, Peterborough, Inglaterra, 1852

—Hija, Dios estará contigo en todo momento y debes esforzarte en ser una buena esposa. ¿Podrás cumplir con tu obligación, por muy dolorosa que te resulte a veces?

Elizabeth Hallsworth miró a su padre, confusa. Pero al pensar en la vida que le esperaba al lado de su futuro esposo, una brillante sonrisa iluminó su mirada.

—Sí, padre. James Darwood es un buen hombre y me tratará bien, no se preocupe. — Se acercó al viejo párroco y cogió sus manos —. Jamás imaginé que algo así pudiese sucederme.

¿Quién podía imaginarlo? Rowan Hallsworth, pastor de la rectoría de Heaven, en Peterborough, no, desde luego.

James Darwood era propietario de dos minas de cobre y hierro en Newley, en el condado de Yorkshire. Y, si no hubiese sufrido aquel percance con su caballo cuando iba a visitar a unos amigos, jamás se habría detenido frente a su casa. El pastor miró a su hija y suspiró. No es que no creyera que un hombre pudiera enamorarse de ella, él se había enamorado de su madre y ambas se parecían como dos gotas de agua. Pero James Darwood… Ese hombre era como el viento, había fuego en su mirada y no estaba seguro de que Elizabeth, que era demasiado frágil y sensible, pudiese mantener esa llama prendida sin llegar a quemarse.

—Lo único que siento es no tenerlo conmigo en el día más importante de mi vida. Habría sido totalmente feliz si usted nos hubiese casado — dijo abrazándolo.

—Tu futuro esposo tiene sus propios planes — respondió su padre con seriedad.

—Pero no olvide que debe venir a visitarnos pronto.

—Mi único deber ya es para con mis feligreses. Tú, a partir de ahora, pasarás a ser responsabilidad de tu esposo. Te dejo para que puedas terminar de preparar tu equipaje, no debes retrasarte.

Cuando estuvo sola, Elizabeth se llevó las manos a la cara y comprobó que las mejillas le ardían de la emoción. Aún no podía creer que se fuera a convertir en la esposa de James Darwood. El corazón le latía desbocado solo de pensarlo y no podía ni respirar. Miró la ropa extendida encima de la cama y sintió deseos de llorar. James le había dicho que no debía preocuparse por nada y que, a partir de ese momento, tendría todo lo que pudiese desear, ya que él se encargaría de dárselo.

Estaba deseando llegar a Newley House. Había oído hablar tanto de esa casa, que ya la sentía como propia. Acostumbrada a vivir en la pequeña rectoría de su padre, el cambio a la magnífica

mansión en la costa de Yorkshire iba a ser extraordinario.

—Pero ¿aún estás así? —Su tía, Jane, entró en el cuarto como una tromba —. Vamos, niña, que el cochero está esperando.

La boda se celebró inmediatamente y Elizabeth se sintió la mujer más feliz de la tierra… hasta que llegó la hora de cumplir con sus obligaciones maritales. Había disfrutado de las insinuadas caricias y los furtivos besos que su ya esposo le había prodigado en los cuatro meses de cortejo, pero cuando llegó el momento de que esa intimidad llegase hasta sus últimas consecuencias, todo su mundo se vino abajo. Nadie le había explicado en qué consistía la culminación misma de la unión entre un hombre y una mujer. Y aquella suerte de jadeos, dolor y tensión, resultó insoportable para ella. Su esposo necesitó tres días para poder penetrarla y conseguir así que el matrimonio fuese consumado. Los dos primeros días hizo acopio de toda su paciencia y cariño, pero al tercero no se contuvo más, lo que para Elizabeth resultó una trasformación brutal.

Durante los meses que siguieron a la boda, ambos trataron de establecer los cimientos de una feliz relación. Pero cada noche que James la buscaba, era un suplicio para ella y eso la llevó a verlo como un ser desprovisto por completo de humanidad. Aquello en lo que se trasformaba cuando se colocaba sobre ella, era más cercano a un animal que a un hombre. Pero lo que no podía entender era que quisiera que ella hiciese esas cosas que le pedía. ¿Qué clase de mujer creía que era?

James tuvo que acostumbrarse a hacerle el amor a su esposa mientras ella le giraba la cara. Su autoestima y hombría se vieron amenazados por las lágrimas que ella vertía cada vez que él la tomaba, haciendo que se sintiera como un monstruo. No era así con otras mujeres, solo con ella, la mujer a la que había elegido como esposa. El momento más sublime en la relación de un marido con su mujer, se convertía en un acto de depravación total a ojos de Elizabeth y a James le costaba cada vez más soportarlo.

Después de cuatro meses de casados, Elizabeth quedó embarazada y consiguió que su marido dejase de molestarla por las noches con la excusa de que podía hacerle daño al bebé. Esa fue la época más feliz para Elizabeth como señora de Newley House. A partir de ese día, su rostro recuperó la sonrisa y sus ojos el brillo que habían perdido. No le importaba lo que hiciera su esposo respecto a sus necesidades masculinas y por eso nunca se enteró de los detalles, pero sabía que James buscaba en otros lechos lo que ella no le daba.

Aun así, su felicidad no duró mucho. En cuanto su vientre comenzó a hincharse, empezó a vivir el embarazo como había vivido lo que lo provocó. Trataba de no mirarse al espejo, de obviar a aquel ser que crecía en sus entrañas sin que ella lo quisiera allí. Cuando estaba sola se sentaba en el saloncito de tarde y hablaba con la criatura de un modo que habría puesto el vello de punta a su esposo, si la hubiese escuchado.

—No deberías estar ahí, pequeño monstruo — susurraba con voz dulce —. Mamá no te quiere y se pondría muy contenta si desaparecieras. Este mundo es horrible, estoy segura de que estarías mucho mejor en el cielo. Serías un querubín y allí solo conocerías la belleza y la bondad, hijo mío. Aquí te convertirás en un hombre y harás cosas horribles. O, peor aún, serás una mujer y el día de mañana tendrás que soportar que un hombre te haga las cosas que tu padre me hizo a mí…

Curiosamente, Elizabeth jamás pensaba en su padre como esa clase de hombre, no se planteaba el hecho de que, si ella estaba en el mundo, era porque sus padres fornicaron tal y como lo había hecho su esposo con ella. Jamás pensaba en ello, porque era muy selectiva con sus pensamientos.

Sus rezos y súplicas al bebé no tuvieron el efecto que ella buscaba y su vientre siguió creciendo lenta y paulatinamente, hasta que llegó el temido día del parto. Nunca un alumbramiento tuvo tantos visos de funeral. No había alegría alguna en la madre y el padre estaba casi inconsciente después de una noche de alcohol y sexo desenfrenado en un lupanar que era como su segunda casa, de tanto que lo visitaba.

Connor Darwood no había sido un niño deseado y tampoco sería un niño amado. Su padre lo toleraba con más o menos disimulo y su madre lo ignoraba, como ignoraba el olor a perfume barato que impregnaba la ropa de su esposo.

James y Elizabeth encontraron, en su indiferencia mutua, un aceptable equilibrio. El ambiente en el hogar ofrecía una imagen de aparente tranquilidad a todo aquel que los visitase. Su mujer era una anfitriona extraordinaria, eso había que reconocérselo. Agasajaba a los amigos de su esposo con una elegancia admirable y su cultura y saber estar resultaban de lo más conveniente para James, que se había ganado a pulso la fama de libertino y depravado. Sus escarceos amorosos eran públicos y notorios, y a Elizabeth le costaba cada vez más esfuerzo ignorar los comentarios en voz baja de los criados.

Tras los reproches que la hija del párroco le lanzó a voz en grito, James optó por llevarse a su hijo de dos años a sus encuentros con mujeres de alta cuna y baja cama. El niño le servía de escudo frente a las malas lenguas. O eso creía él, porque en Yorkshire todo el que conocía a James Darwood, sabía de sus correrías. Entrando por la puerta y teniendo que salir, en muchas ocasiones, por la ventana tras la llegada del dueño verdadero de los afectos que él robaba. En más de una ocasión se dejó olvidado al pequeño Connor, que le fue entregado a su madre por un criado con mal talante.

Para compensarlo por esos descuidos, cuando cumplió tres años, James le regaló un potrillo al que Connor llamó *Rockett*. Gracias a él, el pequeño dejó de sentirse solo, ya tenía alguien con quien jugar. Al principio era más una mascota, como uno de los perros de su padre, solo que mucho más grande. El caballo los seguía a él y a su niñera a todas partes y el niño solo se mostraba feliz cuando el animal estaba cerca. A los cinco años su padre lo subió a su lomo por primera vez y el caballo se mostró cauteloso y lento, como si se asegurara de su protección. Enseguida, caballo y criatura, formaron una unidad perfecta y Connor aprendió a montarlo con tal soltura, que parecía sentirse más seguro sobre el animal que con los pies en el suelo.

—¿Quién es esa mujer? —Elizabeth, que miraba a través de la ventana como su hijo trotaba sobre su caballo ante la atenta vigilancia de Craig, el mozo de cuadras, se volvió hacia él con expresión arrogante —. No intentes negarlo, sé que se llama Marguerite Dubois. ¿Creías que no iba a enterarme? ¡Todo el mundo habla de vosotros!

James la miraba desde el sillón en el que estaba sentado fumando su pipa y con un vaso de *whisky* en la otra mano.

—He tenido un día duro —dijo calmado —. No tengo ganas de discutir, Elizabeth.

Su esposa lo miró con desprecio.

—¿No te importa que tus depravados actos estén en boca de todos? Después de esa zarrapastrosa lavandera, creí que no podrías caer más bajo. Pero ¿una francesa? ¡A saber lo que dirán de nosotros cuando no estamos delante! ¿Cómo eres capaz de hacerme esto?

—¿Es necesario que se entere todo el servicio de tu inestable carácter?

—Que se enteren todos cuanto antes de la clase de hombre que es su señor. ¿Te crees que no sé qué utilizas a nuestro hijo para entrar en las casas de esas mujeres?

James torció el gesto y la miró con ironía.

—Todas piensan que es un niño encantador, no como su madre, que no soporta tenerlo cerca. A algunas incluso les gusta abrazarlo después de…

—¡Eres un monstruo! —lo cortó Elizabeth, furiosa —. ¿Sabes por qué no lo soporto cerca? ¡Porque se parece a ti!

—Pues espero que el día de mañana consiga una esposa más complaciente que la mía. Llevamos seis años casados y las veces que hemos compartido lecho, ha sido contra tu voluntad. — Se puso de pie después de dejar el vaso sobre la mesilla —. No sabes lo agradable que puede llegar a ser cuando la mujer es dócil y complaciente en lugar de una dura roca.

Ella lo miró con altivez.

—Te he dado un hijo, ¿qué más quieres?

—Ahora ya no quiero nada, querida. Buscaba una esposa, una mujer que no huyese de mí cuando la rozase con mis dedos. Una para la que tenerme dentro fuese un goce indescriptible, no una tortura.

—Eso lo conseguiste con creces — le escupió Elizabeth mirándolo con asco —. Y no solo entre mujeres de nuestra clase, también has hurgado en la basura.

—Cuando a una mujer la despojas de sus ropas, no hay diferencia.

—Eres… ¡Oh, te detesto!

—Tranquila, querida esposa, pronto dejarás de soportarme. Como te decía, buscaba a alguien que me amase…

—Eso no es amor —lo cortó Elizabeth, tratando de disimular el temor que había empezado a crecerle en el estómago —. Eso en lo que te conviertes cuando… Eso es fruto de alguna posesión demoníaca.

Elizabeth miró de nuevo a través de la ventana, Craig ayudaba a Connor a bajar del caballo. El niño reía y brincaba entusiasmado y su madre sintió un irracional rechazo hacia él. ¿Quién había engendrado verdaderamente a aquel ser en su vientre? Su padre lo tenía claro, estaba en los libros y se lo había explicado con suma claridad. Lucifer había hecho presa de James y, por mucho que ella trató de curarlo durante el tiempo que hizo uso de su derecho marital, no pudo lograrlo.

James sintió que la rabia lo arrollaba como una ola. ¿Cómo se atrevía a mirarlo con tanto asco?

—¿Y te extrañas de que busque en otra lo que tú nunca me has dado? — escupió —. Marguerite es la mujer más dulce y encantadora que he conocido jamás. La amo, es mejor que lo sepas, la amo como jamás te amé a ti. Ella se derrite con mis caricias y no me mira con ese desprecio que he aguantado de ti.

Elizabeth empalideció.

—¿Que la amas? —preguntó anonadada —. ¿Has dicho que la amas? ¿Crees que eso es amor? Eso que haces con esas mujeres, es una aberración. Lo que me hiciste a mí…

—¿Qué te hice que tanto te horroriza? ¿Cómo crees que tu padre te engendró? — La había agarrado por los hombros y la obligó a mirarlo —. Ese hombre al que tanto veneras, se metió en tu madre igual que hice yo, ¡estúpida puritana!

—¡No! —gritó Elizabeth—. Mi padre jamás hizo esas cosas. Mi madre se tumbó en la cama y él plantó su semilla en ella, pero no hizo… lo que me hiciste tú. Eso no era un acto puro de entrega era… era…

—¡Era un acto de amor! —exclamó él a punto de perder los nervios.

—¿Amor? ¡Hiciste que me inclinara sobre la cama! Me sujetabas los pechos mientras…

James entornó los ojos, como si no entendiera lo que tanto la horrorizaba. Elizabeth estaba roja de vergüenza y temblando como una hoja.

—Me llevaste al sótano y me obligaste a desnudarme, ¿ya no lo recuerdas? Hiciste que yo te… que te tocara. Y luego me apoyaste contra la fría pared de piedra y… ¡Oh, no puedo recordar aquello! Eras un depravado, eras un monstruo…

Él apartó la mirada con cierta turbación. Quizá sí fue un poco desmedido, teniendo en cuenta que ella era inocente y completamente neófita en esos asuntos. Además, estaba lo de su educación profundamente religiosa.

—Es cierto que debí tener un poco más de paciencia contigo — dijo al fin —. Pero te aseguro que esas prácticas son normales entre los esposos.

—Me niego a creer semejante desfachatez — dijo ella sintiendo que estaba ganando la partida —. ¿Los esposos obligan a sus mujeres a ver cómo…? No, no puedo decirlo en voz alta. Pero a pesar de todo, yo cumplí como esposa, a pesar de la repugnancia que me provocaba todo aquello, te di un hijo. Al menos merezco respeto.

James apretó los labios.

—¿Y no te respeté? Cuando decidiste que no volverías a compartir mi lecho, ¿no te dejé hacer tu voluntad?

—Sí, lo hiciste, pero solo porque tenía un arma contra ti. Aún la tengo — dijo mostrando su última carta.

James la escudriñó con atención y su expresión fue cambiando a medida que pasaban los segundos. Antes de escucharle hablar, Elizabeth ya sabía que había perdido la batalla.

—Voy a divorciarme de ti.

—¡No! —gritó ella, asustada—. No lo permitiré. ¡Lo haré público! Todos sabrán que fuiste tú… que tú eres…

James torció el gesto en una sonrisa.

—Hazlo, de ese modo el divorcio se me concederá de manera instantánea. No tiene sentido que sigamos con esta farsa, tú me detestas y yo dejé de amarte hace muchos años.

—Yo no te detesto. —Negó Elizabeth, aterrada —. Siempre te he amado.

—¿Amor? No tienes ni idea de lo que es eso. Mira lo que le has hecho a tu hijo, es una criatura triste y solitaria. Nunca has mostrado el menor afecto hacia él.

—Eso no es cierto —dijo turbada.

—Nunca lo has querido —insistió —. Nunca lo abrazas, ni lo tocas siquiera, como tampoco me tocabas a mí. Sabía que no te habría causado ningún dolor que hubiese muerto antes de nacer.

Pero creí que, al tenerlo frente a ti y al poder abrazarlo, te conmoverías. —Negó con la cabeza—. Pero ya sé que eso es imposible, porque tienes el corazón más duro que haya visto jamás en un ser humano. Eres incapaz de amar.

Elizabeth estaba temblando, nunca lo había visto así, ni siquiera cuando perdía los nervios por su indiferencia. Se acercó lentamente y puso una mano en su brazo, tratando de mostrar ternura.

—Estás molesto, ahora lo veo. Lo siento mucho, James. —Mintió—. Sé que para ti la relación carnal es… distinta. Por eso he mirado para otro lado cada vez que buscabas a esas mujeres… ¿No tienes bastante con eso? Yo jamás me interpondré, puedes seguir visitándolas, no me importa…

—¿Qué no te importa? ¡Pero si estás encantada! Preferirías que me acostase con todas las rameras y damas de Yorkshire, si así evitas que te exija aquello a lo que tengo derecho.

—No hables así —dijo mirando hacia la puerta—. Alguien del servicio podría escucharte.

—¿Te crees que no lo saben? Todos son conscientes de que mi mujer no me deja meterme en su cama.

—¡James!

Él negó con la cabeza y en su rostro había una firmeza que ella no le había visto jamás.

—Se acabó, Elizabeth. Estoy dispuesto a dejarte ir en paz, no te abandonaré a tu suerte, pero no puedo seguir con este falso matrimonio. Marguerite es la esposa que yo necesito y no hay más que hablar.

Elizabeth sentía que las olas se alejaban y se llevaban con ellas toda su vida. ¿Cómo iba a permitirlo? ¿Cómo iba a dejar que esa mujerzuela le arrebatase todo lo que era suyo?

—Está bien —dijo con la expresión de una reina que cede ante sus súbditos—. Dejaré que vuelvas al lecho conyugal.

—¿Qué?

—Dejaré que tú… que vuelvas.

—Quítate la ropa —ordenó él—. Ahora.

Elizabeth empalideció.

—James…

—Quítate la ropa aquí, en este salón, y haz todo lo que te diga. —Se acercó a ella y puso una mano encima de uno de sus pechos—. Si me obedeces sin protestar, si eres capaz de disfrutar con lo que te haga y juras por lo más sagrado que serás mi esposa en cuerpo y alma, te doy mi palabra de que jamás volveré a mencionar el divorcio.

Elizabeth temblaba como una hoja, pero no era de excitación, sino de asco. Su cerebro le decía que hiciese lo que él le ordenaba. Una voz le advertía a gritos dentro de su cabeza que iba a perderlo todo para siempre.

—No lo permitiré —dijo con la voz helada—. No me sacarás de mi casa.

James sonrió con cinismo.

—No puedes impedírmelo, querida y lo sabes. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, tú decides. Estoy dispuesto a todo, dejaré que todas mis infidelidades salgan a la luz. Incluso te acusaré de adulterio, conseguiré que alguien jure sobre la biblia que se acostó contigo. Tengo suficiente dinero para eso y para cualquier otra cosa que se me ocurra.

Su esposa se tapó la boca con las dos manos para ahogar el grito desesperado que se escapaba de su garganta.

—Te irás de esta casa y volverás con tu padre, ese mezquino y falso hombre de Dios. Podrás vivir como una monja de clausura el resto de tus días, si eso es lo que quieres. A mí me da lo mismo. — Se dio la vuelta para marcharse.

—No te dejaré a Connor. —Lo dijo muy rápido, para no acobardarse —. Me lo llevaré de esta casa y trataré de arrancarle todo el mal que tú le hayas traspasado.

James la miró, levantando una ceja con total desprecio.

—Puedes llevártelo. Tenerlo aquí no haría más que recordarme el error tan grave que cometí contigo.

Al girarse para salir del salón, se topó con la mirada intensa y azul de su hijo, que estaba parado con la mano apoyada en la manilla de la puerta.

—Lo siento, muchacho —dijo sin remordimientos —. Tu madre y tú os marcháis a Heaven para siempre.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas mientras negaba con la cabeza.

—La vida no siempre nos da lo que queremos, hijo. Tendrás que ser fuerte y soportarlo. — Miró a su esposa, que sollozaba en medio del salón —. No voy a abandonaros, no os faltará de nada. Tan solo quiero vivir una vida plena con alguien que está dispuesta a dármela.

—Está bien —aceptó Elizabeth limpiándose las lágrimas con rabia, consciente de que había perdido su oportunidad —. Connor y yo nos iremos de esta casa, pero solo si prometes que seguirás considerándolo como tu legítimo heredero.

James miró al niño y después otra vez a Elizabeth.

—Legalmente seguirá siendo mi hijo, dejaré que te lo lleves porque no quiero que mi nuevo matrimonio se vea empañado por mi anterior error, pero si Marguerite…

—Sigo siendo guardiana de tus secretos, James. Y estoy segura de que al duque de Cavendish le encantaría conocerlos.

—No me provoques, Elizabeth.

—No es una provocación, es una advertencia. Dame un motivo para que te proteja o tendrás que enfrentarte a él. Los dos sabemos que por mucho poder que tú tengas, el duque tiene más.

—No le tengo miedo —dijo con la mirada fría —. De ser así, no me habría metido en la cama de su esposa, ¿no crees? Y puedes apostar a que disfruté con cada una de las veces…

Elizabeth lo miró de la misma forma que él lo estaba haciendo. Ella conocía bien la diferencia entre un hijo y una esposa.

—Como desees —dijo y pasó por su lado para dirigirse a la puerta en la que seguía Connor como mero espectador.

—Espera. —La detuvo su aún esposo —. Está bien, te lo prometo, aunque no es necesario. Connor habría sido mi legítimo heredero igual, no tenía intención de hacer nada contra su derecho. Después de todo, mis futuros hijos serán medio franceses, no me conviene que mis compatriotas duden de mi fidelidad hacia la corona inglesa.

—Debes escribir un documento — dijo Elizabeth —. Quiero que todo sea legal. Lo firmarás en presencia de testigos y me lo entregarás. Además, Connor pasará aquí todos los veranos hasta que cumpla la mayoría de edad, después él decidirá. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, mujer, estoy de acuerdo — dijo James con cansancio. No veía el momento de librarse de ella.

—Cuando tenga ese documento, me marcharé y no volveremos a vernos — dijo estirando tanto el cuello que se marcaron los tendones como si alguien hubiese tirado de sendas cuerdas —. Maldigo el día en que te paraste frente a la rectoría. Sin duda, ese día fui tentada por el demonio y Dios me está castigando por mi mala decisión.

Salió del salón con actitud digna, pasando junto a su hijo sin el menor gesto de consuelo, a pesar de sus lágrimas. James la siguió enseguida, ignorándolo también. El niño se quedó allí, sujetando la manilla de la puerta con una expresión de profunda y triste desolación.

—Deja que me lo lleve, papá, por favor. — Su hijo lo miraba suplicante con sus enormes ojos azules anegados en lágrimas.

James le acarició la cabeza, como se acaricia a un perro obediente. Después se agachó para verle la cara y también para no ver a Elizabeth, que los observaba desde el coche con impaciencia.

—Es mejor que se quede aquí, ¿no crees? — le preguntó —. No hay sitio para él en Heaven, tu abuelo no tiene cuadras…

Connor miró a *Rockett* y sus ojos brillaron como diminutos cristales con destellos acuosos.

—No quiero irme —musitó el niño sin apartar la vista de su caballo, al que mantenía sujeto el mozo de cuadras —. No quiero. Papá, deja que me quede, por favor, por favor.

Su padre lo cogió de la cintura y lo zarandeó un poco, obligándolo a mirarlo.

—Eres un hombre, muchacho y los hombres no lloran. Algún día todo esto será tuyo — dijo señalando a su alrededor —. Y tendrás muchos caballos. Además, vendrás a pasar los veranos y *Rockett* estará aquí esperándote, siempre.

Connor se soltó de su padre y corrió hacia el caballo.

—Ayúdame a subir, Craig. Vamos, date prisa. — Suplicó sin poder contener las lágrimas.

El mozo de cuadras no se movió, aunque su rostro mostraba lo conmovido que estaba. Él mejor que nadie sabía el enorme vínculo que había entre ese niño y su caballo.

—Por favor, papá —susurró el pequeño cuando James llegó hasta él y lo agarró de la mano —. Deja que me lleve a *Rockett*, es mío, tú lo dijiste.

Su padre tiró de él y lo llevó hasta el coche. Lo obligó a subir y cerró la portezuela después de empujarlo dentro.

—Marchaos de una vez —dijo irritado por el espectáculo.

El coche se puso en marcha y James se dio la vuelta para entrar en la casa. Connor se quedó pegado a la ventanilla, mirando cómo Craig se llevaba a *Rockett* de regreso a las cuadras. Sin lugar a duda, aquel fue el día más triste en la vida de Connor. El más triste hasta ese momento.

Marguerite daba vueltas alrededor de la mesa recién traída de París, como una niña jugando al corro de la patata, dando palmas y sin dejar de reír.

—¡Oh, James! ¿No es preciosa?

Su esposo la miraba sonriente y satisfecho. Siempre era así con todo, la alegría la desbordaba de un modo contagioso.

—Sí, lo es.

—Ahora ves que es tal y como te dije. Perteneció a Luis XV y ha estado en mi familia desde que el rey nos la regaló. ¿Cómo has conseguido que mi padre te la diera?

—Ha sido sencillo, le dije que tú la querías.

—¡*Oh, mon cher père*!

—¿Estás contenta?

Corrió hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y, poniéndose de puntillas, lo besó apasionadamente. Nunca dejaba de sorprenderle la pasión con la que se entregaba a él. Era puro fuego en la cama y parecía siempre hambrienta de sus caricias.

—Cuidado —dijo él poniendo una mano en su abultado vientre —. El pequeño…

—Al pequeño le encanta que sus padres se quieran — dijo ella sin soltar su abrazo.

James estaba convencido de que por fin había dado en el clavo, que ella sería suficiente. Sintió la calidez que lo envolvía y la atrajo hacia su cuerpo, haciendo que apoyara la mejilla en su pecho.

—¿Oyes mi corazón? —susurró mientras aspiraba el aroma de sus suaves cabellos rubios —. Late por ti, amor mío, solo por ti.

—Y por tus hijos.

—Y por mis hijos —repitió él.

—Te amo, James, te amo muchísimo — dijo levantando la cabeza para clavar sus casi transparentes ojos en él.

James lo sabía, lo sabía con cada poro de su piel, con cada nervio y cada músculo. Lo amaba y él la amaba a ella como nunca antes había amado. Y estaba seguro de que jamás podría amar a nadie que no fuese su Marguerite.

—Connor, ¿por qué lo has hecho? — Su padre lo miraba con severidad.

Marguerite trataba de contener las lágrimas, pero su rostro evidenciaba el profundo disgusto que tenía. Había entrado en el salón y había encontrado a Connor destrozando la preciosa mesa francesa con la punta de una tijera.

El niño miraba la mesa con indiferencia y sin mostrar la más mínima contrición.

—Te he hecho una pregunta. ¿Es que te has quedado sordo?

—No, señor.

—Entonces, ¡responde! —dijo sacudiéndolo del brazo con violencia.

—Mamá dice que los franceses quieren quedarse con nuestros territorios en África — dijo el niño de solo seis años, cabizbajo.

Su padre lo miraba sin comprender. ¿Había destrozado la mesa porque era francesa?

—Connor… —Marguerite se arrodilló frente a él con dificultad, a causa de su avanzado estado de gestación. Lo miró con los ojos anegados en lágrimas —. Pero eso no tiene nada que ver conmigo, *mon chéri*. Solo hace unos pocos meses que la mesa está bajo mi custodia y mira lo que ha pasado. ¿Qué dirá mi papá? Tú sabías lo mucho que quería esta mesa…

El niño la miró a los ojos con fijeza.

—Tú nos quitaste a mi padre. — Seguía sin levantar la cabeza y hablaba con un tono triste —. Por tu culpa, ahora tengo que vivir en aquella casa.

Marguerite empalideció cuando James giró al niño hacia él y lo abofeteó con tal fuerza, que lo hizo caer al suelo. La francesa dio un paso atrás y uno de sus pies trastabilló con la alfombra, haciéndola caer de espaldas. James gritó su nombre, aterrado, pero no pudo evitar la caída.

Connor permaneció de pie junto a la puerta de la habitación de su padre toda la noche. Él no lo vio porque no se separó de su esposa. El niño no respondió a ninguna de las apreciaciones que le hacían los criados para que comiera o se retirara a dormir. Tampoco se sentó en la silla que le llevó el mayordomo. Siguió de pie junto a la puerta hasta que el médico visitó a Marguerite de nuevo al día siguiente y confirmó que todo estaba bien. Aquel día, Connor supo que su madre tenía razón, era un engendro del demonio. Había estado a punto de matar a su hermano y había hecho daño a la única persona que lo había tratado con cariño. Cuando Reece nació dos días después y vio la mirada, absolutamente devota de Marguerite, se hizo la firme promesa de odiarlo profundamente el resto de su vida.

—¿Cómo está la pequeña Emily? — preguntó James mirando la dulce carita sonriente.

—Está muy bien —dijo su madre, sosteniéndola orgullosa.

Imogen McLoughlin era la viuda de Brian McLoughlin, mano derecha de James y responsable de la mina sur. Brian había muerto la semana anterior en la inundación de uno de los túneles, cuando trataba de salvar a varios de los mineros que habían quedado atrapados. James pensaba encargarse de que a Imogen y su hija no les faltase de nada, por eso le pareció buena idea que la mujer se convirtiese en el ama de cría de Reece. No quería que Marguerite perdiera la lozanía y firmeza de sus generosos pechos.

—Ya me ha dicho mi esposa que el pequeño Reece está encantado contigo.

Imogen sonrió.

—Es un niño precioso, señor. Pero ¿seguro que su esposa está contenta con que yo lo amamante? Ayer la vi llorando cuando Reece terminó de comer.

—Mi mujer está sensible por el parto, Imogen. No tienes de qué preocuparte.

—Muchas gracias, señor. Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer. — La interrumpió levantando la mano —. Sabes el aprecio que siempre le he tenido a tu familia.

Imogen posó los ojos en su niña y trató de que no se le notara la turbación que le habían provocado sus palabras.

—Cualquier cosa que necesitéis, no dudes en pedírmelo directamente, Imogen. Quiero que os sintáis aquí como en vuestra casa.

La mujer asintió y sin más, madre e hija abandonaron el salón.

Capítulo 2

Reece miraba el cabello rojizo de Emily con verdadera admiración.

—Tienes el atardecer en el pelo — dijo el niño con los ojos muy abiertos.

La niña se rio y siguió cogiendo prímulas del suelo para hacer un ramo. Era su séptimo cumpleaños y hacía ese ramillete para su madre. Desde niña tenía la costumbre de hacerle un regalo en esa fecha. ¿Qué mérito tenía ella por haber nacido si fue su madre la que hizo todo el trabajo?

—¿Has terminado el carrito de paseo? — preguntó el niño con interés.

Emily negó con la cabeza sin dejar de prestar atención a la meticulosa labor de elegir las mejores flores.

—El señor Jobs aún no ha terminado las ruedas que le pedí — explicó la niña —. Sin ellas no puedo acabarlo.

A Emily le encantaba fabricar cosas y se había propuesto hacer un carrito para pasear al señor Timp, el gato de Reece.

—Cuando sea mayor, me casaré contigo — dijo Reece obligándola a parar mientras le sujetaba la mano con la que sostenía el ramo —. No importa lo que digan los mayores, tú y yo estaremos siempre juntos.

Emily asintió. Ella pensaba lo mismo, lo único que quería en el mundo era poder estar siempre con él. Sonrió con la felicidad bailando en sus labios.

—¿Viviremos aquí? —preguntó curiosa.

—No, iremos a América —dijo el niño con convencimiento —. Conseguiré el dinero para abrir una mina allí y me convertiré en un hombre de provecho como mi padre.

—Pero tu padre tiene dos minas, ¿por qué no te da una a ti?

—No, Emily. La ley dice que el primer hijo varón se queda con todo y ese es Connor. Todo esto será suyo algún día.

—Pero eso no es justo —se quejó la niña —. Tú estás siempre aquí y eres bueno, no como él.

—No hables mal de Connor, Emily. Es mi hermano — pidió —. Él no puede vivir aquí con papá, por eso es así. ¿Sabes que su madre y mi padre estaban casados antes de que yo naciera? Si las cosas hubieran ido bien para él, yo no existiría.

—No digas eso —dijo la niña corriendo a abrazarlo —. Si tú no existieras, yo me moriría.

Se puso rojo de la vergüenza.

Reece era feliz y tremendamente alegre. Incluso Connor, que seguía pasando allí los veranos, se sentía abrumado por el cariño y la alegría que desprendía su hermano desde que era muy pequeño. Por eso, a pesar de sus enormes esfuerzos por odiarlo, no hubo forma humana de conseguirlo. A quién no soportaba a veces era a aquella zarrapastrosa que se comportaba como una más de la familia cuando solo era la hija del ama de llaves. Reece la adoraba y se pasaba el día entero con ella, lo que provocaba unos terribles celos en Connor. Emily lo torturaba con su sola presencia; la alegría de la niña, su desparpajo y la sinceridad con la que acostumbraba a preguntar toda clase de cosas, lo amenazaba como un afilado estilete que atravesaba todas las defensas que había levantado a su alrededor.

Cuando Reece cumplió siete años, dos meses después de Emily, hizo algo que conmovió a todos. Quiso que su fiesta de cumpleaños fuese en realidad la de su hermano. Connor los cumplía un mes antes de visitarlos y tenía el aniversario más triste del mundo: solo con su madre y su abuelo, sin celebración alguna. Ese año había cumplido trece años y Reece obligó a sus padres a invitar a niños mayores y en lugar de los juegos de siempre, pidió que se organizaran otros para chicos de la edad de Connor, como tiro con arco y carreras a caballo.

Pero una hora antes de que empezara la celebración, Connor entró en las cuadras y salió a lomos de *Rockett*. Desapareció durante horas y no regresó a la casa hasta que todos se habían marchado. Cuando Reece le preguntó, profundamente dolido y con lágrimas en los ojos por qué había hecho eso, él simplemente se encogió de hombros sin responder.

Pero Emily no iba a dejarlo así. Buscó a Connor y lo encontró en la biblioteca, con la nariz metida en un libro, como siempre.

—Eres malo.

Él levantó la vista y miró a Emily con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Estaba muy enfadada y, a pesar del miedo que le inspiraba, no se iba a callar lo que pensaba de él.

—Eres muy malo —insistió—. ¿Por qué has tenido que estropearle a Reece su fiesta de cumpleaños? Con lo que él te quiere…

Connor cerró el libro de golpe sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Por qué lo haces? —insistió ella, temblando —. Te dejan vivir en esta casa. ¿Por qué vienes si no te gusta? Quédate en Heaven para siempre, aquí nadie te echará de…

—Formo parte de esta familia, imbécil. No como tú. — La interrumpió poniéndose de pie —. Tú no eres nadie aquí, maldita estúpida. Tu madre solo es el ama de llaves y tú deberías estar aprendiendo el oficio para cuando tengas que servirme. Algún día haré que me limpies las botas con la lengua.

Emily levantó la barbilla en señal de que no le importaba lo que él dijese, aunque dio un paso atrás, por si decidía pegarle. Lo creía capaz de eso y mucho más.

—Yo soy el primogénito de mi padre y todo esto será mío cuando él muera — dijo orgulloso —. Puedes estar segura de que ese día, os haré pagar a tu madre y a ti por todo lo que me habéis hecho. Entonces verás de verdad lo malo que soy.

La niña apretó los labios y respiró por la nariz, agitada.

—No viviría aquí contigo ni aunque estuviese cayendo lava hirviendo del cielo. Cuando Reece sea mayor se casará conmigo, nos iremos a América y seremos exploradores…

Connor soltó una sonora carcajada y no pudo parar de reír durante unos segundos.

—¿Que te vas a casar con mi hermano? — dijo riéndose aún —. ¡Tú estás loca! Un Darwood jamás se casaría con una doña nadie como tú. ¿Es que no lo entiendes? Tu madre es una criada y eso es a lo único que tú puedes aspirar.

Emily apretó los puños. Deseaba pegarle un buen puñetazo, pero sabía que era mucho más fuerte que ella.

—¡Yo no seré una criada, estúpido! — dijo con rabia infantil —. Seré… seré… lo que quiera ser. Reece me quiere y yo haría cualquier cosa por él. Él es bueno, divertido, valiente y corre mejor que nadie que conozca. Estoy segura de que, si hicieras una carrera contra él, te ganaría. Y algún día será mejor jinete que tú, que lo sepas.

Connor se puso repentinamente serio y la escrutó con la mirada.

—De verdad quieres a Reece…

—Pues claro que le quiero. Le quiero más que a nadie en el mundo — dijo con vehemencia —. En cambio, a ti no te querrá nadie nunca, a excepción de ese estúpido caballo que no sabe quién eres de verdad…

—¡Vaya! —exclamó el muchacho como si le hubiesen golpeado con un látigo.

—Reece sacrificó su fiesta por ti, hizo que todo fuese para ti y tú…

—Yo no se lo pedí.

—Has convertido este cumpleaños en el peor del mundo. Eres malo, Connor, muy malo. Aunque Reece diga que tengo que compadecerme de ti, que tu madre no te quiere y que tu abuelo es cruel contigo, no puedo sentir lástima por ti. ¡No quiero!

Él apretó los puños, furioso. ¿Cómo había podido Reece traicionarlo de ese modo?

—Siempre estarás solo —siguió Emily al borde de las lágrimas.

—Será mejor que te marches ahora que aún puedes…

—No mereces que Reece te quiera — dijo Emily —. No mereces que nadie te quiera nunca.

El muchacho se acercó tanto a ella, que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo. La niña no lo pensó y le propinó una patada en la espinilla con toda la fuerza de la que fue capaz. Sin mediar palabra, Connor la tumbó en el suelo y rodeó su frágil cuello con ambas manos para impedir que escapara.

—Tú no sabes nada de mí, no sabes nada, estúpida arrogante…

Emily se revolvía como un gato, pero era demasiado fuerte para ella.

—¡Suéltala! —gritó Reece desde la entrada —. ¡He dicho que la sueltes, Connor!

Al ver que no obedecía, se lanzó contra él y lo derribó.

—No vuelvas a hacerle daño. ¡Jamás! — dijo el pequeño de los Darwood con mirada gélida y el cuerpo tenso —. Si la tocas, dejarás de ser mi hermano. Te lo juro, Connor, no te lo perdonaré.

Connor respiraba con dificultad y los miraba a ambos alternativamente, pálido como la muerte.

—Eres el demonio —dijo Emily entre sollozos —. Tienes envidia porque Reece me quiere a mí más que a ti.

—Reece es mi hermano y tú no eres ni serás nada suyo jamás — dijo Connor poniéndose de pie con una mirada dolida y gélida —. Juro por Dios que un día te…

—¡Basta, Connor! —exclamó Reece —. Emily, por favor, déjanos solos.

—Pero…

—Vete, Emily —insistió el niño con más serenidad que un adulto.

La niña echó a correr y Reece se volvió hacia su hermano con expresión decepcionada.

—Pegar a una mujer es de cobardes — sentenció con rotundidad.

—No le he pegado —dijo el mayor con expresión hosca —. Aunque debería haberlo hecho.

—Las normas están para cumplirlas, Connor. Pegar a una mujer es de cobardes — repitió.

—¿Todas las normas están para cumplirlas, Reece?

—Si se ha creado una norma es porque es buena para la mayoría. La mayoría es lo que importa.

—¿Entonces te parece justa la norma por la cual yo voy a heredar toda la fortuna de nuestro padre y tú una mísera renta? — dijo el muchacho de trece años con cinismo.

—¿Por qué odias tanto a Emily? — preguntó Reece haciendo oídos sordos a sus palabras —. Antes no eras así. Sí, no pongas esa cara. Lo recuerdo, Connor.

Su hermano apartó la mirada para ocultarle su turbación.

—Hay muchas cosas que tú no ves, hermanito, vives en tu mundo de fantasía. Pero a mí no me han dejado, ¿sabes? No me han dejado.

—¿Es porque yo la quiero? — insistió Reece sin acritud —. ¿Tienes celos de ella?

—Eres la única persona en esta casa que me importa — dijo Connor caminando hacia la puerta —. Pero tú siempre, siempre, escogerás a cualquier otro antes que a mí.

—¿Por qué dices eso? —dijo Reece con pesar —. Siempre hablas como si no tuvieras a nadie más que a mí, pero mi madre te quiere y papá… papá también.

Connor se detuvo con la mano en la manija de la puerta y se volvió a mirarlo con tal expresión de desolación, que su hermano pequeño tuvo tentaciones de correr a abrazarlo.

—Qué inocente eres, Reece. Ni siquiera tú puedes creerte eso — sentenció y, sin esperar respuesta, salió dando un portazo.

Connor cerró el libro que acababa de terminar y reclinó la cabeza en el sofá, meditabundo. Tenía el corazón henchido y pletórico, pero el alma se le había encogido. ¿Cómo podía nadie sentir un amor así? ¿Cómo había podido imaginar el autor aquella clase de sentimientos si no los había experimentado alguna vez? A sus dieciséis años, ya le bullía la sangre cuando estaba frente a una mujer hermosa y su cuerpo respondía a los estímulos que le provocaba la belleza femenina, pero de ahí a sentir una pasión capaz de sacrificarlo todo por la mujer amada… No, definitivamente eso no era posible en la vida real. Estaba bien para los libros, pero las personas no amaban de ese modo.

Pensó en su padre y torció los labios en una sonrisa. Él era la prueba viviente de que eso era una invención. ¿Acaso no estaba casado con la mujer más maravillosa del mundo? ¿No era Marguerite Dubois un dechado de todas las virtudes femeninas? Ciertamente, no era tan hermosa como su madre. Elizabeth poseía la belleza fría y perfecta de una estatua griega, pero Marguerite era dulce y cariñosa. Además, ¿qué hombre en su sano juicio la cambiaría por… tantas otras?

Dejó el libro sobre la mesita y se acercó a la ventana. Emily y Reece jugaban en el exterior y reían alegres, como siempre. La soledad lo atravesó como un puño, pero no se compadeció de sí mismo. Tenía dieciséis años y esa época ya pasó. Decidió salir a montar, no era tarde y hacía un día magnífico, seguro que *Rockett* lo esperaba. Abandonó la biblioteca y corrió hasta las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Se dirigió a su habitación para ponerse los pantalones de montar y las botas, pero al pasar por delante de la habitación de su padre, escuchó el llanto de una mujer. Y, sin pensarlo, empujó la puerta suavemente. La escena que vio le congeló la sangre en las venas, no era ningún puritano y sabía perfectamente en qué consistía la intimidad entre un hombre y una mujer. Pero aquello, aquello era una agresión y sintió una repulsión instintiva y visceral. Empujó la puerta con fuerza hasta que golpeó contra la pared. Su padre levantó la mirada y su aspecto era el de un loco.

Connor regresó sobre sus pasos y bajó la escalera sin correr, no serviría de nada. Cuando la puerta de la biblioteca se abrió, él lo esperaba de pie en medio de la sala.

—Te he enseñado a llamar a la puerta.

—Deberías cerrarla si no quieres que te vean — dijo el muchacho sin apartar la mirada.

Su padre lo miró con aquella expresión que él conocía tan bien y que durante años lo había acobardado.

—No entiendes lo que has visto.

—Lo entiendo muy bien —afirmó—. He visto a un monstruo.

—¿Cómo te atreves…? —Se acercó a él, amenazador —. No olvides con quién estás hablando.

—Tranquilo. Después de lo que acabo de ver, no lo olvidaré nunca.

—¿Y qué crees que has visto?

—Algo que vi hace años y que quisiste hacerme creer que había imaginado. En aquella ocasión me dejé engañar, pero ahora soy demasiado mayor para eso.

—Piensa lo que quieras —dijo James dándose la vuelta para ir hasta la puerta —. Ocúpate de tu hermano y de Emily, moléstalos hasta que se vayan de ahí, podrían subir en cualquier momento y… — No terminó la frase, esperando que su hijo obedeciera de una vez.

Connor se irguió y sacó pecho, orgulloso. Después de la historia épica que había terminado de leer, se sentía fuerte y capaz de cualquier cosa.

—No.

James endureció el gesto visiblemente irritado y giró la cabeza para mirarlo.

—¿Acaso no has oído lo que te he dicho? Sabes lo que tienes que hacer. ¡Hazlo!

Connor apretó los puños a ambos lados de los muslos, sin dar un paso.

—No —repitió rotundo.

Su padre frunció el ceño, incrédulo. Desde luego, sus oídos le estaban jugando una mala pasada, porque su hijo no se atrevería a contradecirlo de ese modo. Soltó la manija de la puerta y regresó con paso firme hacia él.

—¿Qué has dicho?

—No voy a hacerlo. —Negó con vehemencia —. No volveré a ser cómplice de tus actos nunca más.

—¿Qué no qué? ¿Es que acaso te he preguntado tu opinión? Tú harás lo que yo te diga…

—No, no lo haré. No discutiré con ellos para que huyan de mí, no te acompañaré a tus fiestas ni a tus orgías, no miraré para otro lado cuando hagas daño a personas a las que aprecio. Puedes golpearme todo lo que quieras —dijo sin apartar la mirada de sus ojos—. Pero no volveré a hacerlo. Ya no soy un niño pequeño. Aquella vez me engañaste, pero ya no lo harás más. Sé lo que he visto y no…

James lo agarró por el cuello y lo zarandeó con fuerza. Connor había crecido mucho y en un par de años, su hijo tendría un físico muy parecido al suyo. Pero por el momento, James Darwood era más grande en todos los sentidos y sus brazos, musculosos y fuertes, podían partirle un hueso con facilidad. Algo que Connor sabía bien.

—Creí que no volveríamos a tener esta conversación, pero ya veo que no he sido lo bastante intimidatorio contigo durante todos estos años.

Connor sentía su aliento rozándole la nariz y el corazón le latía tan deprisa, que temió que se desmayaría, pero no apartó la mirada.

—¿Te pones gallito conmigo? ¿Te acuerdas de lo que le pasó a *Kannuck*? —James se apartó para darle espacio y poder ver el efecto que producían en él sus palabras—. Pobre perro, mira que caerse desde el acantilado… Te dije muchas veces que lo ataras en corto, pero no me hiciste caso. Como tampoco me hiciste caso cuando te dije que vigilaras la taberna y distrajeras a Michael.

La mirada perversa de su padre lo traspasó como la afilada hoja de un cuchillo y la imagen de *Kannuck*, roto sobre las rocas, lo dejó sin respiración. No podía ser cierto. ¡Le dio una paliza por aquello! ¿Él fue el culpable de lo que le ocurrió a *Kannuck*? Recordó su mirada cuando llegó a la casa con el perro en los brazos y llorando desesperado:

«A los niños que desobedecen a sus padres, les pasan cosas malas. ¿No te lo ha dicho tu abuelo? Dios es cruel con los que no honran a sus padres».

—Y tampoco pareces tener mucho aprecio a tus dedos. Creía que el susto que te llevaste al pensar que no podrías volver a tocar, templaría ese carácter tuyo. Pero ya veo que no sirvió de nada. ¿Qué tengo que hacer para que seas un buen chico y me demuestres el debido respeto?

Connor recordó el sonido del hueso al quebrarse y el dolor insoportable que llegó a continuación. A pesar del terror, no podía equipararse a lo que sintió al perder a *Kannuck*. La rabia le atenazó la garganta y sintió unos irrefrenables deseos de gritar.

—Ya no tengo perro y puedes romperme todos los huesos —dijo enrabiado y sin apartar la mirada de sus ojos—. Pero juro por Dios que no volveré a obedecerte en esto. ¿Por qué no se lo dices a Reece? ¿Por qué no te lo llevabas a él cuando ibas a verlas? Pídeselo a él, dile que entretenga a Emily para que tú puedas hacer lo que haces. ¿Por qué no se lo dices? Yo te lo diré, ¡porque eres un cobarde!

James lo soltó de un empujón y Connor evitó la caída de milagro.

—Maldito desagradecido. Tú eres mi heredero. ¿Te crees que eso es gratis? ¿Qué tengo que hacer para que me respetes?

—¡Merecerlo! —gritó Connor sin desviar la mirada de sus ojos—. Se acabó, ya no soy un niño. Tengo dieciséis años y no dejaré que me arrastres contigo nunca más. Lo que haces es… ¡Me das asco!

—Malnacido, engendro del demonio. ¿Cómo te atreves a hablarme así? —James se había quedado frío, no daba crédito a lo que estaba viendo—. Todo lo que tienes es mío y puedo

echarte de esta casa cuando me dé la gana.

—Hazlo. —Había una sólida madurez en el rostro de Connor y según hablaba, se sentía más y más seguro —. Si no quieres, no volveré a venir a esta casa. Hubo un tiempo en el que te supliqué que me dejarás quedarme, entonces hubiera dado cualquier cosa porque me quisieras. Pero eso ya pasó, ahora es una tortura y cuento los días deseando que acabe el verano.

Durante una milésima de segundo, James pareció confuso, como si algo hubiese sacudido los cimientos de sus convicciones. Pero fue tan solo una milésima de segundo.

—Tanto que se te llena la boca hablando del abuelo… Si él hubiese visto lo que he visto yo, se avergonzaría de ti.

Cuando Connor lo vio apretar los puños, reconoció esa mirada. La había visto otras veces. Quería hacerle daño. Le iba a hacer daño. Apretó los pies en el suelo, no iba a resistirse, pero tampoco cedería un milímetro. Esta vez no había vuelta atrás.

—Está bien, tú lo has querido — dijo James dándose la vuelta —. Si hay algo que un Darwood no tolera, es la traición. Te enseñaré de un modo que nunca olvidarás por qué no debes traicionarme nunca.

Cuando su padre salió de la biblioteca, el cerebro de Connor trabajaba a toda velocidad buscando anticiparse a lo que iba a suceder. No iba a moverse de allí, pasara lo que pasara. Sabía que, si cedía esa vez, se perdería para siempre. Una fina capa de sudor cubrió su cuerpo mientras se decía que no importaba lo que le hiciera, nada sería tan terrible como lo que le habían hecho ya.

Pero entonces escuchó un relincho y lo supo. Un gruñido escapó de entre sus dientes al contener el impulso de correr tras él. Cerró los ojos y escuchó el estruendo que provocaba su torrente sanguíneo dentro de su cabeza, en aquel silencio espeso y aterrador. Su cuerpo se quedó frío y las lágrimas brotaron de sus ojos, feroces y amargas, pero silenciosas. Cuando escuchó el disparo, soltó el aire de golpe con un gruñido sordo, como si alguien lo hubiese golpeado en el centro del pecho con una maza. Apoyó las manos en los muslos, con las piernas ligeramente flexionadas. Las náuseas lo sacudían como si su estómago fuese el cascarón de un barco en mitad de un mar embravecido.

«Deja que me lo lleve, papá, por favor».

«Es mejor que se quede aquí, ¿no crees? No hay sitio para él en Heaven, tu abuelo no tiene cuadras…».

Connor cayó al suelo de rodillas. Sentía deseos de gritar, pero sus cuerdas vocales no le obedecían. Todo le daba vueltas y le dolía el pecho.

«Respira». Se dijo. «Respira».

Un gemido largo y áspero se arrastró por su garganta y salió de entre sus labios. La puerta de la biblioteca se abrió y Reece apareció pálido y con expresión aterrada.

—Oh, Connor… *Rockett*…

«Eres un hombre, muchacho y los hombres no lloran. *Rockett* estará aquí esperándote. Siempre».

Capítulo 3

—Vamos, Emily. No tengas miedo. — Reece la miraba sonriente y realmente parecía seguro de lo que decía —. No lo sabrá nadie, nos secaremos antes de regresar. Va, prometiste que lo haríamos cuando cumpliese los once. Es un compromiso y no puedes faltar a él.

—Está muy fría —dijo ella dejando que las olas mojasen sus pies —. Y me da vergüenza…

—Eso es solo al principio. Cuando te metas del todo, no lo notarás — dijo ignorando el hecho de que a él también le daba vergüenza. Entró en el agua y avanzó lentamente sin dejar de tenderle la mano —. Ven, *ma jolie princesse*.

Emily sonrió con timidez, le encantaba que la llamase así. Desde que fue a visitar a sus abuelos, Reece tomaba clases de francés diarias y su pronunciación era ya casi perfecta.

—¿De verdad no lo descubrirán? — preguntó preocupada mirando hacia atrás por si alguien llegaba y los veía.

—Vamos, no seas cobardica. ¿Y tú quieres venir conmigo a América?

Se mordió el labio, nerviosa. Miró una última vez hacia el sendero entre las rocas y de pronto echó a correr en dirección contraria al agua.

—¡Emily, no! —gritó Reece, decepcionado.

El niño enmudeció al ver que se quitaba el vestido y lo dejaba sobre la arena, junto a su camisa. Con los pololos asomando bajo la camisola, corrió hacia el agua sin detenerse al pasar junto a él, rezando para que el miedo no la paralizase.

Reece la detuvo sujetándola por el brazo, no quería que llegase a la zona que cubría. El corazón del niño latía desbocado, Emily lo miraba con los ojos brillantes y el sol bañando sus cabellos, que lanzaban destellos rojizos. Era tan hermosa, que le dolía el corazón al mirarla.

—Emily… —susurró.

Ella sonrió y sin decir nada, se sumergió bajo el agua. Nunca había sentido algo parecido a lo que le vibraba en el pecho en ese momento. Sabía que lo amaba y que él la amaba también, aunque jamás habían pronunciado esas palabras. Eran cosas instintivas en ella: saber las cosas antes de que se hagan evidentes y entender los números. Para Emily las matemáticas y las emociones se parecían mucho, solo había que seguir el hilo y todo cobraba sentido. Amaba a Reece Darwood y él la amaba a ella, por lo tanto, no había nada que temer. Salió del agua y lo miró con las gotas brillando en su rostro. Parecían pequeños cristales cuando él llegó hasta ella. Se mordió el labio y asintió. Reece se acercó un poco más, se inclinó despacio y la besó en los labios.

Emily cerró los ojos y devolvió el beso con la misma ternura y emoción con que él lo había iniciado. Sus manos seguían caídas junto a sus muslos, inertes, ausentes. Tan solo sus labios se rozaban, se frotaban y acariciaban como si buscaran reconocerse y memorizarse.

Fue un beso casto, un beso que desconocía lo que se escondía en el roce de sus lenguas. Tan solo un beso, con la inocencia de la infancia que se aleja para dar paso a otra fase en sus vidas. Una mucho más dolorosa e incomprensible.

Cuando Emily abrió los ojos, se encontró con la mirada entregada de Reece.

—Te amo, Emily.

—Y yo te amo a ti, Reece.

Por fin sonrieron. El momento había pasado, el compromiso estaba cumplido.

—Ahora no podremos olvidarnos jamás el uno del otro — dijo el muchacho, convencido —. Aunque esté a miles de kilómetros, este beso nos mantendrá siempre unidos.

—Como un cordón atado de aquí — dijo Emily tocando con su mano el pecho de él para luego llevarla hasta el suyo propio —. A aquí.

—Ojalá mamá quisiera esperar a que acabase el verano — dijo Reece con tristeza y la mano de Emily cayó sin fuerza —. No temas nada por Connor, le he pedido que te deje en paz.

El rostro de Emily se trasformó en una máscara de miedo y dolor. Sabía que ese momento tenía que llegar, lo sabía desde hacía cuatro años, cuando Reece visitó a sus abuelos. Pero aun así, no estaba preparada.

—Es demasiado pronto —susurró.

Reece asintió despacio.

—Aprovecharemos cada minuto, Emily.

La niña lo pensó unos segundos y finalmente decidió que no se lo pondría más difícil. Si quieres a alguien, debes hacerlo feliz. Corrió de nuevo al agua y lo salpicó.

—¿Quién es ahora el cobarde? — preguntó riendo al ver que Reece se había quedado perplejo.

—¿Qué? ¡Ahora verás!

Emily trató de huir, pero no tardó en alcanzarla y le dio un buen chapuzón.

—¡Te vas a enterar! —dijo ella lanzándose contra él para hundirlo bajo las olas.

Ninguno de los dos se percató de que los observaban en la distancia, desde lo alto de las rocas.

—Si queremos que nuestro hijo tenga el futuro asegurado, necesitamos a tu padre.

James se llevó una mano a la barbilla con expresión pensativa, no entendía las cuitas de su esposa. Debería estar contenta por su hijo.

—Desde el principio supiste que mis minas y mi casa serían para Connor — siguió —. Tu padre no ha tenido hijos varones y tus hermanas son menores que tú, le corresponde a Reece heredar la fortuna de los Dubois. ¿Cómo va a heredar un imperio que está en Francia, desde Newley? ¿No lo entiendes, mujer?

—Sí, lo sé. Pero es demasiado pronto.

—Tu padre ha insistido mucho, Marguerite. En su carta especificaba claramente que debíamos enviarlo este verano — dijo su esposo —. La última vez que fuisteis a verlos, Reece

acababa de cumplir siete años y prometimos que cuando cumpliera los once, lo enviaríamos para que viviese en París con ellos. Ha perfeccionado tanto su francés, que nadie notará que no ha nacido allí.

James le rodeó la cintura y la pegó contra su cuerpo. Marguerite sabía que su marido tenía razón, eso era lo mejor para Reece. Pero ¿cómo iba a vivir sin él si era su mayor alegría?

—Eso sí, tenemos un pequeño problema. Ya sabes que no puedo dormir sin una mujer en mi cama — musitó James junto a su oreja y después le acarició el lóbulo con la punta de la lengua —. Si lo acompañas como te has empeñado en hacer, estarás abandonando el lecho conyugal. Y ya sabes lo que eso supone.

—Tendrás aquí a Connor, tu hijo te mantendrá ocupado — dijo Marguerite haciendo caso omiso a la velada amenaza.

Su marido la miró un instante para asegurarse de que no bromeaba.

—Desde lo de *Rockett*, Connor no es muy buena compañía — dijo James con desagrado.

«¿Y te extraña?». Pensó Marguerite, aunque se cuidó mucho de no decir nada al respecto.

—Además —siguió James con voz profunda —. No tiene nada que ver lo ocupado que esté durante el día intentando que Connor baje a la mina, con el hecho de que cuando me meta en el lecho no estés ahí para darme lo que necesito.

Marguerite se estremeció al notar su mano bajo la tela. Estaba claro que esta vez no iba a ser delicado.

—Volveré antes de que te des cuenta — dijo cuando la llevó hasta la cama —. Tengo mucho que preparar aún, James. Anoche ya…

Su marido la despojó del camisón y la miró con detalle. Marguerite conocía bien aquella mirada, la hacía sentirse deseada, pero no especial. Después de doce años de matrimonio, sabía que cualquier cuerpo de mujer era igual de válido que el suyo. Y, si era joven, aún más.

—Es increíble que todavía me gustes tanto — dijo mirándola como si quisiera devorarla.

James se deshizo de su ropa y se mostró desnudo. Marguerite comprobó que su prominente erección corroboraba sus palabras y se dio por vencida dejándose caer en la cama, con los brazos levantados por encima de la cabeza. James se tumbó sobre ella y cubrió uno de sus pechos con la palma de su mano. La besó en la boca con exigencia y entrega, y ella trató de responder con la misma pasión. Había necesidad en sus caricias. James apretó con fuerza la mano que acariciaba la suave piel de su pequeño pecho y después le pellizcó el pezón tirando de él sin miramientos.

—¡Au! —exclamó ella, sorprendida.

—Eso es parte de tu castigo por abandonarme — dijo mirándola a los ojos —. Ojalá fuera un hombre severo, te daría unos buenos azotes.

Marguerite intentó sonreír para disimular el estremecimiento que le provocaron sus palabras. Bien sabía ella que podía ser realmente severo.

—Seguro que encuentras un modo mucho más placentero de castigarme — dijo.

Él le dio un beso profundo, jugueteando con su lengua.

—Soy un hombre exigente, no me conformo con cualquier cosa — dijo mientras bajaba hasta uno de sus pechos. Capturó el enhiesto botón con los dientes y tiró de él, otra vez sin delicadeza. Pero esta vez Marguerite no emitió el más mínimo sonido —. Tengo necesidades, y lo sabes…

—James… —Marguerite le cogió la cara con las manos para que la mirara —. Por favor, intenta no ser muy…

La penetró de una embestida, con fuerza y sin dejar de mirarla a los ojos. Estaba tan excitado, que se sentía poseído, como si otro ser mucho más poderoso que él estuviese haciendo uso de su cuerpo. La torturó con un ritmo violento y agresivo que en nada buscaba el placer femenino.

—Siento decirte, querida, que este señor exige pleitesía. Y si tú no vas a dársela, tendrás que aceptar su castigo.

Sus movimientos fueron aún más enérgicos y acelerados. Marguerite contuvo sus gemidos, consciente de que escucharla quejarse solo lo excitaría más. Apartó la cara cuando él cayó a su lado, exhausto.

—Te echaré mucho de menos — dijo y, obligándola a mirarlo, cazó una de sus lágrimas con el dedo y se la llevó hasta los labios.

—¿Me amas? —preguntó ella.

—Claro que sí —dijo cerrando los ojos.

—Y ¿no podrías esperar a que regrese sin buscar en otr…?

—Shsssss. —Puso una mano en su boca para enmudecerla —. Sabes que no me gusta oír quejas ni críticas. Por eso has sido la mujer perfecta para mí. Desde el principio te dejé clara la situación y tú estuviste de acuerdo. Soy un hombre apasionado y si no estás aquí, tendré que calmar mis anhelos de algún modo.

—Ya no soy una niña, James. Sé que buscarás a otras mujeres, pero por favor, te pido que seas discreto. No quiero que los criados y, sobre todo, Emily…

—Basta de monsergas —dijo levantándose de la cama, molesto —. Si te conviertes en una amargada como Elizabeth, acabarás como ella.

Marguerite captó la velada amenaza que había en sus palabras. Cerró los ojos un instante y se dijo que podía con ello. Sonrió y se levantó de la cama recogiendo el camisón del suelo para ponérselo.

—Será mejor que empiece a arreglarme. Tengo mucho que preparar, amor mío.

James sonrió satisfecho y le acarició el pelo como hacía con sus perros.

Emily entró en el salón donde Marguerite la esperaba. Connor estaba sentado junto a la ventana y parecía estar leyendo el periódico. Levantó la mirada al oírla entrar y la observó durante unos segundos con aquella seria y fría máscara que era ahora su rostro.

—¿Es cierto que has estado provocando a Reece medio desnuda en la playa?

Emily empalideció hasta que su piel pareció volverse trasparente.

—¿Cómo te atreves? —La madre de Reece se acercó a ella y le propinó tal bofetada, que Emily se tambaleó al tiempo que se llevaba una mano al oído para calmar el dolor.

—¡No toleraré a una mujerzuela como tú en mi casa! Después de cómo te he tratado…

—Yo… no… —Emily temblaba como una hoja.

—Menos mal que mi hijo se marcha de esta casa. — Los ojos de Marguerite lanzaban cuchillos —. Estamos muy decepcionados contigo, Emily. Solo espero que esto haya sido una estupidez infantil y no que vayas a convertirte en una perdida como…

Connor sacudió el periódico con firmeza y Marguerite se giró automáticamente a mirarlo. La madre de Reece respiró hondo para recuperar la compostura antes de volver a hablar.

—Espero que no se vuelva a repetir un acto tan denigrante como este, Emily. O tendré que tomar medidas drásticas contigo. ¿Me has entendido?

La joven no pudo ya retener las lágrimas. ¿Por qué se ensañaban con ella de ese modo? ¿Tan mal estaba lo que habían hecho? Reece y ella se querían, iban a casarse algún día…

—Lo siento —dijo bajando la cabeza —. Queríamos… Reece se marcha para mucho tiempo y…

—Para siempre —dijo su madre, rotunda —. ¿Entiendes, Emily? Si las cosas salen como esperamos, Reece no volverá nunca. Así que, ve haciéndote a la idea. Y ahora sal de aquí, no quiero verte hasta mi regreso.

Emily obedeció sin protestar. Antes de salir por la puerta, se volvió a mirarlos un instante. Marguerite le daba la espalda, pero Connor tenía sus ojos clavados en ella. Había sido él, él los había delatado. Qué ingenuo era Reece al pensar que su hermano había cambiado después de la muerte de *Rockett*. A ella no iba a engañarla, seguía siendo el mismo de siempre. Salió del salón conteniendo el impulso de dar un portazo.

—Emily, cariño, tienes que reponerte — dijo su madre —. Los dos sabíais que esto iba a pasar.

—Sí mamá, pero lo echo tanto de menos…

—Lo sé, mi pequeña, lo sé — dijo Imogen con tristeza.

—¿Qué voy a hacer hasta que vuelva?

La abrazó y la acunó contra su pecho como cuando era pequeña.

—Sé que lo quieres mucho, Emily. Os criasteis juntos. A veces los sentimientos nos confunden. Pero ahora lo importante es que Reece se labre un futuro con sus abuelos en Francia, así podrá tener todo lo que desee.

—Pero él nunca ha querido nada de eso — dijo apartándose para mirarla a los ojos —. Reece sueña con viajar por el mundo, quiere ser un aventurero. Como yo. Todos creéis que no va a volver, pero volverá, mamá, volverá a buscarme y nos iremos juntos a América.

Imogen le cogió la cara con las manos y la miró muy seria.

—Emily, no debes decir estas cosas delante de nadie. Sé que crees que no hay nada de malo en lo que dices, pero hay gente que tratará de hacerte daño si les das la oportunidad. No debes darles argumentos para que puedan hacerlo.

Volvió a abrazarse a su madre, apoyando la mejilla en su pecho. Sabía muy bien a quién se refería. Ese maldito Connor… ¿Por qué tuvo que verlos precisamente él cuando se besaron? ¡Qué humillante fue tener que escuchar la reprimenda de la señora Darwood!

—Reece y tú no pertenecéis a la misma clase. — Su madre repitió las palabras que había dicho Marguerite, como si supiese en qué estaba pensando —. Nosotras vivimos aquí, pero no somos parte de esta familia. Tu padre era Brian McLoughlin, un simple minero, no lo olvides. Si los Darwood no nos hubieran acogido cuando tu padre murió, nos hubiéramos muerto de hambre y tú no tendrías la vida que tienes. Jamás habrías podido leer esos libros que tanto te gustan, ni

habrías conocido a Reece. No debes olvidar nunca cuál es tu sitio, Emily. Estas personas que tanto bien te han hecho, podrían quitártelo todo de un plumazo.

Se apartó de su madre, se limpió las lágrimas y la cogió de la mano para llevarla hasta el sofá. Estaban en el salón Alfredo, que se llamaba así por el retrato de Alfredo el Grande, rey de Wessex, que presidía la estancia. La familia no lo utilizaba casi nunca, por eso la había llevado allí.

—Dejemos de hablar de ellos — pidió Emily —. Háblame de papá. Cuéntame cómo le conociste.

Imogen sonrió, aunque sus ojos se cubrieron con el velo triste que caía siempre que hablaba de él y recordaba tiempos pasados.

—Yo lo había visto muchas veces en la iglesia y también por los alrededores de la mina. Para serte sincera, no me gustaba nada. Era hosco y nunca miraba de frente. — Sonrió con ternura al ver el brillo en los ojos de su hija —. Un día, al salir de la iglesia, me siguió. Yo siempre iba escopeteada a todas partes, ya sabes, corriendo como haces tú. Vi que me seguía a una distancia prudencial, ni se acercaba ni se quedaba atrás. Me puso tan nerviosa, que me paré a la altura de la granja de los Linford y lo abordé de frente.

—¿Era guapo?

Su madre asintió.

—Muy guapo —respondió apartando un mechón de pelo del rostro de su hija —. Tú te pareces mucho a él.

—¿Cómo lo supiste, mamá? ¿Cómo sabías que era el hombre de tu vida?

Imogen se encogió de hombros.

—No lo sé, hija. —Apartó la mirada con cierta turbación y Emily pensó que era por timidez —. Yo era joven y no tenía experiencia, aunque te aseguro que no tenía el aspecto que tengo ahora.

Su hija la abrazó con ternura.

—Ahora eres guapísima, mamá. No digas esas cosas.

Imogen se quedó pensativa unos segundos, jugando con el cabello de su niña.

—¿Cómo fue la primera vez que te dijo que te amaba?

—No sé siquiera si me lo dijo alguna vez — murmuró la mujer, pensativa —. Brian McLoughlin era de hacer, no de decir.

Enmudeció de repente, perdida en quién sabe qué pensamientos. Después de unos segundos en silencio, depositó un beso en la frente de su hija.

—Dejemos la charla que tengo muchas cosas que hacer — dijo poniéndose de pie —. Prométeme que tendrás cuidado con los señores y no volverás a decir esas cosas de Reece.

Emily asintió, desconcertada y molesta. Imogen acarició su cabello mientras rogaba al cielo porque algún día conociese a un buen hombre, alguien capaz de enfrentarse a todo y a todos por ella. Porque, si de algo estaba segura, era de que ese hombre no sería Reece Darwood. Jamás lo permitirían.

Capítulo 4

Connor estaba de pie frente al alto ventanal de la biblioteca. Miraba al exterior con aquella perversa imagen ardiéndole en los ojos. No era la primera vez que lo veía, pero en esa ocasión le había resultado aún más repulsivo y despreciable. Se había quedado frío e inmóvil, parado en la puerta y su padre lo había mirado con aquella expresión tan suya, burlona y despiadada. No entendía cómo había sido capaz de cerrar la puerta con sigilo y regresar sobre sus pasos sin emitir el menor sonido.

La puerta de la biblioteca se abrió y Connor se giró con expresión iracunda, dispuesto a echar a quien fuese que quisiera importunarlo. Emily entró sin prestarle atención, con su mentón levantado y aquella expresión arrogante con la que siempre se mostraba ante él. Resultaba sorprendente que, con solo once años, fuese capaz de mostrar tanto orgullo.

—He venido a por un libro, me iré enseguida — anunció la niña sin detenerse.

—Deberías llamar antes de entrar en una habitación.

Lo miró frunciendo el ceño.

—¿Quieres que toque a la puerta cada vez que vaya a entrar en algún sitio? Esta casa es muy grande, me pasaría el día golpeando las puertas.

—Se llama buena educación — dijo muy serio.

Emily apretó los labios. Estaba enfadada con él porque había roto la tregua que mantenían desde lo de *Rockett*. Después de la tragedia que supuso la muerte de su caballo, Emily hizo caso a Reece y se compadeció de él. También Connor pareció dejar su fijación con ella y los dejó en paz, así que su relación pasó del odio acertado a una indiferente cortesía. A Emily le costó mucho aceptar que James hubiese sacrificado al caballo porque estuviese enfermo, había visto a Connor galopando con él esa misma mañana y no parecía tener ningún problema de salud.

—La costumbre de llamar a las puertas puede evitarte más de un disgusto — insistió Connor, sacándola de sus pensamientos.

—Me parece una estupidez y una pérdida de tiempo.

—Tú misma, pero deberías hacerme caso. Uno de los dos es más inteligente que el otro y los dos sabemos que no eres tú.

Emily volvió a apretar los labios, esta vez con más fuerza. Sabía que no le convenía pelearse con Connor, menos ahora que Reece no estaba en casa para defenderla, pero era tan prepotente…

—Tú serás más inteligente, pero no vives aquí y yo sí. Tú tienes que llamar a las puertas porque solo eres un invitado.

El joven soltó el aire por la nariz con una sonrisa burlona.

—Haz lo que te plazca, yo te he avisado.

—Gracias, guardaré tu consejo en el cajón de las cosas que no me importan.

Soltó una carcajada mientras se mostraba sorprendido.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

—¿Así cómo?

—Así, como una arrabalera.

—Prefiero ser una arrabalera, que una presuntuosa arrogante como tú.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan desagradable conmigo?

—¿Porque eres horrible?

Si había algo que Emily McLoughlin no tenía, era contención en cuanto a sus opiniones sobre él, así que no le sorprendió en absoluto.

—No eres muy lista —dijo con expresión cínica —. Si lo fueras, serías amable conmigo y así podrías pedirme que te ayudase con el piano y con las matemáticas.

Los ojos de Emily hicieron chiribitas, sintiendo cómo la tentación escalaba por su nuca.

—No, gracias —dijo más rápido de lo que pudo pensar —. Me voy a leer.

El joven se movió lo suficiente como para interceptarle el paso.

—No me apetece estar solo y me temo que no tengo a nadie más que a ti para entretenerme, así que… te quedas — dijo cruzándose de brazos.

—Tu padre está en su despacho — dijo, molesta —. Ve a importunarlo a él.

La niña medía aproximadamente un metro cuarenta de estatura, mientras que Connor había alcanzado ya el metro setenta y cinco. Emily estaba lo bastante cerca como para tener que levantar la cabeza para mirarlo y sabía que Connor disfrutaba de su evidente superioridad física. Estaba claro que no iba a dejarla marchar, así que tenía dos opciones: se metía en problemas con él o esperaba sentada a que se cansara de verla leer. Se dio la vuelta y caminó hasta el sofá para sentarse. Abrió el libro que había ido a buscar y se dispuso a leer. Connor frunció el ceño admirado, resultaba sorprendente la enorme constancia de aquella cría en intentar sacarlo de quicio.

—He visto tu composición.

Ella levantó la vista del libro y por su rostro pasaron vertiginosas expresiones de lo más reveladoras. ¿Se la había dejado en el piano? ¡Oh, no! ¡Se la había dejado en el piano!

—Debo decirte que es muy original — siguió él haciendo caso omiso de su terror al verse descubierta. Empezó a tararear la música con su profunda voz de barítono —. No sabía que te gustase componer.

—No deberías coger lo que no es tuyo — musitó ella enfadada.

—Estaba sobre el piano —dijo él mirándola con una de sus cejas levantadas —. Ni siquiera supe que era tuya hasta que terminé de leerla.

La muchacha tuvo un instante de vanidad. Connor era un excelente pianista y le habría gustado oírlo tocar su música. Cuando se cayó y se rompió el dedo, todos en la casa temieron que no pudiera volver a tocar, pero no tardó en demostrar que se equivocaban. Connor Darwood no se rendía ante nada, de eso estaba segura.

—Deberías ajustar un poco el tempo en la segunda parte. — Connor tarareó las notas a las que se refería, pero con sus arreglos.

Emily no disimuló su admiración, pero mantuvo la boca cerrada.

—Podrías recibir clases de música con el señor Mansfield — siguió él —. Yo podría hablar con Marguer…

—No —lo interrumpió rotunda.

Connor frunció el ceño.

—No quiero que les digas nada de lo que hago.

La miró con mayor atención y una sonrisa se fue dibujando en sus labios.

—Si no se fijan en ti, te dejarán hacer lo que quieras.

Fingió volver a su lectura, pero sentía los ojos de Connor clavados en ella y eso la ponía muy nerviosa. El joven la estudió con interés. Era una criatura despreocupada que no dedicaba la menor atención a su atuendo. Llevaba el cabello rizado y suelto, sin adornos. Sus vestidos eran siempre de tonos marrones y grises. Se preguntó si no sería para no tener que preocuparse por las manchas de barro. La había visto saltar desde la rama de un árbol sujetando dos grandes cometas, una en cada brazo, a modo de alas. Había notado que para que la caída fuese menos brusca, solía hacerlo después de que lloviese, cuando la tierra estaba mojada y barrosa. Recordó que de niña le encantaba pisar en los charcos y las veces que lo había puesto perdido…

Emily levantó la mirada para comprobar que seguía observándola y Connor inclinó ligeramente la cabeza, ensimismado.

«¿Siempre habían sido tan claros sus ojos?». Se preguntaba.

Claros y acuosos. Sus pómulos eran aún muy redondeados, vestigio de una infancia que aún no había dejado atrás del todo. Se la podía considerar hermosa, ingenuamente hermosa, pero nada comparado con la belleza que florecería cuando sus facciones se estilizasen y su cuerpo emergiese de aquella figura infantil.

La niña se dio cuenta de que las mejillas de Connor se habían coloreado y frunció el ceño desconcertada. ¿Qué pensamientos lo habrían turbado de ese modo? Se llevó el dedo a los labios, como solía hacer cuando se preguntaba algo a sí misma.

—¿Qué harás cuando seas el dueño de Newley? — lo interrogó.

La expresión de Connor cambió por completo, ahora tenía el aspecto de un halcón que vigila a su presa.

—Falta mucho para eso. Mi padre es un hombre fuerte, probablemente viva muchos años.

—Pero algún día ocurrirá —insistió Emily.

—Quizá yo muera antes que él — dijo con cinismo —. ¿Te gustaría, Emily? De ese modo, Reece heredaría todas las propiedades y podría vivir aquí.

La niña apartó la mirada, incómoda.

—Estoy seguro de que te alegrarías si me cayera del caballo y me rompiese el cuello. No te sientas mal, no te culpo.

—No me alegraría de tu muerte — dijo ella rápidamente —. Aunque seas mi persona menos favorita del mundo.

—Emily, la sincera —enunció—. Deberías saber que en esta vida no es muy conveniente decir siempre la verdad.

—No me gusta que la gente mienta y no voy a hacer algo que detesto.

—Hay una diferencia muy sutil entre mentir y no decir toda la verdad. A veces hay que callarse cosas, pero ya lo aprenderás cuando crezcas.

Ella no dijo nada, pero siguió mirándolo con aquella ingenua soberbia que mantienen los que creen que lo entienden todo.

—¿Qué lees? —preguntó interesado.

—*Philosophiae naturalis principia mathematica* — respondió orgullosa.

—¿Isaac Newton? ¿Cómo vas a estar leyendo tú a Newton?

Le mostró la primera página del libro y Connor se inclinó hacia delante para asegurarse de que sus ojos no lo engañaban.

—Es imposible que entiendas lo que estás leyendo. A mí me costó entenderlo y tengo un buen profesor.

Emily rehuyó su mirada y Connor sonrió.

—No has comprendido ni un solo concepto, ¿verdad?

—Lo leeré tantas veces como sea necesario, hasta que entienda cada idea. Es una cuestión de tiempo y yo lo tengo.

Connor no pudo evitar sentir admiración por su vehemencia y convicción.

—Puedes utilizar el sistema de Newton — aconsejó —. Escribía lo que no quería olvidar. Por ejemplo: cuando estudiaba cualquier libro, escribía el primer capítulo y antes de escribir el segundo, volvía escribir el primero. Antes del tercero, repetía el primero y el segundo, y así sucesivamente. Si haces eso, acabas memorizando el libro entero y algún día todas esas palabras cobrarán sentido para ti.

—¿Así lo haces tú? —preguntó Emily, olvidando por un momento con quién estaba hablando —. ¿Memorizas todo lo que estudias? Reece siempre dice que tienes una memoria prodigiosa y por eso siempre tocas las piezas de Chopin sin partitura.

—No. —Negó con la cabeza—. Tengo facilidad para recordar, pero no memorizo todo lo que estudio.

—¿Qué más sabes del señor Newton? — preguntó abrazando el libro y poniendo toda su curiosa atención en él.

—Pues… que era un cascarrabias.

—Mira, como tú —se burló ella.

—Que nunca tuvo amigos.

—También como tú. —Sonrió perversa.

—Su madre se quedó viuda antes de que él naciera y cuando quiso volver a casarse, lo abandonó dejándolo con sus abuelos. El reverendo con el que se casó no quería cargar con el bebé de otro hombre y se lo impuso como condición.

Emily se mordió el labio, incómoda.

—Ya ves que en eso no nos parecemos el señor Newton y yo, mi madre no me abandonó.

Lo dijo de un modo que a Emily se le puso el vello de punta.

—¿Qué madre abandonaría a su hijo por propia voluntad? — dijo ella con voz calmada —. Yo no conozco a ninguna. Incluso la señora Bradford, que se pasa el día despotricando de Henry y de Tom, dejaría antes al señor Bradford que a ninguno de ellos.

—Quizá algunos hijos estarían mejor si sus madres los abandonaran.

Emily percibió de nuevo aquel estremecimiento y por un breve instante se sintió conmovida.

—Newton no debería haber permitido que lo que hizo su madre definiera la clase de persona que era. Nadie debería. Podría haber tenido amigos, haber encontrado la felicidad, era su derecho

y también su deber.

—¿Deber? ¿Crees que las personas tenemos la obligación de ser felices?

—Por supuesto. ¿Qué sentido tiene la vida si no?

Connor la miraba desconcertado y con la sensación de estar ante una anciana y no ante una niña de once años.

—Un corazón herido no puede bombear sangre — dijo poniéndose serio.

—Pues es estúpido esforzarse en dañarlo aún más. Lo que debe hacer es amarse, amarse mucho para poder curarlo. A veces hay que ser egoísta, lo leí en un libro — dijo Emily poniéndose de pie y caminando hasta la estantería. Le ofreció el libro al que se refería.

Connor miró el título.

—¿*Moral a Nicomano*, de Aristóteles? — Negó con la cabeza sin dar crédito —. ¿Has leído a Aristóteles?

—Es el único modo que tengo de aprender — dijo Emily volviendo a sentarse —. Y aquí hay muchos libros.

—A mí nunca me gustó mucho la filosofía — dijo él —. Prefiero las matemáticas.

—Pues debería, ayuda a entender a los seres humanos.

—¿A ti te ha ayudado a entenderme, Emily? — Él mismo negó con la cabeza —. Si Newton no hubiese sido un cascarrabias solitario, probablemente no habría descubierto la teoría de la gravedad…

—Eso no lo sabes —dijo ella desafiante —. Y, aun así, ¿eso es lo que importa de verdad? ¿Crees qué si le hubiesen dado a elegir tener una vida como la que tuvo o ser plenamente feliz y sintiéndose querido, habría elegido la primera?

Connor no salía de su asombro.

—Ojalá todo fuera tan simple — sentenció él.

—Lo es —afirmó ella con arrogancia.

—No, no lo es, Emily —dijo muy serio —. La vida no es tan sencilla para todo el mundo, ¿sabes? No todos tenemos como única preocupación escoger el próximo libro que vamos a leer.

Emily sintió que el rubor calentaba sus mejillas.

—Puedes irte si quieres —dijo Connor, evidentemente molesto.

Emily frunció el ceño sintiéndose desairada. Se levantó y caminó hacia la puerta con paso lento, como si esperara que él la detuviese y le pidiese que volviera, pero Connor no dijo una palabra. Así que salió de la biblioteca y cerró la puerta con cuidado.

Marguerite esperaba a que Imogen sirviese el té sentada en el sofá del salón Dupont, al que había puesto ese nombre por el reloj que se trajo de París cuando se casó y que seguía sobre la repisa de la chimenea. El ama de llaves se dio cuenta enseguida de que su estado de ánimo había empeorado con respecto a los últimos días, concretamente desde que recibió la carta de Reece en la que le explicaba que tampoco iría a visitarlos ese año.

«La herida abierta que vuelve a sangrar». Pensó la sirvienta.

Cuando el té estuvo servido, Marguerite cogió la taza con mano temblorosa y una lágrima se escapó por la comisura de su ojo.

—El tiempo pasa muy deprisa — dijo Imogen de pie frente a ella.

—¡Ay, Imogen! —Suspiró—. Si al menos pudiera ir yo a verlo… Te juro que estuve tentada de quedarme en París cuando lo acompañé hace un año, pero James me habría ido a buscar y me habría arrastrado hasta aquí.

—El señor no puede estar… sin usted — dijo el ama de llaves con las manos juntas en su regazo.

—Sé que esto es lo mejor para Reece — siguió Marguerite, ignorando su comentario —. Pero él era la alegría de mi vida, no sé cómo sobrellevarlo. Tú no lo entiendes, Imogen, tu hija siempre estará contigo.

—Algún día se casará y vivirá su vida.

Marguerite la miró repentinamente ilusionada, aunque sus ojos seguían acuosos y tristes.

—Tienes razón, tenemos que encontrarle un buen marido — dijo Marguerite —. Un hombre bueno. ¿Has pensado en alguien? A mí puedes contármelo, sabes que la ayudaré en lo que pueda.

—No quiero que se case con un minero. Ni con un borracho. No quiero que pase por… eso.

—No seas tonta, Imogen. Lo que te pasó a ti no tiene por qué pasarle a tu hija — dijo Marguerite —. ¿Qué te parece Henry, el hijo del molinero? Yo creo que al muchacho le gusta, no hay más que ver cómo la mira y ella se ríe mucho con él.

—Es un buen muchacho, pero no creo que a Emily…

—Todavía es una niña, no piensa en esas cosas. Para eso estamos nosotras, ¿verdad? Vigilaré a ese muchacho, ya lo creo que sí.

Marguerite se quedó prendada del fondo de su taza vacía, como si pudiera contarle algo.

—¿Quiere más té? —preguntó Imogen cogiendo la tetera para servirle.

—No, gracias, es suficiente. Debo ir a ver a Connor y asegurarme de que lo tiene todo preparado. ¿Te das cuenta, Imogen? Connor también se marcha y no volverá en mucho tiempo. Todos se van. — Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos un instante —. Aún me acuerdo cuando estropeó aquella preciosa mesa. Reece nació dos días después. Entonces era un niño pequeño y resentido.

—Ahora es un muchacho juicioso que va a ir a la universidad.

—¿Lo escuchaste? —Marguerite miró a su ama de llaves con una expresión desquiciada —. Tuviste que escucharlo, gritaban como locos.

Imogen sabía que se refería a la discusión que mantuvieron dos días antes Connor y su padre en el despacho, en la que el muchacho le gritaba que no volvería en verano al año siguiente.

—¿Crees que es cierto? ¿Qué James hizo… eso?

—No lo sé, señora. El caballo parecía estar bien…

Marguerite se retorcía las manos con nerviosismo.

—Estaba bien, estaba bien — repitió asintiendo —. Connor nos odia, nos odia con razón. A todos. Ha sufrido mucho mucho, Imogen. No sé cómo se tiene en pie.

—No diga eso —pidió Imogen.

Marguerite la miró con atención, como si quisiera leer en su rostro.

—¿Tú la conociste? A Elizabeth. ¿Es tan… bella como dicen?

Imogen asintió con incomodidad.

—Solo tiene que mirar a su hijo. Connor se parece a su madre.

—Connor es muy guapo —afirmó Marguerite pensativa —. Aunque tenga el aspecto fiero de un pirata con esa mirada intensamente azul y ese pelo negro azabache.

—Señora… —Sonrió Imogen—. No creo que usted haya visto a muchos piratas.

—Tienes razón. Pero estoy segura de que este muchacho va a romper muchos corazones.

—Eso dice la señora Willman, la cocinera. Asegura que la señorita Williamson y la joven Patel se lo rifaban frente al patio de la iglesia.

—¿Qué más sabes de Elizabeth? — preguntó Marguerite de pronto, volviendo al tema anterior —. ¿Crees que era una mujer admirable?

—Bueno, yo no la conocía apenas — dijo la criada sin poder librarse de su incomodidad.

—Imogen, no me vengas con tonterías — dijo Marguerite malhumorada —. Si hay alguien a quien le debes lealtad, es a mí. Esta conversación no va a salir de aquí y no vas a dejarme con la incertidumbre.

—¿Qué quiere que le diga? Era una mujer un tanto siniestra. Al principio lo achacábamos a su juventud. — Dudó si continuar —. Ya sabe que las obligaciones de una esposa no son del agrado de todas. En el pueblo todo el mundo sabía de sus reticencias a… Ya me entiende.

—Sí, es cierto. Por eso James se divorció.

—Dicen que después de casarse se volvió huraña y que estaba mal de los nervios.

—Sí, eso también lo sé —confirmó Marguerite retorciéndose las manos —. La señora Willman me dijo una vez que tenía ataques de furia contra el servicio, en especial contra las criadas jóvenes. ¿Sabes si hubo alguien especial en aquella época? Me han hablado de la hija de una lavandera…

Imogen sonrió, aunque sus ojos permanecieron serios.

—Eso no es un buen dato, señora. Muchas hijas de mineros se dedican a lavar la ropa de los señores.

—Tú también, ¿verdad?

—Claro, señora —afirmó Imogen sin variar un ápice su expresión —. Casi todas las jóvenes lo hemos hecho alguna vez. Era eso, o trabajar en los telares, ya que a las mujeres no nos dejaban bajar a la mina.

Marguerite asintió. Conocía bien a su marido y sabía que no habría joven que le interesara que no hubiese conseguido, ya fuese hija de una lavandera o de una marquesa.

—Gracias, Imogen, puedes retirarte — dijo terminando la conversación.

Marguerite la siguió con la mirada mientras caminaba hacia la puerta. Observó sus pasos ligeros, su cintura estrecha y el sonido que hacían sus enaguas al moverse. Emily se parecía a ella, aunque tenía el porte elevado de una jovencita que se ha criado entre personas de una clase superior. ¿O era otra cosa? Sintió que un escalofrío recorría su espalda.

Capítulo 5

Durante el primer año, Emily alimentó la ausencia de Reece como se alimenta a un dragón que nos espanta y nos seduce al mismo tiempo. Paseaba por los lugares en los que habían estado juntos y, allí sentada, en una roca o sobre la arena, se abrazaba a sus rodillas y dejaba que su mente la torturase con recuerdos incesantes, convencida de que el dolor era la única emoción que lo mantendría a su lado.

Debía pasar el duelo, había dicho su madre, como cuando se muere alguien a quien quieres. Y Emily lloró como lloran los que aún son niños; con rabia y pasión, creyendo que jamás olvidarán, que jamás se recuperarán de sus heridas, que jamás volverán a reír. Al principio se sentía como si le hubiesen arrebatado una pierna o un brazo, convencida de que su mundo se había hecho pedazos.

Después de eso las lágrimas no se secaron, pero sí se tranquilizó su ánimo. Reece no estaba muerto y un día regresaría a buscarla. Eso no hacía que estuviese menos triste, pero sí la ayudó a verlo todo con una perspectiva distinta. Decidió ocupar su tiempo de un modo más productivo y se enfrascó en la lectura y el aprendizaje de todo aquello que estuviera a su alcance. Los libros eran sus maestros y la observación su mayor aliada.

No le pidió ayuda a Connor. Pero cuando lo escuchaba tocar el piano, se colaba en el salón de música y lo observaba en silencio, fuera de su campo de visión. Analizaba cada uno de sus movimientos, los memorizaba y después los practicaba cuando nadie la veía. Pronto vio en la soledad a su mejor aliada, pues le permitía centrarse en aprender sin que nadie interfiriese.

Aquel año le dio la falsa sensación de que, en gran medida, podía gobernar su vida. Descubrió que le gustaba cocinar con la señora Willman y dedicaba las mañanas de los sábados a aprender a hacer sus platos. Por las tardes tomaba el té con su madre y, aunque al principio compartió con ella sus actividades y preocupaciones cotidianas, pronto descubrió que todo era mucho más sencillo si charlaban de otras cosas.

Pero de vez en cuando, la tristeza regresaba y hacía palpable su completa soledad. Como aquella mañana. Llevaba todo el año descontando los días para la visita de Reece al final del verano y la noche anterior se enteró de que ese acontecimiento no iba a producirse. Marguerite se lo soltó a bocajarro en medio del vestíbulo. Ni siquiera se detuvo cuando Emily no pudo contener los sollozos. Se mordió el labio al recordarlo, no quería llorar, eso la debilitaba y haría regresar la melancolía. Reece se lo advirtió en su carta:

«No nos hagamos ilusiones, Emily. Ya sabes que mi abuelo ha dado su permiso a regañadientes…».

Caminó hasta la playa. Paseó durante casi una hora a lo largo y ancho de la cala y después se sentó en la roca en la que solía sentarse Reece. Era la que tenía mejores vistas. Aquel era su lugar favorito, el único en el que soportaba estar en ese momento y donde nadie la molestaba nunca…

—Sabía que estarías aquí.

Emily se puso de pie de un salto al escuchar la voz de Connor detrás de ella.

—Me has asustado —dijo irritada.

—¿Estabas llorando por el francesito?

—No lo llames así.

—¿Es porque no va a venir? — preguntó mirándola con sus profundos ojos azules —. Reece es un buen chico y no quiere disgustar a su abuelo. Seguro que ya ha adoptado muchas costumbres francesas. Como el acento… *Señoguita McLoughlin, ¿quiegue usted dagse un baño conmigó?*

—Deja de burlarte, estúpido — le espetó Emily limpiándose las lágrimas, enfadada.

Connor la miró con ironía.

—Huy, huy, huy, detecto el espíritu cascarrabias de Newton pululando por encima de nuestras cabezas. Vamos, quita esa cara de acelga, he venido a darte una alegría. No vas a tener que soportarme durante una larga temporada. Mi padre me ha dado permiso para que pase los veranos en Londres, mientras esté en Cambridge.

—¿No vendrás más? —preguntó limpiándose las lágrimas con gesto mecánico. Qué envidia le daba que él pudiese ir a la universidad.

—No hasta que acabe mis estudios. — Sonrió divertido —. Espera un momento… ¿No estarías llorando por eso? ¡Emily! No sabía que me querías tanto.

—¿Llorar por ti? —Se sorprendió al percibir un rastro de inseguridad en su propia voz.

Tuvo que reconocerse a sí misma que sí sentía cierta desazón. Aquel año Connor no la había molestado. Aunque, para ser justos, debería decir que la había ignorado por completo. Ni siquiera cuando se colaba en el salón para oírlo tocar el piano, mostraba el más mínimo interés en ella. Antes la habría echado con cajas destempladas.

—Ojalá ir a Cambridge te haga mejor persona — dijo algo forzada.

—Pues a Newton no le funcionó.

—Tú no eres Newton.

—No, desde luego.

—Si has venido a regodearte, ya lo has hecho, puedes irte.

—¿Regodearme, Emily?

Lo sintió muy cerca, a su espalda y Emily se estremeció.

—Vas a ir a Cambridge, algo que yo nunca podré hacer.

Connor se puso a su lado y miró hacia el mar también.

—Quién sabe. Quizá en el futuro las mujeres vayan a la universidad. Tú podrías ir al Girton College.

Emily lo miró dolida, sabía que jamás podría ir a la institución de la señora Emily Davies. Connor frunció el ceño al ver su expresión.

—¿No te parece suficiente? Tiene muy buenas profeso…

—Sabes que no me dejarían ir — lo cortó molesta —. No tengo dinero y he aprendido lo que sé por mi propio esfuerzo. Ni siquiera se me permite tener un profesor por lo que puedan

pensar los vecinos. Eres cruel, Connor, al tratar de darme esperanzas.

Se volvió hacia el mar y observó el ir y venir de las olas. Ahora, además de estar decaída, también se sentía frustrada. Ellos podían irse de allí, vivir aventuras, estudiar en un lugar tan maravilloso como Cambridge, mientras que ella se quedaría allí para siempre, con la única compañía de sus libros.

—El mundo es un lugar muy injusto — dijo Connor sin ninguna entonación —. Pensaba que ya te habías dado cuenta, Emily.

La niña no dijo nada y siguió mirando al mar. Sentía la agitación de las olas en su interior. Sus emociones la bamboleaban de la frustración a la angustia y sentía que no podría contener las lágrimas. Querría que Reece estuviese allí, querría poder decidir sobre su vida, querría…

—¿No vas a desearme buena suerte? Ya veo que sigo siendo tu persona menos favorita del mundo — dijo utilizando de nuevo ese tono burlón que a ella tanto la irritaba. Lo miró con soberbia y asintió.

Connor perdió un instante la compostura y la serenidad que había mantenido desde que apareció y Emily percibió una chispa de orgullo en sus ojos. También su espalda pareció enderezarse, como si alguien hubiese tirado de una cuerda atada a sus hombros.

—¿No puedes soportar a alguien que no te dice que sí a todo como hace Reece?

—Eso no es verdad —dijo Emily con brusquedad —. Reece no me dice que sí a todo.

—Como un corderito —afirmó Connor —. Jamás le vi llevarte la contraria en nada, ni una sola vez. Y no sé si es porque te tiene miedo, o porque no tiene opinión propia.

Emily lo miró furibunda, ahora sí que estaba enfadada. ¿Cómo podía criticar a su hermano? No le importaba lo que dijese de ella, pero que se metiera con Reece le resultaba imperdonable.

—Si no me llevaba la contraria, era porque estábamos de acuerdo en todo — dijo, con los ojos encendidos —. Tu hermano tiene sus propias opiniones.

—Que, curiosamente, siempre coinciden con las tuyas.

—Tener opinión no es ser malo con todo el mundo, ni ir por ahí haciendo daño a la gente.

—¿Te refieres a mis inofensivas bromas?

—¿Inofensivas? —Lo miró con rabia —. No hay nada inofensivo en ti. Disfrutas viendo sufrir a los demás.

—¿Cuándo he disfrutado yo de eso?

Su cinismo acabó con la poca paciencia de Emily.

—Cuando le contaste a la señora Darwood que nos viste aquí, por ejemplo. Te relamías de gusto, como las hienas antes de comerse a su presa.

Obviando el hecho de que Emily jamás había visto una hiena, Connor la miró sorprendido y desconcertado por aquel símil. Chasqueó la lengua varias veces al tiempo que negaba con la cabeza.

—Emily, Emily… las jovencitas no van por ahí besando a…

—¡Cállate! —le gritó—. Ese beso no era nada malo, Reece y yo nos queremos y algún día nos casaremos. No tenías por qué ir a contárselo a Marguerite y a tu padre, pero lo hiciste porque no soportas que nadie sea feliz, ¿verdad?

—Lo crees de verdad —afirmó Connor mirándola de un modo extraño —. Crees que Reece vendrá a por ti. Emily, eres mucho más ingenua de lo que pensaba. No tienes ni idea del mundo en el que vives.

—Oh, márchate de una vez —dijo, sintiendo que si lo dejaba hablar le arrebataría todas sus certezas.

—Lo mejor para ti es que te des cuenta cuanto antes de que, aunque mi hermano no vaya a heredar nada de la fortuna de los Darwood, sigue siendo hijo de su padre. Si sigues engañándote con la fantasía de que un día regresará a buscarte montado en su caballo blanco y que te llevará con él para vivir emocionantes aventuras, te vas a estrellar contra un muro de realidad, Emily McLoughlin. Un muro que te hará pedazos, créeme.

Emily parpadeó varias veces para aclarar su nublada visión y lo vio ante ella, firme como una roca y con aquellos ojos que contenían las profundidades del océano y la miraban con… ¡lástima!

—Eres odioso, Connor. ¿Por qué no me dejas en paz? — dijo temblando —. ¿Qué te he hecho para que siempre quieras hacerme daño?

—No pretendo hacerte daño, Emily — dijo muy serio —. Pero me da pena que seas tan ingenua.

—¡No quiero que sientas lástima por mí! — exclamó furiosa —. Tú eres el único digno de compasión, todo el mundo quiere a Reece mientras que a ti te desprecian.

—Hablas de «todo el mundo» como si fueses su emisaria.

—Todo aquel que te conoce, te detesta — insistió irracional —. Nadie en Newley movería un dedo por ti.

Connor mantenía aquella expresión tan suya, mezcla de burla y superioridad. Y Emily sintió un intenso dolor fruto de sus inconfesables miedos. Y el dolor le dio fuerzas, pero no cordura.

—Escuché hablar a los mineros. — Mintió, cegada por la rabia —. Temen el día en que te hagas cargo de las posesiones de tu padre porque creen que serás un amo cruel, vengativo… y cobarde. Todos saben que te aterra la oscuridad y que por eso no has bajado jamás a la mina. ¿Cómo van a confiar en alguien tan cobarde?

Connor empalideció hasta provocar que sus ojos se encendieran como dos luminarias. El torrente helado que circulaba por sus venas lo dejó paralizado. Su hermano, la única persona en la que creía poder confiar, lo había traicionado. Solo él conocía su secreto, solo él podía habérselo contado a todos…

«Emily nunca miente. Emily nunca miente».

—Siempre dices que te importa Reece, pero no es verdad — siguió ella sin percatarse de que las lágrimas le habían ganado la batalla. Quería que el dolor se calmase, pero seguía arañándola sin compasión —. Si te importase, no habría tenido que marcharse, podrías haberle prometido la mitad de tu herencia. Él lo habría hecho, lo habría hecho por ti.

—Si fuese tan sencillo…

—Reece no se hubiese marchado, habría aceptado cualquier cosa que tú le hubieses ofrecido…

—No hay duda de que me odias — dijo él con voz serena.

—¡Sí, te odio! Te odio con todo mi corazón.

Connor se apartó para dejarla pasar cuando echó a correr. Los sollozos la desgarraban por dentro y sentía un dolor tan intenso, que creyó que la partiría en dos. Era consciente de que le había dado una estocada cruel al mencionar una debilidad contra la que luchaba desde niño. Una

debilidad que había conseguido ocultar a todos los que vivían en Newley House durante años y que le confesó a su hermano dos días después de la muerte de *Rockett*.

Pero lo único que Emily podía sentir en ese momento era furia, una furia que no sabía que tenía dentro. Connor se merecía todo lo que le había dicho. Pero entonces, ¿por qué se sentía tan culpable? ¿Por qué había dicho aquellas mentiras tan horribles? Solo una vez escuchó a un minero hablar de él y lo que dijo fue que tenía mejores ideas que su padre. ¡Había mentido para hacerle daño! ¿En qué la convertía eso?

Se detuvo exhausta, con el corazón latiéndole desbocado y una presión insoportable en los pulmones. Miró hacia atrás, ¿cuánto había corrido? ¿Tres, cuatro millas? Seguía sintiendo aquel peso en su ánimo. Reece no se lo perdonaría, le hizo prometer que jamás hablaría de su secreto. ¡Y ella se lo había lanzado como una piedra! Reece no debería habérselo contado, debería haber sabido que ella no era de fiar. Contuvo un grito de desesperación, había faltado a su palabra. Había mentido deliberadamente.

Caminó dando vueltas durante un buen rato, con las manos en la cintura y tratando de conseguir oxígeno para sus pulmones. Debía disculparse, era lo justo. Le diría la verdad, que le había mentido y luego le pediría perdón por mencionar… lo otro. Aguantaría todo lo que él quisiera decirle. Si la insultaba, se mostraría humilde y agacharía la cabeza. Se lo merecía y debía darle la oportunidad de ponerla en su sitio.

Se calmó antes de regresar. Iba a demostrarse a sí misma y a Connor Darwood que era capaz de aceptar las consecuencias de sus actos. Cuando llegaba frente a la casa, vio a Ritson en la puerta y a lo lejos un carruaje que se alejaba.

—¿Quién va en ese coche? —preguntó.

—El señorito Connor —dijo el mayordomo antes de girarse para entrar en la casa.

—No… —musitó Emily consternada. Pero un suspiro de alivio se escapó entre sus labios sin que pudiera contenerlo.

La ausencia de Reece había sido palpable en cada rincón de Newley House. Todos sabían que era un muchacho alegre y que siempre estaba dispuesto a mantener una conversación interesante, a jugar con su padre al ajedrez o a probar las delicias que Imogen preparaba especialmente para él. Pero cuando llegó de nuevo el verano y Connor no se presentó, Emily tuvo que enfrentarse al hecho de que también sentía su falta.

De la sala de música ya no emergían las notas vibrantes de la barcarola de Chopin o las suaves melodías de Tchaicovsky, atrayéndola como un conjuro mágico. Cuando entraba sigilosa en la biblioteca no estaba allí para mirarla con aquella expresión burlona en sus ojos azules y tampoco lo veía salir de las cuadras todas las mañanas, montado sobre alguno de los caballos para alejarse veloz hacia el horizonte.

Emily, mirando por la ventana de la biblioteca con la barbilla apoyada en su mano y la mirada fija en la entrada de las cuadras, recordó el día que su padre le trajo a Connor el nuevo caballo. Hacía una semana de la muerte de *Rockett* y James Darwood apareció tirando de las riendas de un precioso y brillante corcel negro. Connor no estaba fuera con ellos y Reece fue en su busca, creyendo que le alegraría el regalo. Connor apareció en la entrada de la casa y miró a su padre con una expresión indescriptible.

«Mira lo que te he traído, hijo». Había dicho su padre con una enorme sonrisa. «¿Qué te parece si lo llamamos *Rockett*?».

Emily no había vuelto a pensar en aquel día, lo había olvidado a propósito porque eran momentos inquietantes y oscuros que no podía entender. Connor se acercó a acariciar al caballo y Emily recordó que los ojos de Reece se llenaron de lágrimas.

«No lo quiero». Había dicho Connor sin la más mínima expresión en su voz.

Y volvió a la casa sin decir nada más. Ahora, al recordarlo, Emily se dio cuenta de un detalle que había obviado en sus recuerdos. El rostro de James cuando Connor se fue. No era la expresión de un padre decepcionado, tampoco la de uno triste. Era una expresión de triunfo.

Connor no volvió a tener un caballo propio, montaba el que estuviese libre sin que hubiese uno preferido para él. Emily pensó que quizá lo hacía para protegerlos, como si temiera que corriesen peligro por pertenecerle.

Pensó en la carta que le había escrito a Reece la noche anterior y que había dejado sobre la bandeja para que la llevasen al correo. Había estado a punto de enviarla varias veces, pero no se decidía a hacerlo, temerosa de lo que él pensaría al leerla. Le contaba en ella la conversación que había mantenido con Connor sin obviar el más mínimo detalle. Sabía que a Reece le dolería su indiscreción, quizá se sentiría traicionado. Salió de la biblioteca y corrió hasta la mesita del vestíbulo, rogando mentalmente porque Ritson aún no hubiese recogido las cartas. La vio sobresaliendo por debajo del resto del correo, había sido la primera en levantarse, como todas las mañanas. Y no había nada más en la bandeja cuando ella la dejó allí. La cogió rápidamente y la escondió con disimulo, temiendo que alguno de los criados llegase en ese momento y la viese hurgando como una ladrona. Regresó a la biblioteca y después de cerrar la puerta, se apoyó en ella con los ojos cerrados y soltó el aire que se había acumulado en sus pulmones. Definitivamente, no estaba preparada para contárselo y mucho menos por carta. El día que confesara, lo haría frente a frente y aguantaría sus recriminaciones con estoicismo.

Abrió los ojos y se sacudió aquellos pensamientos, tenía cosas que hacer y no iba a perder más el tiempo en tonterías que no la llevaban a ninguna parte. Connor no estaba, Reece no estaba y lo que tenía por delante era un largo día de trabajo. Tenía que acabar el cortador de verdura que había diseñado para la señora Willman, para poder seguir con el agitador de viento, su mayor proyecto hasta entonces y al que le faltaba muy poco para poder utilizarse.

Tras la partida de Reece, Emily se centró en estudiar gramática, aritmética y música. Se interesó por la geografía, haciendo viajes imaginarios con los mapas que copió de un Atlas y descubrió que se le daba muy bien el dibujo. Tenía un fuerte dominio de la perspectiva, lo que le permitía hacer los planos de sus engendros mecánicos y trabajar luego sobre esos dibujos. Su técnica al piano también mejoró considerablemente. Ya no se avergonzaba de que la escucharan tocar y se acostumbró a que los Darwood la llamaran para amenizar sus reuniones cuando recibían visitas.

Después de que su «agitador de viento» sufriera un terrible accidente, provocando un enorme estropicio en el comedor, Marguerite le prohibió terminantemente seguir con sus artilugios. Emily tuvo que admitir su derrota, no podía seguir defendiendo sus virtudes como inventora. Descartó para siempre las alas cometa, el abrigo para el calor y la silla sin patas. Y decidió dedicarse a tareas más provechosas, para regocijo de todos los habitantes de Newley.

Se interesó entonces por la botánica y descubrió que el mundo natural aceptaba muy bien su inventiva. El señor Cleghorn, el jardinero al que bombardeaba a preguntas cuyas respuestas anotaba en un cuaderno, la enseñó a hacer injertos y eso exacerbó de nuevo su curiosidad. Experimentó con toda clase de plantas, tratando de darles colores o aspectos diferentes. Plantas del demonio, las llamó el jardinero.

—¿De verdad no es posible? — Imogen miraba a su señora con expresión interrogadora —. Nadie tendría por qué saberlo y eso dirigiría sus pasos hacia un lugar más provechoso. Se pasa el día con el jardinero, igual que antes estaba siempre con sus inventos. La música sería una buena ocu…

—Tu hija ya es demasiado difícil como para que le demos alas a sus locuras — la cortó su señora —. No voy a pedirle al profesor de música que enseñó a los hijos de mi marido que venga a darle clases a la hija de mi ama de llaves, ¿cómo se te ocurre? ¿Qué pensaría la gente?

—El profesor Mansfield es un hombre discreto, estoy segura de que se avendría a mantenerlo en secreto.

—No, Imogen. Ya te lo he dicho. — Negó Marguerite a punto de perder la paciencia —. No hay modo de mantener en secreto según qué cosas.

—Pues lo hemos hecho durante años…

Marguerite la miró con los ojos muy abiertos, sorprendida de que se atreviese a contradecirla.

—Lo siento —dijo Imogen bajando la cabeza —. No quería sonar impertinente…

—Ten cuidado, Imogen. No olvides que estás a mi servicio y puedo echarte de esta casa cuando me plazca. ¿Qué pasaría con tu hija entonces? No me gusta decirte estas cosas, pero últimamente estás desatada, mujer. Ya te he dicho que no voy a permitir que el profesor Mansfield le dé clases de música a Emily. ¿Qué pensaría todo el mundo? ¡Fue el profesor de mis hijos!

—Lo sé, lo sé. Discúlpeme, señora.

—Bastante peculiar es ya el trato que se le da a tu hija en esta casa. Por Dios, Imogen, es la hija del ama de llaves y se pasea por todas partes como si fuera mi hija.

—Discúlpeme por incomodarla, señora. — Imogen se dio cuenta del error tan grande que había cometido. Había puesto a su hija en evidencia y ahora los ojos de Marguerite estarían encima de ella —. No me haga caso, ha sido una bobada.

—Está bien —concedió Marguerite malhumorada —. Olvidaremos esta conversación. Bastante hago permitiendo que tu hija toque el piano delante de las visitas. No me pidas más, Imogen, no lo hagas o tendré que ponerla en su sitio. Sabes que debería ser una doncella más en esta casa, si la dejamos vivir como quiere es por Reece. Mi hijo me hizo prometer… — Se interrumpió al llegar a la puerta y se volvió antes de salir del salón —. Hemos cuidado de vosotras todos estos años, no lo olvides nunca, Imogen.

El ama de llaves se quedó sola en medio del salón y cerró los ojos unos instantes para recuperar la calma. Era tanto lo que había tenido que callar, tanto lo que soportar… Negó con la cabeza y se limpió una furtiva lágrima antes de que cayera. Hacía años que no lloraba, no podía permitírselo. Su hija era lo único que importaba, de nada servía autocompadecerse. Para una madre, sus hijos son su prioridad. Respiró hondo, se estiró el vestido y salió del salón.

Emily consiguió que la dejasen ocupar un pequeño salón situado en el ala oeste de la casa, una zona que nadie utilizaba por ser demasiado fría en invierno y calurosa en verano. Marguerite estuvo conforme, cualquier cosa con tal de ver desaparecer los cachivaches que Emily había acumulado mientras realizaba sus inventos y de los que la joven no se había deshecho aún.

Organizó allí una especie de escuela multidisciplinar en la que ella misma era profesora y alumna. Tenía una pequeña biblioteca y una enorme pizarra que le fabricaron Henry y Tom, los hijos del molinero, el señor Bradford. Además de un rincón en el que depositó los artilugios mecánicos que había fabricado mientras fue aprendiz de inventora y que ahora se llenaban de polvo sin que nadie les hiciera el menor caso.

Como mesa utilizaba un tablero de madera vieja sobre dos caballetes. Hasta que, quince días antes de su dieciseisavo cumpleaños, recibiera un precioso escritorio que Reece le enviaba desde París. Era una mesa alzada sobre cuatro patas torneadas. En la parte de la cintura estaba decorada con un trabajo de marquetería de motivos vegetales. Trató de no prestar atención a los comentarios de la madre de Reece, que mostraba su descontento por tan desproporcionado presente.

—Hay que reconocer que mi hijo tiene un gusto exquisito — dijo acariciando el grabado —. Pero este escritorio es mucho más extraordinario que el tuyo, James. Deberías cambiárselo a Emily. A ella no le importará, ¿verdad, Emily?

—Me gusta mi escritorio —dijo James, evitándole a Emily tener que responder.

Era ciertamente un objeto carísimo, digno de unas manos más apropiadas que las suyas. Pero era un regalo y debía aceptarlo con humildad y alegría.

Todas las noches después de cenar en la cocina, Emily acudía al salón Dupont para jugar una partida de ajedrez con el señor Darwood. Él mismo se encargó de enseñarla y estableció aquella partida como una cita ineludible. Marguerite, mientras tanto, bordaba en su bastidor un hermoso jarrón de hortensias.

—¿Qué tal tu escritorio? —preguntó James.

—Es precioso —dijo sincera—. Casi me da pena utilizarlo y no dejo de acariciar la superficie…

—Matarás el brillo —adujo Marguerite sin apartar la mirada del bordado.

—Tu madre estará contenta — comentó James moviendo uno de sus peones.

—Agradecida —dijo Emily moviendo el caballo.

—Es para estarlo —dijo Marguerite —. Imogen está preocupada, me lo ha dicho muchas veces. Le gustaría que Emily se interesara por cosas importantes y no por esas bobadas en las que ocupa su tiempo.

—¿A qué cosas importantes te refieres, querida? — preguntó James frunciendo el ceño. Aquel movimiento del alfil no se lo esperaba.

—Ella querría que pensara en casarse.

—¿No piensas en casarte, Emily? — Movió la torre y sonrió satisfecho. Veía el jaque en tres jugadas.

—No tengo nada que pensar — dijo, concentrada en el juego —. Reece volverá algún día…

—No deberías pensar en Reece de ese modo — dijo James mirándola con severidad —. Mi hijo tiene responsabilidades ineludibles que tú no puedes compartir, muchacha.

Emily cerró los ojos un instante y se recriminó por haber bajado la guardia. James aprovechó su turbación para poner a su rey en jaque.

—Deberías pensar en un muchacho trabajador, decente… y apropiado — dijo Marguerite —. Te he visto charlar con Henry Bradford y no parecíais llevaros mal.

La joven interpuso la torre para proteger al rey y ese movimiento despejó a su reina, que hizo jaque al rey blanco.

«Henry es un buen muchacho, sí. Pero ¿eso que tiene que ver?».

—¿Qué te parece, Marguerite? ¿Henry podría ser un buen candidato en el futuro? — preguntó James, consciente de que eso podía desconcentrar a su contrincante.

—Probablemente —confirmó su esposa con voz ligeramente tensa —. Aunque si Emily no ceja en su empeño de seguir estudiando, ese muchacho no se acercará a ella. Acabará ciega, encorvada y sola.

Enderezó visiblemente la espalda y levantó el mentón, orgullosa mientras movía su rey. Ella no estaba encorvada y tampoco ciega, veía perfectamente. James no pudo evitar una sonrisa cuando colocó la torre en G8.

—Jaque mate —anunció.

Emily entornó los ojos mirándolo con fijeza. Toda aquella charla solo había sido para desconcentrarla y ella había caído en la trampa como una estúpida.

Capítulo 6

David Rowlins llegó a Newley para sustituir al viejo doctor Alderman, que había sido el médico de la familia Darwood y que había muerto unos meses antes. El doctor Rowlins estaba recientemente casado y su joven esposa, Lucille, no encontraba en qué ocupar su tiempo. No conocía a nadie en Newley y era demasiado tímida para buscar nuevas amigas. Cuando Marguerite cayó enferma y requirieron los servicios del galeno, Emily se las ingenió para «encontrarse» con él y poder así interrogarlo sobre asuntos de su profesión en los que estaba muy interesada. Ya lo había intentado con el doctor Alderman, pero el viejo médico no era muy prolijo en palabras y lo agobiaba con su parloteo incesante. Por lo que había desistido de averiguar con su ayuda el funcionamiento del cuerpo humano.

Cuando Emily supo de la llegada del nuevo doctor, elaboró un minucioso plan para conseguir establecer contacto con el nuevo médico. Por suerte para ella, al doctor Rowlins le gustaba mucho hablar de su profesión, por la que sentía una verdadera pasión y no le puso ninguna pega para responder a sus numerosas e inteligentes preguntas. Emily pensaba que era el hombre más guapo que hubiese visto nunca, tenía unos ojos verdes como el mar de primavera y el pelo rubio y brillante. Sus dientes, perfectamente alineados, mostraban una sonrisa contagiosa y su voz era como el trino de los pájaros. El enamoramiento le duró apenas un par de semanas, justo hasta que conoció a la señora Rowlins.

—Mi esposa es muy joven y no recibe muchas visitas, así que estará encantada de tener a alguien con quien charlar — le dijo el médico después de invitarla a visitarlos —. Es una apasionada de la botánica y estoy seguro de que le encantaría tener una amiga con la que compartir su afición. Tengo muchos libros de anatomía y de otras vertientes de la ciencia, si de verdad te interesa aprender.

Al principio, Emily no se tomó muy en serio el ofrecimiento y se limitó a sacar el mayor provecho de las intermitentes visitas del doctor a Newley House para interrogarlo y tomar todas las notas que podía. Pero después de conocer a Lucille Rowlins, tuvo claro que aquel matrimonio sería su familia adoptiva desde ese momento. La dejaban utilizar el despacho del doctor. Él estaba casi todo el día fuera y cuando estaba en casa, lo último que quería era estar allí encerrado, prefería la entretenida compañía de su esposa.

Emily y Lucille se hicieron amigas enseguida, la esposa del médico era un terremoto de vitalidad y siempre estaba de buen humor. Conocía los nombres de todas las plantas y juntas revisaron los libros de botánica que Emily se llevó de la biblioteca de los Darwood.

—¿Y cuándo podré conocer a Reece? — preguntó Lucille mirándola con interés —. Tengo que juzgar por mí misma si todo lo que me has contado de él es cierto.

—Es cierto, yo nunca miento — afirmó Emily. Instantáneamente, su rostro cambió y se puso colorada.

—Vaya, vaya —dijo Lucille metiendo el dedo en el chocolate caliente para después llevárselo a la boca —. Así que te he pillado en un renuncio.

—Solo fue una vez y me arrepiento mucho de ello.

—Cuéntamelo, anda. Se te nota que es una espina que tienes clavada.

Emily dudó unos segundos, pero enseguida explotó como si hubiesen quitado el tapón de una botella de espumoso después de agitarlo con vehemencia. Le contó lo que había ocurrido con Connor y las cosas que le había dicho.

—Debías estar muy enfadada.

—Mucho, pero no es excusa para las cosas que le dije. Siempre ha provocado eso en mí, ¿sabes? Desde que recuerdo, siempre me ha hecho enfadar. Era como si lo hiciese a propósito, me pinchaba hasta que conseguía hacerme saltar. Nunca podía estar mucho tiempo en el mismo sitio que él. Reece dice que antes no era así, que cuando éramos pequeños nos cuidaba y a mí me gustaba estar con él.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé. Ni siquiera estoy segura de que sea como Reece lo recuerda, tiene debilidad por su hermano. Algo incomprensible.

Lucille la miró con atención.

—Si tan maravilloso es Reece y él cree que su hermano merece la pena, está claro que la equivocada eres tú. O Connor no es tan horrible, o Reece no es tan maravilloso.

Emily frunció el ceño.

—Reece es maravilloso.

—Entonces Connor no puede ser horrible o su hermano no lo defendería ante ti. Está claro que ese muchacho se ha empeñado mucho en hacerte creer eso de él. ¿El motivo? No lo sé, pero quizá la próxima vez que lo veas, deberías tratar de ver más allá de lo que él te quiere mostrar. Después de todo, es el hermano del joven con el que dices que te casarás. No querrás mantener esa guerra para siempre.

«—Mira, pequeño Reece, este es el monstruo de tu tío Connor…».

Emily se echó a reír a carcajadas. Lucille siempre la hacía reír.

—Tiene que haber algo… —dijo Lucille pensativa.

—¿Algo?

—Sí, debía tener algún motivo para comportarse así. — Se puso a caminar por el despacho de su marido con actitud reflexiva —. Si lo conociese, quizá yo habría… tengo facilidad para captar a las personas. David dice que tengo un don para leer en los demás lo que no quieren que vea.

Emily frunció el ceño.

—¿Eres bruja? —preguntó inocente.

Lucille la miró a través de sus largas y rizadas pestañas, y sonrió.

—¿Te daría miedo?

—Nnnnno, pero…

Su amiga rio a carcajadas al ver su turbación.

—No soy bruja. Emily, por Dios, tan solo tengo cierta sensibilidad con las personas. Por ejemplo: cuando te conocí, me di cuenta enseguida de que eres una persona singular. Sonreías todo el tiempo, pero en tus ojos hay un velo de tristeza que no se borra nunca. Al principio creí que sería por tu padre, por su ausencia, pero comprendí que no tenía nada que ver con él.

—Es por Reece —dijo Emily convencida.

Lucille negó con la cabeza.

—No, no es por él. —Se acercó a ella, que seguía sentada detrás del escritorio, se agachó y le cogió las manos mirándola a los ojos —. Es por ti. Vivir en esa casa, con una familia que no es la tuya… Te sientes… atrapada.

Emily frunció el ceño. No, ella estaba feliz de vivir en Newley.

—Te equivocas —dijo soltándose—. Los Darwood son como mi familia.

Lucille no dijo nada, se puso de pie mirándola con cariño. No quería importunarla ni hacerla sentir mal.

—Cuéntame lo del caballo con más detalle. — Pidió.

—Reece y yo estábamos en la salita de juegos que hay en la primera planta y oímos ladrar a los perros. Nos asomamos a la ventana para ver qué pasaba, los perros no solían ladrar así más que cuando había partida de caza y ese día no había ninguna organizada. Vimos al señor Darwood caminar apresurado hacia las cuadras, con una escopeta en la mano.

—Oh, Dios…

—Reece echó a correr y yo le seguí. Él corre más que yo, así que llegó antes de que su padre disparase. Pero cuando yo llegué, el caballo de Connor estaba en el suelo agonizando. Su padre le había disparado en la cabeza.

—Entonces Reece fue a buscar a Connor. Y tú le seguiste.

Emily asintió.

—Connor estaba de rodillas en el suelo de la biblioteca. Tenía la cara bañada en lágrimas, con una expresión… — Emily enmudeció.

—¿Nunca le habías visto llorar?

—Solo de rabia, pero aquello era otra cosa. Había un enorme dolor en su mirada, como cuando…

Emily calló de pronto, un recuerdo se había abierto paso en su mente.

—Hace mucho tiempo… Connor era un niño… — Se levantó y fue hasta la ventana para abstraerse de todo lo que la rodeaba y centrarse solo en las imágenes que había en su cabeza —. Reece y yo lo encontramos en el corredor de la primera planta, donde están las habitaciones. No recuerdo qué hacíamos, probablemente tratábamos de escondernos de la señora Britts, la niñera de Reece. Connor estaba con la cara escondida en el brazo que apoyaba en la pared. Sus sollozos frenaron nuestra carrera y yo me… abracé a él. — Emily se llevó una mano a la mejilla instintivamente.

—¿Lloraste al verlo llorar? — preguntó Lucille.

Emily asintió con expresión confusa.

—Sí —musitó—. Era muy pequeña, probablemente… no sé, tengo la sensación de que sentía mucho… afecto por él.

—¿Por qué lloraba?

—No lo sé, no recuerdo que nos lo contase.

—¿Y por qué lo has recordado ahora? — Lucille la miraba muy interesada.

—La expresión de su rostro era como la de aquel día, el día que murió *Rockett*.

—El día que el señor Darwood lo mató.

Emily la miró frunciendo el ceño.

—Estaba enfermo —dijo convencida.

—Antes me has contado que Connor había montado esa mañana y que lo viste regresar. ¿Te pareció que el caballo estuviese enfermo?

Emily tardó unos segundos en responder y después negó ligeramente con la cabeza.

—Nadie mataría a un animal tan noble sin un buen motivo. — Argumentó.

—No he dicho que no hubiese un motivo. Aunque, si lo hubo, no creo que fuese bueno. ¿Qué pasó entonces?

—Nos dijo que nos fuésemos, que no podíamos estar allí. Se enfadó mucho y nos gritó. Reece me cogió de la mano y me arrastró hasta la biblioteca. Nos quedamos allí hasta que la señora Britts nos encontró.

—¿Nunca le has preguntado por aquello?

Emily negó con la cabeza.

—Lo había olvidado por completo, pero debió de ser algo terrible porque ni siquiera cuando murió *Kannuck* se puso así.

—¿*Kannuck*?

—Su perro. Un beagle, juguetón y desobediente, que se cayó desde lo alto del acantilado.

Lucille frunció el ceño.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Pues no estoy segura, pero debió ser por la misma época que lo que te he contado… Espera — dijo reflexiva —. Recuerdo que cuando estábamos en la biblioteca, Reece dijo que ojalá *Kannuck* estuviese allí para consolarlo.

—Entonces el perro ya no estaba.

Emily negó con la cabeza para confirmarlo.

—Los niños lloran —dijo Lucille —. Pero todo lo que me cuentas me hace pensar que a tu Connor le pasó algo muy malo que lo convirtió en ese monstruo del que siempre me hablas.

—No es «mi Connor». Y no te hablo siempre de él — dijo Emily incómoda.

Lucille sonrió divertida.

—Ya lo creo que sí. La semana pasada estuviste una hora divagando sobre lo cambiado que estaba desde que Reece se marchó.

—Desde que murió *Rockett*, en realidad — dijo Emily —. Yo estaría una hora hablando, pero está claro que tú no escuchabas.

—«El caballo tardó horas en morir y él no permitió que lo remataran» — citó Lucille —. «Connor sostuvo su cabeza sobre su regazo mientras lo acariciaba, hasta que murió. No dijo una palabra, pero después de eso cambió».

Emily la miraba con la boca abierta.

—¿Memorizas todo lo que digo?

—Tengo buena memoria… Como Connor.

Emily no pudo contener la sonrisa.

—Eres…

—¿Inteligente? ¿Hermosa? Lo sé —dijo su amiga y después se mordió el labio, pensativa—. Es todo muy extraño, Emily. Primero te trataba bien y después de que lo encontrarais llorando a moco tendido, se volvió odioso. Y luego matan a su caballo y vuelve a ser el de antes. Muy raro todo…

Emily asintió pensativa. Lucille exageraba, Connor no había vuelto a ser el de antes, simplemente la dejó en paz, como si ya no le importase lo que hacían Reece y ella. Excepto…

—Le contó a Marguerite lo del beso en la playa.

—¿Estás segura de que fue él?

—Lo estoy.

—¿Se lo preguntaste? —insistió Lucille.

—Se lo recriminé en la playa y no lo negó.

—¿Qué dijo?

—Que las jovencitas no van dando besos por ahí.

Lucille frunció el ceño, pensativa. Y después de unos segundos se encogió de hombros, dando el tema por acabado.

—¿Quieres un trozo de tarta? No he hecho esa preciosa y jugosa tarta de frambuesa para que se eche a perder hablando de Connor Darwood.

—Tú quieres cebarme —dijo Emily sonriendo.

—Confieso que no me siento cómoda con el hecho de que una jovencita tan guapa se pase el día en el despacho de mi marido. He urdido un maquiavélico plan para que mis tartas estropeen tu maravillosa figura y ensanches esa cintura de avispa que tienes.

—El doctor Rowlins no tiene ojos para nadie que no sea su esposa —dijo Emily siguiéndola hacia la cocina—. De hecho, él dice que lo tiene embrujado y ahora ya sé por qué. Son tus tartas.

Lucille soltó una carcajada y la miró burlona.

—Si quieres una de las pócimas que le echo a la masa, no tienes más que pedírmela.

Emily la cogió de la cintura y entraron juntas en la cocina.

—Es evidente que tu cintura no tiene nada que envidiarle a la mía —dijo Emily sentándose frente a la mesa, a la espera de que Lucille cortase la tarta.

—Durante un tiempo no tendré que preocuparme por mi cintura.

Emily no comprendió el comentario hasta que Lucille estiró del vestido simulando el aumento de su barriga.

—¿Estás…? —Se puso rápidamente de pie—. ¡Estás embarazada!

—Chsssssssst —la mandó callar su amiga—. No grites, no vaya a escucharte algún vecino chismoso. Quiero que David se entere por mí y no por la señora Brown, nuestra vecina.

Emily le dio un abrazo y cuando la soltó, vio en los ojos de Lucille una chispa de temor detrás de las lágrimas.

—Por eso he hecho tarta de frambuesa, era la que preparaba mi madre cada vez que quería dar la noticia a la familia.

Lucille tenía cinco hermanas y dos hermanos, así que su madre preparó ocho tartas, calculó Emily sin poder evitarlo.

—Todo va a salir bien. Vas a tener una criatura sana y maravillosa, que va a ser muy afortunada de tener una madre como tú.

Lucille la abrazó y Emily sintió que temblaba. Durante unos segundos permanecieron abrazadas y cuando se separaron, se echaron a reír entre lágrimas.

—Cuando David vea la tarta lo sabrá — dijo Lucille limpiándose los ojos —. Y te aseguro que no le importará lo más mínimo que falten un par de trozos.

Emily carraspeó tratando de contener el torrente emocional que se había desatado en su interior. Solo tenía dieciséis años y no tenía experiencia en esos temas, pero sentía verdadero afecto por Lucille y también por David. Y la llegada de ese bebé era la perfecta guinda del pastel.

—Me irá bien tenerte por aquí — dijo Lucille ya sin lágrimas. Es mi primer embarazo y te garantizo que voy a estar muy asustada. Ojalá mi madre no estuviese tan lejos.

—Echas de menos Cornualles.

Lucille asintió.

—Ahora ya menos —dijo poniendo una mano sobre la de su amiga —. He conseguido que me guste Yorkshire, aunque no te negaré que sin tu compañía me habría resultado mucho más difícil. Cuando David y yo nos instalamos y conocimos a nuestros vecinos, estuve tentada de hacer las maletas y regresar a Cornualles. Yo sabía que iba a pasarme el día sola y la compañía de la señora Brown con sus constantes quejas, o de Amanda Anderson, que no habla apenas… Ellas fueron las primeras en darme la bienvenida. Son buenas mujeres cuando las conoces, pero al principio… Menos mal que viniste tú. — Sonrió agradecida.

La joven no pudo disimular lo mucho que la emocionaba saber que la necesitaba a su lado.

—A fin de cuentas, solo soy cuatro años mayor que tú — dijo la futura mamá y su mirada se desvió hacia la puerta de la cocina —. David…

Emily se giró y vio al médico de pie en el hueco de la puerta abierta. Tenía una expresión adorable.

—No vas a estar sola —dijo con voz profunda —. Cuando llegue el niño, no trabajaré tanto, te lo…

—Cariño. —Lucille se acercó a él sin prisas y con una sonrisa serena —. No puedes evitarlo, no trabajas en una fábrica. No tienes que prometerme nada, sé que cuidarás de nosotros y que querrás a este niño con todo tu corazón, como me quieres a mí.

Emily se levantó para marcharse.

—Discúlpanos, Emily —dijo su amiga, azorada.

Emily sonrió al tiempo que hacía un gesto para que siguieran con sus carantoñas. Salió de la casa y se alejó con paso tranquilo mientras su corazón y su mente se veían arrastrados a una vorágine de pensamientos y emociones entrelazadas. Llevaba meses siendo testigo de la relación que había entre Lucille y su esposo. Y cuanto más los veía, más segura estaba de que aquello que compartían era auténtico amor. Hasta entonces solo había podido observar a los Darwood y estaba claro que esa relación no se parecía en nada a la que tenían sus amigos.

¿Sería así su vida si se casaba con Reece? ¿Era tan fuerte lo que sentían el uno por el otro? Se llevó la mano a la mejilla y comprobó desconcertada que estaba llorando. ¿Por qué lloraba? ¿Era porque lo echaba de menos? ¿Porque ansiaba vivir un amor como el de su amiga? ¿O eran las dudas que empezaba a hacer mella en su ánimo? ¿Podía asegurar que era amor lo que sentían cuando tenían solo once años? Reece no había ido a verla ni una sola vez en cinco años. Tan solo

las cartas mantenían atado el nudo que los unía. ¿Y si Connor tenía razón? Reece nunca contradecía a su abuelo, cada pretexto que le daba para no visitar Newley, era una imposición del anciano. Él decidía su destino ahora, ¿qué motivos tenía ella para pensar que algún día lo contravendría para casarse con ella?

Siempre que la asaltaban esos pensamientos los descartaba de un manotazo, con rabia y enfado contra sí misma. ¿No era eso una traición? ¿No lo dejaba a él en mal lugar, injustamente? Cuando llegase el momento, Reece se enfrentaría a todos, estaba segura. Otra maldita lágrima. La limpió disgustada y se ordenó pensar en otra cosa. La primavera bullía a su alrededor y pronto el verano iluminaría… Reece nunca hablaba de eso, nunca mencionaba lo que ocurriría cuando llegase el momento de casarse. ¿No deberían tener algún plan? ¿No sería lógico que él la tranquilizase diciéndole que pasara lo que pasase, se casarían? No es que ella estuviese muy ansiosa por casarse. Cuando veía a los Rowlins y lo mucho que se amaban, envidiaba esos sentimientos y la complicidad, pero el vínculo… Por más que trataba de imaginarse viviendo de ese modo con Reece, no lo conseguía. Durante los cinco años que hacía que se marchó, lo había imaginado de un millón de modos distintos, pero jamás compartiendo una… cama. Se ruborizó hasta que las mejillas le ardieron. Nadie le había hablado de lo que ocurría entre un hombre y una mujer dentro del dormitorio, pero los libros de anatomía y reproducción del doctor Rowlins eran más que elocuentes sobre el tema. Se llevó las manos a las mejillas para tratar de refrescarlas. No, definitivamente, no podía imaginarse haciendo… eso con Reece.

Apresuró el paso dejando atrás todos aquellos pensamientos que no hacían más que alterar su tranquilidad y quitarle el sosiego.

Imogen no estaba muy contenta con la curiosidad inagotable de su hija, que la hacía estar siempre anclada a los libros. Temía que acabase sola por ese motivo y trataba de quitárselo de la cabeza sin el más mínimo éxito. Iba camino de los diecisiete años y no parecía abierta a interesarse por las cosas que deberían interesar a una jovencita de su edad.

Emily escribía largas cartas a Reece, explicándole sus innumerables proyectos. Le contó que había empezado a componer una sinfonía y que necesitaba un violín desesperadamente, pero no sabía cómo conseguirlo. Había pedido ayuda a Marguerite, pero ella la había mirado con cara seria y le había dicho que:

«Ninguna señorita que se precie, osaría tocar un instrumento tan poco femenino y que requiriese una pose tan poco apropiada en una mujer».

La respuesta de Reece había sido de lo más rotunda, le decía que estaba seguro de que sería una violinista excelente y que podía estar segura de que algún día él le proporcionaría el mejor violín que se hubiese construido jamás. Después mencionó el hecho de que a él nunca se le había dado bien la música, no como Connor, que era un virtuoso del piano. Emily sabía que estaba en contacto con su hermano porque en sus cartas siempre había algún comentario en referencia a sus éxitos estudiantiles o sociales. Ella se alegraba de que no pudiera ver su cara de disgusto cada vez que llegaba a esos párrafos, provocado por el sentimiento de culpa que seguía torturándola sin que se atreviese a hacer nada para remediarlo.

Cuando Lucille dio a luz, la casa de los Rowlins se convirtió en un lugar poco propicio para el estudio. La madre de Lucille y sus dos hermanas más jóvenes viajaron a Newley dispuestas a quedarse durante unos meses para cuidar de ella y del bebé, al que pusieron el nombre de su abuelo paterno, Aidan. Al principio, Emily también les dedicó todo su tiempo, quería ayudar a su amiga en todo lo que pudiera, pero la madre de Lucille apenas la dejaba hacer nada y Emily pasaba el día como una mera observadora. Su amiga se dio cuenta enseguida de que echaba de menos los libros y su rutina de estudio y, aprovechando uno de los pocos momentos en los que las dejaban solas, Lucille le dijo que se llevara los libros que quisiera a casa de los Darwood.

—Mientras mamá esté aquí, no me dejarán mover un plato. Eso me permite disfrutar de Aidan, por lo que no estoy ansiosa de que se vayan — dijo con expresión de disculpa —. Ya sé que te pedí que vinieses todos los días cuando naciese el bebé, pero entonces no sabía que tendría tanta ayuda.

—No me importa…

—Claro que te importa. —La cortó su amiga —. Te pasas el día sentada sin hacer nada. No sé cómo no te ha salido un sarpullido de los nervios. Si hay algo que he aprendido desde que te conozco, es que a Emily McLoughlin no le gusta estar sin hacer nada. No seas tonta, coge esos libros y vete a casa. Busca un lugar en Newley House donde puedas estudiar y hacer tus inventos sin que nadie te moleste. Quítate de su vista, Emily, así te dejarán en paz.

Emily no pudo evitar que su rostro la traicionase, mostrando su deseo de obedecer inmediatamente.

—¿De verdad no te importaría que no viniese todos los días? — preguntó Emily sintiéndose culpable.

—Ven a vernos cuando te apetezca, esta casa resulta agobiante ahora, con tanto pañal sucio, lloros y ruidos. Eso sin contar a la señora Brown, que al parecer adora a los bebés. Dentro unos meses todo volverá a la normalidad y podremos sentarnos a charlar como antes. Anda, ve, no esperes más. Haz un montón y déjalo preparado junto a la chimenea, haré que David te lo lleve cuando vaya mañana a Newley House a ver al señor Darwood.

Emily se puso de pie rápidamente.

—Vendré a verte todas las semanas — dijo antes de salir del salón —. Te lo prometo.

Ya se iba cuando se dio cuenta de algo y regresó sobre sus pasos.

—Pórtate bien —dijo hablándole al pequeño Aidan —. Deja descansar a mamá y no te hagas muy mayor hasta que vuelva.

—Vete ya, tía Emily —dijo Lucille hablando con voz infantil mientras movía la manita de su hijo como si fuera un muñeco.

Emily sonrió y se inclinó para depositar un beso en sus rollizos mofletes.

—Te prometo que vendré todas las semanas — dijo después de darle un beso a su amiga.

—Ven los viernes —dijo Lucille elevando un poco la voz antes de que Emily cerrase la puerta tras ella —. A lo mejor, hasta te hago tarta.

Capítulo 7

—No deberías reírte —regañó Marguerite a su esposo, haciendo serios esfuerzos por no acompañarlo —. No está bien, pobre mujer.

—Había un cartel enorme en la puerta — se justificó Emily —. Lo escribí en letras muy grandes para que todo el mundo pudiera verlo, incluso la señora Mathiews, pero esa mujer no hacía nunca caso de mis advertencias.

James Darwood sentía cierta debilidad por Emily y sus locuras. Lo hacía reír y eso no era algo a lo que estuviese acostumbrado. Al dueño de Newley le gustaba su absoluta falta de comedimiento, su sinceridad aplastante y la seguridad que irradiaba la muchacha. No había rastro en ella del fingimiento y la estudiada pose que solían tener las jóvenes de su edad. Su frescura resultaba chocante para alguien que siempre ha vivido ocultando sus verdaderos pensamientos. Por extraño que pareciese y, a pesar de los temores de su esposa, el señor Darwood no miraba a Emily como miraba al resto de mujeres. No le atraían sus ojos brillantes, su evidente feminidad, ni las redondeadas formas que había adoptado estratégicamente su cuerpo. Nada de eso provocaba en él el más mínimo estímulo. Era su carácter lo que lo subyugaba, la naturalidad con la que lo trataba.

—Si hubiese tenido una hija, me habría gustado que fuese como tú — dijo cuando consiguió parar de reír tras rememorar el experimento que acabó con la pobre señora Mathiews impregnada con una mezcla de hollín, mermelada de fresa y jugo de violetas.

Emily miró al pobre *Newton*, que se pegaba a sus piernas como si quisiera que ella lo protegiese de algo. Al perro, un lebrel escocés de ochenta centímetros y casi cincuenta kilos de peso, no le gustaban los gritos, que parecían acobardarlo un poco, lo que resultaba sorprendente dado su aspecto y tamaño. Cuando levantaba las patas y las apoyaba sobre los hombros de Emily, era más alto que ella. Pero era tan cariñoso y dócil que no provocaba ningún miedo. Era un perro robusto, de cabeza alargada, hocico estrecho y pelo espeso y duro. Le encantaba correr, pero Emily había encontrado el modo de que la obedeciera cuando lo llamaba a su lado. Al menos, la mayor parte de las veces. Lo había bautizado con el nombre de *Newton* después de rescatarlo de los golpes del señor Bradford, un día en el que el viejo molinero perdió la paciencia y se lio a darle palos con la rama de un árbol. Por suerte, la rama era pequeña y estaba llena de hojas verdes, así que no debió hacerle apenas daño. En caso contrario, el que habría estado en dificultades era el viejo señor Bradford. Según el buen hombre, era el perro más inútil y desobediente de todo el condado y ningún miembro de su familia conseguía sacar provecho de él. No podía tampoco abandonarlo, porque él era buena persona y creía que un perro tan tonto

como ese no sobreviviría solo. Emily tuvo una conexión instantánea con el animal y el molinero se sintió agradecido cuando se ofreció a llevárselo.

«El que lo rescató y luego lo dejó en el molino para que yo cargase con él, me hizo un buen servicio. Si lo pillo, lo dejo fino a bastonazos».

El molinero le contó que alguien lo había dejado en un canasto cuando no era más que un cachorro, con una nota que decía que lo había rescatado del mar y no podía quedárselo.

Lo primero que hizo fue cambiarle el nombre. Llamar Escocés a un perro no le parecía muy apropiado. Al animal pareció gustarle su elección porque en cuanto oía la voz de Emily llamándolo *Newton*, enderezaba las orejas y la miraba con inteligencia. *Newton* se convirtió en su sombra, nunca se separaba de su lado. Dormía a los pies de su cama y la seguía a cualquier sitio que fuese. Tuvo que suplicar mucho a los Darwood para que la dejasen tenerlo con ella y lo consiguió después de acceder a sendas peticiones. A James tuvo que prometerle que mantendrían su partida de ajedrez hasta el día que abandonase Newley House. Lo que le pidió Marguerite fue un poco más extraño e incómodo. La señora Darwood exigió que aceptase pasear con Henry Bradford todas las tardes de los domingos.

«¿Todas?».

Emily no había podido evitar aquella exclamación y la severidad con la que Marguerite la miró, no le dejó la menor duda. *Newton* estaba sentado en el suelo, mirándola con una expresión lastimera. Emily se convenció de que el perro sabía lo que estaba pasando y sonrió para tranquilizarlo. Después le dijo a la señora Darwood que iría encantada a pasear con Henry, si es que Henry quería pasear con ella, cosa que dudaba. Porque seguro que tendría mejores cosas que hacer.

—Debemos encontrarle un marido a esa muchacha o se echará a perder — dijo Marguerite de pie frente al escritorio de James —. Tiene diecisiete años y no puede vivir aquí siempre como si fuese de la familia.

—Es hija de Imogen, deberías dejar que su madre decidiese esas cosas. — James revisaba el correo, que su esposa había tenido la deferencia de llevarle. Aunque él hubiese preferido que lo hiciese Ritson, así se habría ahorrado la charla.

No le gustaba que su mujer lo molestase cuando estaba en el despacho, pero esperaba que fuese una conversación breve.

—He hablado con ella varias veces y siempre dice lo mismo, que buscará a alguien, pero no hace nada.

—La muchacha es feliz así.

—James…

Su marido levantó la mirada de la carta de uno de sus proveedores y la fijó en el rostro irritado de su esposa. Empezaba a agotarlo su permanente malhumor.

—Emily ya tiene diecisiete años y sigue creyendo que va a casarse con Reece — añadió Marguerite.

—Eso es la fantasía de una niña.

—No, no lo es. Reece le escribe a menudo y temo que hayan estado alimentando esa fantasía a través de sus cartas.

—Te he dicho…

—Ya, ya sé lo que me has dicho. Pero ya te conté lo enfadado que estaba papá en mi última visita.

—Estoy seguro de que exageráis. Reece acabará mordiendo el anzuelo, ya lo verás. Es un hombre y tiene unas necesidades. Cuando entienda que ese es el mejor modo de satisfacerlas…

Marguerite lo miró con evidente disgusto, le parecía de muy mal gusto tratar el tema en esos términos, pero no dijo nada al respecto.

—Las muchachas a las que ignoró son unas excelentes candidatas —siguió argumentando —. Muchachas de las mejores familias de París. Esto se puede convertir en un problema para él. Papá estaba muy decepcionado, no esperaba que lo hiciese quedar mal ante sus amigos y temo que viese en su comportamiento un conato de rebeldía.

—¿Rebelde, Reece? —James estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se le congeló en los labios al ver el remitente del sobre que tenía en las manos. Era del abuelo de Connor, el reverendo Hallsworth.

—Papá adora a Camille, la hija de mi hermana Alizée. Si no fuese porque Reece es un varón, la habría escogido a ella y lo sabes. ¡Nuestro hijo no puede hacer lo que le venga en gana!

—Dijiste que tenía una buena amistad con la señorita Lacroze y, por lo que yo sé, su padre es inmensamente rico — dijo James desplegando la nota que contenía el sobre.

—Todo eso es cierto, pero Reece solo la considera una amiga, me lo dijo cuando estuve en París hace seis meses. Lisa le recuerda a Emily, siempre está con un libro en las manos. Además, a mí no me gusta para él y ya se lo dejé claro en mi última visita. Lisa es poco agraciada y nada femenina. Cuando yo solo llevaba unas pocas horas en París, apareció vestida con unos pantalones de montar de su hermano, con la excusa de que había salido a cabalgar y se había enterado de mi llegada. Al parecer, lo hace a menudo, lo de vestirse con ropa de hombre. Tuve que reprenderla por su aspecto, no quiero ni pensar lo que supondría que formase parte de esta familia. No, definitivamente, la señorita Lacroze no es la adecuada para Reece. Sus hijos serían horrorosos, además.

—¿Tan fea es? —preguntó James, distraído.

—No es hermosa, desde luego.

—Si no es la adecuada, tu padre se encargará de solucionarlo. — Dejó la nota a un lado y se llevó la mano a la barbilla, pensativo —. Los dos sabemos que el viejo no dejará que haga nada que no convenga a sus intereses.

—Reece es muy inteligente — dijo Marguerite, a la que no le pasaba desapercibida la falta de interés de su esposo —. Pero también es demasiado sensible y no sabe lo que le conviene. Emily no es más que la hija de una criada. Cometimos un error dejándolos juntos cuando eran niños.

—Eran muy pequeños, los niños necesitan jugar.

—¿Has visto a Emily? Si Reece la ve, quedará obnubilado…

—Ya te has encargado tú de que eso no ocurra. — La cortó irritado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marguerite al ver la expresión preocupada de su rostro.

—Connor se ha visto involucrado en un asunto… desagradable.

—¿Desagradable?

—Un duelo.

—¡Dios mío! —exclamó su esposa llevándose las manos a la boca.

—Él está bien y al parecer el otro solo tiene un rasguño en un hombro. ¿Ves como sí era buena idea que lo enseñase a disparar? — dijo pretendiendo recordarle las veces que ella se había opuesto a ello —. De no haberlo hecho, podrían haberlo matado.

—¿No es esa la finalidad de un duelo?

—No, querida. La mayoría de las veces nadie quiere matar a nadie. Te enfrentas a serios problemas si lo haces. Los duelos están prohibidos y muy mal vistos, pero si nadie muere, todo el mundo hace la vista gorda y el «vencedor» queda como un héroe.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Una mujer? ¿Connor ha ofendido a algún marido celoso?

—Al parecer tiene que ver con una ofensa del otro. Connor ha defendido el honor de una mujer.

—No sabía que tuviese una candidata.

—Y no la tiene. Se trataba de un supuesto conde que se había acercado a la hija de uno de sus profesores con malas intenciones. El profesor es demasiado viejo para velar por la honra de su hija y cuando Connor lo descubrió, retó a un duelo al susodicho conde. Todo acabó bien, pero su abuelo piensa que sería bueno mantenerlo alejado de Cambridge.

—Este año acaba sus estudios… — dijo Marguerite, consciente de que pronto volvería a vivir con ellos.

—Me pidió más tiempo. Por lo visto está enfrascado en una investigación científica.

—¿Y qué vas a hacer ahora? No es bueno para tus asuntos que vaya batiéndose en duelo por ahí.

—No, no lo es —confirmó James—. Pero lo necesito aquí, hay mucho trabajo y con sus conocimientos… Ese muchacho tiene muy buenas ideas, él fue el que arregló el problema de la bomba de agua y supo mejorar su funcionamiento. Ha nacido para esto. Ahora que acaba sus estudios, podrá ayudar aún más. Y, como has dicho, no me conviene que se meta en más líos. Así que le escribiré para pedirle que regrese.

Marguerite no dijo nada, pero pensó que Reece también lo habría hecho bien si lo hubiesen dejado. Cada día que pasaba, sentía más la amargura de haber tenido que dejar marchar a su hijo y no podía evitar hacer responsable de ello a Elizabeth. Sabía que fue su marido el que hipotecó el futuro de sus hijos en común para satisfacer a su primera esposa, pero ¡cómo la detestaba! Sentía su presencia en cada habitación de aquella casa, a pesar de que había hecho retirar hasta el último objeto de Elizabeth. No había en ningún rincón de Newley House, nada que hubiese pertenecido a la primera señora Darwood. Excepto Connor, que un día sería el dueño de todo.

Cuando Marguerite lo dejó solo, James siguió dándole vueltas al tema en su cabeza. No estaba seguro de lo que respondería Connor, pero sabía que no le gustaría la idea. Estaba orgulloso, sus resultados académicos habían sido extraordinarios. Estaba considerado el mejor alumno de su promoción y sus profesores no dejaban de alabarlo. No lo reconocería delante de Marguerite, pero se alegraba de haber cedido a la imposición de Elizabeth. Connor iba a ser su sucesor, el encargado de continuar con el legado familiar y estaba convencido de que lo haría bien. Su bisabuelo estaría orgulloso, Connor se parecía a él.

William Darwood era un hombre duro. James no recordaba que su abuelo le hubiese hecho una sola caricia en toda su vida. Siempre decía que había tenido que enfrentarse a duras pruebas hasta llegar a conseguir todo lo que consiguió. Su familia no tenía títulos ni beneficios que proviniesen de la corona, todo lo había logrado a base de trabajo y esfuerzo.

«He salido victorioso de cada batalla en la que he luchado, pero tengo el alma llena de cicatrices».

Connor también las tenía. Algunas se las había hecho él.

James estaba orgulloso de sí mismo, de cómo había llevado las minas desde que su padre murió. Pero sobre todo, estaba orgulloso de no parecerse a él. Angus Darwood era un borracho y un despilfarrador que solía golpear a su hijo a menudo y sin darle nunca un motivo. En eso tampoco se parecía a él. James se aseguraba de que Connor supiese siempre por qué se le castigaba.

Los tiempos estaban cambiando y aunque las minas funcionaban a pleno rendimiento, su patrimonio no había crecido apenas en los últimos dos años. Los gastos eran cada vez mayores, al contrario que los beneficios. El corporativismo que se había instalado en las empresas fundidoras hacía que fuesen ellos los que se quedaban con el mejor trozo del pastel. James no era un hombre dado a la inventiva, no le gustaba cambiar las cosas. Si algo se había hecho durante mucho tiempo de un modo, ¿por qué cambiarlo? Los otros propietarios insistían en que ya nada era igual y que había que cambiar si no querían desaparecer. Pero él no servía para eso y no era capaz de liderarlos. Estaba seguro de que Connor podría hacerlo, si pudiese dejar de odiarlo.

Sí, su hijo lo odiaba, profunda e irrevocablemente. Igual que él odiaba a su padre. Creía que haciendo las cosas de un modo diferente obtendría resultados distintos, pero ahora comprendía que, en realidad, él no había hecho las cosas de un modo tan distinto a cómo las hiciera su padre con él. Era cierto que no bebía casi nunca más de la cuenta y que no era en esos momentos cuando resultaba más peligroso. Pero a estas alturas de su vida, ya podía adivinar que su abuelo no se sentiría orgulloso de él, como siempre había deseado. Sí, había manejado bien los negocios y había hecho crecer el patrimonio familiar, pero había una oscuridad en su vida que se parecía más a la sombra que perseguía a su padre.

William Darwood lo despreciaría un millón de veces. Había utilizado a su hijo y lo había corrompido sin pudor. Su manera de castigarlo era ladina y retorcida. Y durante un tiempo funcionó. Hasta que cometió el error de disparar a *Rockett*, lo supo en cuanto vio a Connor caminando hacia él para arrebatarle el arma de las manos. Había en sus ojos un odio tan profundo y atávico, una emoción tan fuerte, que tuvo miedo de un muchacho.

Ese día perdió todo su poder sobre él. Ya nunca se doblegaría a sus deseos si no coincidían con los suyos propios. Ninguna amenaza o castigo le proporcionaría el menor resultado. El peor error de su vida. Ahora lo sabía, pero ya era tarde.

Se levantó de detrás del escritorio y caminó hasta la ventana. Se llevó la pipa a la boca y aspiró profundamente llenando sus pulmones con el humo del tabaco. Las palabras que su hijo le dijo antes de marcharse resonaron en su cabeza.

«Cuando tome posesión de mi herencia, lo venderé todo. No lo destruiré porque eso no te haría tanto daño como saber que mi madre disfrutará del dinero que saque por todo esto. Puedes desheredarme, aún estás a tiempo, pero entonces tendrás que enfrentarte al duque de Cavendish y probablemente haga que te ahorquen. Así que ya ves, papá. Hagas lo que hagas, pierdes».

Estaba seguro de que Connor no iba de farol, le había dicho exactamente lo que iba a hacer y cumpliría su amenaza sin dudarlo. Lo que ocurrió con el hijo de Cavendish fue un accidente. El niño no tenía que estar allí. Estaba oscuro y tenía prisa, no pudo verlo… Por suerte, solo Connor oyó el ruido que hizo el niño al caer por las escaleras. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse para que el duque descubriera que se acostaba con su esposa y que había matado a su hijo por accidente? No tuvo opción.

Maldito Connor. ¿Por qué tuvo que decírselo a Elizabeth? Después de aquello tuvo que enseñarle que lo que hacía papá no debía contarlo nunca. Y lo aprendió, vaya si lo aprendió.

—¡Estúpido! —masculló.

Connor lo tenía a su merced. Tomaría posesión de su herencia y escupiría en su tumba. Sintió una opresión en el pecho y su corazón se aceleró vertiginosamente. No podía dejar que tirase por tierra el trabajo de sus antepasados. ¿Qué pensaría su padre si pudiese verlo? ¿De qué habría servido mantener las minas funcionando, si Connor se desprendía de todo? No podía permitírselo. Haría cualquier cosa para impedirlo. Cualquier cosa.

En el rellano del primer piso reinaba el silencio. En contraste con el alboroto que se había formado unos minutos antes en el salón Dupont con las explicaciones de David Rowlins. Emily respiró hondo y se apartó un mechón de pelo antes de entrar en la habitación en la que descansaba el señor Darwood.

La estancia estaba en semi penumbra, con la única luz que proporcionaban los troncos llameantes en la chimenea. Connor estaba sentado en una butaca, con *Newton* a sus pies. Estaba en mangas de camisa y se recostaba lánguidamente con la cabeza ladeada mientras acariciaba al lebrel. Llevaba dos días en la casa y había permanecido casi todo ese tiempo al lado de su padre. Desde que sufrió el ataque, James permanecía en una semiinconsciencia intermitente. Todos en la casa estaban preocupados por la evolución de los acontecimientos.

—Marguerite dice que bajes a cenar algo — dijo Emily sin mirar apenas a Connor mientras se acercaba a la cama para colocar bien el cobertor.

Él no dijo nada, simplemente la observó trajinar sin dejar de acariciar al perro. Emily miró a *Newton* con desagrado y se preguntó cómo había podido sustituirla con tan poca vergüenza. En cuanto el perro vio a Connor entrar por la puerta, se pegó a él y no volvió a separarse de su lado. Ni siquiera reaccionaba cuando Emily estaba cerca. Eso la irritaba enormemente. Después de todo, era ella la que lo había salvado de la paliza del señor Bradford y había sido ella la que había cuidado de él desde ese momento. Levantó la mirada y se topó con el intenso azul de los ojos de Connor, que la observaban burlones.

—Deberías asearte —dijo mirándolo de frente —. No hueles a rosas, precisamente. Y ya de paso, comer algo.

El suelo crujió cuando Connor se puso de pie. Emily volvió a sorprenderse de su estatura y el porte que había conquistado en el tiempo que había pasado desde la última vez que se vieron. A duras penas pudo disimularlo cuando lo vio entrar por la puerta el día que llegó, pero ahora fue capaz de guardarse para sí la turbación que le provocaba.

—La pequeña Emily —dijo él de pronto con aquella voz profunda y tranquila —. No has cambiado nada.

Ella frunció el ceño, desconcertada. ¿Que no había cambiado nada?

—Espero que tú sí hayas cambiado.

Connor sonrió burlón como única respuesta. Caminó hacia la puerta seguido de *Newton*, pero antes de salir se giró y la vio observándolo.

—Espero que no te moleste que me lleve a tu perro.

Emily levantó el mentón fingiendo indiferencia.

—Tampoco puedo evitarlo, está claro que *Newton* ha decidido que te prefiere a ti.

—Me gusta el nombre que le has puesto — dijo acariciándolo con ternura —. No se lo tengas en cuenta, somos viejos amigos.

Ella frunció el ceño.

—Lo saqué del mar cuando solo era un cachorro.

—¡Fuiste tú! ¿Por qué no te lo quedaste? — preguntó acercándose y acariciando a *Newton* para demostrarle que lo perdonaba —. Aquí habría tenido mejor vida que con ese tonto que no hacía más que pegarle.

Connor no respondió y *Newton* se fue con él, dejándola con una sensación agridulce.

—No sé si mejorará, Emily. Estoy realmente preocupado por su estado. — David miraba a su amiga, muy serio mientras ella le servía una taza de té —. Deberías escribir a Reece para que venga lo antes posible.

La taza tintineó sobre el plato cuando Emily la cogió, pero no dijo nada al respecto.

—Su hijo mayor no se ha separado de su lado desde que llegó — siguió el médico —. No sabía que lo quisiera tanto.

«Yo habría jurado que no lo quería en absoluto». Pensó ella.

—Hemos estado hablando de ti — dijo David sonriendo por primera vez —. Al parecer, tenía mucha curiosidad por saber qué habías hecho estos años.

«Para poder criticarme, seguro».

—Tiene una alta opinión de tu intelecto, no le sorprendió nada saber que habías estado estudiando mis libros de medicina.

Emily se sonrojó al saber que se lo había contado. No quería que David supiera la relación tan terrible que había tenido siempre con Connor, pero quizá había sido mala idea ocultárselo.

—¿Te ha hablado del proyecto en el que está metido? Dirige un experimento sobre la luz, no sé qué de las ondas y la expansión…

Ella fingió indiferencia, aunque en realidad se moría por preguntar. Viendo que no decía nada, David pensó que no le interesaba, así que empezó a hablar sobre Aidan, que era su tema preferido.

—Doctor Rowlins, me han dicho que estaba aquí y no podía creerlo — dijo Marguerite entrando en la sala.

David se levantó inmediatamente y saludó a la dueña de la casa con cortesía. Emily, en cambio, se puso tensa. No le gustaba verla allí, no quería que se fijase en nada de lo que había en aquella estancia.

—Emily, ¿cómo se te ocurre traerlo a este lugar tan… horrible? — dijo mirando a su alrededor con desagrado —. La próxima vez que el doctor se quede a tomar el té, sírveselo en el

salón Dupont, por favor.

La madre de Reece sabía de la relación de amistad que mantenía Emily con la esposa del médico, pero aun así no le parecía apropiado que se reunieran en aquella sala tan apartada de todos y solos.

David no supo qué decir para no incomodarla, así que se mostró agradecido por su preocupación y añadió que le gustaba mucho aquella sala. La respuesta no pareció satisfacer a Marguerite, pero no había ido hasta allí para hablar de eso.

—Quería preguntarle si ha notado algún cambio en mi esposo — preguntó —. Ya hace tres semanas del ataque y sigue sin fuerzas para levantarse.

—Ya le dije que la dolencia de su esposo es grave, señora Darwood. No podemos hacer nada más que esperar y ofrecerle los cuidados que están a nuestro alcance. Ha habido una clara mejoría, ya se mantiene despierto muchas más horas y puede comer un poco más. El tiempo es el único que puede ayudarlo y es lo que debemos darle.

Marguerite no pudo disimular la exasperación que le provocaron las palabras de David. Emily no la culpaba por su impaciencia, su vida se había visto reducida a pasarse las horas en el dormitorio cuidando de su esposo. Ya no había celebraciones a las que asistir o cenas que organizar. Para alguien tan socialmente activo, aquello era una auténtica tortura.

—Tenía esperanzas de poder ir a París antes de que acabase el verano…

Emily sintió que despertaba su instinto adormecido. ¿A París?

—Supongo que a ver a su hijo — dijo David.

—Así es —dijo pensativa—. Bueno, mi familia va a organizar un baile para celebrar que va a empezar en la universidad y sería muy conveniente que asistiera su madre…

David trató de comportarse con total profesionalidad y habló como médico.

—Su esposo no puede viajar de ningún modo y tampoco puedo garantizarle cuál será su estado en las próximas semanas. Podría mejorar mucho o también…

Emily se había cogido las manos para evitar que temblasen visiblemente. ¿A París? ¿Reece iba a celebrar un baile mientras su padre yacía en la cama sin que ni siquiera hubiese ido a visitarlo? ¿Es que no tenía ganas de verlo?

Ella sabía que no era eso lo que le dolía de verdad. Si ella hubiese podido ir a verlo, no habría dudado ni un instante. En los siete años que habían pasado, Reece no había encontrado el modo de ir a visitarlos ni una sola vez. ¿De verdad era tan difícil convencer a su abuelo? ¿Es que era su prisionero?

—Estoy seguro de que al señor Darwood le gustaría mucho ver a su hijo pequeño, igual que al mayor — dijo David.

Emily lo miró sorprendida y luego miró a Marguerite, cuyo rostro evidenciaba lo poco conveniente que le había parecido aquel comentario.

—Mi hijo tiene muchas ocupaciones. Si no ha venido es porque le ha resultado imposible, puede estar usted seguro. Nada le habría gustado más que pasar unos días en el hogar de sus padres, pero no todos pueden librarse de sus obligaciones, señor Rowlins.

—A veces hay que anteponer la familia a cualquier otro condicionante y me temo que este era uno de esos casos. Su marido, señora Darwood, sufre del corazón. Y, como ya le expliqué tras el ataque, este es impredecible. No podemos asegurar que no…

—Señor Rowlins —lo cortó—. Le agradezco su preocupación por mi esposo y le rogaría que centre esa preocupación única y exclusivamente en atenderlo tal y como ha hecho hasta ahora.

David cerró la boca e inclinó la cabeza, cortés.

—Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer y decisiones que tomar.

El médico se giró para mirar a Emily y en su rostro se evidenciaba su total desaprobación.

Capítulo 8

Connor la observaba desde la ventana del despacho de su padre. Llevaba el pelo recogido en una trenza e iba ataviada con un ligero vestido azul cielo. Su cita de los viernes. En el mes que llevaba allí, había descubierto algunos de los secretos de Emily, entre ellos, que tomaba el té en casa de los Rowlins todos los viernes por la tarde. Cuando la perdió de vista regresó a la silla y se sentó frente al montón de papeles que había ordenado sobre el escritorio. Era mucho trabajo, se dijo, demasiado para alguien que no está familiarizado con ello.

Apoyó el codo en el reposabrazos y se pasó la mano por la incipiente barba. Debía asearse un poco, el cansancio no era excusa para presentarse ante nadie tan desaliñado. Ni siquiera cuando estaba enfrascado en sus proyectos de la universidad se olvidaba de cuidar su aspecto. Era aquella casa, allí todo carecía de lógica.

Emily ya se habría alejado lo suficiente, se dijo antes de levantarse y salir del despacho. Atravesó el corredor del ala sur, el vestíbulo, pasó por delante de la biblioteca y continuó hasta el ala oeste. Los criados que se cruzaban con él lo saludaban con una inclinación de cabeza. Pero en aquella parte de la casa ya no había nadie. Esperaba encontrase un pasillo lleno de telarañas y polvo acumulado de años, pero estaba claro que alguien cuidaba de que estuviera todo limpio. Cuando entró en aquella sala, los recuerdos se amontonaron en su cerebro, como si alguien los hubiese lanzado desde una escotilla todos a la vez.

El salón no se parecía en nada a la estancia en la que él jugaba cuando era un niño. Nunca fue una habitación de juegos, pero tampoco era aquello que tenía ante sí. Habían cubierto las paredes con pizarras y en ellas había toda clase de dibujos, fórmulas y planos en distintos colores. Aquel espectáculo creaba una imagen artística, irreal y sublime. El escritorio era de calidad, pero los papeles cubrían la superficie por completo. Dibujos de innumerables plantas con comentarios en todos ellos, referidos a la germinación, pautas de riego y propiedades medicinales. ¿Y qué eran todas aquellas listas con ingredientes y medidas? ¿Emily preparaba alguna clase de pócima secreta? Sonrió al imaginarla con un sombrero de bruja frente a un caldero. A Reece le haría mucha gracia esa imagen.

Los dibujos de plantas eran magníficos y de un realismo apabullante, pero los que había hecho en las paredes mostraban una técnica y un dominio de la perspectiva que habría admirado a cualquiera de sus maestros de dibujo.

Sus ojos se vieron atraídos por el reflejo de algo brillante que venía de uno de los rincones de la sala. Al acercarse vio que había objetos dispares, amontonados unos sobre otros en total

desconcierto. Reconoció unas aspas metálicas, engranajes, chapas de hierro y de cobre. Pero ¿qué era todo aquello?

Miró a su alrededor y de pronto fue como si tomase conciencia de dónde estaba. ¡Era el taller de una inventora! Ahora comprendía los comentarios de Marguerite sobre las «impresentables actividades de Emily». Volvió a mirar aquellos objetos amontonados y cogió alguno de ellos apartándolo del resto, pero no fue capaz de identificar su función.

Dejó el artilugio en su sitio y observó la habitación con otros ojos. Aquel lugar decía mucho de su dueña, demasiado. A Emily no le gustaría saber qué él había estado allí y la había visto sin ambages. Ese lugar hablaba de intelecto, ambición, curiosidad… Pero también hablaba de una enorme soledad. La persona que se encerraba entre aquellas paredes y fantaseaba sobre el universo intentando entenderlo, no tenía con quién compartir esas inquietudes. Casi podía ver sus lágrimas suspendidas en el aire, capturando las motas de polvo y brillando con la luz que entraba por la ventana.

Pensó en Reece. Hacía solo un mes que había estado en París. Estaba orgulloso de él, de cómo había madurado sin dejar de ser tan responsable e inteligente como había sido siempre. Lo vio desenvolverse con aquella soltura natural que siempre había tenido y sintió un pellizco de envidia. En París era igual que en Newley, todo el que lo conocía, lo quería. Y es que era imposible no quererlo.

¿Qué pensaría Reece si entrase en esa habitación? ¿Qué vería en ella? Probablemente se preocuparía por Emily y creería que no estaba bien. Y quizá tuviese razón, ¿qué jovencita de su edad emplearía su tiempo en aquellas extrañas y maquiavélicas invenciones? Las jóvenes que conoció estando con su hermano eran delicadas y tímidas florecillas, cuya mayor preocupación era a quién elegiría Reece Darwood para el próximo baile. No, Emily no era así. Nunca había sido una tímida florecilla, más bien el cachorro de un león con más agallas que instinto de supervivencia. Movió la cabeza tratando de deshacerse de la inesperada irritación que emergió desde el centro de su pecho. Salió de allí con pasos largos y sonoros. Definitivamente, aquello no estaba bien y alguien tenía que hacer algo.

Aidan le parecía un prodigio. Emily estaba completamente enamorada del bebé y disfrutaba enormemente de aquellas visitas a la casa de los Rowlins.

—¿Cómo puedes haber hecho algo tan perfecto? — preguntó en voz alta mientras sostenía la diminuta manita entre sus dedos —. Es el niño más precioso del mundo.

Lucille la miraba orgullosa, no hay nada mejor que se le pueda decir a una madre. Llevaban una hora adorándolo y ninguna de las dos parecía cansarse.

—¿Has visto cómo me sonríe? — siguió Emily, sin apartar la mirada de aquella carita suave y rosada.

—Quiere mucho a su tía —confirmó su amiga.

—Soy su preferida —dijo la joven con satisfacción.

—Desde luego. —La apoyó Lucille, contenta de que sus hermanas no estuviesen allí para oírla —. Pero vamos a acostarlo un rato, o se pondrá impertinente.

Emily la siguió con el bebé en los brazos y aceptó a regañadientes dejarlo en su cunita. Después de unas cuantas carantoñas más, las dos mujeres salieron del cuarto del bebé y se

dirigieron a la cocina, donde les esperaba una deliciosa tarta de arándanos.

—¿Ya sabes cuánto se quedará Connor? — preguntó Lucille cuando estuvieron sentadas frente a sendas tazas de té.

—No.

—Es sorprendente que se haya quedado al lado de su padre todo este tiempo. Eso dice mucho de él y no responde a la idea que me había hecho después de escucharte.

—A mí también me ha sorprendido — reconoció Emily.

—Quizá no lo conoces tanto como pensabas…

—Quizá la universidad lo haya cambiado.

—Por lo que me has dicho, el señor Darwood y su hijo mayor no tienen muy buena relación — adujo Lucille levantando la taza —. Lo que lo hace aún más sorprendente. Resulta reconfortante ver que hay personas capaces de pasar por encima de rencillas cuando es necesario.

«Connor no tiene buena relación con nadie». Se dijo para sí. Aunque, para ser justos, debía reconocer que parecía una persona completamente diferente. Se mostraba cortés, la trataba con respeto y no la provocaba haciendo una de sus intempestivas alusiones a su estatus dentro de la casa. Lo cierto era que solo hablaban cuando se encontraban en el dormitorio de su padre y siempre de manera amigable.

El relincho de un caballo hizo que Lucille frunciese el ceño y se levantase para mirar por la ventana. Cuando se volvió hacia su amiga, su rostro era pura súplica.

—No te enfades conmigo —dijo rápidamente —. David dijo que lo invitaría a tomar el té, pero no imaginaba que sería hoy. Sabe que es nuestro día…

Emily abrió los ojos como platos.

—¡¿Qué…?! —Se puso de pie rápidamente.

—David habrá pensado que era buena idea que os vieseis aquí. Tiene una muy buena opinión de Connor… Pero tú estate tranquila, ya verás como todo irá bien.

—Me quedaré en el cuarto de Aidan — dijo levantándose decidida.

—David querrá que vea al niño, será muy violento cuando te encuentre allí escondida, ¿no crees? Además, ya sabrá que estás aquí.

—Oh, Lucille. ¿Por qué…?

—Miren, señoras, les traigo un agradable invitado.

Emily y Lucille se giraron hacia la puerta, la primera con cara de querer salir corriendo y la segunda preguntándose por qué los hombres eran tan tontos.

—Tienen un hijo precioso —dijo Connor sentado en el sofá y con una taza de té en la mano.

A Lucille le pareció que Aidan sería la excusa perfecta para distender el ambiente, y su plan funcionó. Incluso Emily parecía haberse relajado.

—Me da la impresión de que el té no es su bebida favorita — dijo David sonriendo —. ¿Le apetece una copa de vino? No soy muy aficionado al alcohol, pero tenemos vino o *whisky*, si lo prefiere.

—El té está bien —dijo Connor.

Emily se sentaba en el sofá, a unos centímetros de él y evitaba mirarlo en la medida de lo posible. No entendía por qué le resultaba más incómodo verlo allí, que en Newley House.

—Tengo entendido que su padre está mejor — comentó Lucille, tratando de que el ambiente se distendiera.

—Un poco, sí —respondió Connor, escueto.

Lucille miró a David.

—Aún no es muy evidente, pero la evolución es buena — dijo el médico respondiendo a la llamada de su esposa —. Los cuidados que se le han prodigado están revirtiendo los efectos del ataque que sufrió y tengo esperanzas de que su mejoría sea visible en pocos días.

—Supongo que piensa quedarse hasta entonces — dijo Lucille.

—Así es —respondió él—. No me iré hasta que pueda hacerse cargo de todo.

Connor parecía nervioso y miraba a Emily una y otra vez, buscando que le devolviese la mirada. Finalmente, no pudo aguantarse más y dijo lo que llevaba pensando desde que llegó.

—He visto la sala del ala oeste.

Emily empalideció y los Rowlins lo miraron, confusos.

—La has convertido en el taller de Leonardo da Vinci.

Emily abrió la boca y volvió a cerrarla rápidamente. David, en cambio, soltó una carcajada.

—¡Qué peculiar modo de describirla! — dijo entre risas —. Un lugar asombroso, sin duda.

Connor lo miró sorprendido.

—¿Usted lo ha visto?

—Oh, sí. Incluso vi alguno de sus inventos en funcionamiento.

El rostro de Connor se endureció. Dejó la taza sobre la mesita y se puso de pie para acercarse a David.

—¿Cómo ha podido permitir semejante barbaridad?

David iba a responder, pero Emily se le adelantó, poniéndose también de pie.

—David no ha permitido nada — dijo enfadada —. Es el esposo de Lucille, no el mío.

Connor la miró, enfadado.

—Reconozco que el agitador de viento no me gustó nada — dijo el médico —. Pero el reloj de agua, el rallador o el sembrador, no eran malos inventos y esos son los que…

—¿El agitador de viento? —Connor lo miraba con expresión sarcástica —. ¿Se refiere usted a esa arma mortal que constaba de aspas de metal afilado capaces de rebanarle el cuello a alguien? ¿Es que no había nadie cuerdo capaz de decirle a Emily que estaba cometiendo una estupidez? He revisado el mecanismo y era más que evidente lo que ocurriría.

—Tenía un anclaje —rebatió ella ofendida —. No soy ninguna estúpida, fue un accidente.

—Ese anclaje era lo más ridículo que he visto en mi vida — dijo Connor enfrentándola —. Y esas aspas podrían haberte matado, Emily. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente?

—Tuve mucho cuidado.

—¿Mucho cuidado? ¡Aún está en esa habitación! ¿Qué pretendes hacer con él?

—No es cosa tuya.

—¡Claro que es cosa mía! Te recuerdo que están en mi casa.

—Te recuerdo que todavía no es tu casa — dijo ella retándolo con la mirada —. Sé que querrías que no fuese así, pero tu padre todavía respira.

Connor empalideció. Aquel comentario fue desafortunado y constatablemente injusto.

—Emily no mostró a nadie el agitador de viento — intervino David muy serio —. De haber visto lo que era, no se lo habría permitido.

Connor seguía pálido y sus ojos, de un intenso azul, se habían vuelto helados.

—He sido injusto al culparles — dijo mirando al médico y a su esposa —. Espero que acepten mis disculpas.

—Siento lo que he dicho. —Le costó mucho disculparse con él, pero la mirada de Lucille no le dejaba opción. Su amiga parecía decepcionada y era lo último que quería —. Deberías haberme consultado antes de entrar. Pero aun así, lo que he dicho no ha sido justo.

Connor hizo una leve inclinación de cabeza, con un rostro hermético e inmutable.

—Les pido disculpas por este episodio tan poco edificante. Señora Rowlins, doctor, les agradezco la invitación, tienen ustedes un hijo precioso. — Estrechó la mano del médico.

—Yo también me voy —dijo Emily, sorprendiéndolos a todos.

Las dos amigas se abrazaron, emplazándose para el viernes de la semana siguiente y Connor y ella salieron de la casa ante la atenta mirada del matrimonio.

—He traído el caballo, pero podemos ir caminando si lo prefieres — aclaró Connor.

Emily asintió y emprendieron el regreso a casa.

Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada. Se sentían incómodos y temían estropearlo aún más si hablaban.

—Alguien tenía que decírtelo — dijo Connor en tono severo —. Lo siento, Emily, pero has sido una inconsciente. No mediste las consecuencias de tus actos y te pusiste en un grave peligro al hacer esos… esos…

—Artilugios del demonio, así los llama Henry — dijo ella y no pudo evitar sonreír.

—¿Henry? ¿Qué Henry? ¿Te refieres a Henry Bradford?

Emily asintió sin mirarlo.

—No me lo puedo creer —dijo golpeándose la pierna con las riendas —. ¿También lo sabía Henry? Pero ¿qué le pasa a todo el mundo en Newley? ¿Nadie se dio cuenta del peligro que corrías? ¡Podrías haber muerto, Emily! Una de esas piezas podría haberte roto un hueso, cortado el cuello o atravesado un ojo.

—No soy tan inútil como tú te crees. Sé cuidarme.

—¿Sabes cuidarte? Dios mío, esto es peor de lo que me esperaba. Sabía que tu falta de control tendría consecuencias, pero no imaginaba que llegaría a tanto.

Ella se detuvo en seco y lo miró asombrada.

—¿Mi falta de control?

—De alguien que te controlara y te educara.

—¿Te crees que soy una analfabeta?

—Sé que no lo eres en absoluto, te recuerdo que he visto esa sala y sus paredes. Me refería a otra clase de educación, una que te habría proporcionado una institutriz, alguien que te enseñara un mínimo de…

—¿Institutriz? Te recuerdo que soy la hija…

—Del ama de llaves. ¿Cuándo vas a dejar de escudarte en eso, Emily?

—¿Cómo?

—Cada vez que quieres encontrar una salida fácil, mencionas ese detalle.

—No es ningún detalle, sobre todo cuando hablo contigo.

Connor frunció el ceño. Estaban parados en medio del camino, pero por suerte no había nadie que pudiera oírlos.

—¿Qué significa eso? —preguntó él.

—Tú te has encargado siempre de dejarme claro cuál era mi sitio.

Él endureció su mandíbula y aguantó su mirada.

—No he tenido institutriz, es cierto, igual que no he tenido profesor de matemáticas o de música. He tenido que ingeniármelas sola para poder aprender. Eso me ha llevado años, no lo niego, pero me siento orgullosa de mí misma, ¿sabes? Eso que para Henry y para ti son «artilugios del demonio», han supuesto para mí la aventura y la magia de la que carece mi vida. Tú puedes irte a la universidad y Reece a París, pero yo solo puedo quedarme aquí, viviendo en una casa que no es ni será nunca mía.

No quería llorar y se irritó sobremanera al notar las lágrimas resbalando por sus mejillas. Lo miró furibunda.

—¿Por qué siempre tienes que encontrar el modo de torturarme? Has hecho que mi mejor amiga, ¡mi única amiga!, me mirase con desprecio.

—¿Yo he hecho eso?

—¡Sí! Me has hecho decir algo horrible e injusto.

—Vaya, esto sí que tiene gracia — dijo él sin dar crédito —. ¿De verdad no ves lo que ocurre? Cuando he visto esa sala…

—¡Es que no deberías haberla visto! — lo interrumpió —. Y no deberías haber ido a casa de los Rowlins.

—El doctor Rowlins me invitó, no sabía que no debía aceptar su invitación.

—¡Claro que debías aceptarla! David no se merecería que… — Comprendió que estaba hablando sin coherencia y enmudeció.

—Lo siento. No creí que… ¡Oh! — exclamó volviendo a golpearse con las riendas en la pierna y moviendo la cabeza como si no encontrase las palabras.

Lo miró confusa, parecía que de verdad estaba preocupado por ella. No había en su discurso nada que indicase que quisiera torturarla. Pero resultaba más fácil cuando era así. Se limpió las lágrimas de rabia, rabia contra sí misma por haberse mostrado tan estúpida e infantil frente a Lucille. La había decepcionado, lo había visto en sus ojos y se sentía mortificada por ello.

—Me ha impresionado —dijo Connor con evidente turbación —. Esa sala es… maravillosa.

Lo miró sorprendida, tratando de encontrar la burla en aquella frase.

—En serio, Emily —dijo él mirándola con un brillo desconocido en los ojos —. Nunca había visto nada igual. Era como estar en el santuario de Leonardo da Vinci o del propio Newton. Sus talleres no debían diferenciarse demasiado de esa sala que tú has convertido en un lugar mágico. Cuando entré y vi las paredes repletas de fórmulas y operaciones matemáticas… Y tus dibujos… ¡Son muy buenos!

El rubor había teñido por completo sus mejillas y Emily no sabía dónde poner las manos. De repente había pasado de la desolación, a la más absoluta felicidad. ¿De verdad pensaba todo eso? ¿No sería otra de sus…?

—Hay varias fórmulas erróneas en tus cálculos sobre la órbita de Saturno, pero puedo ayudarte con eso — siguió Connor ajeno a sus pensamientos —. Y también con las fuerzas circulares electromagnéticas, ya he visto que has estudiado a Faraday.

Emily no pudo disimular su alegría.

—También puedo revisar tu técnica al piano y darte algunas pautas para que trabajes. Es increíble todo lo que has conseguido durante estos años tú sola. Estoy seguro de que serías un

caso digno de estudio.

Ella frunció el ceño sin saber si le gustaba o le molestaba el comentario. Connor sonrió entonces por primera vez y ella no pudo hacer más que imitarlo.

—He dejado los inventos —explicó —. No me había dado cuenta de lo peligroso que era hasta que el agitador de viento se desplomó en el comedor. Una de las aspas voló sobre mi cabeza y fue a estrellarse contra la pata de una butaca. La partió en dos. La señora Darwood se puso furiosa conmigo por ello, pero tu padre me miró de un modo estremecedor. Se dio cuenta, como yo, de que podía habernos matado a cualquiera de nosotros. Me prohibió volver a hacer inventos de ninguna clase, ni grandes ni pequeños.

Connor asintió, aprobando la decisión de su padre.

—No me daba cuenta de la magnitud de mi ignorancia.

—No es una cuestión de ignorancia — rebatió él —. Es la pasión lo que te pierde, Emily. Esa absoluta entrega, ciega y sorda que te arrolla cuando algo te roba el corazón.

Lo dijo con una mirada intensa y penetrante que consiguió hacerla estremecer. Ella apartó los ojos y fijó su atención en el largo de sus uñas, como si fuese de vital importancia.

Siguieron hablando de temas más impersonales y al fin pudieron relajarse. Connor la interrogó sobre los Rowlins y Emily le preguntó por la universidad. Cuando se detuvieron frente a la casa, ninguno de los dos parecía ansioso por separarse.

—Llevaré el caballo a la cuadra — dijo él después de que el animal cabeceara varias veces, harto ya de conversación.

Emily asintió y subió los escalones de la entrada. Se volvió antes de entrar y se encontró con la mirada de Connor. Cerró la puerta rápidamente y se apoyó en ella sin poder evitar que un largo y profundo suspiro escapase de sus labios.

James empezó a levantarse de la cama. Al principio con la ayuda de Connor, que era el único que podía con su peso sin que pareciera afectarle en lo más mínimo. Lo sentaba en una butaca cerca de la ventana y después salía de la habitación dejándolo con Marguerite. Pero aquel día su padre le pidió a su esposa que los dejara solos y miró a su hijo con expresión interrogadora.

—¿Piensas quedarte hasta que me muera?

—No vas a morirte —dijo Connor, apoyado en el dosel de la cama y con los brazos cruzados frente al pecho.

—Ya lo creo que sí —afirmó James —. Esto ha sido una estocada mortal, los dos lo sabemos, no me vengas con paños calientes que no te pega. Voy a morirme, aunque todos estén afanándose en aparentar que esto tiene marcha atrás.

Connor no dijo nada. Si lo que pretendía su padre era que le levantase el ánimo, que se buscase a otro. Él tenía mejores cosas que hacer.

—Vas a heredar antes de lo previsto.

—No sabía que tuvieses una fecha prevista para morirte — dijo su hijo con expresión irónica.

—¿Sigues con la idea de deshacerte de todo?

—En cuanto esté en mis manos. — No se veía el rencor en aquella simulada serenidad, pero flotaba en las aguas subterráneas como una sustancia viscosa y negra.

—No puedo permitírtelo, hijo.

—Entonces tendrás que desheredarme. O no morirte nunca.

James soltó una carcajada.

—Me sorprendió mucho ver tu cara cuando desperté. Reconozco que me asusté un poco, creí que habías venido a matarme.

Connor siguió mirándolo, pero no dijo nada.

—Podrías hacer grandes cosas aquí…

—¿Y quién dice que quiero hacer grandes cosas? Lo único que quiero es perderos a todos de vista y marcharme para siempre.

James lo miraba fijamente mientras daba golpecitos con un dedo en el brazo del sillón.

—Sé que me odias —dijo con voz profunda —. Y no te culpo, no creas. Mi padre era un hombre duro que me dio terribles palizas y me enseñó que con violencia siempre puedes conseguir lo que quieres. Tú me has enseñado que tu abuelo se equivocaba. Nunca pude doblegarte, eras como una rama fina y flexible que por mucho que la dobles, acaba irguiéndose de nuevo.

Connor se movió incómodo. ¿A qué venía aquello? ¿Qué pretendía?

—Fue un accidente, Connor, nunca quise que pasara. No lo vi, estaba oscuro y no lo vi.

—Fuiste un cobarde, ese pobre niño… ¿Sabes que podría haber sido yo? — dijo con una sonrisa cínica —. Estábamos jugando y hacía solo un minuto que yo estaba en lo alto de la escalera. Durante muchos años me he preguntado qué habrías hecho si hubiese sido yo al que lanzaste desde allí arriba. Incluso hubo una época en la que pensaba en ello con… anhelo.

—Sé que fui duro contigo…

—¿Duro conmigo? —Connor torció una sonrisa amarga y cínica —. Duro no define lo que me hiciste. Lo que tuve que ver cuando solo era un crío, debería haberme vuelto loco… o como tú.

—Te enseñé del modo en el que me enseñaron a mí.

—¿Sabes cuántas excusas he escuchado de tus labios, papá? El alcohol, la soledad, las preocupaciones… ¿Sigo? Nada de eso explica lo que les hacías a esas mujeres. Me arrastraste por el fango cuando aún no sabía ni caminar, me utilizaste de escudo y me echaste de esta casa cuando te aburriste de mi madre.

—Tu madre era una mala esposa. No cumplía con sus obligaciones.

—Como si eso te importase. Los dos sabemos lo que te gustaba, papá. Y no era precisamente que fueran complacientes.

—Soy un hombre apasionado, es cierto. Tú también lo eres — dijo perverso.

—Ni se te ocurra compararme contigo. Jamás seré como tú.

—Siempre dejaba que te escondieras, nunca te obligué a mirar.

—No, no me obligaste, pero era un niño y la curiosidad es innata en la infancia. Esas imágenes no se borraron nunca de mi mente.

—Sé que lo que más te dolió fue que no hiciese nada para protegerte de tu abuelo, pero tienes que entender que no podía seguir viviendo con tu madre solo por ti.

—No es lo que más me dolió. Hay tantas cosas, que no podría elegir solo una. Pero no te escondas detrás de una supuesta autoridad, me dejaste a merced de un sádico porque tú también lo eras. Sois tal para cual. — Rio con desprecio —. No te preocupes, papá, el pasado es

pasado y ahora ya no tiene ninguna importancia nada de aquello. Descansa y recupérate para que pueda irme cuanto antes, es lo único que quiero de ti. — Caminó hacia la puerta con paso decidido.

James lo vio salir sin detenerlo. Hubiera querido decir algo que lo hiciese volver. Algo que sirviese para hacerse perdonar. No quería irse con aquel peso en el alma, seguro de que había ya un lugar en el infierno para él.

James Darwood no era un hombre propenso a darle vueltas a las cosas. Lo hecho, hecho está, esa era una de sus máximas. Pero si había sentido en su vida algo parecido a los remordimientos, fue en ese momento. Recordó a Connor de niño frente a él, contándole lo que su abuelo le hacía, convencido de que su padre lo protegería. Ahora que estaba a las puertas de la muerte podía reconocerlo, confesar que sintió escalofríos al escucharlo, la manera tan retorcida que tenía de castigarlo era excesiva incluso para él. Porque él era duro con Connor, lo golpeó muchas veces con la fusta y no le tembló el pulso al hacerlo, pero ¿el agujero de las ratas, las purgas, no dejar que se durmiese…? Aquello era demasiado para un niño. Hasta él lo sabía.

«Lo siento hijo, tendrás que ser fuerte. Tu abuelo solo quiere que seas un hombre de provecho. Haz lo que te diga y todo irá bien».

Capítulo 9

Connor empezó a visitarla a menudo en su «sala DaVinci», como él la había bautizado. Pasaba la mayor parte del día trabajando para su padre, pero siempre reservaba un rato para ir a verla y corregir las operaciones incorrectas que había por toda la pared y que, a Emily, le parecieron muchísimas. De nada sirvió que él le explicase que eso era lo que hacían en la universidad, corregir a los alumnos. Y que era así como estos aprendían, ella seguía mortificándose cada vez que detectaba un error en sus cálculos.

—Aprendemos mucho más de nuestros errores que de nuestros aciertos, Emily. Ya deberías saberlo — dijo señalando al montón de chatarra del rincón.

—Tienes razón —respondió ella sin demasiada convicción, cogiendo la tiza de sus manos y rectificando la ecuación diferencial.

Una semana después de eso, Connor consiguió que le dejase borrar parte de uno de los grandes pizarrones de la pared y pudo utilizarlo para explicarle las teorías de Newton con menor esfuerzo. Emily lo escuchaba con atención y, aunque al principio consiguió intimidarlo con aquella mirada penetrante y concienzuda, pronto se acostumbró. Cualquier cosa era mejor que el desprecio con el que lo miraba antes.

Algunos días aprovechaban la hora de la comida para sus clases. Hacían que les llevasen dos bandejas a la sala y seguían trabajando al tiempo que disfrutaban de las delicias de la señora Willman, pero aquel día se sentaron sobre la alfombra, exhaustos y satisfechos después de que Emily lograse entender el alcance de la teoría de conjuntos y cómo esta podía aplicarse a la música.

—La música tiene mucho de matemáticas — dijo ella pellizcando un pedacito de pollo con dos dedos.

Connor sonrió al verla comer así, le recordó a cuando era una niña. Dejó el cubierto en la bandeja y la imitó. Realmente el pollo sabía mejor así.

—Cuando regrese a Cambridge, haré que te envíen unos cuantos libros que te serán de mucha ayuda.

—Marguerite pondrá el grito en el cielo — dijo pensativa —. No le gusta que me regalen cosas.

—¿Lo dices por el escritorio?

Emily asintió.

—Es un regalo magnífico —afirmó él.

Emily volvió a asentir.

—Los enviaré a nombre de la señora Willman, hablaré con ella para que nos guarde el secreto. Tú no los abras hasta que estés aquí sola.

Le gustó que hablase en plural, eso significaba que pensaba mandar más de un paquete. Debía tener cuidado si no quería volverse superficial y vanidosa. *Newton* dejó su cuenco de comida vacío y fue a tumbarse junto a Connor. Ella no pudo evitar mirarlo con el ceño fruncido.

—Tranquila, volverá a ser solo tuyo en cuanto me marche — dijo Connor, divertido.

—Es un traidor. Lo saqué de las garras del señor Bradford y mira cómo me lo paga.

—Yo lo saqué de un mar embravecido, creo que te gano.

—¿Cómo fue? —preguntó Emily cogiendo otro pedacito de pollo.

—Había ido a la playa y lo escuché llorar. Era un cachorro, se debió caer de alguna roca. No creo que se internase en el agua voluntariamente.

—¿Y el mar estaba agitado?

—Había una gran tormenta.

Connor era una presencia física muy poderosa y Emily se dio cuenta justo en ese instante. Fue como si hasta ese momento su existencia hubiese estado sujeta a algo abstracto e irreal. Unida a esa casa. A Reece. Pero de pronto él estaba allí, sentado en el suelo de la sala DaVinci, comiendo pollo y verduras mientras charlaban de cómo rescató a *Newton* de un mar tempestuoso.

—… cachorro que se aferraba a la vida con una fiereza admirable. Por suerte no era tan grande como ahora — dijo él riendo mientras acariciaba el duro pelo del animal —. Lo habría tenido mucho más difícil de lo que ya fue.

—¿Por qué no te lo quedaste? — preguntó, tratando de abstraerse de aquellas desconcertantes emociones.

—No tengo mucha suerte con aquellos a los que amo.

Lo dijo sin más. No había una entonación especial en su voz, tan solo una triste resignación que caló hondo en el corazón de Emily. Y entonces ella sintió que el hielo que recubría su corazón y que la había protegido de él durante años, se derretía sin remedio.

—¿Qué hacías en la playa durante la tormenta?

Él siguió mirándola con aquella fulgurante intensidad y Emily escuchó una voz en su cerebro que le gritaba que se fuese de allí, que corriese antes de que fuese demasiado tarde.

Connor tenía un pedazo de pollo entre los dedos y se lo dio a *Newton*, que lo agradeció más que él. Se limpió las manos sin levantar la mirada. Todo su cuerpo parecía reacio a responder, era como si de pronto se hubiese dado cuenta de que estaba sentado en un avispero. Se puso de pie y Emily lo imitó. La mirada de ella era tan inquisitiva, que estaba seguro de que si no conseguía esquivarla acabaría hablando más de la cuenta.

—Llevas mucho tiempo cargando con esa coraza tan pesada — dijo ella rodeando las bandejas de comida para acercarse a él.

Connor sabía que debía irse de allí cuanto antes, que se arrepentiría si no lo hacía, pero sus pies parecían clavados al suelo.

—¿Qué hacías allí, Connor?

—Huir. —Sintió cómo el puñal que llevaba clavado en el pecho se deslizaba lentamente y caía al suelo sin ruido —. No soportaba ya la falsedad y la crueldad que me habían acompañado desde niño. La muerte de *Rockett* me hizo pedazos y de pronto sentí que no merecía la pena

volver a unir esos pedazos una vez más. Las cicatrices eran ya demasiado profundas y no tenía más fuerzas.

Emily se estremeció al ver cómo cambiaba su mirada y la desolación que había visto un momento antes, se trasformaba en absoluta resignación. Su mano se elevó sin permiso y fue a depositarse en el rostro de Connor con una caricia. Aquel gesto pareció dolerle a él más que una bofetada y un gemido se le escapó entre los dientes mientas con su mano aprisionaba la caricia contra su mejilla.

—¿Qué pasó? ¿Por qué… murió *Rockett*?

—Mi padre lo mató para castigarme.

Emily lo sintió en su pecho, fue un corte profundo y frío que la atravesó de parte a parte.

—No quise seguir siendo su bufón, no quise seguir manipulando y fingiendo ser quién no era. Decidí que había llegado el momento de ser yo mismo. Él me obligaba a hacer cosas… como cuando me metía contigo para hacerte enfadar.

—¿Qué? —Lo miraba asustada—. ¿Entonces tú no…?

—No, Emily, yo no te odiaba. Odiaba lo que él me obligaba a hacer y ese odio era el que veías cada vez que sucedía.

—¿Por qué? ¿Por qué quería que te odiara?

—Eso no le importaba, lo que quería era manipularos, que os alejara de la casa para que no vierais…

Ella cada vez entendía menos. ¿Qué no vieran el qué?

—No me preguntes —pidió él moviéndose inquieto.

—¿Tan terrible es?

Connor asintió y la miró con tristeza.

—¿Y aquel día que fuiste a los acantilados ibas a…? — No fue capaz de terminar la frase.

—Ya ves que no fui yo el que salvó a *Newton* — dijo señalándolo con un gesto de los ojos —. Fue él quien me salvó.

Y entonces sucedió. Emily no pensó, tan solo dejó que sus brazos lo rodearan y apoyó la cabeza en su pecho, deseando trasmitirle su calor. Connor tardó unos segundos en reaccionar, la sentía apretada contra su cuerpo, el dulce aroma de sus cabellos entraba por su nariz y sus dedos temblaban de ansiedad. La abrazó suavemente, como si temiera que pudiera romperse si apretaba. *Newton* se levantó del suelo y se unió al abrazo a su manera, lo que rompió la atmósfera de intimidad que se había creado entre ellos.

—Eres un perro viejo y traicionero — dijo Emily riendo mientras lo abrazaba agachada frente a él —. Pero salvaste a Connor y eso merece una gran consideración. Te quiero, perro tonto.

Connor la observaba con un inesperado temblor en el corazón y sintió que esa cálida sensación se extendía por todo su cuerpo. Era una sensación desconocida, dulce y poderosa, que lo empujaba a reír y a llorar al mismo tiempo. Emily levantó la mirada sin dejar de acariciar al perro y sus alegres ojos lo miraron sin temor. Por primera vez la había visto tal y como era, sin el velo con el que se cubría siempre que estaba frente a él. Después de eso, ya nada sería lo mismo.

James empezó a mejorar y llegó el día en el que pudo levantarse de la cama para permanecer sentado en una butaca unas cuantas horas seguidas.

—¿No puedes quedarte hasta que acabe el verano? — Marguerite miraba a Connor desde el otro lado de la robusta mesa del despacho de James —. No quiero quedarme sola con él. ¿Y si le vuelve a pasar?

—Eres su esposa —dijo rasgando el sobre que sostenía en su mano. Hablaba sin acritud, pero con firmeza.

—Ha sido horrible, y lo sabes.

—Ya está mejor, pronto estará recuperado del todo y las cosas volverán a ser como antes — dijo paciente.

—Ni siquiera puede levantarse…

—Imogen te ayudará con eso — dijo tratando de tranquilizarla —. No estás sola, Marguerite.

—Son criados, es su deber — respondió molesta —. Tú eres su hijo, deberías…

—Ya te he explicado que no puedo ausentarme más de la universidad. Debo acabar un…

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —dijo Marguerite girándose.

Emily se sintió turbada al ver que Connor se levantaba de la silla, seguían incomodándola sus deferencias hacia ella.

—La señora Harper ha venido a verla — dijo —. Ritson la ha acompañado al salón Dupont.

Marguerite miró a Connor y después se volvió de nuevo a Emily.

—Connor dice que se marcha, Emily. Por favor, habla con él y convéncelo de que se quede hasta que acaben las vacaciones.

La madre de Reece salió del salón y los dejó solos.

—Parece que has aprendido a llamar a la puerta antes de entrar — dijo él con expresión divertida.

—Es una buena costumbre —concedió ella, sonriendo también —. Así te evitas escuchar cosas que no quieres oír.

—Qué curioso que hayamos cambiado las tornas — dijo él ofreciéndole la silla que estaba al otro lado de la mesa, mientras seguía abriendo el correo —. Siéntate, por favor, querría comentarte algunas cosas.

Emily obedeció sin protestar.

—Me temo que mi padre no va a poder trabajar a pleno rendimiento en breve. David me ha hecho un sincero análisis de la situación y cree que puede tardar meses. Los negocios no pueden esperar hasta entonces y yo tengo que marcharme.

Emily asintió, esforzándose en ponerse seria. Al mencionar a David, no pudo evitar acordarse de lo divertido que fue verlos competir a aquel juego estúpido durante el pícnic que habían hecho el sábado. Connor estaba muy gracioso con la camisa por fuera de los pantalones y la cara manchada de barro.

—Deberías quedarte —dijo sin pensar.

—No puedo, Emily. Te conté lo de mi investigación en la universidad. Quiero terminarla antes de instalarme aquí. Di mi palabra.

Emily hizo un mohín con la boca. Sabía que tenía razón y ella lo admiraba por eso, pero no quería que se fuera. Las cosas habían cambiado mucho en las últimas semanas, tanto que le parecía una terrible noticia que tuviera que irse. Hasta Aidan lo echaría de menos.

—Lo que he decidido es que vas a encargarte tú. Te explicaré lo necesario para que puedas…

—No, no, no, no, no.

Emily se puso de pie, dispuesta a salir del despacho rápidamente, pero Connor le interceptó el paso…

—No huyas, cobarde.

—No puedo hacerlo, de ningún modo estoy preparada para llevar los negocios de tu padre.

—Sí que puedes y lo harás.

—No puedes darme órdenes —dijo retándolo insolente.

—Sí que puedo y es lo que estoy haciendo. — No pensaba ceder un milímetro.

—Eres un prepotente.

—Y tú una niña mimada que solo quiere jugar con sus juguetes.

Emily arrugó la boca y se cruzó de brazos con aparente enfado.

—Te enseñaré quiénes son nuestros proveedores — explicó Connor ignorando su gesto —. Cómo funcionan los turnos de trabajo, a quién llamar si se estropea una de las máquinas. También te explicaré cuál es el promedio de extracción y cuándo tener listo el cargamento para la subasta. Te explicaré la contabilidad y cómo llevarla.

—¿No debería ser la señora Darwood la que se encargara de todo eso? No olvides que yo solo soy la hija del ama de llaves — dijo con arrogancia.

—Marguerite no quiere hacerlo y tampoco creo que pudiese, se aburre con tareas monótonas. Y si crees que vas a manipularme con el cuento ese de la pobre sirvienta, puedes ahorrártelo porque no te servirá.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo? — dijo mirándolo suplicante.

—No es que tengas mucho trabajo en esta casa, ¿verdad? — dijo Connor al tiempo que volvía al escritorio y cogía el abrecartas. Levantó la mirada un momento y tenía en los ojos aquel brillo burlón que Emily conocía tan bien —. Tranquila, esto es mucho menos peligroso que lo de tu agitador de viento.

—Sé que te burlas, pero que sepas que era una buena idea — respondió Emily volviendo a su silla frente a él —. No tendría que haber salido mal.

—Esas aspas de metal podrían haberle rebanado la garganta a alguien. No salió tan mal.

Emily no pudo disimular su angustia, era algo que la atormentaba desde el fallido experimento. Connor se compadeció de ella y dejó las burlas y el divertimento.

—Está claro que estás desaprovechada, Emily. Y pienso remediarlo. Eres inteligente y tienes los conocimientos necesarios para poder llevar los negocios de mi padre sin problema. Y podrás mandar a buscarme si crees que mi presencia es necesaria. ¿Estás de acuerdo?

—¿Puedo negarme?

—No —dijo tajante, pero tratando de no sonar autoritario.

—Pues entonces, ya tienes la respuesta.

Connor sonrió y su rostro se iluminó con aquella expresión tan infantil a la que Emily se estaba acostumbrando.

—¿Te irás a final de semana, como tenías pensado? — preguntó temerosa.

Él asintió poniéndose serio y dejó el abrecartas en la mesa, centrándose en la conversación.

—Estos días deberíamos dejar… lo demás y dedicarnos exclusivamente al negocio.

A ella le sorprendió el tono dubitativo y la tímida expresión de su rostro.

—¿No vas a ayudarme a resolver el problema de astrofísica? — preguntó con tristeza.

Connor negó con la cabeza.

—Con los libros que te enviaré desde la universidad, podrás seguir tú sola. Ahora tenemos que centrarnos en las minas y las propiedades.

Emily asintió despacio, empezando a resignarse. Connor entornó los ojos y la miró a través de sus largas pestañas con una expresión indescifrable.

—La pieza que tocaste ayer era… — No encontraba las palabras para definirla y sintió que el calor subía a sus mejillas sin que pudiera evitarlo —. Pero diría que era más apropiada para un violín.

—Es para violín —dijo ella sin poder evitar un deje de tristeza en su voz —. Por desgracia en esta casa nadie ha querido nunca tocar el violín.

Connor sonrió y a continuación hizo un gesto de disculpa.

—Mi padre o Marguerite podrían conseguirte uno sin problema.

—Marguerite no me permite aprender a tocarlo, cree que es muy poco femenino y no dejaría que sus invitados me viesen con uno.

—O sea, que mi madrastra te utiliza como entretenimiento para sus visitas. ¿Es eso?

—A mí no me importa. Gracias a eso pude dejar de esconderme para tocar.

Connor nunca había visto a una mujer tocando el violín, pero eso no significaba que Emily no pudiese hacerlo si era lo que quería.

—Era una buena composición — dijo sincero.

Ella se ruborizó. Nunca tocaba sus creaciones delante de nadie, ni siquiera de su madre, esas eran solo para ella.

—No deberías haber escuchado — dijo fingiendo estar enfadada —. Es de mala educación.

—Por eso te he dicho que hemos cambiado las tornas. Entré sigilosamente en el salón mientras tocabas y estuve escuchándote durante un buen rato sin que te percatases. Me maravilla la capacidad que tienes para abstraerte de todo lo que te rodea.

—Es fácil cuando hago lo que me gusta y así pudiste reírte de mí sin que yo me diese cuenta — dijo con ironía —. Debiste verme como a un mono de feria que golpea las teclas sin ningún virtuosismo.

Connor se reclinó contra el respaldo y la miró divertido.

—Pues eres un mono muy eficaz porque sonaba de maravilla.

—Ese halago resulta difícil de creer viniendo de ti.

—¿Porque soy odioso?

—Porque eres el mejor pianista que he escuchado nunca.

—Me temo que eso no pone el listón muy alto, teniendo en cuenta que no has escuchado a muchos — dijo él sonriendo abiertamente.

—Una vez escuché al señor Connelly. ¿Recuerdas el concierto de aniversario de tu padre? Recuerdo que Reece y yo lo escuchamos desde el jardín, escondidos detrás del sicomoro, pero a ti te dejaron asistir…

—¿Te refieres a Frank Connelly? — Connor rompió a reír a carcajadas —. Connelly es actor de teatro, Emily. Finge ser quien no es y la gente lo invita a sus fiestas para que interprete algún papel como el de un pianista famoso. Es cierto que toca el piano, pero es más bien mediocre. Algún día te llevaré a un concierto de verdad y verás lo equivocada que es tu afirmación.

¿Algún día la llevaría a un concierto? Definitivamente, se había vuelto loco.

—Le he pedido a David que te ayude si te ves en problemas y me ha dicho que cuentes con él para lo que necesites. Es un buen tipo.

—Son una familia maravillosa — dijo Emily con cariño.

—Aidan es adorable —añadió él, sincero.

Emily sonrió abiertamente.

—Ese niño me ha robado el corazón y me temo que no va a devolvérmelo nunca.

Connor la miró entonces de un modo extraño, lo que provocó una arruguita en la frente de Emily.

—Sé que resulta extraño que David me dejara su despacho — explicó —. Pero él no lo utilizaba nunca y Lucille estaba muy sola…

—Creo que fue un gran acierto — afirmó Connor —. Tienes una mente inquieta y prefiero que la alimentes con libros de anatomía y medicina, que no con esos inventos del demonio.

Ella se mordió el labio para esconder su sonrisa.

—Algún día tendrás que deshacerte de todos esos cachivaches — dijo Connor —. Incluso en aquella sala, inmóviles, podrían provocarte algún daño.

Emily cambió su expresión por una menos alegre.

—Ni se te ocurra decir que los saquen de allí — le advirtió —. Son míos y yo decidiré lo que hago con ellos. Bueno, yo o la señora Darwood si es que los ve. Por suerte las pocas veces que ha pisado aquella sala, no se ha percatado de su existencia y cree que ya destruí todo lo que tiene que ver con el agitador de viento.

La expresión de Emily la llevó lejos de aquel despacho y Connor observó su expresión pensativa y el modo en el que se colocaba un dedo entre los labios cuando se abstraía. Aquello lo alteraba de un modo que no podía comprender. Llevaban unas semanas viéndose a diario en la sala DaVinci, sonrió al pensar en el nombre que él le había dado. Parecía que aquellos días habían conseguido dejar a un lado una enemistad de años. Una enemistad forzada y dolorosa que él mismo había provocado y sufrido. Algún día quizá se atrevería a contárselo todo. Cuando fuesen viejos y ya no importase. Pero no ahora, ahora no estaba preparada para escucharlo…

—Reece no va a venir, ¿verdad? — preguntó ella, de pronto —. No ha venido a ver a vuestro padre cuando estaba tan enfermo…

—Marguerite le envió una carta, en la que quitaba importancia a la dolencia de mi padre. Su abuelo no le permitió venir por ello.

Emily sentía que las palabras empujaban desde su garganta. Quería retenerlas, sabía que debía impedir que salieran, porque decirlas en voz alta las convertiría en algo imposible de ignorar.

—¿Es que lo tienen encadenado? — estalló al fin —. ¿Qué hubiera hecho si el señor Darwood se hubiese muerto? ¿Es que nunca va a desobedecer una orden?

Connor sintió una punzada de dolor en el pecho.

—Reece es demasiado bueno para eso, Emily — dijo con voz profunda —. Jamás incomodaría a su abuelo.

Ella trató de serenarse con poco éxito. Se puso de pie, no habría querido que fuese precisamente Connor el que la viese dudar de Reece, pero ya estaba hecho y no podía dar marcha atrás.

—A veces hay que hacerlo —dijo con firmeza —. A veces hay que enfrentarse a lo que consideramos injusto.

Connor se puso de pie también.

—Nuestro padre ha mejorado. — Afirmó él visiblemente molesto —. Como ves, ellos tenían razón.

—No, no la tenían. Las cosas podrían haber salido mal y en ese caso, el único que estaría al lado de su padre sería su hijo menos… — Emily enmudeció de golpe y sus ojos lo miraron asustados.

—Puedes decirlo —dijo muy serio.

Connor había rodeado el escritorio y estaba frente a ella.

—Dilo —ordenó—. El hijo menos querido.

—Yo… —Emily sentía una profunda rabia contra sí misma —. No quería…

—Sí querías y no tienes nada que reprocharte. Todo el mundo sabe que mi padre no me quiere, no has desvelado ningún secreto.

—Por supuesto que te quiere — dijo ella sintiendo que la hiedra del horror subía por sus piernas amenazando con cubrirla por completo.

Connor torció una sonrisa.

—Una mentira mil veces repetida no se convierte en verdad. Mi padre nunca me ha querido y puedo vivir con ello. Quizá piensas que no sé lo que es amar, porque no he tenido la suerte de que nadie me quiera, como bien me dijiste una vez. — Ignoró el gesto de angustia en el rostro de Emily —. Pero te equivocas, sé muy bien lo que es amar.

Ella sintió un dolor lacerante en su garganta y se maldijo por ser tan cruel.

—A veces decimos cosas que no sentimos. — Se excusó.

Connor sonrió con los labios, aunque sus ojos permanecían serios.

—Y otras decimos exactamente lo que sentimos — dijo.

Bajó la cabeza, mortificada.

—No te estoy culpando. Yo me comporté mal contigo y tú, simplemente, te defendiste. Solo quería que supieras… — Suspiró al darse cuenta de que no sabía qué era lo que quería. Regresó a su silla frente al escritorio —. Será mejor que me dejes trabajar, tengo muchas cosas que preparar para poder explicártelo todo.

Emily parecía reacia a irse, sentía una inexplicable congoja aderezada con una pizca de rabia. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir se giró a mirarlo y se topó con la mirada penetrante de Connor. Su expresión le provocó un estremecimiento que la recorrió de los pies a la cabeza. Abrió rápidamente y salió de allí, alertada por sus instintos primarios. Esos que advertían a la presa de que había un depredador al acecho.

Capítulo 10

Se miró al espejo para comprobar, una vez más, que todo el cabello estaba en su sitio. Y, una vez revisado, se estiró el vestido al tiempo que respiraba hondo para tratar de calmar sus nervios. Se dijo que era normal que estuviese tan nerviosa. Connor iba a enseñarle a llevar la empresa. Habían pasado muchas horas juntos en los últimos días. Le había explicado trigonometría y física, y habían hablado de filosofía e historia. Aquello no iba a ser muy diferente, solo que hablarían de minas y de economía. ¿Qué podía salir mal?

Bajó las escaleras con paso tranquilo y recorrió el camino que llevaba hasta el comedor. Llevaba toda su vida desayunando en la cocina y se le hizo raro entrar en aquella sala, a pesar de que había ayudado a vestir la mesa en incontables ocasiones.

—Buenos días —dijo poniéndose de pie al verla entrar.

Emily ya se había acostumbrado a que la tratase con cortesía. Observó que la ventana estaba abierta y sonrió. A Connor le gustaba mucho estar en el exterior y siempre que entraba a una habitación, se dirigía a la ventana para abrirla.

—Si te molesta puedo cerrarla — dijo él, como siempre.

—Sabes que no me importa —respondió, sentándose en el único lugar en el que habían puesto otro servicio.

—También le he pedido al servicio que nos dejen desayunar solos — siguió Connor al tiempo que le servía café en la taza —. ¿Con leche?

—Sí, por favor. Me alegra que no estén aquí, sería un poco violento para mí. Después de todo, soy una de ellos.

—No exactamente —negó Connor.

Emily lo miró con una sonrisa irónica.

—Soy la hija del ama de llaves.

—Pero mi padre siempre te ha tratado como a una…

—Pariente pobre —se adelantó ella sin dejar de sonreír.

Emily se sirvió salchichas, huevo revuelto y un pedazo de pan, todo ello en cantidad generosa. Acostumbraba a tener desayunos abundantes, ya que no sabía cuándo volvería a comer. Dependería de lo ensimismada que estuviese en la tarea que realizase en ese momento, y se temía que, en este caso, esas tareas iban a exigirle toda su atención. Connor la miró entre sorprendido y divertido.

—Nunca dejará de sorprenderme tu manera de comer. Puedo asegurar que no he visto jamás a una mujer alimentarse de manera tan extraordinaria. Tu estómago es un pozo sin fondo

— dijo riendo.

—A veces es mi única comida del día — se justificó ella arrugando la nariz —. ¿Te parece mal?

—¡No! —exclamó Connor rápidamente —. Por supuesto que no me parece mal, come cuanto quieras. Y espero que esa costumbre de comer solo una vez al día haya terminado para siempre.

—Mamá me trae siempre la bandeja, como has podido comprobar estos días. Pero cuando estoy sola, me olvido… Estos días que has estado allí… — Miró hacia abajo y comprobó sorprendida que sus pechos habían aumentado —. Dios mío — musitó sin darse cuenta.

Al levantar la vista, vio que él también tenía los ojos en aquella parte de su anatomía y se ruborizó hasta la raíz del pelo. Miró su plato y lo apartó decidida. Connor estiró el brazo y volvió a colocarlo frente a ella con suavidad.

—Come —ordenó.

Emily se mordió el labio. Tenía hambre, pero no quería que aquello continuase aumentando.

—Solo necesitas hacer algo de ejercicio — dijo él respondiendo a sus dudas —. Tendrías que aprender a montar, estoy seguro de que serías una gran amazona.

—Los caballos me imponen, son demasiado grandes.

—Cuando vuelva te enseñaré — sentenció ignorando su protesta.

Emily volvió a mirar hacia su plato con severidad. Si seguía comiendo como lo había estado haciendo esos días, sus pechos no la dejarían verse los pies. Decidida, apartó el beicon a un lado del plato y pinchó un pedacito de huevo.

—Mi padre ya está al tanto de todo y está de acuerdo.

Emily sonrió taimada.

—Así que los gritos de anoche eran por eso.

—Solo hubo gritos hasta que Marguerite salió de la habitación. Una vez mi padre y yo nos quedamos solos, todo quedó aclarado.

—Entiendo que no les guste la idea. A mí tampoco me gusta — dijo sincera.

—No hay otra opción —dijo él.

—Podrías quedarte. —Ella esquivó su mirada.

—Emily…

—Está bien. No insistiré más en ello, pero es un error y te arrepentirás de ello cuando tome una mala decisión y os arruine a todos.

Connor sonrió divertido.

—Si pudiéramos arruinarnos por tomar una mala decisión, hace tiempo que esta familia lo habría perdido todo. Si hay algo en lo que los Darwood somos expertos es en tomar malas decisiones.

Emily tenía una expresión burlona y Connor la miró desconfiado.

—No estarás pensando en boicotearte, ¿verdad, Emily?

—No —dijo en un tono que no sonó muy creíble.

—Te advierto que no te servirá de nada — constató él después de llevarse un bocado a la boca —. Sé que eres perfectamente capaz, no olvides que estos días he visto cómo funciona tu cerebro. Tienes tres días para aprender y cuando pasen, me marcharé y te dejaré a cargo de todo.

Sea como sea, vas a ocuparte. Así que te aconsejo que aprendas lo máximo posible en el menor tiempo, así quedará espacio para resolver tus dudas.

Emily se estremeció por la firmeza de sus palabras y asumió que, definitivamente, no tenía escapatoria.

—Está bien. —Se rindió al fin—. ¿Por dónde empezamos?

Connor sonrió, satisfecho.

—¿No sería mejor hacerlo de este modo? Las cargas profundizarían más.

Connor observó atentamente el dibujo que Emily había realizado y sopesó sus indicaciones.

—No, mira. ¿Ves esto? La veta se resquebrajaría y podría dañar la galería. Siempre es mejor hacerlo en este sentido, aunque lo cierto es que parecía una buena idea, me has hecho dudar.

Emily lo miró sonriente, le encantaba hacerlo dudar de cualquier cosa y era algo que no sucedía a menudo.

Llevaban dos días trabajando sin parar. Emily había estudiado el estado contable de las propiedades de los Darwood y había hablado con el abogado de la familia, que le explicó todo lo que necesitaba saber sobre préstamos, avales y contratos.

Ahora estaban en la sala DaVinci y Connor había borrado varias pizarras para explicarle el funcionamiento de la mina, los procesos de extracción, las voladuras… todo aquello sobre lo que Emily le preguntaba. También le contó cómo funcionaban las máquinas y las medidas de seguridad para proteger a los mineros en caso de que el aire fuese irrespirable. Connor insistía en que no era necesario que supiera todo eso, pero Emily estaba empecinada y lo interrogaba para que profundizase en el tema.

—¿Vas a hacerte minera? —preguntó sonriendo mientras se limpiaba los dedos de la tiza con un trapo húmedo.

Emily se acercó a él para sacudir las solapas de su chaqueta, que habían quedado blancas y Connor cogió su mano en un gesto instintivo. Emily lo miró confusa cuando él entrelazó los dedos en un gesto íntimo y sobrecogedor. Los dos se miraron en silencio, sintiendo aquel contacto como una presencia invisible que los unía de algún modo mucho más intenso que por el contacto de sus dedos.

Emily no se movió un milímetro, rogando para que él no notase el temblor de sus labios. Le resultó tan extraño aquel contacto… No sabía en qué estaba pensando él en ese momento y temía descubrirlo casi tanto como lo anhelaba.

—Dentro de dos días me iré… — anunció con voz ronca.

Emily asintió sin apartar la mirada de aquel azul inmenso.

—Ojalá yo pudiese ir a la universidad. — Trató de imprimir algo de seguridad a su voz, pero no pudo disimular el temblor que alteró su tono.

—Ojalá pudieses venir —dijo él—. Me encantaría verte paseando entre aquellos corredores. Estoy seguro de que eres la única persona en el mundo que se atrevería a interrumpir al profesor Lark mientras suelta una de sus largas, monótonas y aburridas explicaciones.

—«Deben esperar a que termine mi explicación para saber si su pregunta es pertinente, caballeros» — imitó la voz un tanto estridente de su profesor de filosofía natural, sin que su mirada variase un ápice —. Todo sería distinto allí si tú estuvieses.

Emily quería soltarse, pero su mano no la obedecía. Tampoco sus pies, que se obstinaban en permanecer allí clavados, a solo unos pocos centímetros de él.

—Si hubieses tenido la oportunidad de ir a la universidad, Emily, estoy seguro de que serías mejor en todo que cualquiera de los alumnos de mis cursos, incluido yo mismo.

¿Connor siempre había tenido las pestañas tan largas? Ese azul no podía ser real, su cerebro le estaba jugando una mala pasada, nadie tiene unos ojos tan azules como aquellos. Recorrió su rostro y su mirada se detuvo incomprensiblemente en sus labios. Se veían tan suaves… Deseó poder acariciarlos para comprobar si eran tan aterciopelados como parecían.

Connor apretó ligeramente el contacto de sus manos y su mirada se posó en la boca de Emily. Sus labios entreabiertos le parecieron una invitación irresistible y su corazón latía con tal fuerza, que su sonido le rebotaba en los oídos.

La puerta de la sala estaba abierta. *Newton* entró corriendo y rompió el hechizo con un potente ladrido. Emily se soltó de golpe y se apartó como si despertara de un sueño y Connor se inclinó para acariciar al perro, mirándola de soslayo.

—Aquí está la comida —anunció Imogen entrando en la sala, seguida por una de las doncellas —. ¿Dónde ponemos las bandejas? Emily, despeja esa mesa, hija.

Ella obedeció rápidamente y su madre pudo liberarse de su carga.

—Esta es la tuya —dijo el ama de llaves —. Tan frugal como pediste. Para ti, Connor, hemos elegido platos más consistentes.

Connor levantó una ceja mirando a Emily con severidad, pero no dijo nada.

—Muchas gracias, mamá.

Su madre miró los dibujos en las pizarras, después observó la tiza en la ropa de Connor y movió la cabeza dirigiéndose a la puerta.

—Vendremos a recoger en una hora — advirtió antes de abandonar la sala.

Newton lanzó un ladrido corto y Connor lo miró al tiempo que afirmaba con la cabeza.

—¿Tú también lo piensas? Me alegra que haya alguien más con sentido común en esta sala. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué la obligue a comer? No sabes el carácter que tiene, seguro que me lanza uno de esos tiestos con plantas que tiene por todas partes.

Emily trataba de no reírse, pero aquellos dos se lo estaban poniendo muy difícil. *Newton* tenía la cabeza muy erguida y parecía moverla en respuesta a lo que Connor le decía.

—No sé qué mosca le ha picado, pero cree que estaba comiendo demasiado. Sí, claro que la he visto, está en los huesos, pero no me hace caso. ¿No podrías hacer algo tú? Llévala a correr y así el hambre la obligará a comer lo que debe.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer el tonto? — protestó ella poniéndose las manos en la cintura —. La comida se enfría y tenemos mucho trabajo que hacer.

Connor la miró un instante y luego volvió a mirar a *Newton*.

—¿Ves lo que te decía sobre su carácter?

Connor se detuvo a charlar con un grupo de trabajadores de la mina norte, que esperaban para relevar al turno anterior. Emily lo observaba con atención, se reía con ellos y les gastaba bromas que parecían entender, a juzgar por cómo respondían. Les preguntó sobre el trabajo del día anterior y ellos le explicaron detalles que antes a ella le habrían parecido un galimatías

incomprensible, pero que ahora ya empezaba a entender. Después recorrieron la zona exterior y, para terminar, se acercaron hasta la profunda entrada. Connor quería que percibiese el olor y los sonidos que provenían de la mina y Emily se estremeció al mirar aquella oscuridad. Se dijo que los hombres que bajaban allí cada día eran extraordinariamente valientes. El capataz de la mina norte era Alfie Wingfield; un hombre enjuto y serio, con expresión y hablar hosco, pero que a Emily le trasmitió confianza. Era esa clase de persona que no tiene doblez, lo que ves es lo que hay. Y eso no deja lugar para la desconfianza.

Con el capataz, Jason Crowley, que había ocupado el lugar de su padre en la mina sur, no le sucedía lo mismo. Emily sentía un instintivo rechazo por ese hombre de apariencia amable y tono calmado, que se acercaba ahora mismo hacia ellos, después de que Connor le hubiese enseñado los entresijos de la mina en la que había trabajado su padre. Algunos hombres aún se acordaban de Brian McLoughlin.

—¿La señorita McLoughlin va a encargarse de todo? — Crowley había escuchado las instrucciones de Connor asintiendo con la cabeza y con una expresión que parecía indicar que no le desagradaba la idea.

—Así es —afirmó Connor—. ¿Algún problema?

—En absoluto. Si usted la ha elegido, será porque sabe de minas.

—Sabe lo necesario para…

—Hasta hace dos días no sabía absolutamente nada de minas, señor Crowley — interrumpió Emily a Connor —. Por eso necesitaré su inestimable ayuda y la del señor Wingfield, para no meter la pata. Tenga en cuenta que esto es algo totalmente provisional. El motivo de que el señor Darwood haya tomado esta decisión es que quiere que las cosas sigan funcionando como hasta ahora, de manera que nada va a cambiar. Yo solo seré la interlocutora entre el señor James Darwood y usted.

Connor frunció ligeramente el ceño y observó la escena con perspectiva. Crowley no parecía disgustado y Emily se mostraba afable y segura de sí misma, pero sin llegar a resultar arrogante.

—¿Puedo contar entonces con que me consultará antes de hacer cualquier cambio, señorita McLoughlin?

—Le doy mi palabra. Y llámeme Emily, vamos a vernos a menudo y espero que seamos amigos.

Crowley asintió sin dejar de sonreír.

—¿Qué le ha explicado? —le preguntó a Connor —. No quisiera repetirme.

—Lo necesario —dijo Connor—. No va a extraer el mineral, pero sabe cómo debe hacerse.

—Espero que no suceda, pero ¿la ha preparado también para cuando haya que tomar una decisión difícil? — preguntó el capataz mirándolos a ambos alternativamente —. Cuando alguien muera. Ya sabe, la viuda, los hijos…

Emily empalideció. No había pensado en eso.

—Mi padre no está muerto, Crowley. En ese caso, ella hablará con él. Además, si me necesita, enviará a buscarme y yo vendré si es conveniente.

—No se preocupe, señor Darwood. Llevo muchos años en esta mina y ayudaré a la señorita McLoughlin en todo lo que me pida.

—En cuanto pueda instalarme en la casa, lo haré, Crowley — dijo Connor, agradecido por su buena disposición. No todo el mundo era tan antipático como Alfie Wingfield —. Haz saber

a todos que la señorita McLoughlin será la nueva encargada de los asuntos de la familia Darwood.

—Hasta que usted regrese. ¿Cuánto tiempo cree que tardará en volver? ¿Seis meses? ¿Estará aquí para la subasta?

—Espero que sí —afirmó sin demasiado entusiasmo.

Los dos hombres siguieron hablando ante la atónita presencia de Emily. ¿Seis meses? ¿Cómo no había pensado que podía morir alguien en la mina? ¿La viuda y sus huérfanos? ¿Qué se suponía que tenía que hacer ella si eso pasaba?

Fijó su mirada en Connor. En las últimas horas había comprendido que, además de ser inteligente y paciente como maestro, también era un hombre de acción. Podía llevar las riendas del negocio sin que le temblase la mano a la hora de tomar decisiones difíciles y tenía el carisma suficiente como para que aquellos hombres, curtidos y sacrificados, lo tratasen con respeto. Se le veía aún más alto junto a Crowley, su complexión proporcionada destacaba al lado del barrigudo capataz al que todos sabían que le gustaba empinar el codo. Aquellos brazos fuertes podrían levantarla del suelo sin apenas esfuerzo y también rodearla con ternura…

Fue entonces cuando Connor puso sus ojos en ella. No hubo modo de que Emily pudiera ocultarle lo que estaba pensando y eso provocó en él una reacción física inesperada y contundente. Mantuvo la mirada un instante, como si esperase que fuese ella la que se rindiese, como así fue. Sonrió divertido y aquella sonrisa dulce e íntima desató una tormenta en el cerebro de Emily.

—¡Seis meses! —exclamó aterrada —. De ningún modo esperaré seis meses. No puedes irte, Connor.

Estaban en lo alto de los acantilados y el viento arremolinaba sus faldas, dificultando sus movimientos. Connor la guio cogiéndola del brazo para alejarla del borde. Desde que habían abandonado las minas, parecía que Emily buscara el enfrentamiento. Él no entendía su actitud ni sabía qué la había provocado y por más que intentaba ser paciente, Emily no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Como me has oído decirle a Crowley, no será tanto tiempo.

—¡Seis meses! —repitió horrorizada ignorándolo —. No puedes dejarme seis meses sola con todo esto.

—No sé cuánto tiempo me llevará acabar esa investigación, mis compañeros deben haber avanzado mucho en los días que llevo aquí. Lo más probable es que sean solo un par de meses.

—Dos meses sigue siendo demasiado. No quiero hacerlo — negó ella moviéndose de un lado a otro, hasta que se dio cuenta del sutil modo en el que Connor le cerraba el paso —. ¿Quieres quitarte de en medio?

—No —negó él—. No me gustaría que te cayeras desde lo alto del acantilado.

—No voy a caerme.

—No, porque no voy a dejar que te acerques.

—He paseado por este lugar durante años. De hecho, venía todas las mañanas hasta que me metiste en este lío — dijo enfadada —. Yo estaba muy tranquila, ¿sabes?

—En tu mundo de fantasía.

—Sí, en mi mundo, es cierto. ¿Me lo reprochas? ¿Qué hay fuera de él que sea más interesante?

—La vida real, Emily.

—¿Y qué me ofrece a mí la vida real? ¿Tener que ocuparme de los problemas de los mineros? Ya has oído a Crowley. ¿Qué haré cuando alguien salga herido? ¿Qué pasará si se enfadan y si no quieren trabajar?

Connor sonrió con ternura.

—Todo va a ir bien, Emily. Sabrás cómo actuar, estoy seguro.

—¡No quiero hacerlo! —dijo irracional —. Y no lo haré.

Connor se puso repentinamente serio.

—En la vida real la gente hace cosas que no le apetece hacer. Todo el tiempo, Emily.

—Crees que yo solo hago lo que quiero. La niña mimada, la tonta de Emily — dijo sin comprender de dónde venía aquella extraña desesperación que le retorcía el estómago.

—Siempre has hecho lo que has querido, no te comportes como si fueses una víctima.

—Eso no es cierto —rebatió ella, sintiéndose atacada —. He tenido que hacer muchas cosas que no quería hacer.

—¿Como por ejemplo?

—¡Soportarte a ti durante años!

Connor torció una sonrisa.

—Creía que ya habíamos superado esa fase.

—¿Por qué tengo que hacer esto? — Repitió sintiéndose acorralada —. No soy de vuestra familia, como me has recordado una y mil veces durante años, no tengo ninguna obligación de…

—Te equivocas, sí la tienes. — La cortó irritado. ¿Dónde estaba la Emily de las últimas semanas? ¿Qué era todo aquello? —. Lo quieras o no, has disfrutado de todo lo que se te ha dado sin protestar, es justo que devuelvas la deferencia que se ha tenido contigo.

—Eso es. Ahí está el Connor de siempre, recordándome de dónde vengo. — Eso podía gestionarlo mejor.

—Nunca te he pedido nada, Emily. Hasta ahora.

Ella apretó los labios mirándolo con aquella arrogancia que Connor creía desaparecida para siempre.

—No puedo —dijo mirándolo con fijeza a los ojos y dejando que todo se volviese azul —. Lo siento.

—Si me obligas, tendré que ordenártelo. — Advirtió.

—Hazlo —retó—. Ordénamelo. Deja claro que tú eres el dueño de todo y yo solo soy la hija de una criada. Anda, dilo, dime que debo hacer lo que tú mandes porque también eres mi dueño.

—Yo no soy tu dueño —lo dijo con voz profunda y mirada triste.

Emily sintió aquella mano retorciéndole las entrañas. Quería parar, pero no podía, sabía que era el único modo de alejarlo. Y debía alejarlo a toda costa. Si volviese el antiguo Connor sería más fácil. Odiarlo lo hacía todo mucho más fácil.

—¿Qué ocurre, Emily? ¿Qué está pasando? Creía que habías entendido la situación. No puedo quedarme, esa investigación es importante para mí. Es muy probable que no consigamos resolver los problemas planteados, pero es emocionante intentarlo. Tú mejor que nadie debería entenderme…

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que entenderte? ¡No quiero entenderte! — exclamó con un brillo intenso en la mirada que hizo que el corazón de Connor se acelerase —. No quiero ser tu

amiga, no quiero que confíes en mí, quiero que me dejes en mi mundo de fantasía y salgas de mi vida para siempre…

Trató de alejarse, pero él la agarró por el brazo y la detuvo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho ahora?

—No puedes borrar quién eres de un plumazo. — Lo miraba con fiereza —. Todo el daño que nos hiciste a Reece y a mí… Dejaste que él se marchara, no hiciste nada para impedirlo.

La soltó como si lo hubiese golpeado. ¿A qué venía aquello? Creía que…

—Fuiste ruin y cruel tantas veces… Incluso cuando Reece y yo nos despedimos, fuiste corriendo a contarles que nos habíamos besado.

—Veo que ha vuelto la jueza implacable, decidiendo siempre quién es culpable y de qué. Condenando al resto sin darle la posibilidad de defenderse. — Connor apartó la mirada para que no pudiese leer en ella.

—¿Defenderte? —Emily se puso frente a él, obligándolo a mirarla —. ¿Defenderte?

—Sí, defenderme. —Los ojos de Connor tenían un brillo extraño, uno que parecía alimentado por el mismo fuego que el de Emily —. Siempre diste por hecho las cosas según te interesaba.

—Ahora resultará que eras un alma cándida y pura y yo fui injusta contigo. ¿Acaso vas a negar qué fuiste tú? Te tenía por malvado, pero no sabía que también fueses un cobarde.

Connor la miró dolido, pero cerró la boca dispuesto a dar el tema por zanjado.

—Será mejor que regresemos — dijo —. Pronto anochecerá.

Emily no se hizo de rogar y caminó delante de él con paso acelerado para no hacerlo a su lado. Sentía su presencia como un fuego llameante y los ojos le ardían como si ese fuego la quemase por dentro. Las imágenes de aquel día habían comenzado a desfilar ante sus ojos, abandonando la espesa niebla tras la que se habían ocultado. Se vio a sí misma en aquel salón mientras Marguerite la regañaba. Y lo vio a él mover la cabeza con desagrado y ponerle una mano en el hombro, para impedir que siguiese diciendo cosas hirientes. Y no había burla en su rostro, ni disfrute, tenía una expresión seria pero compasiva.

De pronto todo lo que habían compartido en aquellas semanas cayó sobre ella como un torrente y se sintió desolada por lo que estaba haciendo. Sabía muy bien el motivo, pero no podía decírselo a él, no sin que descubriera…

—No fuiste tú —dijo parándose en seco y mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—No, no fui yo —dijo Connor con sus ojos clavados en ella.

—¿Sabes quién fue?

—No voy a decírtelo, Emily.

—Has estado protegiendo a esa persona durante años.

—No es a ella a la que protegía.

—¿Por qué dejaste que pensara mal de ti?

—Porque era lo más sencillo. Siempre tuviste muy claro que yo era el culpable de todo lo malo que os pasara a Reece o a ti.

—¿Y puedes culparme por ello? Nunca quise odiarte, Connor, yo…

No estaba preparada para lo que pasó a continuación, ni siquiera fue consciente de lo que sucedía hasta que él le cubrió la boca con la suya. Y en un instante le arrebató el pudor y la cordura al demostrarle lo fácil que le resultaba desarmarla.

La dulzura de sus labios la sumió en un mar de confusión. Tuvo la sensación de que una luz le explotaba en el pecho y la cegaba por completo, a pesar de que tenía los ojos cerrados. Se sintió maravillada de aquel contacto, percibiendo cada detalle, cada respuesta de su cuerpo. El aliento de Connor confundiéndose con el suyo, el cosquilleo en la punta de los dedos que ansiaban el tacto de otra piel… Él hizo amago de apartarse, pero como si sus labios se hubieran adherido a ella, la besó de nuevo y esta vez con mayor urgencia. Ella devolvió la caricia casi sin darse cuenta y aceptó el contacto de sus lenguas. Experimentó un placer desconocido y su mente nublada no encontraba una explicación para lo que sentía. Lo único que sabía era que no quería que acabase. Connor parecía decidido a dejarla sin aliento y su corazón latía tan fuerte, que Emily podía sentir cómo retumbaba dentro de su pecho. Se aferró a él como si temiera no poder sostenerse en pie y Connor interpretó aquel gesto como una exigencia. La rodeó con sus brazos y la aprisionó contra su duro pecho, al tiempo que profundizaba en aquel beso de un modo que Emily no podía ni comprender ni asimilar. Sintió que perdía la voluntad y respondió a su caricia con una unión profunda. Todo a su alrededor era él, sus fuertes brazos que la sujetaban, el pecho duro y firme en el que se apoyaba. Pero sobre todo, su boca, aquella boca que parecía no saciarse nunca y que se apretaba contra ella con poderoso dominio.

La separación fue casi dolorosa. Emily lo miró con pulso frenético y respiración profunda. Su cerebro era una vorágine espesa de pensamientos inconexos e incomprensibles, arrastrando una ristra de preguntas sin respuesta. Tenía ante sí al mismísimo demonio, no le cabía la menor duda. La había subyugado con una ternura y calidez propia del más pérfido de los hombres. Jamás había imaginado que podría verse en aquella situación, perdida entre sus brazos, deseando el contacto de esos labios que tantas veces la habían molestado con palabras hirientes.

Dio un paso atrás mirándolo sin verlo. Se sentía abrumada. Miles de palabras sonaban en su cabeza y los pensamientos se solapaban uno sobre otro. Connor la miraba con mucha intensidad a través de aquellos azules y oscuros ojos, enorme y poderoso frente a ella. Ninguno de los dos parecía capaz de emitir el más mínimo sonido, el beso los había enmudecido por igual.

—¡Amo a Reece! —Sollozó Emily—. ¿Me oyes? ¡Lo amo! No dejaré que me conviertas en una…

Algo cruzó ante los ojos de Connor, una sombra que trasformó su rostro en una máscara de confusión. Había dolor en aquella mirada, un dolor viejo y podrido que se arrastró por su torrente sanguíneo llegando a todos los rincones de su cuerpo.

—Emily… —susurró cuando ella echó a correr y se alejó.

Escuchó cómo sus sollozos se perdían en la lejanía y sintió la soledad que iba creciendo a su alrededor a medida que ella se perdía en la distancia. Es suya, repetía una voz en su cabeza una y otra vez, es de Reece… Pero su corazón se empeñaba en gritar que no, que ella lo había besado, lo había besado con toda el alma.

Capítulo 11

La mañana la encontró despierta. Emily yacía acurrucada sobre las sábanas revueltas después de una noche agitada e insomne. En su interior se repetía aquel beso, una y otra vez, haciéndola sentir débil y aterrada. Se giró hasta estar bocarriba y fijó la mirada en el artesonado del techo, buscando allí las respuestas que su cerebro pensante no parecía dispuesto a darle. Se llevó los dedos a los labios y los acarició. Un gemido profundo escapó irrespetuoso mientras todo su cuerpo respondía a aquella indecente llamada. Él estaría ya en el comedor, irritado porque llegaba tarde. Trató de recordarlo como lo había guardado en su mente: cínico, despreciativo, cruel… Pero su cerebro estaba en su contra, al igual que Newton, se había puesto de su parte porque ahora lo recordaba silencioso, solitario y triste. Y eso en el pasado, pero si buscaba en sus recuerdos más recientes… Lo vio reír y sus ojos azules brillaban como dos estrellas del firmamento. Y ella también reía en esos recuerdos, reía con sus bromas inteligentes, que la sorprendían a veces con retraso. También lo vio frente a la pizarra, con la tiza en la mano y la chaqueta y el pelo manchados de polvo blanquecino. Su cuerpo se estremeció al pensar en él en mangas de camisa, en cómo se marcaban los músculos escondidos bajo la ropa…

Golpeó la cama con el puño y luego otra vez, y otra. ¿Cómo podía dejarse engañar tan fácilmente? ¿Es que no sabía lo que estaba haciendo? Quería demostrarle que era una posesión más, que podía hacer uso de ella igual que lo hacía de todo lo que había en esa casa. ¿Acaso le había hablado de sentimientos? ¡No! Era Connor Darwood, el heredero de las propiedades de los Darwood. Algún día aquella casa sería suya, las minas serían suyas, aquella cama sería suya… Apretó los ojos y sintió las lágrimas ardientes caer sin freno. La había besado sin más, profunda e íntimamente. Nunca nadie la había besado así. Gimió asustada. ¿Y ella? ¿Por qué su cuerpo había reaccionado de ese modo? Hasta la última porción de su piel se había entregado a aquella caricia. Toda ella ansiaba sentir el contacto de su lengua, de sus manos…

La puerta se abrió y Emily se apresuró a limpiarse las lágrimas antes de que Imogen se acercase a la cama, sigilosa.

—¿Estás enferma, hija? —preguntó su madre con expresión preocupada.

—No he dormido muy bien —respondió Emily esquiva.

—Connor lleva un buen rato esperándote en el comedor. Ya sabes que hoy se marcha…

«Deja que me quede aquí escondida, mamá. Cierra la puerta y no dejes que ese hombre se acerque a mí».

—Bajaré enseguida —dijo.

—Si quieres le digo…

—No, mamá. No te preocupes, ahora bajo.

Connor se puso de pie en cuanto entró en el comedor. Emily rehuyó su mirada, así que no pudo ver lo que había en ella.

—¿Has tenido una mala noche?

—Sí —respondió escueta.

—Entonces necesitarás café. — Le sirvió el líquido en la taza y después le añadió la leche sin preguntar.

Emily se lo agradeció con un gesto y bebió rápidamente. Necesitaba un poco de ayuda para librarse de la niebla que había en su cabeza.

—He organizado el despacho para que te resulte más cómodo encontrarlo todo — dijo él después de esperar que ella iniciase la conversación —. Te he dejado en la mesa unas instrucciones, te ayudarán al principio y evitarán que entres en pánico ante las primeras complicaciones.

Emily lo miró al fin y vio que él tampoco había dormido nada.

—¿A qué hora te marchas?

—Después de desayunar.

—Bien —dijo levantándose y apartando la silla con gesto muy poco delicado —. Entonces no perdamos más tiempo, tu padre quería vernos a los dos antes de que te fueras. No quiero que tengas que entretenerte más de lo necesario.

Connor se puso de pie muy despacio, sin dejar de mirarla. Su rostro serio y demacrado se había ido descomponiendo en una de aquellas cínicas sonrisas que Emily tanto detestaba. Soltó la servilleta sobre la mesa y le hizo un gesto para que saliera delante de él.

—Y esta es la relación de trabajadores que están a nuestro cargo, incluido el servicio, con explicación detallada de sus emolumentos y todo aquello que puedas necesitar.

Emily lo había escuchado con atención y en silencio mientras le mostraba la exhaustiva organización que había ideado para ella. Debía haber pasado toda la noche haciendo aquello. Incluso había inventariado los documentos, otorgándoles una letra y un número que indicaban su importancia y ubicación, era un sistema muy inteligente y altamente eficaz.

—Tú tampoco has dormido mucho — dijo de pronto.

—Eso no es raro en mí —dijo sin profundizar en ello —. ¿Crees que te será útil lo que he hecho?

Ella asintió.

—Además, puedes consultarle a mi padre cualquier cosa que necesites. Su mente está bien, es su cuerpo el que falla. Con un poco de suerte se recuperará y no tendré que regresar.

Emily sintió una punzada en el pecho que ignoró con determinación.

—Antes de irme querría…

—No digas nada, por favor — lo cortó evitando mirarlo a los ojos —. Lo que ocurrió ayer fue algo… imperdonable. No soy de tu propiedad, Connor. Y no me convertirás en tu… Estos días me confundieron, pensé que…

¿Por qué no era capaz de terminar ninguna frase de manera coherente? No la ayudaba en absoluto que él la mirara de ese modo, como si fuese un niño al que están castigando injustamente.

«Ahí está de nuevo, la injusta Emily. Ya ha dictado sentencia y estoy condenado».

—Te pido que no vuelvas a hacerlo — siguió ella recuperando el dominio de la palabra —. No soy, ni seré jamás de esa clase de mujer y siento que hayas malinterpretado la amistad que te ofrecía. Me ocuparé de todo hasta que tu padre mejore o tú regreses, después me iré.

—¿Te irás? ¿A dónde? —preguntó irónico —. ¿A París con mi hermanito? ¿Te presentarás allí con una maleta y esperarás que él te reciba con los brazos abiertos?

—No sé a dónde iré, pero tampoco es asunto tuyo.

—Por mí no tienes que irte, Emily — dijo dando un paso atrás —. Esta casa es lo bastante grande para que no tengamos que cruzarnos siquiera. Además, si mi padre mejora no pienso volver. Por mí puedes quedártela para ti.

Lo vio dirigirse a la puerta completamente desconcertada. Era ella la ofendida. Entonces, ¿por qué él estaba tan enfadado?

—Mi padre nos espera —dijo Connor.

Emily lo siguió.

—¿De verdad crees que podrá hacerlo? — James miraba a su hijo con atención, sentado en la butaca en la que se pasaba la mayor parte del tiempo desde que podía levantarse de la cama.

Marguerite había hecho que amueblaran el vestidor como una salita y James se pasaba el día allí encerrado, como un oscuro secreto familiar que nadie quiere desvelar. Ni siquiera él mismo.

—Estoy seguro —respondió Connor con voz profunda y tono serio —. Emily siente más aprecio por todo esto que yo, te lo aseguro.

James Darwood fijó su mirada en Emily y ella aguantó el escrutinio con aparente serenidad, aunque por dentro estaba temblando como una hoja.

—Seguirás jugando al ajedrez conmigo, todos los días en cuanto Connor se haya ido — sentenció —. Y me informarás a diario de cualquier suceso. No tomarás decisiones importantes sin consultarme.

Emily asintió a cada una de las aseveraciones. Hubiera preferido que la relevase de sus partidas. Después de verlo jugar con Connor, se sentía demasiado estúpida para retomarlas. Pero sabía que no tenía opción. Aunque *Newton* pareciese ahora el perro de Connor, en cuanto él se marchase volvería a ser suyo y no quería que se lo arrebataran.

—En cuanto a ti… —James miró a su hijo con severidad —. No quiero enterarme de ningún otro «incidente» que implique el uso de armas de fuego o cualquier otro arma. Los duelos están prohibidos y tú no eres inmune al acero.

Emily miró a Connor asustada, ¿de qué estaba hablando su padre?

Aquella mirada no pasó desapercibida para James y los engranajes que movían su mente comenzaron a girar coordinados.

—Haré lo que mi conciencia me dicte en cada momento, padre — dijo Connor muy serio —. Como usted me enseñó.

James lo miró con fijeza, ¿cómo no se había dado cuenta de lo que pasaba allí? Contuvo una sonrisa y en su lugar apretó los labios fingiendo estar de malhumor.

—¡Marchaos! —exclamó.

Emily y Connor abandonaron el vestidor, atravesaron el dormitorio y salieron al pasillo en silencio. Pero una vez fuera, ella lo encaró sin poder contener la curiosidad.

—¿Qué ha querido decir tu padre? ¿De qué duelo hablaba?

Connor la miró muy serio durante unos segundos, antes de responder.

—No creo que sea asunto tuyo.

Emily sintió que el rubor teñía rápidamente sus mejillas y apartó la mirada incómoda.

—Me marcho —dijo él manteniendo la misma seria actitud —. Despídeme de los Rowlins. Y recuerda que puedes enviar a buscarme si es necesario.

Emily sentía una extraña congoja. Si no hubiese ocurrido el nefasto momento que vivieron en los acantilados, en ese momento le suplicaría que no se marchase.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible — dijo —. Que tengas buen viaje, Connor.

—Por favor, nada de inventos.

Ella negó con la cabeza, tenía un nudo en la garganta. Él asintió y sin más, se dio la vuelta para marcharse. Cuando llegó al final del pasillo se volvió y levantando una mano exclamó:

—¡*Ars longa, vita brevis*! No lo olvides, Emily.

Desapareció Siguió escuchando sus pasos alejándose durante unos segundos más, mientras en su mente se repetía la frase que había dicho en latín.

«El arte es largo, la vida, breve».

James miró a su mujer con expresión severa, mientras Marguerite esperaba una respuesta.

—¿No vas a decir nada? ¿De verdad vas a dejar que esa niña se encargue de todos nuestros asuntos?

—Emily no es ninguna niña, ya es toda una mujer. Tú no eras mucho mayor cuando te tomé por primera vez.

Marguerite empalideció y un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de que se alegraba de verlo postrado en aquella butaca.

—Ve a buscar a Imogen, tengo que hablar con ella de algo.

Su esposa apretó los labios, pero no dijo nada. Si algo había aprendido en los años que llevaba casada con James Darwood, era que es mejor no preguntar, así te ahorras desagradables sorpresas.

Cuando Imogen entró en el vestidor, se encontró con un hombre encorvado y melancólico que miraba la vida a través de una ventana. James se giró al escuchar la puerta y le hizo un gesto para que se sentase en la silla que antes ocupaba su esposa. Imogen obedeció, como hacía siempre.

—¿Qué va a ser de todo esto, Imogen? — preguntó pensativo, dejando que sus ojos viajaran de nuevo fuera de aquella prisión que era ahora su hogar —. He hecho muy mal las cosas, ¿verdad? He provocado que mi hijo odie Newley y que su único deseo sea destruirlo.

—Connor lo hará bien —dijo Imogen.

James se rio.

—¿Bien? En cuanto estas tierras estén en sus manos, se deshará de ellas. Sé que las malvenderá solo por arrastrar mi nombre por el fango. Para que todos vean el poco respeto que tiene a la memoria de su padre.

—Falta mucho para…

—¡No me mientas, mujer! —gritó enfadado —. No se le miente a un moribundo. Mi cuerpo está enfermo, pero mi cabeza sigue funcionando. Dejad de tratarme como si fuera un niño o un estúpido.

Imogen suspiró y giró la cara hacia la ventana.

—Ese muchacho ha sufrido mucho — dijo con voz serena —. Y ha visto cosas que ningún niño debería ver.

James la miró con ojos que lanzaban chispas.

—¿Me estás juzgando, Imogen? ¿Te crees que porque…?

—Aclárese —dijo el ama de llaves mirándolo muy seria —. Decida si quiere que le hable con sinceridad o quiere que lo trate como a un niño.

Aquella mirada lo hizo enmudecer. Nunca le había hablado así. En ese momento, James fue verdaderamente consciente de que su final estaba cerca y sintió un inesperado alivio. Había tenido todo lo que había querido y, sin embargo, nunca conoció la felicidad.

—No permitiré que mi hijo lapide todo lo que mi abuelo construyó. Mi padre era un maldito borracho que a punto estuvo de acabar con todo. Yo fui capaz de recuperar las minas y hacerlas funcionar como mi abuelo hubiese querido. Llevo su nombre con orgullo, fue el mejor hombre que jamás haya conocido y he honrado su memoria lo mejor que he sabido.

—Hable con él.

—¿Te crees que no lo he hecho ya? No sirve de nada. Me odia y odia todo lo que es mío.

—¿Y lo culpa?

Aquella mirada lo traspasó como una espada bien afilada.

—Has envejecido —dijo mirándola fijamente —. Pero aún puedo verte debajo de esas arrugas, mujer. Si no hubieses sido una simple criada…

Imogen sintió cierta ternura, dolorida y triste, pero ternura al fin.

—Si usted no hubiese sido tan egoísta…

James soltó una carcajada. Era la primera vez en mucho tiempo que algo le hacía reír.

—Tu hija se parece a ti —dijo cuando la risa se calmó y sus pulmones agotados le permitieron volver a hablar —. Y Connor es como yo. Ya sabes lo que va a pasar, ¿verdad, Imogen?

La criada apretó los labios y lo miró con desprecio.

—Mi hija nunca…

—Vivirán en esta casa. Solos. Connor tardará en casarse, está roto y no le será fácil amar a una mujer. Pero es un hombre apasionado, no tardará en verla como es. Y te aseguro que con el cuerpo que se adivina bajo esos sosos vestidos que se pone… Lo sé bien, la tomará.

—Nos iremos de esta casa —dijo Imogen retorciéndose las manos.

—No lo permitiré. Pondré una cláusula en mi testamento que la obligará a quedarse. Además, ¿a dónde irías? ¿Te crees que así la protegerás? Si no es Connor, será otro. Tu hija sería un manjar para cualquier hombre y estará desvalida frente a mi hijo. Si Connor es inteligente no tendrá ni que forzarla, irá ella misma a su encuentro.

—Emily no es como…

—¿Cómo tú? —James sonrió, pero en sus ojos no había humor —. Claro que lo es. Tú también eras una ilusa y una soñadora, Imogen. También tenías ilusiones y un corazón rebosante de amor. Como ella. ¿No has visto cómo mira a Connor?

Imogen se limpió una lágrima que había escapado de su ojo y enderezó la espalda. No lo permitiría, Emily no.

—Nunca le he pedido nada para mí. En todos estos años he dejado que me utilizara a su merced con tal de proteger a mi hija. Tiene que haber algo que pueda hacer para que ella no sufra a manos de…

—Y hay algo —la cortó James levantando una ceja —. Una cosa que nos beneficiará a ambos.

Imogen asintió, dispuesta a escuchar mientras en su cabeza su voz repetía:

«Lo que haga falta».

Marguerite no estaba nada convencida de que Emily se encargase de los asuntos familiares. Pero tampoco podía hacer nada para impedirlo, la otra opción era que lo hiciese ella y eso le parecía de lo más incómodo. Pronto descubrió lo equivocada que estaba. Emily era organizada y meticulosa, y llevaba un estricto control de las cuentas, los proveedores y todas las demás historias que giraban alrededor de los negocios de la familia.

James siguió en un deterioro constante. Aunque podía permanecer levantado, las fuerzas lo iban abandonando lentamente a medida que pasaban las semanas. Marguerite también se iba consumiendo con una vida reducida al cuidado de su esposo enfermo. James no le permitió ir a París y eso la tuvo en una permanente tristeza, hasta que pasó la fecha del baile para celebrar el inicio de Reece en la universidad.

Emily iba a verlo todas las mañanas después del desayuno, jugaban al ajedrez y hablaban de negocios. Él escuchaba con interés al principio, e incluso aportaba ideas que la joven tenía muy en cuenta, pero según iban pasando los meses, los negocios dejaron de interesarle y las visitas de Emily se convirtieron en un mero entretenimiento para él. Jugaban una partida de ajedrez y Emily le leía los periódicos antes de encerrarse en el despacho a trabajar.

El día de Navidad, un repartidor llevó un regalo para Emily. Ritson se lo llevó al despacho en el que seguía trabajando, como si fuese un día normal. Era una caja alargada y muy bien envuelta.

—¿Quién lo envía? —preguntó.

—No lleva remitente.

—Gracias, Ritson. Luego nos vemos, a la hora de la comida. — Sonrió —. Tengo entendido que la señora Willman va a preparar el pollo como a usted le gusta.

El mayordomo sonrió con timidez. Todo el mundo en la casa sabía de la preferencia que tenía el señor Ritson por la cocinera, lo que nadie entendía era que la señora Willman no le permitiese dar el paso, ya que ella sentía lo mismo.

—No llegue tarde, señorita Emily. Hoy es un día especial y no se empieza a comer hasta que estamos todos.

—Le doy mi palabra. —Había pedido a su madre que fuese a buscarla quince minutos antes de la comida y que se quedase con ella hasta asegurarse de que salía del despacho.

El mayordomo dejó el paquete sobre la mesita que había frente al sofá y salió del despacho. *Newton*, que volvía a ser su perro guardián, lo olisqueó y lo empujó ligeramente con el hocico antes de volver a su lugar en la alfombra, junto a ella. Emily continuó con la contabilidad y se olvidó del paquete, como el perro.

—¿Qué es esto? —preguntó Imogen señalando la caja que había sobre la mesa.

Emily miró el paquete, confusa.

—¡Lo había olvidado! —exclamó poniéndose de pie y dando la vuelta al escritorio, caminó hasta donde estaba su madre —. Lo han traído esta mañana para mí.

—¿Para ti?

—Sí, es extraño. ¿Verdad?

—Cuando Reece te manda algún regalo pone su nombre, pero en este no hay remitente. ¿Quién lo ha traído?

—Me lo ha dado Ritson esta mañana, no se me ocurrió preguntárselo.

—¿No vas a abrirlo?

Emily comenzó a desenvolverlo. No pesaba mucho, pero tampoco parecía demasiado liviano. El papel ocultaba una caja de madera de ébano. Al abrirla, Emily ahogó un grito de alegría tapándose la boca con las manos.

—Es un violín —dijo su madre confusa —. ¿Quién te ha enviado un violín?

Emily buscó entonces alguna nota oculta en algún lugar de la caja. Solo encontró una tarjeta en la que había escritas cuatro palabras en latín: *Ars longa, vita brevis*.

—¿Qué significa? —preguntó Imogen con el ceño fruncido y expresión de disgusto.

—«El arte es largo, la vida, breve» — dijo con voz temblorosa.

—¿Y eso qué significa? —repitió la mujer sin comprender.

Emily no respondió, estaba ocupada acariciando la madera brillante y pulida del violín como si temiese violentarla. Con sumo cuidado, lo sujetó por la voluta y la tabla lateral y, con sendas manos, lo sacó de su nicho de madera. Acarició entonces las cuerdas con la yema de los dedos y sintió el rugoso contacto como una caricia.

—Es precioso —susurró emocionada.

—Si la señora lo ve… —Imogen miró a su alrededor —. Deberías esconderlo hasta que pensemos en algo. Reece no debería haber mandado este regalo de Navidad, sabe que su madre no quiere que toques el violín.

Newton ladró una vez, como si quisiera llamar la atención de su dueña provisional. Emily le sonrió.

«Perro listo». Se dijo mientras seguía acariciando la pulida madera del instrumento.

Mejor que todos creyeran que había sido Reece. Pero ella sabía que aquel violín era un mensaje mucho más profundo que un mero regalo de Navidad.

Ella y *Newton*, que ese perro tenía de genio mucho más que el nombre.

—¿Connor te ha enviado un violín y quieres que yo te lo guarde? — Lucille la miraba sorprendida mientras sostenía el instrumento en sus manos.

—¿Me harías ese favor? No puedo tocarlo en Newley House y tengo que hacerlo para aprender. Aquí estáis acostumbrados a los lloros de Aidan…

—¿Estás comparando los lloros de mi hijo con el sonido infernal de un violín en manos de alguien que no sabe tocarlo?

—Aprendo rápido —insistió Emily —. Puedo irme al bosque al principio, allí solo molestaré a las ardillas. Lucille, por favor…

Su amiga suspiró.

—Está bien, no puedo negarte nada si me lo pides así.

Emily sonrió como una niña y miró el instrumento con auténtica devoción.

—No dejes que Aidan ponga sus preciosas manitas en él — dijo severa —. Tiene la fuerza suficiente como para arrancarle las cuerdas.

—No le dejaré tocarlo porque se haría daño — adujo su madre —. Pero mi hijo no es ningún destrozón.

—Claro que no —dijo Emily mirando hacia el cojín que había sobre una cómoda, esperando que alguien lo cosiera.

—Eso fue un accidente y solo está descosido, no roto.

Lucille metió el violín en su caja y se levantó de la butaca mirando a su alrededor.

—Hay que buscarle un sitio — dijo.

—Quizá en el despacho de David… — insinuó Emily.

—Buena idea.

Salieron de la sala y recorrieron los escasos metros que la separaban del despacho del médico. Lucille lo colocó en un rincón junto a la ventana, pero Emily prefirió un lugar más escondido y también más protegido.

—Ahí estará bien —dijo Lucille cruzándose de brazos —. Aunque no se lucirá como si estuviese a la vista.

Al mirar a su amiga, vio que estaba abstraída en algún secreto pensamiento. Desde que Connor se marchó no era la misma, pero no quería preguntarle por qué…

—Me besó —dijo Emily sin más. Se giró para mirar a Lucille a los ojos —. El día antes de marcharse, me besó en los acantilados. Fue algo repentino e inesperado que lo estropeó todo.

«Ahora lo entiendo todo». Pensó Lucille. Cogió a su amiga por los hombros.

—Vamos a tomarnos un té y a que me cuentes esto con más detalle. David tardará un buen rato en regresar con Aidan de su visita a la señora Duncan.

Emily le contó lo sucedido y Lucille la escuchó sin interrumpirla. Era evidente que necesitaba desahogarse y había mantenido todo aquello en su corazón demasiado tiempo.

—¿Por qué estás tan segura de que era esa su intención? — preguntó cuando hubo acabado —. ¿No es más probable que despertaras sentimientos profundos en él?

—¿Sentimientos profundos? ¿En Connor? Siempre me ha dejado claro que para él solo soy la hija del ama de llaves. Poco menos que una esclava, Lucille. No, estaba claro que lo que buscaba era una… una…

—Solo lo vi una vez, pero ya te he dicho muchas veces que no me pareció para nada la clase de persona que tú me habías descrito. Al contrario, pensé que era un joven atormentado y profundamente triste.

«¡Sí! ¡Lo sé! Eso es lo que parecía, pero no puede ser. No puedo dejarme engañar». Gritó su propia voz en su cabeza.

—Connor me ha despreciado durante años, se rio de mí cuando supo que amaba a Reece… — De pronto se dio cuenta y por la expresión en el rostro de Lucille, ella también —. Reece…

—No has pensado en él.

Emily negó con la cabeza. En los últimos meses no había pensado en Reece ni tampoco echó de menos sus cartas, que habían dejado de llegar sin explicación.

—Yo amo a Reece —musitó.

Lucille sonrió con ternura.

—La niña que eras ama al niño que se fue, pero ni él es ya ese niño, ni tú tampoco eres aquella Emily que lo vio partir. Ahora sois personas distintas.

—¿Estás diciendo que no soy constante? ¿Que mi amor es fugaz como una estrella?

—No, Emily. No estoy diciendo eso.

Emily se levantó de la silla y paseó por el salón retorciéndose las manos.

—Soy una persona inconstante, nadie debería confiar en mí…

—No digas eso.

—Es la verdad. Estaba segura de que amaba a Reece, todavía lo creo…

—¿Estás segura de que todavía lo crees? No me has dicho lo que sentiste cuando Connor te besó.

—¿Connor te besó?

Las dos mujeres se volvieron hacia la puerta al escuchar la sorprendida voz de David. El médico las miraba alternativamente mientras sostenía al pequeño Aidan en sus brazos.

—¡Oh, Dios! —exclamó Emily y con una rápida despedida, después de darle un beso a Aidan en sus rollizas mejillas, salió de la casa y echó a correr.

Lucille y David la observaron alejarse desde la puerta de su casa.

—¿A dónde va tan deprisa? — preguntó David.

—No lo sé —respondió su esposa con preocupación.

David la cogió del brazo y entraron en la casa. Dejó al pequeño Aidan en su sillita y se volvió a su mujer.

—¿Qué ha pasado?

Emily no le había dicho que no podía contárselo a David. Además, él ya lo había escuchado de sus propios labios, así que Lucille le contó el resto.

—Connor la ama —dijo el médico.

—¿Qué?

Él sonrió al tiempo que movía la cabeza, incrédulo.

—Es imposible que no te dieras cuenta, eres la mujer más perspicaz que conozco. Ese muchacho está completamente enamorado de Emily. ¿Por qué crees que se enfadó tanto con lo de los inventos?

—Pero ella cree…

—Da igual lo que Emily crea. Ha alimentado tanto tiempo su fantasía, que no deja que sus sentimientos hablen por ella. Ese Reece no es para ella, se marchó cuando tenían once años, te aseguro que no se conocen en absoluto. Además, nunca ha vuelto a verla, ni siquiera ahora que

su padre está tan enfermo. Connor la quiere ahora, a la Emily que es hoy y ella también está enamorada, aunque se empeñe en negarlo.

—Pero ¿qué vamos a hacer? No dará un paso…

—Escribiré a Connor. Le escribo a menudo para darle noticias de su padre. Es un muchacho excelente y sumamente inteligente. En cuanto le explique la situación, vendrá y lo arreglará todo.

Lucille no lo veía tan claro.

—¿Y si te equivocas? Emily no me perdonará.

—Si me equivoco, yo asumiré las consecuencias. Y le diremos a Emily que tú no sabías nada. — Se acercó a su mujer y la agarró por los brazos mirándola con ternura —. Los dos queremos su felicidad.

—No puedo traicionarla de ese modo, David. No enviarás esa carta, no mientras yo no te autorice. Prométemelo.

Su marido apartó un mechón de cabello con suavidad y volvió a colocarlo en su lugar. Después le cogió la cara entre las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Sí, amor mío, te lo prometo. — La besó en los labios con un beso dulce y entregado.

Capítulo 12

Los años habían pasado imperturbables y Emily se había forjado una vida sustentada en su inagotable curiosidad, su aplicado aprendizaje y las cartas que recibía de Reece. Con ellas había alimentado sus sentimientos infantiles durante años, convirtiéndolos en algo real. Siempre que la soledad la aplastaba contra el suelo o algo alteraba sus emociones, sacaba las cartas y las releía como si de una crónica viajera se tratase. Solo para sentir que lo tenía a su lado, narrándole una vez más las cosas que había vivido estando lejos de ella.

Lo había visto crecer a través de aquellas cartas. Las tenía todas esparcidas sobre la cama, a su alrededor. Las lágrimas nublaban su visión y apenas podía identificar las letras escritas en los sobres. Recordó la tristeza que sintió al descubrir que Reece amaba París, que aquella ciudad le había robado el corazón.

Dos días después, las palabras de Lucille seguían resonando en su cabeza como un conjuro maléfico capaz de convertirse en realidad: «La niña que eras ama al niño que se fue, pero ni él es ya ese niño, ni tú tampoco eres aquella Emily que lo vio partir. Ahora sois personas distintas».

Los sollozos la sacudieron sin que hiciese nada para impedirlo, cogió las cartas y las abrazó llevándolas hasta su pecho. Muchas cayeron de sus manos, pero las que se quedaron, oprimían su corazón como si estuviesen cubiertas de pinchos que se clavaban inmisericordes. Reece era feliz. Feliz con su nueva familia, con sus amigos, con sus proyectos… Ella no tenía sitio allí, era un lastre para él.

Newton fue hasta ella y metió el hocico bajo sus brazos, parecía que quisiera que soltase todas aquellas cartas y lo abrazase a él. Ella lo hizo y apoyó la mejilla en el áspero pelo del animal.

—A Reece no le importará, ¿verdad, *Newton*?

¿Qué sentido tenía preocuparse por algo que jamás sucedería? Connor nunca sería para ella y ella nunca sería de Connor. Eso lo sabía bien y el dolor que le provocó esa certeza era muy superior a nada que hubiese sentido antes.

En poco tiempo, James Darwood empeoró y dejaron las partidas de ajedrez. Emily se encontró con que tenía que tomar todas las decisiones por sí misma ya que, aunque le había pedido consejo a Marguerite en más de una ocasión, esta aducía inmediatamente un repentino dolor de cabeza que le impedía entender nada de lo que Emily decía. Por suerte, los capataces manejaban

el trabajo en las minas con experiencia y conocimiento, y aceptaban su supervisión con más o menos sutileza.

Por alguna extraña e incomprensible razón, Emily se sentía más a gusto con Alfie Wingfield. Crowley le ponía el vello de punta y detestaba estar a solas con él, por el modo en que la miraba. Era un hombre muy desagradable y, aunque Wingfield nunca la trataba con delicadeza, la miraba de frente y sin doblez. Lo que más le gustaba de él era que la escuchaba y tenía en cuenta sus opiniones, a pesar de ser mucho más experto que ella.

—Cuénteme en qué consiste la subasta. — Pidió Emily a Wingfield cuando fue a verlo aquella mañana.

Aún faltaban unos meses para eso, pero Emily temía que Connor no regresara a tiempo y llegase el momento de la tan mencionada subasta sin que ella hubiese aprendido nada sobre ella.

—Pues las empresas fundidoras ofrecen un precio por el mineral y los propietarios tienen que aceptarlo.

Emily frunció el ceño, algo confusa.

—¿Tienen que aceptarlo? Tenía entendido que en una subasta se parte de una cifra inicial y después los participantes van aumentando esa cifra hasta que uno se lo lleva.

—Pues no tiene nada que ver con lo que pasa aquí. — Negó Alfie —. Las empresas fundidoras deciden cuál va a ser el precio del mineral y es lo que ofrecen, ni un penique más.

—¿Se ponen de acuerdo? —Las arruguitas en el ceño de Emily se hicieron más profundas.

—Así es.

—Pero eso es… No se lo pueden permitir. ¿Por qué los dueños de las minas aceptan eso?

—¿Y qué quiere que hagan?

—Pues que se nieguen, que exijan que haya una subasta justa, que…

—Las empresas fundidoras tienen la sartén por el mango, señorita. Si no aceptamos sus condiciones, se largan y nos dejan el mineral. Con el mineral sin fundir no hacemos nada, ¿lo entiende? ¿Cómo se cree que ha labrado su fortuna Ashton Norcross?

Emily había oído mucho ese nombre desde que se había hecho cargo de los asuntos de los Darwood.

—¿Cómo? —preguntó sorprendiéndolo —. ¿Cómo se ha labrado su fortuna ese señor?

—¿No conoce a Ashton Norcross? ¿El señor Connor no le habló de él? — Emily negó con la cabeza —. Es el dueño de la fundidora más importante de Yorkshire y también tiene un banco de préstamos en Munro, donde reside. Es un hombre muy poderoso y no pasa nada en las minas de la zona que no haya decidido él.

—¿Y los propietarios de las minas no tienen ningún peso?

—¿Y qué quiere que hagan?

—¡Decirle que no si el precio es injusto! Aceptando sus condiciones le están dando ese poder del que habla.

—¿Y qué hacemos con el mineral? ¿Nos lo llevamos a casa y lo ponemos en la mesa a la hora de cenar? Los Darwood no podrían pagar los sueldos de los mineros, señorita…

Emily lo miró pensativa. ¿No podrían? ¿No había nada que pudieran hacer para revertir las cosas?

—¿Por qué no lo fundimos nosotros mismos? Quiero decir… ustedes, los propietarios.

Edward Bleckett la miraba con una expresión entre desconcertada y divertida. Era con George Bleckett con quien Emily quería hablar, pero al parecer el señor Bleckett estaba muy ocupado. Cuando el mayordomo le estaba pidiendo amablemente que se marchara, apareció Edward y la hizo pasar al salón. Lo había visto alguna vez en Newley House, mientras Connor estaba en la casa, pero no había cruzado con él más que breves saludos de cortesía. Era un joven atractivo y de maneras suaves. No se parecía en nada a Connor, su expresión era siempre amable y tenía una tendencia natural a la risa. Hablaba con soltura y sin comedimiento, y la trató como si se conocieran de siempre, llamándola Emily. Ella no pudo resistirse a sus encantos y tuvo que aceptar que le caía bien.

—Siéntate, Emily. ¿Puedo tutearte? Me siento como si te conociera desde siempre. He oído hablar mucho de ti.

Emily se ruborizó, consciente de quién era el que le había hablado de ella. Asintió ligeramente.

—Bien, ahora explícame esa idea tan… curiosa.

Emily le hizo un resumen, ahorrándole toda la evolución de sus pensamientos.

—Y si lo fundiéramos nosotros mismos, evitaríamos esa injusta manipulación por parte de las empresas fundidoras.

—Pero eso costaría mucho dinero, Emily. Hay propietarios que tienen dificultades para pagar los sueldos de los mineros. Stuart Robbins, sin ir más lejos, tiene una deuda con Norcross y este podría hacerla efectiva para castigarlo.

Emily conocía bien la contabilidad de los Darwood e imaginaba que para otros propietarios sería aún peor. Los gastos eran enormes y sin los beneficios de la venta del mineral…

—No tendría por qué ser inmediatamente. Podríamos iniciar el proceso de creación de la fundidora y este año seguir con la subasta, como siempre.

—Los que tienen deudas estarían expuestos y Norcross podría requerirles los pagos de inmediato.

—¿No podríamos ayudarles? ¿Ponerse de acuerdo y los que más tienen aportar mayor capital?

—¿Te refieres a montar una cooperativa? ¿Es eso? — Bleckett frunció el ceño y la miró pensativo —. No lo había pensado…

Durante unos segundos, sopesó los pros y contras de la idea con expresión inteligente. Emily aguardó paciente a que siguiera los vericuetos que ella misma había transitado aquella mañana.

—¿Has hablado con Connor de esto?

—Connor está en Cambridge — respondió ella.

—Pues tendrás que ir a Cambridge. Yo no hablaré con mi padre hasta saber qué piensa Connor. Y mi padre no hablará con nadie mientras yo no esté de acuerdo.

Emily se retorció las manos, nerviosa. ¿Ir a ver a Connor? No podía hacer eso. Después de lo que pasó entre ellos… Se puso de pie bruscamente.

—Siento haberlo molestado — dijo tendiéndole la mano —. Ha sido una estupidez.

—Ya veo que no piensas tratarme como a un amigo, volveremos a la cortesía entonces — dijo Edward cogiéndole la mano y depositando un beso en ella con gesto galante —. Cuando hable con Connor, avíseme, por favor. Me parece una idea novedosa y arriesgada, pero

todo el que me conoce sabe que esos son mis dos adjetivos preferidos. Me ha encantado su visita, señorita McLoughlin. Espero que se repita en breve.

Emily salió de la casa acompañada por Edward, que volvió a despedirse una vez fuera, con la misma educada actitud. Mientras ella caminaba hacia Newley, no dejaba de pensar en lo que había dicho. ¿Ir a ver a Connor a Cambridge? Definitivamente, Edward Bleckett estaba loco.

Emily le explicó a James su idea, a pesar de que el señor Darwood no parecía escucharla. Su mirada, perdida en el cielo que se veía a través del cristal de la ventana, no varío un ápice con sus explicaciones. Emily acercó el pañuelo que sostenía en la mano y limpió el hilillo de saliva que caía constantemente por la comisura de sus labios. Y, de repente, James pareció despertar de su ensoñación y la miró, pero lo que Emily vio en esa mirada aceleró los latidos de su corazón. Era una mirada perversa y lasciva que la recorrió de arriba abajo deteniéndose en sus labios. James agarró su mano, que había quedado suspendida en el aire y tiró de ella obligándola a acercar su rostro. Emily creyó que quería decirle algo al oído, pero enseguida se dio cuenta de que sus labios iban a encontrarse y se apartó bruscamente, tirando la silla en la que había estado sentada.

—¡Señor Darwood!

—Tienes que ser buena conmigo — dijo él sin dejar de mirarla de aquel modo tan desagradable —. Ya sabes lo que ocurrirá si no lo eres. Ven, ven y siéntate aquí. Te gustará, siempre te gusta. Puedes resistirte un poco si quieres…

Emily lo miraba horrorizada y agradeció que no pudiera levantarse de aquella butaca.

—Mi dulce Imogen, ven, te echo de menos…

Emily estaba sentada en la roca de Reece, frente al mar, con la mirada perdida en la distancia y sus pensamientos muy lejos de aquella playa desierta. El agua brillaba con los chispeantes reflejos del sol y el sonido de las olas relajaba su espíritu agitado. La brisa acarició su rostro y cerró los ojos respirando el aire salado. Tan salado como sus lágrimas.

Pero ella no estaba en aquel paisaje digno de ser pintado, estaba en un lugar oscuro y putrefacto, repleto de sueños rotos, mentiras y podredumbre. ¿Qué te queda cuando ni tu propia madre es la persona que creías conocer? Imogen la había mirado con el rostro desencajado, pero sus manos no habían temblado y su voz tampoco. Lo había reconocido sin lágrimas y sin súplicas de perdón.

«Así es la vida real». Había dicho. Otra vez alguien le decía que vivía en un mundo de fantasía. ¿Y por qué querían todos que viviese en el mundo real si era un lugar tan espantoso?

Cogió una rama medio escondida en la arena y la lanzó al agua, acompañándola con un grito desgarrador. Las lágrimas regresaron furiosas y escaparon de sus ojos, veloces. Nada hubiera podido retenerlas. El corazón le dolía tanto, que temió que ella también tendría un ataque. Y no le importó. ¿No ha de doler cuando el corazón se rompe?

Ni su padre era un hombre maravilloso, ni su madre lo había amado con locura. Tampoco Imogen McLoughlin era solo el ama de llaves de Newley House. Además de eso, era la meretriz de James Darwood. Se tapó la cara con las manos y lloró con desesperación. Ahora entendía por qué siempre la habían tratado de un modo distinto a como trataban al resto de criados. Por qué la dejaban moverse con libertad por la casa y no la obligaban a convertirse en doncella. Imogen

tenía cierta influencia con el señor, una influencia que había podido sortear muchas veces el poder de decisión de Marguerite. Una influencia que se ganaba en la cama de James Darwood.

Las arcadas le sacudieron el estómago y los escalofríos le recorrieron de arriba abajo, hasta que se inclinó y vomitó todo el asco que la consumía. Estaba exhausta. Había pasado así toda la noche y no sabía cómo superarlo, por más que se esforzase en ello. No era una persona débil, no quería serlo, pero no podía enfrentar algo tan espantoso ella sola. Pensó en ir a ver a Lucille. Pero ¿cómo iba a contarle a su amiga algo tan horrible? Se moriría de la vergüenza.

¿Y Reece? ¿Qué pensaría Reece? De pronto un sudor frío la envolvió como un manto, dejándola helada. Connor apareció en su mente, poderoso y con aquella mirada azul que lo anegaba todo. Recordó su beso y aquella caricia se convirtió en veneno. ¿Lo sabía? ¿Connor lo sabía? ¿Por eso la besó? ¿Porque creía que ella era como su madre? ¿Que podría…?

—No, no, no —suplicó entre sollozos mientras deambulaba de un lado a otro sin moverse apenas del sitio —. Dios mío, no puede saberlo, no puede ser.

Era tal la angustia que sentía, que no podía respirar. Cayó de rodillas, boqueando como un pez fuera del agua y tratando de coger aire sin que consiguiera llevarlo hasta sus pulmones. Todo se volvió negro.

Lucille miraba a través de la ventana cómo Emily se alejaba con paso tranquilo. Estaba muy preocupada por ella. Desde hacía un mes estaba muy cambiada y su rostro evidenciaba que era un cambio profundo. Tenía marcadas ojeras y la mirada apagada, además de que no la había visto reír en semanas.

Las cosas en Newley House estaban mal, eso lo sabía. James Darwood había vuelto a la cama y David se mostraba pesimista, pero eso no explicaba el estado de Emily. Ni siquiera Aidan era capaz de borrar esa tristeza de su rostro.

Respiró hondo y se dirigió al despacho de su marido, decidida. Lo primero que vio fue la caja del violín abandonada en un rincón. David levantó la mirada al escucharla acercarse a su escritorio con evidente determinación.

—Escribe esa carta —ordenó.

David la miró confuso. ¿De qué carta hablaba? Emily acababa de irse…

—¿A Connor? —preguntó sorprendido, ya casi lo había olvidado.

—Cuanto antes —afirmó rotunda—. Y haz que comprenda que es urgente que regrese. No sé lo que le ocurre a Emily, pero sea lo que sea, es grave.

David también era consciente del deterioro de Emily, pero ella insistía en que se debía a la carga de trabajo que soportaba. Estaba claro que lo había engañado vilmente. Cogió papel y abrió el tintero.

La carta de David llegó a Cambridge al mismo tiempo que el telegrama que le apremiaba a regresar a Newley House. Connor ya preparaba su regreso para después de la exposición de los resultados de su investigación sobre la radiación, pero tuvo que adelantarla y dejar en manos de sus colegas de estudio dicha presentación.

Cuando llegó a Newley, su padre agonizaba en su lecho de muerte y en pocas horas exhaló su último suspiro, acompañado por su esposa y su hijo mayor. Sin decir una palabra. Nada.

Muchas cosas pasaron por la mente de Connor en ese momento. Una mezcla infinita de recuerdos y sentimientos que lo arrollaron por dentro, mientras mantenía visible aquella actitud, serena e impasible, que había perfeccionado durante años.

Marguerite tampoco derramó una sola lágrima, a pesar de su rostro pálido y sus ademanes confusos. Se sentó en la cama y cogió la mano de su esposo en un perfecto mutismo, hasta que el doctor Rowlins constató la muerte.

Imogen y Emily se mantenían en un segundo plano, como estatuas a cada lado de la puerta, expectantes y dispuestas.

—Imogen —la llamó David—. Acompañe a la señora Darwood a algún lugar en el que pueda descansar. Y haga que le preparen una tisana, por favor.

—Vamos, señora —dijo Imogen cogiéndola por los hombros y guiándola hasta la puerta —. Su esposo descansa en paz.

Salieron del cuarto y David miró a Emily, pidiéndole ayuda.

—Connor, deberías dejarme hacer mi trabajo. Debo preparar a tu padre…

El joven miró al médico y asintió con expresión pétrea. Se dirigió a la puerta y al pasar junto a Emily, la cogió de la mano y se la llevó con él. Emily hubiera querido protestar, pero no lo hizo, dejó que la llevara hasta el estudio de su padre y lo observó en silencio mientras servía *whisky* en dos vasos. Cuando le tendió uno, ella negó con la cabeza. Connor la miró fijamente y después apuró el contenido de su vaso casi de un trago. Lo dejó vacío sobre la mesa y sostuvo el que había preparado para ella.

—Ha llegado el momento que tanto temías — musitó él.

Emily le sostuvo la mirada y él analizó las ojeras bajo sus ojos, el velo que cubría su mirada, la lánguida tristeza de sus labios…

—¿Qué te pasa, Emily? ¿Tienes miedo? ¿Aún crees que voy a echarte de…?

—Me alegra que saques el tema, aunque yo pensaba esperar un poco para hablar de ello — dijo entrelazando los dedos de sus manos, que se apoyaban sobre la falda de su vestido —. Tengo mi equipaje preparado y me marcharé en cuanto el señor Darwood haya sido enterrado.

Connor apretó los dientes. ¿En serio tenía que hacer aquello en ese momento?

—No te irás a ninguna parte — dijo con severidad.

—No puedes impedírmelo.

—Sí que puedo y lo haré. —Dejó el vaso sobre la mesa y se acercó a ella, amenazador.

Emily sintió deseos de recular, pero sabía que, si mostraba debilidad, él desmontaría todas sus defensas. No iba a permitirlo.

—Soy una persona libre y puedo ir donde me plazca. — Suspiró y el aire le hizo daño al pasar por su garganta, áspero y ardiente —. He redactado un diario explicando todos los acontecimientos acaecidos durante…

—¿Por qué me haces esto? —preguntó suplicante —. ¿No ves que no es el momento de litigar, Emily? No vas a irte a ninguna parte, yo te necesito.

—No, no me necesitas. Al menos, no me necesitas de un modo que yo pueda… satisfacer.

Connor frunció el ceño sin comprender.

—¿De qué estás hablando?

Los cimentos de la muralla temblaron y Emily respiró hondo para sostenerlos.

—Como te decía, he llevado un exhaustivo diario…

—¡Al diablo tu diario! —dijo agarrándola por los brazos y sacudiéndola —. Sé que has estado sufriendo y quiero saber por qué.

Ella lo miró confusa. ¿Cómo iba a saberlo? En sus cartas solo le había hablado de las minas…

—¿Es por Reece? —preguntó furioso —. ¿Es eso?

Emily empalideció. No sabía nada de Reece desde hacía meses.

—Tranquila, mi hermanito llegará en cualquier momento y podrás volver a verlo y… — La soltó y se apartó frotándose la cara.

Connor se paseó por el estudio de su padre, tocando la mesa, los muebles y deteniéndose frente a la estantería de libros.

—A mi padre no le gustaba leer, ¿sabes? Tenía todos estos libros, pero nunca leyó ninguno. Hacía que otros se los leyeran.

Claro que lo sabía, ella le había leído unos cuantos desde que enfermó hasta que supo…

—Solo me contó un cuento una vez — siguió él —. Una sola vez en toda mi infancia, pero podría repetirte cada palabra como si hubiese sido ayer mismo. — Se giró a mirarla y su rostro parecía el de aquel niño —. Yo tenía cinco años y fue la noche antes de que esta dejase de ser mi casa.

—Y ahora vuelve a serlo —musitó ella.

—Esta nunca será mi casa —respondió con rabia —. No si tú no eres parte de ella. Pienso venderlo todo, hasta el último cuadro que cuelga de estas paredes. Me desharé de todo, lo juro por Dios…

—No puedes hacer eso —lo cortó ella con cansancio —. Muchas personas dependen ahora de ti.

—No me importa nadie más que tú.

Emily sonrió con tristeza.

—No te creo.

Connor percibió cierta ternura y sintió que toda su rabia se derretía como la cera de una vela.

—Odiaba esta casa, Emily, la odiaba con toda mi alma. — Confesó —. Cada rincón tenía un mal recuerdo para mí. Cada sala, cada habitación era como una herida abierta. Pero tú cambiaste eso de un plumazo. Convertiste este comedor en el lugar en el que desayunábamos juntos, la sala DaVinci… Dios, ¡cómo amé esa sala!

Se acercó a ella y la cogió de nuevo por los brazos, pero esta vez fue suave y delicado.

—Quédate conmigo, Emily —dijo al fin, dejando a un lado todas las prevenciones, los fingimientos, la protección —. No podría vivir sin ti. Te amo, ¿es que no te has dado cuenta?

Ella se revolvió tratando de soltarse, pero cuanto más lo intentaba, más se lo impedía él.

—Déjame —suplicó ya sin poder contener las lágrimas.

—¿Es por Reece? ¿Todavía crees que lo quieres? — Sonrió con ternura —. Eso era un amor de niños, no era de verdad.

—Suéltame, te lo suplico. No sigas torturándome.

Él la dejó de golpe, mirándola confuso.

—¿Torturándote? ¿Has oído lo que te he dicho? ¡Te amo!

—¡Oh, Connor, Connor! —Sollozó.

—¿Es que acaso tú no me amas? — preguntó con la voz ronca —. Dilo, te juro que trataré de no desmoronarme ante ti como un niño. No te retendré contra tu voluntad, Emily, pero dime antes que no me amas.

Ella lo miró a los ojos, apenas podía ver a través de las lágrimas que no cesaban.

—Te amo, Connor, claro que te amo. Estos meses que has estado alejado de mí han sido insoportables. Nunca creí que podría sentir algo así y menos por ti. — Sonrió —. Siempre me has derrotado en todo, debería habérmelo esperado.

La estrechó entre sus brazos, sintiendo que su corazón volvía a latir. Por un instante creyó que se había detenido para siempre. Y entonces la besó con desesperación, como si hubiese temido que esos labios jamás volverían a tocar los suyos.

—Gracias —dijo cogiéndole la cara entre las manos y mirándola con auténtica devoción —. Gracias por existir, por quedarte conmigo, por primera vez creo que puede haber felicidad para mí. Te amo, Emily, te amo con toda mi alma y voy a hacerte mi esposa.

La mirada en los ojos de Emily se fue enfriando, como si la nieve helada hubiese caído sobre ella, enterrándola. Negó lentamente con la cabeza y Connor la miró sin comprender.

—¿Qué…?

—Tú no lo entiendes —dijo ella—. No sabes… Tengo que salir de aquí.

Connor se dio cuenta de que no pensaba contarle lo que pasaba, quería irse de allí… Caminó hacia la puerta y dio vuelta a la llave para después guardarla en su bolsillo.

—No te dejaré marchar hasta que me cuentes lo que sea que tienes en la cabeza. No dejaré que me rechaces después de que hayas confesado que me amas.

Emily lo miró aterrada.

—Por favor, deja que me marche.

Connor se acercó y ella trató de quitarle la llave. Él se rio como si fuese un juego y esquivó cada uno de sus intentos, hasta que Emily se apartó y rompió a llorar desconsolada.

—Emily… —La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con ternura.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y dejó que la angustia y el dolor que había soportado desde que supo la verdad, salieran de su cuerpo escapando por todos sus poros.

—Pero mi dulce Emily, ¿qué te pone tan triste? Ya te he dicho que no te obligaré a hacer nada que no quieras, pequeña mía. Si es que quieres más a Reece que a mí, iré yo mismo a buscarlo. Lo obligaré a casarse contigo, si es lo que deseas.

Los sollozos de Emily arreciaron y ahora fue ella la que lo abrazó. Connor no entendía lo que pasaba, pero estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciese falta, siempre que ella lo abrazase de ese modo.

Después de unos minutos, Emily consiguió calmarse.

—Hay algo que debes saber… — dijo limpiándose las lágrimas con el pañuelo que Connor le había dado —. Es sobre tu padre.

Él torció el gesto con mirada cínica.

—No hay nada que puedas decirme que sea peor de lo que ya sé.

—Es sobre él y… mi madre.

Connor empalideció y sintió que se le helaba la sangre.

—¿Lo sabes?

—No sé a qué te refieres. — Apartó la mirada, sintiéndose culpable.

—Dios mío —susurró—. ¡Lo sabes!

Connor se rindió y la miró a los ojos.

—¿Qué sé exactamente? —Quiso asegurarse.

—Tenían… Había una rela… relación.

Connor asintió y Emily sintió que las piernas no la sostenían. Caminó hasta el sofá y se sentó despacio.

—Lo sabías —musitó—. Todo este tiempo has sabido lo que ocurría… Ahora entiendo tu odio hacia mí, tu desprecio…

Connor se arrodilló frente a ella y le cogió las manos. Estaban heladas.

—Yo nunca te he odiado, Emily.

—Claro que sí. Soy la hija de la… de la… Todo lo que he tenido en esta casa era un pago por…

Él apretó sus manos para tratar de trasmitirle lo que sentía.

—Tu madre no tuvo opción, Emily — dijo con voz ronca —. Yo mismo lo vi. Vi cómo ella le suplicaba que la dejara, cómo trataba de resistirse.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y el corazón temblando.

—¿Qué?

—Mi padre trataba a las mujeres como objetos. A las poderosas las seducía con halagos y engaños, a las otras simplemente las obligaba. Eso hizo con tu madre. Debes compadecerla, no odiarla, Emily. — Su mirada se tornó avergonzada.

—Pero. —Lo apartó de un empujón y se levantó para alejarse de él —. ¿Por qué no la ayudaste?

—¿Cómo podía ayudarla? Yo era un niño cuando lo descubrí, no tendría más de seis años…

Emily se tapó la boca para ahogar un grito de espanto, todo su cuerpo temblaba al recordar las cosas que le había dicho a su madre. La entereza con la que Imogen había soportado sus reproches y su desprecio.

—Tengo que hablar con ella — dijo corriendo hasta la puerta. Pero cuando intentó abrirla, recordó que estaba cerrada —. Déjame salir, Connor.

—Todavía no.

—Por favor.

Connor trató de mantenerse fuerte, pero no pudo. Sacó la llave del bolsillo mientras caminaba hacia ella. Emily salió del despacho sin mirar atrás, sin una palabra. Nada. Connor cerró tras ella y se apoyó en la puerta cerrando los ojos. Había escogido el peor momento para declararle sus sentimientos. Debía reconocer que, si había un castigo para eso, él lo merecía con creces. Y estaba seguro de que lo habría. Para él, siempre lo había.

Capítulo 13

Imogen salió del cuarto de su señora sin hacer ruido y cerró la puerta con sumo cuidado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a su hija, que la miraba ansiosa.

—¡Oh, mamá! —Emily la abrazó con un profundo y desgarrador sentimiento de culpa —. Perdóname, lo siento tanto…

Imogen la abrazó a su vez, conmovida.

—¿Qué ha pasado, hija?

—He sido muy injusta contigo, mamá y lo siento muchísimo. Deberías habérmelo contado todo, no debiste dejarme hablar…

Imogen la apartó para mirarla a los ojos.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Quién te ha hablado de esto?

—Connor —confesó—. Connor me lo ha dicho. Él lo sabía, mamá, lo sabía todo.

Su madre asintió y después de respirar hondo varias veces para mantener sus emociones a raya, la agarró de la cintura y se llevó a su hija de allí.

Sentadas en el jardín, lejos de la casa y de todos, Imogen respondió a sus preguntas con entereza.

—No podía negarme. No teníamos nada ni nadie a quien acudir, tu padre había muerto… Debía abandonar la casa para que la ocupara otro minero, el que vendría a sustituir a tu padre. Este era un buen trabajo, una buena casa.

—¿Y no pudiste pedir ayuda a la señora Darwood?

Imogen la miró con tristeza.

—Tenía mucho miedo, hija. Tú eras solo un bebé. Aquí podrías tener una buena vida, no creí que yo importara demasiado. Tu padre no era el hombre que inventé para ti. Brian McLoughlin era un buen hombre cuando no bebía, pero el alcohol lo trasformaba. Y le gustaba mucho beber.

Emily sintió las lágrimas rodando por sus mejillas. ¡Lo sentía tanto!

—No sufras, hija. Lo que me hizo James no fue tan espantoso como pueda parecer. Tu padre me hizo cosas peores y era mi marido. Sí que es cierto que el señor no era un hombre afectuoso, cogía lo que quería y te hacía sentir como un objeto de su propiedad, pero cuidaba de nosotras, sobre todo de ti. Eso compensaba todo lo demás…

Emily se sentía cada vez más culpable. Por haberla acusado, por haberla despreciado, por ser parte de la causa y, sobre todo, por haberse beneficiado de todo ello sin saberlo. Bajó la cabeza avergonzada, dejando que las lágrimas cayeran a borbotones y le mojaran las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo.

—Lo siento tanto, mamá. Ojalá lo hubiese sabido antes, no lo habría permitido…

Imogen la miró con ternura. Qué poco sabía su hija de la vida. Ni siquiera era capaz de entender el enorme peligro que ella misma había corrido los últimos años. La bendición que había sido la enfermedad de James Darwood. Un hombre con una obsesión enfermiza por poseer a cualquier mujer, estuviese o no a su alcance. Esa era la espada que pendía sobre la cabeza de Emily.

—No hablemos más de esto, ¿te parece bien? — pidió Imogen —. Ahora que puedo, querría olvidarlo para siempre.

Emily también querría olvidarlo. Pero Connor lo sabía, lo sabía y no había hecho nada. Cada verano, pasaba allí cada verano…

—La señora Darwood… —Temía preguntarlo, pero necesitaba desesperadamente saberlo —. ¿Ella lo sabía?

—Nunca me lo ha dicho, pero sí, lo sabía — confesó Imogen y, por primera vez, las lágrimas brotaron de sus ojos.

Emily lo vio todo claro por primera vez, como si acabasen de descorrer las cortinas y hubiese comprobado que, en lugar de puerta, su habitación dorada tenía un muro de piedra. Su hogar había sido una prisión y su madre había estado cumpliendo una condena mientras ella jugaba a ser inventora, estudiaba o soñaba con tocar el violín.

—En cuanto pase el funeral, nos iremos de esta casa — sentenció con firmeza.

Imogen la miró asustada.

—No podemos hacer eso. ¿A dónde iríamos?

—A cualquier lugar. Trabajaré, las dos trabajaremos, pero no viviremos más… aquí. — Apoyó la cabeza en el hombro de su madre. Imogen cerró sus ojos un instante.

«Emily, Emily», pensó con tristeza. «Algún día tendrás que salir de ese mundo de fantasía en el que vives, hija».

Había llegado el día. Por fin, después de tantos años iban a volver a verse. Emily terminó de arreglarse el cabello y revisó su vestido para asegurarse de que todo era como debía ser. Se dio su aprobación y salió de su cuarto.

Connor estaba solo en el comedor. Pero no se había sentado, permanecía de pie frente a uno de los ventanales abiertos. Emily entró tan silenciosamente, que ni siquiera se percató de su presencia. Miró al techo y recordó el accidente con el agitador de viento. A pesar de lo terrible que pudo haber sido, sonrió al pensar en una época feliz.

Fijó la vista en el perfil de Connor. Estaba en mangas de camisa, despeinado y con el nudo del cuello flojo. Estaba claro que no había dormido, pero lo comprobó cuando se acercó y vio las oscuras ojeras bajo los ojos que parecían más azules que nunca. La miró con expresión atormentada, como alguien necesitado de comprensión y afecto. Apenas podía reconocer en él al joven que recordaba, no había nada de su arrogancia instintiva, ni de aquella elegante seguridad que lo hacía parecer superior a todo el mundo. Nada de su mezquindad, su fría inquina ni de la violencia con la que lo identificó en el pasado. Tan solo un hombre, triste y melancólico, un hombre que la miraba con anhelo y devoción.

—Deberías comer algo —dijo con suavidad.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

Emily negó con la cabeza.

—Lo que tengo que decirte puede esperar a que comas algo —dijo y se dirigió a la mesa para servirle una taza de café—. Por favor.

Connor aceptó con la expresión de un niño al que obligan a comerse las verduras que tan poco le gustan.

—Cuando tome posesión de las propiedades, nos casaremos —dijo al fin, harto de aquel silencio—. Te convertirás en la señora Darwood y tu madre dejará de ser el ama de llaves y se la tratará con el respeto que merece. Marguerite se marchará con Reece, estoy seguro de que lo está deseando. Podrás cambiar todo lo que quieras de esta casa, desmontar hasta las piedras, si es tu deseo. Mi hermano lo entenderá, Emily, lo entenderá…

Emily no dijo nada y le sirvió un poco más de beicon. Connor comió con un nudo en el estómago, era consciente de la negrura que envolvía el semblante de Emily y su corazón temblaba consciente de la sutil amenaza que lo acechaba. Tenía que dejarla entrar en su alma, mostrársela entera y sin reservas para que lo entendiera. Para que lo perdonara.

—¿Sabes que la primera vez que vi a Marguerite creí que era un hada? —Una sonrisa infantil se dibujó en sus carnosos labios—. Era tan guapa y dulce, y me trató con tanto cariño que quedé subyugado.

«Pero descubriste que no era un hada, ¿verdad?». Dijo Emily en su mente.

Connor fijó la mirada en las cortinas que la brisa agitaba con suavidad, como si de una danza fúnebre se tratase.

—Cuando se lo dije a mi madre delante de mi abuelo, él me encerró en el sótano. Bueno, en un agujero que había bajo la casa, más bien. Porque aquello no parecía ni un sótano siquiera. Durante tres días me tuvieron allí encerrado. Era un crío estúpido y pensé que había monstruos escondidos en la oscuridad, pero lo que sí había era ratas. Lo descubrí la primera noche, cuando me mordieron mientras dormía tirado en el frío suelo.

Emily abrió los ojos como platos, aquello era demasiado cruel. De ahí su miedo a la oscuridad.

—Mi abuelo piensa que la fortaleza de un hombre se forja en su niñez, con mano dura. —Suspiró—. Mi madre es una mujer sumisa que hace lo que le dicen, nunca movió un dedo para ayudarme ni entonces, ni antes con mi padre.

—¿Cómo puede una madre…? —musitó Emily con un nudo en la garganta.

—Al principio no funcionó —dijo él con expresión lejana—. El primer día lo pasé llorando como una niña. El segundo, después de que las ratas me mordieran, me aterró tanto la idea de dormirme, que intenté con todas mis fuerzas no hacerlo. Pero era un crío asustado y lloré tanto que caí rendido. Las ratas volvieron a despertarme con sus afilados dientes. Traté de escaparme, arañé la puerta con las uñas y grité hasta quedarme sin voz, pero nadie acudió. Así que la tercera noche, aprendí la lección. —Miró a Emily a los ojos y su mirada hizo que a la joven se le erizara el vello de la nuca—. Mi madre no iba a ayudarme. Mi padre no iba a ayudarme. Solo estábamos yo y las ratas. Así que aprendí a cazarlas. Me hacía el dormido y esperaba a que vinieran. Descubrí que, si las estrellaba contra la pared, dejaban de ser tan aterradoras. Eso me enseñó que, si no tenía miedo, podía ser más fuerte que ellas.

—Pero esos mordiscos… ¿No te pusiste enfermo?

Connor asintió sin apartar aquella mirada estremecedora.

—Muy enfermo —confirmó—. Tuve mucha fiebre y dicen que deliraba, que veía ratas por todas partes. Incluso creía que mi madre era una rata gigante.

«Y lo era». Pensó Emily, horrorizada.

—¿Cuántos…? ¿Cuántos años tenías? — preguntó con voz temblorosa.

—Fue antes de que naciera Reece — dijo con mirada cínica —. Mi abuelo quería que entendiera que Marguerite no era ningún hada, que las hadas no existen y que lo que era esa mujer era un arma del demonio para tentar a los hombres y llevarlos a la perdición. También me aseguró que era una espía de los franceses que querían robarnos lo que era nuestro.

—¿Se lo contaste a tu padre? ¿Le dijiste lo que tu madre y tu abuelo estaban haciendo?

—¿Te crees que a él le importaba lo que me pasara? Siento que tengas que enfrentarte a estas cosas, Emily. Pero mi padre no me trató mucho mejor que ellos.

—Esa era la respuesta —dijo mirándolo con fijeza —. Muchas veces te pregunté por qué, por qué hacías lo que hacías, por qué nos castigabas a Reece y a mí…

—No os castigaba.

—Sí lo hacías. ¿Era porque nos hacías responsables de lo que te pasaba? ¿Te hacía daño ver que éramos felices?

Connor bajó la cabeza, aquel había sido un golpe contundente y lo sintió en mitad del pecho.

—¿Sigues pensando que soy un monstruo?

No había rencor en su voz, solo dolor. Emily sintió una honda pena al verlo así, estiró el brazo y una mano sobre sus dedos.

—Cuéntamelo, Connor. No tiene sentido que sigas escondiéndolo.

Él negó con la cabeza.

—No puedo, Emily.

Ella dejó escapar el aire de sus pulmones después de retenerlo unos segundos.

—Está bien. Entonces te diré yo por qué no voy a quedarme…

Connor levantó la mirada y había tal angustia en ella, que Emily tuvo que apartar la suya.

—Durante años supiste el suplicio que estaba viviendo mi madre y no dijiste nada. Me dijiste que eras un niño y es cierto que un niño no puede actuar contra su padre, pero ¿ahora eres un niño? ¿Lo eras hace cinco años? — Negó con la cabeza —. Me habéis tratado como a una estúpida. Sé que mi madre se avergonzaba de lo que había hecho y también que trataba de protegerme de lo que me pudiera pasar, pero tú no tienes excusa.

—Yo también quería protegerte.

—Aun así, no me vale. No quiero quedarme en esta casa ni un día más. En cuanto entierres a tu padre…

—Quieres ver a Reece antes de irte, ¿verdad? — la interrumpió al tiempo que apartaba la mano —. No hace falta que disimules, no creo que el entierro de mi padre te importe después de lo que has descubierto. Así que solo puedes haber retrasado tu marcha para ver a Reece. No te lo reprocho — dijo poniéndose de pie —. Lo entiendo. Quieres asegurarte de que no es él. Todo sería más fácil si fuese él, ¿verdad? Él no está roto como yo. No tiene el alma hecha pedazos…

—Quiero ver a Reece, sí —dijo temblando —. Pero no para lo que tú crees.

Connor sonrió y su sonrisa parecía aún más amarga a causa de las lágrimas que humedecían sus ojos, aunque su orgullo no las dejaría caer.

—Tengo que decirle la verdad. — Emily se puso de pie y se apartó de la mesa —. No sé si le importará, hace meses que no me escribe. Pero debo decírselo y ha de ser cara a cara.

—¿Qué verdad? —preguntó él acercándose a ella.

—Que amo a su hermano.

—Emily… —gimió.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Connor. No puedo permanecer aquí, necesito olvidar todo esto…

Él casi muere de la emoción.

—Entonces no es un no definitivo.

Emily caminó hasta la puerta y se giró antes de salir.

—No lo sé. No sé si podré perdonarte, olvidar…

—Recuerdo la primera vez que te vi — dijo él con voz profunda —. Eras solo un trocito de carne envuelto en una manta. Tu madre te había dejado en la cuna de Reece mientras lo amamantaba. Yo entré en el cuarto, convencido de que me echaría en cuanto me viese, pero Imogen me sonrió, me dijo que te alegrarías de verme y nos presentó:

«Mira, Emily, este es Connor. Él será tu protector y no dejará que nada malo te pase. ¿Verdad Connor?».

El corazón de Emily bombeaba con fuerza y todas las dudas remontaron como un poderoso maleficio.

—Ten una buena vida, Connor. Es lo único que te pido. — Salió sin esperar respuesta.

Emily observaba a su amigo desde la distancia. Había llegado a tiempo para el entierro y ahora estaba solo frente a la lápida de su padre. No se atrevía a importunarlo, temía adonde los llevaría esa conversación. Apenas se habían visto unos pocos minutos desde que había llegado y siempre acompañados de otras personas.

Reece había cumplido los diecinueve años y el niño que se fue de Newley estaba ya solo en su recuerdo. Aquel joven cabizbajo frente a la tumba de James Darwood tenía las espaldas anchas y medía más de metro ochenta, aunque no era eso lo más destacable en él, al menos para Emily. Su rostro seguía siendo hermoso a pesar de que ahora sus facciones eran más contundentes y masculinas, pero eran sus ojos los que la habían impactado porque continuaban brillando al mirarla, del mismo modo que en sus recuerdos. Se había mostrado serio y seguro de sí mismo, y apenas le había dirigido unas pocas palabras. Pero Emily estaba segura de haber visto una chispa de complicidad en cada una de esas miradas.

Cuando se dio la vuelta y caminó hacia ella, a Emily le temblaron las piernas. Se detuvo lo bastante cerca como para que le llegase el aroma de su colonia, muy distinto al que ella recordaba y muy masculino. Sin decir nada, la cogió de la mano y caminaron en silencio y a buen paso durante un buen rato. Emily navegaba en un mar de confusión y no creía poder emitir una palabra de todas las cosas que quería decirle.

Transitaron por el camino entre las rocas que llevaba hasta la playa y una vez pisaron la arena, Reece se detuvo y sin mediar palabra la besó. Emily se sintió desfallecer y en ese

torbellino de emociones, no fue capaz de reaccionar. Creyó reconocer sus labios, a pesar del tiempo pasado, y la ternura y la tristeza se mezclaron con el sabor de su boca. El beso se hizo más intenso y cuando él la apretó contra su cuerpo, ella no pudo continuar y lo separó con suavidad.

—Llevo años imaginando este beso — dijo Reece mirándola con fijeza.

Ella apoyó la mejilla en su pecho para que no la viese llorar y él la acunó suave entre sus brazos.

—Temí que te hubieses olvidado de mí — dijo sin mirarla —. Era mi pesadilla más aterradora. Déjame que te mire un poco más. No llores, mi amor. He venido a buscarte, no pienso dejarte aquí. Vendrás con mi madre y conmigo a París. Te encantará, estoy seguro. Es una ciudad maravillosa.

Emily quería hablar, buscaba las palabras, pero era como si hubiese olvidado hasta su nombre.

—¡Eh! —gritó Reece mirando hacia lo alto del acantilado al tiempo que hacía gestos con la mano.

Emily empalideció al reconocer a Connor.

—¿Te ha estado molestando? — preguntó Reece sonriente —. Sé que estuvo una temporada por aquí, cuando papá enfermó. Mamá me ha dicho que pasabais mucho tiempo juntos. También me ha hablado de un extraño artilugio que construiste y destrozó el mobiliario del comedor.

Emily se sonrojó, preguntándose cuánto rato llevaba Connor allí arriba observándolos.

—Querida Emily, mi querida Emily — dijo Reece abrazándola con fuerza.

—¡Oh, Reece…! —se lamentó ella, aunque a él le pareció un gemido de pena.

—Sé que te asustarías, como yo, al no recibir mis cartas. Mi abuelo me ocultó las tuyas y retuvo las mías. Temí que te cansases de esperar…

—¿Tu abuelo te ocultó las cartas? — preguntó ella, apartándose —. ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Está claro que quería mantenerme lejos de Newley. Tampoco sabía nada de la grave enfermedad de mi padre. Y mi madre estaba de acuerdo con él, porque también me lo ocultó.

—Pero eso es imperdonable — dijo anonadada —. Debes haberte puesto furioso con él.

Reece sonrió con esa ternura que ella recordaba bien.

—Es un hombre anticuado y está convencido de que lo mejor para mí es romper cualquier lazo con mi antigua vida, antes de incorporarme a su familia. Lo intentó por todos los medios, sobornándome con fruslerías, amenazándome… Al ver que no conseguía su objetivo, decidió actuar con mayor contundencia. No puedo culparlo, vive según sus normas.

Emily lo miró frunciendo el ceño.

—Tu padre ha muerto sin poder verte — dijo sorprendida. Aunque deseaba que James Darwood se pudriese en el infierno, Reece no tenía por qué saberlo.

El muchacho asintió con pesadumbre.

—Me han dicho que tú cuidaste de él. Que jugabais al ajedrez y le leías el periódico. — La cogió de las manos —. Gracias, Emily. Sé que todo lo hacías en mi nombre.

¿Quién era ese hombre que tenía la misma cara que Reece y sus mismos ojos, pero que ella no reconocía en absoluto? ¿Por qué era tan amanerado y hablaba con aquel acento?

—Está claro que mi abuelo no quiere que me case contigo, pero tendrá que aceptarlo. Eso no es negociable, se lo dije después de nuestra última y definitiva discusión. Le dejé bien claro que, si volvía a interceptar nuestras cartas, regresaría a Newley y trabajaría con mi hermano en las minas.

«¡No!». Gritó Emily en su cabeza. Reece volvió a mirar hacia lo alto del acantilado. Connor les hacía señas con los brazos para que subieran.

—Ya debe haber llegado el abogado — dijo Reece —. Tengo que asistir a la lectura del testamento, aunque sea un mero trámite. Después seré todo tuyo, mi tontita Emily. ¿No vas a dejar de llorar?

La cogió de la cintura y juntos iniciaron el ascenso.

Capítulo 14

Marguerite se paseaba por el salón retorciéndose las manos con inusitado nerviosismo. Cuando escuchó la voz de Reece corrió a la ventana. Al ver que venía con Emily, su espalda se envaró.

—¡Por fin regresas! —exclamó sin recato —. ¡La madre de Connor está aquí! El abogado está con ellos en el despacho de tu padre, ¿dónde has estado?

—Madre, ¿cree que es apropiado que hable de esto desde la ventana? Enseguida estoy con usted.

Marguerite miró a Emily con desagrado y después de suspirar, volvió al salón y los dejó seguir su camino hacia la entrada de la casa.

—Tu madre se ha disgustado al vernos juntos — dijo Emily con la mirada fija en la ventana en la que estaba hacía un momento.

—Mi madre está disgustada por lo que va a pasar ahora mismo — dijo Reece —. No debe ser sencillo para ella aceptar que todo esto será a partir de ahora de Connor. Ella desea marcharse, lo sé porque me lo ha dicho un millón de veces. Pero aun así, se siente menospreciada por mi padre.

Reece se adelantó y caminó de espaldas para poder mirar la reacción en su rostro.

—Pero yo ya lo tengo todo preparado para que viajéis conmigo a París. Debes decírselo a tu madre, ella también se viene con nosotros.

Emily abrió la boca y trató de emitir algún sonido, pero no fue capaz. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y Reece creyó que eran lágrimas de felicidad.

Connor y su madre se sentaban frente al escritorio de James en su despacho, en el que había tomado asiento el abogado de su padre. Marguerite estaba sentada en una butaca junto al abogado y Reece se quedó de pie junto a la ventana, después de saludarlos a todos.

Marguerite estrujaba su pañuelo y miraba a Elizabeth de soslayo. Por fin la conocía y, sí, era la mujer más bella que hubiese visto nunca, tal y como decían todos. Conocía bien los gustos de su esposo y era evidente que aquella mujer cumplía cada uno de sus requisitos. A pesar de la edad, aún conservaba una excelente figura y un rostro regio. Miró a Connor y supo de quién había sacado su atractivo físico, aunque era evidente que eso era lo único que compartían.

A Reece no le importaba quedarse en un segundo plano. La brisa le traía la fragancia del mar y llenaba sus pulmones de recuerdos. La voz del abogado mientras leía aquellas frases legales sobre derecho y sucesión, le sonaba al murmullo de las conversaciones ajenas que escuchaba

cuando paseaba junto al Sena. Se imaginó paseando de la mano de Emily. Se giró a mirar al abogado, ¿acababa de nombrarla?

—¿Para qué tiene que estar esa criada aquí? — preguntó Elizabeth con mal talante.

—El señor Darwood la menciona en su testamento. ¿Puede ir alguien a buscarla?

—Iré yo —dijo Reece sin percatarse de que Connor se había puesto de pie.

La encontró en la biblioteca, aunque no tenía ningún libro en las manos. Tenía una expresión ensoñadora y lágrimas en los ojos.

—Emily, tontita —dijo acercándose presuroso a ella —. ¿Aún sigues llorando? Se te van a hinchar los ojos. Vamos, ven conmigo, el señor Brighton te requiere en el despacho de mi padre.

Emily se irritó, ¿no podían dejarla en paz, aunque solo fuera un momento? Ese amaneramiento, sus manos gesticulando y la costumbre de hablar con diminutivos, estaba empezando a sacarla de quicio. Le daban ganas de clavarse un punzón en los oídos cada vez que lo escuchaba.

—¿Necesita algún documento? — preguntó poniéndose de pie —. Connor podría encontrarlo, seguí su mismo método de archivo.

—Me temo que es algo del testamento. Debe haber dejado algo para ti.

Emily frunció el ceño mientras caminaban hacia el despacho.

—Me dejará alguno de sus libros — susurró sin una pizca de agradecimiento —. Los de matemáticas, probablemente, siempre decía que estaban más tiempo en mis manos que en las estanterías.

¿Se podía rechazar un testamento? No quería nada de James Darwood, pero tampoco quería poner a su madre en evidencia.

Reece la detuvo antes de entrar en el despacho, la rodeó con sus brazos y la besó. Fue un beso suave, nada que ver con los besos que le había dado Connor. Emily se estremeció al pensar en él y Reece creyó que era por su caricia. Su lengua se abrió paso entre los labios femeninos y sondeó su boca acariciándola con delicadeza. Emily quería apartarlo, le dolía en el alma no sentir por él lo que Reece esperaba, pero su cuerpo no respondía a sus caricias y su mente tampoco se emocionaba con su conversación. Seguía sintiendo un profundo cariño por él, sobre todo cuando era capaz de reconocerlo debajo de todo aquel amaneramiento francés que tanto la irritaba.

Cuando se apartó y sus ojos se encontraron, Emily percibió una muda pregunta en ellos, pero ninguno dijo nada.

—Será mejor que entremos —dijo un poco confuso.

—Adelante, señorita McLoughlin. — La saludó el abogado —. Siéntese, si es tan amable.

Connor también se había puesto de pie y aunque Emily trató de esquivar su mirada, sus ojos la atrajeron como un imán. No había reproche en ellos, tan solo una sonrisa triste que aceleró los latidos de su corazón.

—Siéntate aquí —dijo ofreciéndole su sitio.

—De ningún modo una criada va a quitarte el sitio — dijo Elizabeth con su voz de pito —. Que se siente ahí detrás. Continúe, señor Brighton.

Emily se sentó en una silla colocada cerca de la puerta y Connor ocupó su lugar sin demasiadas ganas.

Reece había vuelto junto a la ventana y desde allí podía contemplar a todos los presentes sin que ellos se percatasen. Había captado las miradas entre Emily y Connor, y ahora que los

observaba, percibía la tensión que había entre ellos. En otro tiempo esa tensión la habría provocado alguna discusión o enfado, pero lo de ahora era muy diferente. Se mordió el labio al recordar el beso que le había robado a Emily antes de entrar en el despacho de su padre. Ella había respondido con tibieza a esa caricia, incluso sintió que había cierto rechazo por su parte. Clavó la mirada en el perfil femenino. Había cambiado, de eso no había duda. Cuando se marchó era una niña con trenzas y un carácter divertido y espontáneo. Ahora, en cambio, era una mujer hermosa e inteligente que había cargado con muchas responsabilidades que no eran de su incumbencia. ¿Le reprochaba que no hubiese estado allí para aliviar esa carga? Quizá. Dejó que su mirada escapase por la ventana, contemplando el hermoso paisaje de Yorkshire. Había añorado mucho esa tierra, al principio. Ahora París era su hogar, se sentía feliz allí. Su regreso no había sido exactamente como lo había imaginado durante todos aquellos años. Miró de nuevo a su hermano y después a Emily. Estaba claro que tampoco para ellos.

El grito de Elizabeth lo sacó de sus pensamientos, no había escuchado una palabra de lo que había dicho el señor Brighton.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver que su tono no era lo bastante potente como para sobrepasar los gritos de Elizabeth y de Marguerite, que parecían enzarzadas en una discusión.

Connor estaba inclinado sobre la mesa, revisando el testamento. Reece se acercó a Emily y la cogió de las manos, haciendo que se levantara. Se sorprendió de lo frías que las tenía, hacía unos minutos eran tan cálidas…

—Emily, ¿qué ocurre?

Cuando ella elevó la mirada y la clavó en sus ojos, Reece sintió un puñal atravesándole el corazón. Fue una sensación aterradora que lo dejó sin poder respirar. Emily puso los ojos en blanco y se desplomó.

Connor se giró y vio cómo Reece la levantaba en sus brazos y la sacaba del despacho. Su corazón golpeaba con fuerza, bombeando sangre a borbotones, pero su rostro estaba blanco y sus puños apretados como si sostuviera con ellos el peso del mundo.

—¿Puedo seguir leyendo el testamento? — preguntó el abogado cuando las dos mujeres dejaron de gritar.

Marguerite se sentó en el sofá, apartada del grupo y Elizabeth regresó a su silla.

—Connor… —lo llamó, pero él la ignoró y permaneció donde estaba.

El abogado retomó la lectura.

—Dejo a mi esposa una renta de…

Reece observaba el rostro inexpresivo de Emily con una profunda conmoción.

—Emily, despierta —pidió.

Ella tardó apenas unos segundos en parpadear, pero al principio su expresión era confusa. Hasta que las lágrimas anegaron sus ojos y trató de levantarse con rapidez.

—Debo ir —musitó—. Debo hablar con él…

—Hija mía… —Imogen acababa de entrar en el salón —. Hija mía, lo siento, lo siento muchísimo.

Emily se levantó y corrió hasta ella con mirada suplicante.

—Mamá, dime que no es cierto. Dilo. — Sollozó.

—Lo siento tanto —musitó su madre —. Hubiera querido ahorrarte este sufrimiento, pero no hay otro modo. No lo hay, hija.

Emily se hizo pedazos allí mismo, cayó de rodillas y escondió la cara entre las manos.

Reece e Imogen se miraron durante unos segundos.

—¿Cómo? —preguntó él con pálido semblante —. ¿Cómo pudiste, Imogen? Mi madre confiaba en ti. Yo…

—¡Cállate! —le gritó Emily poniéndose de pie y caminando hacia él como un basilisco —. ¡Tu padre era un monstruo! ¡Un monstruo!

Reece la sujetó por las muñecas para impedir que lo golpeara, estaba fuera de sí.

—Emily, cálmate. Tenemos que aclarar esto, no es posible que… No puede ser.

La puerta del salón se abrió y entró Marguerite con expresión desquiciada y en cuanto vio a Imogen y a Emily, empezó a reírse a carcajadas.

—Tu padre ha estipulado una cláusula en el testamento — dijo sin dejar de reír —. Emily tendrá que vivir aquí con Connor y con su madre hasta que se case. ¿Te imaginas? James se debe estar riendo de nosotros allí donde esté. Tendrías que haber visto la cara de Elizabeth.

Reece miró a su madre, como si se hubiese vuelto loca, y después a Imogen.

—Eso no es posible, Emily se viene conmigo a París.

Imogen se mordió el labio y las lágrimas rodaron por sus mejillas sin que hiciera nada para detenerlas.

—¡Emily es tu hermanastra, hijo! — exclamó Marguerite —. No irá con nosotros a ninguna parte.

—Eso es mentira —dijo sin soltar a Emily, a la que aún sujetaba por las muñecas.

—Emily es ahora la protegida de tu hermano. — Se burló Marguerite —. Igual que antes lo fue Imogen de James. La única diferencia es que Connor no va a poder hacer uso de ella porque es su hermanastro.

Emily emitió un gemido áspero y doloroso al ver a Connor parado en la puerta. La miraba con tal frialdad, que toda la habitación se cubrió de escarcha.

Reece la llevó junto a Imogen y se acercó a su hermano, que ya había entrado en el salón.

—No puedes retenerla contra su voluntad — dijo mirándolo con seriedad.

—No pienso hacerlo —aseguró Connor.

—Vuestro padre ha sido muy explícito en su testamento — aclaró Marguerite —. Si Emily se va, Connor no podrá tomar posesión de la herencia. Las minas tendrán que cerrarse. Y la casa… Todo el mundo se quedará sin trabajo.

Los dos hermanos se miraban sin pestañear.

—Maldita bastarda —dijo Elizabeth yendo hacia ella con expresión de desprecio —. Vergüenza debería darte haberlo manipulado de este modo.

—¡Madre! —le gritó Connor y su voz retumbó contra las paredes.

Emily temblaba como una hoja y miraba a todos, de uno en uno, buscando alguien que la sacara de aquella pesadilla.

—Veo que hemos trasladado la reunión — dijo el abogado pasando por detrás de Elizabeth y acomodándose en el círculo —. El señor Darwood me hizo llamar para que fuese testigo de la escritura de un documento por parte de la señora Imogen McLoughlin en el que, dicha señora, jura que su hija, Emily McLoughlin, es en realidad hija natural del señor James Darwood. A

continuación; el señor Darwood añadió a su testamento la cláusula coercitiva que todos conocen ya, por la cual el cobro de la herencia por parte del señor Connor Darwood, solo podrá hacerse efectivo si la señorita McLoughlin permanece en Newley House. Y dicha señorita solo podrá abandonar la propiedad para casarse, en un plazo no inferior a un año, a contar desde la fecha de la lectura de dicho testamento. O sea, un año desde hoy.

Se hizo un profundo y tenso silencio.

—¿Emily es… nuestra hermana? — Reece miraba a Imogen con manifiesto temor.

Todos se giraron hacia ella, incluso Emily, que sintió que se le helaba la sangre al ver a su madre asentir.

—Dios Santo —musitó el joven y sin decir nada más salió del salón como alma que persigue el diablo.

—Mi hijo es el dueño de todo ahora — dijo Elizabeth indignada —. ¿Qué importa lo que dijera su padre? Él está muerto. Connor tiene derecho a hacer lo que le venga en gana con lo que es suyo. Esa zarrapastrosa no es más que la hija de una criada y no vivirá bajo nuestro techo.

—Lamento decirle, señora —intervino el señor Brighton —. Que el testamento es muy claro, si su hijo toma alguna represalia contra la señorita McLoughlin, perderá todo derecho a disfrutar de su herencia por expreso deseo de su padre.

—¿Qué pasaría con mi renta y la de Reece? — preguntó Marguerite.

—Lo mismo que con los demás bienes, no podrían hacerse efectivas.

—Entonces, está claro —dijo la madre de Reece —. Emily tiene que quedarse.

—¿No hay nada que se pueda hacer? — preguntó Elizabeth furiosa —. Solo tenemos la palabra de esta mujer, ¿cómo es posible que no haya nada que podamos hacer?

—Me temo que ese detalle no es lo importante — aclaró el abogado —. El señor Darwood estipuló en el testamento que…

—Ya, ya, deje de repetirlo — lo cortó Elizabeth y después bufó irritada.

—Emily no se irá —dijo Connor al fin —. Sea oficial o no, si su madre dice que es mi hermana, yo la creo y vivirá en esta casa como hija de mi padre.

—El testamento no estipula ninguna clase de beneficio económico para la señorita…

—No me importa lo que estipule el testamento, es mi hermana y tiene derecho a ello.

—Connor, querido, deberíamos tratar este asunto en pri…

—Imogen, lleva a tu hija a su habitación — dijo ignorando a su madre —. Necesita descansar.

El ama de llaves cogió a Emily de los hombros y la sacó de allí. Connor tuvo que hacer enormes esfuerzos para no ser él mismo quién se la llevara. Se volvió hacia el abogado.

—¿Hay algo más que tenga que decirnos?

El señor Brighton revisó el testamento y negó con la cabeza.

—Aparte de las rentas de su esposa y su hijo pequeño, todo lo demás es suyo, señor Darwood.

—Bien, entonces puede irse — dijo contundente —. Se cumplirán los deseos de mi padre y mi hermana será reconocida como…

—¡No! —Elizabeth no pudo contenerse y Marguerite lo miraba, anonadada.

—No hay ningún documento de su padre que certifique que dicha información es cierta y ya sabe que la palabra de una criada no sería suficiente en este caso — aclaró el abogado.

«Ni en este ni en ninguno, por suerte». Pensó Elizabeth.

—Ya veo —dijo Connor con una cínica sonrisa —. Mi padre da a entender que es mi hermana al protegerla en su testamento, pero no le deja nada explícitamente y tampoco la reconoce. Muy propio de él. No importa, yo puedo disponer del dinero como me plazca y Emily recibirá una renta, como mi hermano.

—Eso sería muy poco apropiado, Connor — dijo Marguerite —. ¿Cómo vas a justificarlo? La gente hablará…

—Por suerte, tú no tendrás que preocuparte, Marguerite. Estarás muy lejos de Newley.

La madre de Reece comprendió que tenía razón, aquel ya no era su problema. Se encogió de hombros y asintió con una sonrisa. Aquella era la mejor solución, después de todo, el único modo de que ella recibiese su asignación anual era que las cosas se hiciesen como James quería.

Connor y su madre se quedaron solos cuando Marguerite y el abogado salieron del salón. Elizabeth lo miraba con incredulidad.

—¿De verdad vas a permitir que esa ramera…?

Connor se volvió y su mirada era la del mismo demonio. La furia y la desolación hacían arder su corazón y la última persona en el mundo a la que necesitaba, era a su madre.

—Déjeme solo, madre —pidió con firmeza.

Elizabeth levantó la barbilla, muy digna, y salió del salón.

Connor se apoyó en la mesilla que tenía delante y un gemido sordo y contenido se arrastró desde su garganta. El corazón le latía desbocado, los ojos le ardían y era tal la furia que trataba de contener, que le dolían los músculos de todo el cuerpo. ¡Su hermana! ¡Emily era su hermana! El dolor lo inundó como una ola y caminó trastabillando hasta la bandeja con las bebidas. Cogió la botella de *whisky* y vertió su contenido en uno de los vasos con manos temblorosas. Antes de llevárselo a los labios se aflojó el nudo del cuello, sentía que lo asfixiaba.

Bebió rápido y con ansia, necesitaba que algo calmase la angustia que lo atenazaba y no lo dejaba pensar. La mirada de Emily lo había desgarrado por dentro, sus ojos pidiéndole que lo arreglara… Lo amaba, lo vio claro en el momento en que la miró después de que el señor Brighton leyera aquella carta. Sus ojos se cruzaron y lo supo. El dolor que lo sacudió quedó amplificado al ser consciente de lo que perdía.

Los había visto besarse en la playa y en aquel momento creyó que todo había acabado antes de empezar, que Reece era el elegido. Y lo aceptó. A pesar del dolor, de la tristeza y la soledad que sintió en ese momento, era Reece, la segunda persona a la que más quería en el mundo. Pero después, cuando entraron juntos en el despacho y sus miradas se cruzaron, ella le habló sin quererlo y fue un grito tan claro e intenso, que no le dejó lugar para la duda. Lo amaba. A él, no a su maravilloso y perfecto hermano. A él. Y ahora…

¿Su hermana? ¿Qué macabra broma era esa? ¿Podía su padre ser tan…? De repente, la niebla que inundaba su cerebro se fue despejando, a medida que el alcohol se esparcía por su torrente sanguíneo. Imaginó a su padre sentado en su butaca, moribundo y sonriente. Le había dado una última estocada antes de irse. ¿Cuándo lo decidió? ¿Fue después de que hablaran por última vez? Sí, seguro que fue entonces. Él no le había dejado muchas alternativas.

«El cobro de la herencia por parte del señor Connor Darwood, solo podrá hacerse efectivo si la señorita McLoughlin permanece en Newley House. Y dicha señorita solo podrá abandonar la propiedad para casarse, en un plazo no inferior a un año, a contar desde la fecha de la lectura de dicho testamento. O sea, un año desde hoy».

—Maldito cabrón —dijo entre dientes y levantó el vaso a modo de brindis —. Ha sido una buena maniobra. Un golpe de gracia. ¿Cuándo lo decidiste? ¿En aquel momento o ya lo tenías pensado? No, fue entonces, ¿verdad? Cuando te dije lo que haría, cuando te conté que me desharía de todo. Debes estar ardiendo en el infierno, pero casi puedo oír tu risa al saber que me has vencido. Pero podría irme, ¿sabes? Dejárselo todo a ella y marcharme para siempre…

Entornó los ojos, pensativo, y bebió otro trago.

—Aunque ahora entiendo… Eso no te disgustaría. Viste lo bien que llevaba el negocio y pensaste que ella lo haría mejor que yo. Viejo zorro — dijo al tiempo que se quitaba la chaqueta y la lanzaba en el sofá. Después se remangó las mangas de la camisa, el fuego lo abrasaba —. Has sido muy inteligente, sí. Haga lo que haga, tú ganas. ¿Te diste cuenta? ¿Es eso? ¿Viste que la amaba? ¡Claro que lo viste! Y pensaste que, si la ponías a ella como escudo, yo no actuaría en su contra. No revocaré el testamento, no lo impugnaré aduciendo que estabas completamente loco cuando añadiste ese párrafo. Eso sería ponerla a los pies de los caballos. Todo saldría a la luz, todos sabrían que es una bastarda. Hijo de la gran…

Era demasiado cruel incluso para él. ¿Obligarlo a vivir con ella sin poder…?

De pronto sintió que su sangre se espesaba y se volvía negra como la noche. Apretó el vaso con fuerza y el cristal crujió antes de hacerse pedazos y caer al suelo junto con su sangre.

—Dios… eres un monstruo —dijo abrumado —. ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Sabías que me daría cuenta? ¿Lo sabías…?

Reece tuvo que apartar a Imogen de forma contundente para que lo dejase entrar en el cuarto de Emily. Ella estaba acurrucada en su cama, con la mirada fija en la pared y no reaccionó ante su presencia. Su amigo se sentó en la cama y después de unos segundos, la atrajo hacia su pecho y la abrazó.

Ella se dejó acunar en sus brazos. Aquello era lo que necesitaba, aunque no lo supiese. ¡Cuánto lo había echado de menos! Entonces todo era tan sencillo…

—Háblame —pidió él y muy despacio la separó para mirarla a los ojos.

Emily ya no lloraba, había estado horas llorando y ya no le quedaban lágrimas ni fuerzas.

—No hay nada que decir, Reece.

—Hay mucho que decir —dijo él con ternura —. Y te hará bien decírmelo.

Emily frunció el ceño ligeramente, sin comprender.

—He visto cómo te mira mi hermano.

El rubor tiñó las mejillas de Emily y las lágrimas volvieron a aparecer. Reece la miraba con la misma ternura de siempre y limpió una de aquellas lágrimas que se había separado del resto.

—En cuanto te besé, me di cuenta de que no era como había esperado — dijo él.

—Yo no quería, simplemente pasó.

—¿Tú también lo amas?

—¡Oh, Reece! No me hagas decirlo, me haré pedazos si me obligas.

Él la abrazó de nuevo y acarició sus cabellos con dulzura.

—No hace falta que digas nada, lo entiendo.

—¿Podrás perdonarme?

—No te culpo, Emily. Ni a Connor.

Ella se apartó para mirarlo y vio en sus ojos lo que trataba de ocultar. El dolor de su corazón se intensificó y apenas pudo articular las palabras que quería decirle. Su voz se rompía todo el tiempo, pero debía hacerlo.

—Ahora ya no importa. —Sollozó—. Somos hermanos y ese es un vínculo que… jamás se romperá. Estoy contenta, de verdad, me… me enorgullece…

Enterró la cabeza en su pecho y lloró desesperadamente. Sintió la mano de Reece acariciándole el pelo de nuevo y hubiese querido poder devolverle el cariño y el consuelo, pero no podía. Aquello era más fuerte que ella.

—¿Vendrás conmigo igualmente, Emily? — preguntó Reece —. ¿Puedes ser mi amiga de nuevo? Te enseñaré París y conocerás un mundo totalmente distinto a Newley. No puedes quedarte aquí con Connor, no podréis…

Las manos de Emily temblaron al soltar las suyas.

—Si me voy, Connor no recibirá su herencia, las minas se cerrarán y todas las familias que viven de ella se quedarán sin sustento y sin casa. Esta casa… — Señaló a su alrededor —. Ritson, mi madre, todos estarán en la calle.

Reece miró aquellos pequeños dedos, pensativo.

—Nunca conocí bien a mi padre — confesó —. Sabía que había algo malo en él, pero nunca quise verlo. Una vez lo vi golpear a Connor, ellos no se percataron de mi presencia. No sé por qué lo castigaba, pero odié tanto a mi padre por ello, que tuve que escoger entre cerrar los ojos o convertir mi vida en un infierno. En mi defensa te diré que creí que, si no me enemistaba con él, podría ayudar a mi hermano.

—Reece…

—Deja que me desahogue. Connor siempre ha sido el perdedor de los dos, sé que suena presuntuoso, pero no es mi intención. Mi madre sustituyó a su madre, yo lo sustituí a él… En la casa de su abuelo le pasaron cosas horribles. Nunca quiso contarme exactamente qué, pero sé que le hicieron mucho daño. No voy a culparlo por enamorarse de ti.

—No sé cómo ocurrió —dijo ella al fin —. Fue extraño. Se presentó aquí y me habló de la universidad, me explicó muchas cosas que yo deseaba saber. Creyó en mí, Reece, me trataba como a un igual. Me hizo sentir segura de mí misma, capaz… Y un día, me besó. — Sonrió con ternura —. Quería odiarlo por hacerme sentir… ¡Oh, Reece! Lo siento, creí… ¡Lo siento tanto!

Los sollozos no la dejaron continuar y Reece la abrazó sin poder evitar la emoción que lo embargaba. Sería muy fácil decir que él tampoco la amaba como creía, que el tiempo lo había cambiado, pero no quería engañarse, no serviría de nada. La amaba, la amaba tal y como recordaba. Su corazón se infló de gozo al verla y su cuerpo despertó como un león a su contacto. Pero ahora todo eso no importaba, porque era Connor. Él siempre había sido el perdedor, el que tuvo que renunciar, el destino no podía ser siempre tan injusto con él. O sí. De pronto se dio cuenta de que era terriblemente injusto. Por fin conseguía algo que deseaba. Por fin alguien a quién amaba lo amaría a él y entonces su padre… La apartó para mirarla.

—¿De verdad crees que es cierto?

Emily lo miró sin comprender y después se limpió las lágrimas con la manga del vestido.

—Tu madre no nos mentiría, ¿verdad?

Ella comprendió a qué se refería y negó con la cabeza.

—Es demasiado espantoso. No me haría esto…

—¿Sabe lo vuestro?

Emily frunció el ceño y después negó repetidamente.

—¿Seguro? ¿No os ha visto juntos?

—Bueno… sí, claro. Vivimos aquí, pero no… Él es Connor.

Reece se puso de pie.

—Tengo que hablar con mi hermano.

Emily lo miró ansiosa.

—Tranquila, ya te he dicho que no lo culpo. — Sonrió —. No voy a pegarle, no saldría bien parado.

Por primera vez, Emily pudo sonreír. Reece salió de la habitación y ella se tumbó en la cama. ¿Qué había querido decir? ¿Creía que su madre mentía?

Connor miraba a su hermano con un profundo sentimiento. No había dicho una palabra mientras Reece hablaba y hablaba, pero su corazón se esponjaba con aquella larga confesión de afecto y lealtad que había durado demasiado.

—Ya me habían dicho que los franceses eran demasiado blanditos — dijo tratando de contener la emoción que sentía.

—Pues no sabes lo que dicen de los que son medio franceses y medio ingleses.

—No puedo ni imaginarlo.

Reece sonrió con tristeza.

—No se me ocurre nadie mejor que tú, Connor.

—Ojalá no…

—No lo digas —le pidió—. No hace falta. Sé que, si hubieses podido evitarlo, lo habrías hecho. Pero dejemos esto a un lado y centrémonos en lo que ha ocurrido.

Connor asintió y soltó de golpe el aire que se había acumulado en sus pulmones.

—¿Qué le dijiste a papá? —preguntó Reece, convencido de que no había podido mantenerse callado.

—La verdad.

—¿En serio, Connor? ¿Le dijiste que tenías grandes ideas para las minas? ¿Le contaste lo de la fundidora?

—No, le dije que iba a deshacerme de todo en cuanto estuviese en mis manos.

—¡Lo sabía! —exclamó el pequeño —. Sabía que perderías los nervios con él.

—No perdí los nervios —dijo Connor levantando una ceja con expresión burlona —. Simplemente no quería perderme su cara.

Reece negó con la cabeza.

—¿Y no pensaste que haría algo así?

Connor frunció el ceño. ¿Qué estaba insinuando Reece?

—No te habrás creído ni por un momento que Emily es nuestra hermana.

—¿Tú también piensas…?

—¡Es evidente! Es lo que hacía siempre. Cuando quería conseguir algo de alguien, lo forzaba sin que se diera cuenta utilizando lo que tenía contra él. En este caso debió darse cuenta de lo que sentíais el uno por el otro.

Connor empalideció.

—Nosotros no…

—Ahórrate el sentimiento de culpa conmigo, hermano. Solo tuve que veros juntos en la misma sala para adivinarlo y llevo aquí unas pocas horas. Papá os veía a diario, te aseguro que se dio cuenta.

—¿Crees que se inventó esto para obligarme a quedarme?

—Si Emily era nuestra hermana, no podría casarse conmigo. Cosa que no hubiera hecho igualmente, pero papá quiso curarse en salud. Una frase de mal gusto, lo reconozco, pero en este caso la pasaremos por alto — dijo Reece caminando hacia la mesa de los licores.

—¿No eres muy joven para beber alcohol?

—No se lo contaremos a nadie — respondió con mirada burlona vertiendo *whisky* en dos vasos —. Está claro que Imogen está metida de algún modo. Debió amenazarla o hacerle creer que Emily corría algún peligro…

Connor rechazó el vaso que le ofrecía, ya había bebido más de la cuenta.

—Quizá hizo que Imogen pensara que yo le haría a Emily lo que él le hizo a ella.

Reece frunció el ceño.

—¿Te refieres a seducirla?

—Papá hizo mucho más que seducir a Imogen.

—¿Quieres decir que ella no…?

Connor negó con la cabeza.

—¿Y tú lo sabías?

—Lo vi hacerlo dos veces. Una tenía siete años y la otra fue… cuando mató a…

—¡*Rockett*! —El grito salió espontáneo de su garganta —. ¡Dios Santo! ¿Fue por…? ¡No, Connor!

Connor asintió.

—Sí, mató a *Rockett* porque no quise seguir siendo su bufón.

Reece bebió un largo trago y se sentó en una butaca con expresión agotada. Eran demasiadas emociones.

—Siéntate, Connor —pidió. Su hermano obedeció y los dos se miraron durante unos interminables segundos —. Cuéntamelo todo. Sin escatimar detalles, no quiero que sigas protegiéndome, ya no soy un niño.

—No se habla mal de los muertos — dijo Connor con expresión irónica.

—No hagas que apele a tu sentido de la culpabilidad — dijo Reece con una sonrisa burlona —. Me lo debes, por robarme a la mujer de mi vida.

Una expresión de dolor cruzó los ojos de Connor.

—Es una broma, hermano —dijo Reece —. No me has robado nada, me marché y la dejé a su suerte.

—No podías hacer otra cosa.

—Al principio, no. Pero después… No indaguemos en la culpa o acabaremos todos presos. Cuéntame todo eso que llevas años ocultándome. Y no te sientas mal por hacerme daño, me hace más daño saber que lo viviste solo.

Connor dudó unos segundos más, pero el peso en su corazón era demasiado grande y llevaba mucho tiempo cargando solo con él. Había llegado el momento de dejarlo ir.

—No recuerdo cuándo fue la primera vez que me llevó con él, pero recuerdo la última noche que fuimos a la mansión del duque de Cavendish. Fue la noche en la que papá tiró al hijo de los condes desde lo alto de las escaleras…

Capítulo 15

Emily siguió avanzando por el sendero de la costa, con el viento arremolinándose a su alrededor y haciendo que su falda le dificultase el caminar. Se acercó al borde del acantilado y miró hacia el infinito durante un buen rato. Cuando sus oscuros pensamientos le dieron tregua, miró hacia abajo, allí donde las olas rompían con fiereza y estruendo. Se imaginó en el agua, a la deriva, golpeada contra las rocas una y otra vez. Sin dolor. Dio un paso atrás rápidamente, su respiración era agitada y su corazón se aceleró. Lágrimas de rabia e impotencia acudieron raudas a sus ojos, ¿qué estaba haciendo allí? Debía aceptarlo de una vez, nada volvería a ser nunca igual, ni sus recuerdos, ni todo lo que su madre le había contado sobre su padre y lo mucho que lo amaba. Si había algo que Emily McLoughlin dominaba, eran las matemáticas y sabía contar. Cuando fue gestada, su padre aún vivía y no había amor en el engaño. Así que debía aceptar que su madre no amaba a su padre, que todo lo que le había dicho durante años no eran más que mentiras y que ella no era más que la prueba viviente de su traición.

Lo vio acercarse con aquella sonrisa dulce y aquella mirada serena. ¿Cómo podía ser tan perfecto?

—Sabía que estarías aquí. — Reece se detuvo frente a ella y la miró en silencio unos segundos. Después miró el mar, brillante y agitado.

—Ya te marchas —dijo ella en un susurro.

La miró y asintió.

—Mi madre me espera en el coche.

No iba a decirlo, no iba a suplicarle que se quedase. Bajó la cabeza y fijó la vista en sus temblorosas manos. Reece se acercó un poco más y las cogió entre las suyas.

—Emily, mírame. —Esperó a que ella levantase la mirada —. ¿Confías en mí?

Ella asintió.

—Todo se va a arreglar —afirmó rotundo —. No sé cuánto tendrás que esperar, pero te aseguro que dentro de poco tiempo las cosas cambiarán. Sé paciente, ayuda a Connor con las minas y sigue con esos cálculos que inundan la sala DaVinci.

Emily gimió al escucharlo llamarla de ese modo, estaba claro que Connor y él habían hablado de ella…

—Mi hermano cuidará de ti.

Ella apartó la mirada, pero Reece puso un dedo en su barbilla y la obligó a mirarlo con extremada suavidad.

—Connor es un hombre extraordinario. Siempre lo supe, pero en estos tres días lo he confirmado. Es muy inteligente, Emily, conseguirá solucionarlo todo.

Ella sonrió con tristeza. Ahí estaba su innegable e inquebrantable fe.

—¿Me prometes que no te irás?

—No puedo irme —respondió ella con cansancio.

—Aunque las cosas se pongan difíciles, debes aguantar. Es una cuestión de tiempo que tu… — enmudeció de repente.

Emily ni siquiera se percató, sus sentidos no estaban en absoluto alerta y no captaban las sutilezas. Reece se felicitó por ello.

—Escríbeme como siempre. —Pidió él —. Yo seguiré enviándote mis cartas regularmente.

No lo pensó, simplemente se abrazó a él con fuerza. Reece cerró los ojos un instante y la rodeó con sus brazos, apretándola contra su pecho y aspirando el aroma fresco de sus cabellos.

De nada había servido que hablase con Imogen, que le suplicase que dijese la verdad. La madre de Emily estaba decidida a mantener su versión, pasara lo que pasara. Y después de oír su relato pormenorizado de las vejaciones a las que las sometía su padre, día tras día, tampoco le extrañaba.

Sentir a Emily en sus brazos lo turbó en exceso, más incluso que cuando la besó. Se apartó algo brusco y la miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, apartando de sus ojos los cabellos que el viento había liberado de su recogido.

—¿Tú crees que el mal puede heredarse? — preguntó sin desviar la mirada.

Emily frunció el ceño.

—¿De qué hablas? Connor no es como tu padre — dijo rápidamente —. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Acabas de decirme…

—No me hagas caso —la interrumpió y una triste sonrisa se dibujó en sus labios —. Debo irme. Cuídate, Emily. Y cuida de mi hermano.

Ella asintió y lo vio alejarse entre confusa y preocupada. Estaba claro que no estaba pensando en Connor cuando le había hecho esa pregunta. Pero entonces, ¿en quién pensaba?

Los días después de la marcha de Reece y de su madre, Newley House se sumió en un sopor espeso y extraño que pareció impregnar no solo a los habitantes de aquella casa, sino a la propia casa también.

Connor era consciente de su fragilidad emocional y se debatía entre su deseo de consolarla y la petición de ella de que la dejase en paz. Cuando trató de hablarle, ella le pidió tiempo. Tiempo para que el dolor se calmase y poder pensar de manera racional. Tiempo para volver a ser ella misma. Y él intentó dárselo…

Imogen miraba a Emily con un rostro carente de expresión. Su hija vio los surcos que tenía alrededor de los ojos y que constataban la permanente falta de sueño y las lágrimas que seguía derramando noche tras noche en la soledad de su cuarto. Depositó la bandeja sobre la mesa y después colocó el plato que la cocinera había preparado, frente a su madre.

—Debes comer, mamá —dijo eludiendo su mirada.

Aquella no era tarea para ella, pero Emily se obstinaba en servirle la comida y la cena todos los días, aunque Imogen hubiese preferido no verla. Le desgarraba el alma ver cómo su hija se desvivía por ella, aun siendo la causante de su dolor. Emily trataba de ocultárselo, sonriendo y hablando de temas triviales que nada le importaban, pero ella era su madre y no podía engañarla por mucho que lo intentase.

—Mamá, si no comes acabarás cayendo enferma — dijo Emily con cariño —. Tienes un trabajo que hacer, esta casa no funcionará sin ti. Vamos, come, por favor.

Imogen respiró profundamente y la miró a los ojos.

—¿Y me lo dices tú?

Emily desvió la mirada.

—Cuando tú comas con normalidad, yo también comeré — dijo apartando el plato —. Te estás quedando en los huesos y no consentiré que mi hija se abandone de este modo.

Emily cogió otro plato y se fue hasta la olla que la señora Willman mantenía en el fuego para llenarlo, después se sentó frente a su madre y comenzó a comer.

—¿Contenta? —preguntó.

Imogen sonrió con tristeza y asintió al tiempo que cogía la cuchara y se la llevaba a la boca.

—Estoy muy ocupada —dijo Emily—. Por eso no me acuerdo de las comidas, ya lo sabes.

—Emily…

—He conseguido que Connor me permita ver la memoria del proyecto en el que estuvo trabajando — siguió Emily, ignorando las objeciones de su madre —. No entiendo algunas cosas, pero lo importante sí y he pensado en escribir un artículo y enviarlo a algún periódico. Tendré que hacerlo con nombre masculino, claro, nadie publicaría un artículo científico que firmase una mujer, pero…

—Me gustaría que volviésemos a hablar como antes. — La cortó Imogen.

—Estamos hablando, mamá —dijo Emily, mirando incómoda hacia donde la señora Willman y Julie, la pinche, cocinaban fingiendo ignorarlas —. Puedes venir a verme siempre que quieras, ya lo sabes.

A Imogen no le gustaba la sala DaVinci, para ella era una sala del demonio con todos aquellos números y dibujos incomprensibles decorando las paredes. Además, su hija se pasaba las horas allí encerrada, como si quisiera desaparecer del mundo.

Se comió el resto de la sopa en silencio, mientras su hija retomaba la incesante y banal charla. Sabía que Emily trataba de esconder sus verdaderos sentimientos detrás de tanta palabrería, así que dejó que le hablara de cosas que no comprendía y siguió comiendo para contentarla.

—Es una buena chica —dijo la señora Willman cuando Emily se marchó. Imogen le entregó el plato y asintió antes de salir de la cocina también.

Una vez fuera, se dirigió a su pequeña salita. Debía preparar los menús de la semana y revisar los pedidos de ropa de cama que pensaba hacer. Cerró la puerta tras ella y se sentó en su silla de madera, sencilla y austera como todo lo que había en aquella habitación. Aún le parecía extraño que James Darwood hubiese muerto. No había pisado su tumba desde ese día y ya habían pasado dos meses.

Los remordimientos la estaban matando y no había día en el que no dudase de la decisión que había tomado. No importaba cuántas veces se dijese que no le habían dejado opción. Marguerite

y su padre no hubiesen permitido jamás que Reece se casara con Emily, por mucho que él dijese que la amaba. Y su hija hubiese quedado a merced de Connor en aquella casa. James se lo dejó claro, iba a poner esa cláusula en el testamento y Emily no podría irse de allí si no era casándose. El único modo de protegerla era ese, se dijo Imogen una vez más, mentir sobre…

Se llevó las manos a la cabeza, el dolor iba tornándose más insoportable y aumentaba cada vez que comía, por eso esquivaba las comidas y se alimentaba de manera tan frugal. Se frotó las sienes suavemente para tratar de calmarlo mientras sus pensamientos vagaban saltando de un tiempo a otro, de recuerdo en recuerdo.

No había tenido suerte en la vida. Cuando conoció a Brian McLoughlin no le gustó, era rudo y antipático. Solo lo había visto reír cuando bebía con sus amigos, pero aun así dejó que la cortejara, a su manera. Era la mano derecha del señor Darwood y eso lo hacía atractivo a sus ojos. No podría decir en qué momento se enamoró de James Darwood. Cuando era solo una niña lo veía pasar sobre su caballo, erguido y poderoso, y se imaginaba que era un príncipe que regresaba de salvar a alguna desgraciada dama en apuros. Construyó todo un entramado de fantasía a su alrededor y terminó por enamorarse. Él la miraba de un modo especial y le sonreía con aquella pícara y divertida sonrisa con la que embaucaba a las mujeres, aunque entonces Imogen no sabía nada de eso.

Imogen cerró los ojos un instante para tratar de relajarse y ayudar a que el dolor desapareciese, pero eso atrajo nuevas imágenes y recuerdos. Brian debió darse cuenta de lo que ella sentía. Al menos de lo que no sentía con él, a pesar de estar casados y compartir lecho. La primera vez que le dio una paliza, lo hizo sin darle ninguna explicación. Llegó borracho a casa, después de gastarse en la taberna con sus amigos todo el dinero que había recibido de la mina. Quizá ella puso mala cara, necesitaban ese dinero y él se lo había bebido con sus amigos, fanfarroneando de ser la mano derecha del señor Darwood e invitando a todo el mundo para darse importancia. La golpeó y luego la obligó a satisfacerlo. Aquello debió de gustarle, porque se convirtió en una costumbre. Llegaba borracho, le pegaba y después abusaba de ella. Imogen empezó a fantasear con que un día bajase a la mina y esta lo enterrase para siempre.

Borró aquellas imágenes de su mente y se levantó para acercarse a la ventana. Cuando James la hizo ir a buscar para que amamantara a su hijo, su corazón se llenó de gozo. Podría estar cerca de él, verlo a diario. Con eso se conformaba. Su hija era todo su mundo y ya no tenía que soportar a un esposo cruel y violento. Todo era perfecto.

Y entonces sucedió. La señora Darwood estaba convaleciente después de haber dado a luz a Reece y James la despertó en plena noche tapándole la boca. La forzó sin decir una palabra, como si fuese un objeto inanimado que solo servía para darle placer. Ese día supo que todos los hombres eran iguales, no había príncipes que rescatasen damas. Para ellos las mujeres eran un simple objeto, alguien a quien se puede violentar o agredir. Los dos hombres de su vida disfrutaban viéndola sufrir, no se conformaban con yacer con ella. Cuanto más se resistía, cuanto más suplicaba, mayor placer obtenían y más la deseaban. Su mayor temor fue que James la dejara encinta, pero el destino no fue tan cruel. Quizá el difícil parto de Emily, que duró tres días, la protegió dejándola imposibilitada para tener más hijos.

Nunca olvidaría la cara de Connor aquel día. La puerta del dormitorio de James golpeó con fuerza contra la pared y, cuando lo miró, los ojos del muchacho mostraban tal repugnancia, que se sintió bañada de inmundicia. El dolor que le había infligido James unos segundos antes no

podía compararse al que sintió en ese momento. Entonces temió que Connor se lo contase a Emily, pero el muchacho no dijo nada. Aunque para ello su padre tuviese que matar a su caballo. Cuando James se lo contó, sintió verdadera compasión por el muchacho. Pero cuando le dijo que, de no haberlo hecho, Connor habría hablado con Reece y con Emily…

Antes se cortaría las venas que dejar que Connor Darwood le hiciera a su hija lo que James le hizo a ella. Jamás lo permitiría, no importaba lo mucho que Emily creyera que estaba sufriendo. Lo que le esperaba en aquella casa si no la protegía, sería muchísimo peor.

Lucille la abrazaba igual que hacía con Aidan. Estaban las dos sentadas en el sofá y Emily apoyaba la cabeza en el generoso pecho de su amiga mientras esta le acariciaba el cabello con ternura. Emily había llorado tanto, que se había quedado casi sin voz. Pero por primera vez, había podido desahogarse de verdad con alguien que no estaba implicado en los hechos, lo que lo hacía mucho más sencillo.

—¿Has hablado a solas con tu madre sobre esto? — preguntó Lucille cuando vio que se había calmado.

—No.

—¿No deberías hacerlo?

—Tengo miedo de enfrentarme a ello.

—No quieres que vea que la culpas.

Emily se incorporó y la miró sorprendida.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

Lucille sonrió con cariño.

—Es totalmente comprensible, Emily. Las dos sabemos que tu madre no pudo hacer nada, pero… — Suspiró con tristeza. Lo que le había contado su amiga era terrible.

—Por favor, no se lo cuentes a David. Ya sé que os lo contáis todo, pero esto no puedes decírselo.

—Probablemente Connor esté hablando con él, Emily.

Tenía razón, sabía que tenían una buena relación y ahora mismo el médico debía ir con él camino de la mina. Había visto a David en Newley House y le había dicho que iban a ir juntos. El día anterior hubo un pequeño percance con una de las voladuras en la mina sur y, aunque David los trató *in situ*, les conminó a que pasaran por la consulta al día siguiente. Por supuesto, ninguno de ellos acudió, así que el médico decidió ir a verlos.

—Igualmente, no le cuentes… lo mío.

—Quieres decir que no le cuente lo vuestro. — Había llegado el momento de decírselo —. David le escribió una carta antes de que su padre empeorara.

Emily la miró con el ceño fruncido.

—¿Escribió a Connor?

Lucille asintió.

—¿Para qué?

—Para pedirle que viniese. Estábamos muy preocupados por ti.

—¿Preocupados? ¿Qué le dijisteis?

—Yo no vi la carta, tan solo le pedí que la escribiera. Connor y David se escribían asiduamente, de ese modo Connor estaba al tanto de los avances en la enfermedad de su padre. Esas cartas se fueron haciendo cada vez más personales y se creó un vínculo de amistad entre ellos. Connor siempre le preguntaba por ti y le pidió que se asegurase de que estabas bien…

Emily cerró los ojos un instante para tratar de parar el torrente de lágrimas que volvía a sus ojos. Lucille no podía ni imaginar por lo que estaba pasando. Estaba claro que amaba a Connor y descubrir que era su hermano, era un golpe demasiado duro.

—¿Cómo podré soportarlo? —preguntó Emily, como si creyera que había alguna respuesta a esa pregunta.

Connor y David cabalgaban a paso tranquilo. El médico era consciente de la preocupación de Connor y lo miraba de soslayo, esperando que su presencia fuese suficiente acicate para que le hablase de lo que le preocupaba. Sabía que Connor se cerraría si preguntaba, así que debía esperar pacientemente a que estuviera listo para hablar.

—He comprado un balancín para Aidan.

David lo miró con una sonrisa divertida.

—¿Un balancín?

Connor lo miró algo incómodo.

—Sí, uno de esos en los que ponen a los niños para…

—Sé lo que es un balancín, Connor.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Me ha parecido raro.

—Raro, ¿por qué?

—No sé, no te imagino yendo a la tienda del señor Thomson y diciendo: quiero un balancín.

—Tuve que encargarlo —dijo ceñudo —. Lo han traído de Londres.

—¡Wow! Debe ser un buen balancín. — Siguió bromeando el médico.

—Emily ha ido a tu casa.

—Te recuerdo que la he visto y he charlado con ella.

—Ya.

Siguieron un rato más en silencio. David se mantenía en su postura paciente, aunque se moría de ganas de que…

—Mi padre ha puesto una cláusula en el testamento. — Connor lo miró para ver su reacción —. Si Emily se marcha de Newley House, yo no podré hacer uso de mi herencia.

David frunció el ceño.

—¿Eso es posible?

—Al parecer, sí.

—¿Y por qué ha hecho eso tu padre?

—Le dije que me desharía de todo cuando muriese.

—¡Connor!

—Ya, ya, lo sé. Fue una reacción estúpida.

—Podrías haber hecho lo que quisieras, ¿para qué decírselo?

—No pensaba hacerlo. El único placer era ese, ¿lo entiendes? Que él pensara que sí.

—Ya veo.

—Pero eso no es todo…

Connor se sentía incómodo hablando de ello, pero sabía que David era el único al que podía decírselo. Edward era su amigo, pero no podía dejar que la noticia saliese del círculo cerrado de la familia, ni siquiera el servicio lo sabía. David era su médico, para él era casi como un confesor.

—Imogen firmó una carta jurada en la que dice que Emily es hija de mi padre.

—¿Qué? —El rostro de David era la viva imagen de la incredulidad —. Eso no es posible.

—Estoy seguro de que miente.

—No hay ningún rasgo físico común entre vosotros. — Pensó un momento —. Ni con Reece tampoco. Soy médico, me fijo en estas cosas.

—Emily no es mi hermana, pero su madre así lo afirma y es la única persona que puede decirlo.

—Pero eso es terrible. Vosotros estáis…

Connor miró para otro lado, no quería que viese lo mucho que le afectaba.

—¿Imogen no quiere que estéis juntos?

—Cuando firmó esa carta no podía saber que yo…

David asintió despacio.

—Entonces no quiere que esté con Reece.

—No lo entiendo —dijo Connor—. Le he dado un millón de vueltas y puedo entender por qué lo ha hecho mi padre, pero ¿Imogen? Quiere a su hija, nunca pensé que sería capaz de hacerle daño a conciencia.

—Es muy extraño —dijo David pensativo —. ¿Has pensado en hablar con ella?

—Emily no quiere que lo haga.

El médico asintió comprensivo, estaba claro que la opinión de Emily era primordial ahí. Siguieron avanzando en silencio, mientras elucubraban tratando de encontrar una solución al problema.

—¿Quién es ese tipo que estaba hablando con Crowley? — preguntó el médico al ver que se escabullía por detrás del almacén al verlos llegar.

—No lo sé, algún proveedor o alguien que busca trabajo.

David no dijo nada, pero le parecía que iba muy bien vestido para ser alguien que busca empleo en una mina.

Capítulo 16

Emily estaba sentada en la roca de la playa y contemplaba el mar picado con expresión ausente. Escuchó el ladrido del perro y lo buscó instintivamente. *Newton* bajaba a la carrera por la pendiente y ella se puso de pie para recibirlo. El lobero se detuvo frente a ella de manera sorpresiva y le tendió la pata. Lo miró confusa, pero creyó que debía cogérsela a modo de saludo.

—Estoy intentando educarlo. — La voz de Connor le arañó la espalda como una uña afilada.

Emily se irguió y trató de mostrarse natural.

—¿Educarlo? *Newton* es un perro bue…

—Es demasiado grande para ir por ahí lanzándose sobre la gente — dijo paseándose con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo espanta a las moscas — dijo burlándose de él.

—Cierto, necesito ocupar mi tiempo en algo más productivo, pero no puedo dejar de pensar…

El perro seguía restregando la cabeza contra sus piernas y ella le acarició el áspero pelo con gusto. Lo echaba de menos, ahora más que nunca.

—Eres un perro malo —le decía arrodillada en la arena, al tiempo que lo abrazaba —. No deberías abandonarme de este modo. ¿Te parece bonito? No tienes corazón.

Connor la miraba con fijeza y todo su cuerpo se había puesto tenso. Emily levantó la mirada y se dio cuenta de lo que pasaba.

—Se lo decía al perro.

—¿Seguro?

—¿Qué haces aquí, Connor? Creí que había quedado claro…

—Sí, sí, me dijiste que te dejara en paz.

—Te pedí tiempo para hacerme a la idea de que eres mi hermano — lo rectificó.

—No soy tu hermano —repitió él otra vez.

—Ya hemos tenido esta conversación — dijo Emily dirigiéndose hacia el sendero para regresar a casa.

Connor corrió y le interceptó el paso.

—¿Por qué te cuesta tanto creer en mí y tan poco creer a tu madre?

—No es una cuestión de en quién creo. — Se puso las manos en la cintura y lo miró con severidad —. Bueno, a decir verdad, es exactamente eso. ¿Quieres que te crea a ti en lugar de a

mi madre?

—Eso es exactamente lo que quiero — dijo él mirándola con fijeza.

Tenía el pelo demasiado largo, necesitaba un buen corte, pensó Emily. Aunque le daba un aspecto aniñado e inocente que le favorecía de un modo irresistible. Connor se mordió el labio y una corriente eléctrica la sacudió. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente guapo?

—Tu madre miente. No sé por qué lo hace, pero no tengo la menor duda. Tú y yo no somos hermanos. Esto es un plan de mi padre…

—Estás loco si crees que mi madre se prestaría a semejante canallada.

—Puede que tenga sus motivos.

—¿Qué motivos podría tener para hacerme esto?

—Quizá no quiera que estés conmigo.

—¡Ella no sabe que yo te…!

—Que tú me… ¿qué? Acaba la frase — pidió él, divertido.

Emily apretó los labios y trató de sortearlo, pero el sendero era muy estrecho. Así que se salió y caminó por las piedras, lo que provocó que perdiera el equilibrio y Connor aprovechase para atraparla. La tenía entre sus brazos y la miraba con aquella penetrante intensidad que hacía que a ella le temblasen las piernas.

—Te amo, Emily. Y no voy a parar de decírtelo el resto de mi vida.

—Eres mi hermano —dijo tratando de soltarse.

—No lo soy. ¿No te das cuenta? Si eso fuese cierto, ¿no crees que mi padre te lo habría dicho en vida para que dejases de fantasear con Reece? Marguerite siempre le estaba dando la tabarra con ese tema…

Emily no pudo disimular la chispa de duda que brilló en su pupila y Connor no iba a desaprovechar esa oportunidad. La cogió de la mano y la hizo regresar a la playa. *Newton* corría de un lado a otro y parecía estar pasándoselo de lo lindo.

—No tienes que temer nada de mí — dijo soltándole la mano. No es necesario que huyas cada vez que me veas, o que no salgas de la sala DaVinci en todo el día. No voy a presionarte, no haré nada que no quieras…

Emily no pudo aguantar más aquella pose indiferente y segura, y lo miró sin subterfugios.

—No eres tú a quién temo, es a mí misma. No puedo deshacerme de este sentimiento. Por eso te evito, Connor. Y necesito que me ayudes a soportarlo.

Connor se obligó a mantener la distancia. Verla tan indefensa y vulnerable le partía el alma.

—Mi madre no me mentiría, sabe lo mucho que estoy sufriendo…

—¿Y si creyera que sufrirías mucho más? ¿No crees que puede ser para ella un mal menor?

—Pero ¿por qué? ¿De qué me está protegiendo, según tú?

—¡No tengo la menor idea!

—¿Entonces? ¿Quieres que te crea y ya está? Que vaya contra todos los principios habidos y por haber e ignore la afirmación de mi madre de que eres mi hermano. ¿Es eso lo que me estás pidiendo? ¿Y qué haremos?

—Nos casaremos.

—¿Y si ella jura que somos hermanos ante Dios? ¿Crees que algún pastor nos casará? Después de eso, ¿qué me quedaría?

Connor se llevó el puño a la boca y lo mordió con rabia. Sabía que tenía razón, no podía luchar contra Imogen si esta optaba por resistir. Pero quizá…

—Habla con ella. Pídeselo…

—¿Quieres que le pida a mi madre que mienta?

—Que le pidas que diga la verdad.

—¡Es la verdad, Connor! ¡Acéptalo! ¡Somos hermanos!

—¡NO! —gritó furioso y *Newton* detuvo su carrera y se giró asustado, creyendo que algo ocurría. Connor avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza, enterrando la cara en su cuello —. No puedo aceptarlo, no lo aceptaré jamás.

—Tendré que casarme entonces — dijo Emily de pronto.

Connor se separó de ella y dio un paso atrás para mirarla bien.

—¿Qué has dicho?

—Tu padre especificó que tendría que quedarme hasta que me casara. Me casaré y podré irme.

—¿Casarte?

La miraba aterrado y Emily tuvo que carraspear para que su voz no se rompiera.

—Buscaré a alguien…

—¿Buscarás a alguien? —No daba crédito —. ¿Así, sin más? Buscarás a alguien.

—Sí, buscaré a alguien, maldita sea. — Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y te casarás con él? —Dio un paso hacia ella —. Te casarás con él y… yacerás con él, ¿es eso lo que me estás diciendo, Emily?

Ella podía sentir su aliento, veía el azul oscuro de sus ojos como si el sol se hubiese puesto y casi podía escuchar cómo su corazón golpeaba contra su pecho.

—Tengo que alejarme de ti. — Sollozó con rabia —. Tengo que hacer algo para alejarme de ti.

—Mátame —dijo él con el dolor saliendo por todos sus poros —. Subimos ahí arriba y me empujas para que me haga pedazos, porque eso que dices me hará picadillo, ¿lo sabes? Si te casas con otro para alejarte de mí, me arrancarás el corazón de cuajo.

Respiraba con dificultad y seguía mirándola con aquella mirada aterrada. Cogió una de las manos de Emily y la puso en su pecho. Estaba temblando.

—Júrame por Dios, aquí mismo, que no harás semejante cosa.

—¿Quieres que te jure que permaneceré siempre sola en esta casa? ¿Viendo los días pasar mientras mi cuerpo se consume y mis ojos se nublan? ¿Teniéndote junto a mí, sin poder llamarte mío?

—¡No! —exclamó furioso y se alejó dos pasos mientras gesticulaba, apartándose el pelo como si quisiera arrancárselo de la cabeza, dando vueltas como un loco…

—¿Entonces qué quieres? ¿Que vivamos juntos torturándonos el resto de nuestra vida? ¿Estás dispuesto a vivir conmigo como un hermano? Si es lo que quieres, ¡lo haré! — gritó al borde de un ataque de nervios —. Viviré contigo y lucharé todos los días de mi vida para apaciguar esto que siento en el pecho y que me hace desear que tus brazos me envuelvan, que tus labios me besen…

Y entonces lo hizo. Connor llegó hasta ella y la atrajo con fiereza contra su cuerpo. Fue un beso salvaje y violento, nada que ver con ningún otro beso que ella hubiera recibido. Sabía que

era un error, que si la besaba estaba acabado, pero por Dios que no le importaba.

Emily respondió y abrió su boca a la suya, mientras escuchaba un gemido ronco que salía de su garganta. Era mentira, no podía renunciar a eso, ansiaba saborearlo hasta la extenuación y se aferró a él cuando la empujó para tumbarla en la arena. Lo rozó con su lengua y un sentimiento desconocido y familiar la envolvió. Sus alientos se mezclaron, madera de sándalo y esperanza. Fue como regresar a casa después de un largo y agotador viaje. Metió los dedos en su pelo y se agarró a él como un náufrago a una tabla salvavidas. Solo que aquella no era una tabla de salvación, sino su condena.

En el interior de Connor se despertó un apetito insaciable que amenazaba con escapar a su control. Buscó en los recovecos de su resistencia el arma más poderosa que tuviese para detener aquel avance imposible. Pero la boca de Emily no ayudaba, el delicioso sabor que ella le devolvía era demasiado poderoso para su frágil corazón. Y entonces, en un arrebato mortal, Emily gimió y su cuerpo se arqueó sin saber lo que hacía. Y Connor respondió a aquella llamada adueñándose de todo lo que ella le daba. Cuerpo y corazón eran uno y de ambos.

Las cadenas que se habían impuesto estaban rotas sobre la arena. No pensaron en las consecuencias, en lo que ocurriría si alguien pasaba por allí y los veía, eran sus cuerpos los que hablaban y sus mentes se rindieron ante el influjo de los sentidos. Connor la atrajo, poderoso y dominante, y toda fuerza se tornó en caricias. Le recorrió el brazo con una de sus manos. Deslizó sus labios, apartándose de su boca con un sonido ronco y profundo. Bajó por su esbelto cuello y se detuvo a mitad de camino, allí donde podía sentir el latido constante y frenético de su corazón. Permaneció allí inmóvil, con un reflejo de ese latido en un lugar recóndito de su anatomía. Un lugar que clamaba por ser liberado.

—Dime si quieres que… pare — pidió con voz honda y doliente, sabiendo que moriría allí mismo si ella pronunciaba esas palabras.

Estaba encima de ella y sus ojos la miraban con tal intensidad, que Emily vació sus pulmones de aire en una larga y tensa expiración.

—Pídeme que deje de besarte — siguió él en el mismo tono —. Ordéname que deje de acariciarte con mis manos y de imaginar que estoy dentro de ti. Pídemelo, por Dios, porque si no lo haces…

Emily temblaba con una mezcla de temor y deseo irresoluble.

«Para». Escuchaba en su cabeza. «Detente».

Pero su garganta seguía en silencio y su cuerpo no se separaba de él un milímetro. Lo sentía duro y poderoso contra su vientre e imaginaba igual todas aquellas cosas que había leído en los libros de David. Nadie le había hablado de la intimidad entre un hombre y una mujer, pero ella sabía exactamente lo que ocurría en el lecho conyugal. La primera vez que leyó sobre ello, pensó que era extraño y poco eficiente. Claro que entonces no sabía nada del fuego que ardía en sus entrañas, ni del deseo que la empujaba a buscarlo…

Mientras ella buscaba en su cerebro el modo de liberarse, él dominaba el impulso salvaje de desgarrar su vestido y sentir la piel que se ocultaba debajo de aquella tela. Quería que se rindiera a sus deseos y al mismo tiempo gritaba porque dijese la palabra que lo haría parar antes de que fuese demasiado tarde. Haría que lo dijera, lo haría… Metió una mano dentro de su escote y cubrió con ella uno de sus pequeños y redondos pechos. Emily lanzó un gemido, casi un grito y

él la hizo callar cubriéndola con su boca. Sentir su piel desnuda lo volvió loco, le dolía de tanto que la deseaba.

Emily lo vio bajar la cabeza y dirigir sus labios hacia su escote y después sintió su lengua dibujando círculos alrededor de su pezón, hasta que este se irguió como cuando tenía frío. Aunque ahora no tenía frío, estaba ardiendo en un fuego que se alimentaba de él. Sintió que uno de sus brazos le rodeaba las caderas y su mano la empujó contra su duro miembro.

«Estamos vestidos». Se dijo. «No hay peligro de que…».

Entonces, él tiró del pezón que había capturado con los labios y ella jadeó arqueándose, buscándolo inmisericorde.

Connor se maldecía mientras sus labios succionaban aquel minúsculo botón y Emily lo torturaba con cada gemido que salía de su boca. Sabía que debía separarse de ella, aunque el dolor se retorciese en sus entrañas como un monstruo hambriento. Pero su cuerpo gritaba con cada poro de su piel, con un deseo irracional que iba de ella a él y de él a ella, ardiente y lascivo. Un sonido animal salió de su garganta y se apartó de ella, casi de un salto. Se puso de pie y la miró allí tendida, con uno de sus pechos expuestos, las mejillas rojas y los ojos brillantes que lo miraron con desolación.

—Dios… —gimió él, dándose la vuelta para no verla —. ¡Diooooos!

Emily se cubrió y de repente una cascada húmeda y fría cayó sobre ella, dejándola empapada de vergüenza. Sentada en la arena, cubrió su rostro con las manos y lloró con sollozos desgarradores. Connor respiró hondo varias veces y después se arrodilló frente a ella. Le apartó las manos para ver su rostro y la obligó a mirarlo.

—Emily, te amo más que a mi vida. No voy a dejarte nunca.

Una furia irracional y desmedida la arrolló. Se puso de pie apartándose de él, como si la ofendiese su sola presencia.

—¡No te acerques a mí! ¡Eres como tu padre! Quieres seducirme, convertirme en una…

—No digas eso… —suplicó él.

—Es la verdad. Si permanezco a tu lado acabaré perdiéndome, rindiéndome a este demoníaco sentimiento que me abrasa las entrañas y me empuja a… — gruñó feroz —. ¡Apártate de mí!

—Haré lo que tú quieras, Emily. Pero cálmate — pidió sereno, aunque sus ojos la miraban con pura desolación.

Ella sentía que se hacía pedazos al ver aquella mirada lastimera y saber que le estaba haciendo daño injustamente. Pero tenía que hacer algo, tenía que apartarlo o no podría resistirse.

—Te detesto, Connor Darwood. Eres como una enfermedad que pudre mi cuerpo y mi mente. Eres malo y perverso, tomas lo que deseas sin pensar en las consecuencias. Me quitaste a Reece y ahora quieres también quitarme la cordura. No me volverás loca, juro que me iré. Pase lo que pase, me iré si vuelves a acercarte a mí.

—Emily… —suplicó.

Newton llegó corriendo y se detuvo entre ambos, como si el perro detectase la disputa y no supiese a quién elegir. Emily le hizo un gesto y el perro la siguió hasta el sendero. Juntos se alejaron de Connor, que se quedó solo en aquella playa con un sentimiento de abandono que conocía bien.

Durante los meses siguientes el distanciamiento entre Emily y Connor fue total. Él mantenía las distancias y procuraba no interferir en su vida cotidiana, mientras que ella se pasaba las horas encerrada en la sala DaVinci o paseando en el exterior. Esto fue así hasta que Emily se enteró de que los propietarios de las minas de Newley, Munro y Cavendish, habían decidido llevar adelante la idea de crear una empresa fundidora, siempre y cuando Connor aceptase ser el presidente de dicha empresa. Se enteró cuando Edward Bleckett la felicitó en el vestíbulo porque su idea iba al fin a materializarse. Esperó hasta que el amigo de Connor abandonó Newley House y entonces se presentó en su despacho con cara de pocos amigos.

—¿No pensabas decírmelo? —dijo entrando sin llamar.

—Veo que volvemos a las malas costumbres del pasado — dijo él entre sorprendido y burlón.

Emily volvió sobre sus pasos y golpeó la puerta desde dentro, después se acercó al escritorio.

—Fue idea mía —dijo molesta—. Yo se lo propuse a Edward Bleckett.

—Lo sé —reconoció Connor—. Me lo dijo.

—¿Y aun así pensabas dejarme fuera?

La miró con una ceja levantada. ¿Esa pregunta esperaba respuesta?

—Ya sé que esos hombres no querrían saber que yo participo, pero eso no significa que no pueda ser parte del proyecto. Podría darte buenas ideas…

—Estoy seguro.

Emily se movía por el despacho con agitación.

—He pensado mucho en ello y sé que funcionará. Ashton Norcross intentará intimidaros, pero…

—Ya lo está haciendo —explicó Connor poniéndose de pie —. Ha enviado cartas a todos los propietarios recordándoles los préstamos que tienen concedidos por su banco.

—¿Los ha amenazado con exigirles el pago? — preguntó horrorizada.

—Aún no, pero quiere que sepan que puede hacerlo. — Connor se inclinó sobre la mesa y cogió un documento que le entregó después.

—¿A ti también?

Connor asintió y Emily leyó la carta.

—Será…

—Tranquila. Si me exigiera el pago, podría hacerlo efectivo sin problema.

—Pero hay propietarios que se verían en serias dificultades — dijo Emily devolviéndole la carta.

—Eso es. Por eso tenemos que idear un plan bien entramado que no permita que Norcross meta la pezuña en él. Edward es partidario de que asumamos el riesgo solo los que podemos permitirnos un ataque directo, pero eso dejaría fuera a varios propietarios que están muy interesados en el proyecto.

—Sería injusto dejarlos a merced de esas empresas para que siguieran sangrándolos.

—Pero no aceptarían limosna, son hombres orgullosos.

—Y no habría forma de que Norcross no lo supiera porque, cuando llevasen el mineral a la nueva fundidora, él se enteraría.

Connor asintió.

—¿Y qué piensas hacer?

—Estoy intentando conseguir que otro banco se haga cargo de las deudas de esos propietarios. He invitado a Malcolm Bradley y a su familia a cenar la semana que viene. Es dueño de un banco en Harrogate.

—¿Es accesible? ¿Crees que…?

—No lo sé, Emily. No lo conozco lo suficiente. Sé que no es como Norcross y eso me vale. Su esposa y mi madre fueron amigas mientras mi madre vivió aquí. Está segura de que no le costará convencerlos para que me ayuden, aunque no está nada de acuerdo en este proyecto. Opina que debería limitarme a disfrutar de la herencia y que las cosas ya están bien como están.

Emily se guardó sus comentarios sobre las opiniones de Elizabeth.

—Ojalá lo consigas.

—Haré todo lo que esté en mi mano, Emily. Pero por favor, mantente al margen. Todo esto puede ser peligroso y no quiero que tú…

—¿Peligroso? —lo cortó sorprendida —. ¿Qué quiere decir peligroso?

Connor volvió a su sitio detrás del escritorio y fijó la vista en los papeles que había en su mesa.

—Ashton Norcross no es de los que aceptan una derrota sin pelear. Todo el mundo sabe que es cruel y vengativo, y no le temblará la mano a la hora de cortar cabezas. — Levantó la mirada y posó sus azules ojos en ella —. Tu cabecita está bien donde está.

Emily se estremeció al sentir la caricia invisible de aquellos ojos y su corazón se aceleró.

—Todos saben que fue idea mía — dijo tratando de que su voz no delatase sus emociones —. Si sale adelante, Norcross también lo sabrá.

Connor sonrió.

—Ay, Emily. Qué ingenua eres. Nadie creerá que esto se te ocurrió a ti, pensarán que yo te lo dije. Solo Edward sabe la verdad y te aseguro que él nos guardará el secreto.

—Eso es injusto.

—No permitiré que Norcross ponga sus ojos en ti.

De nuevo aquella cálida sensación…

—Está bien —aceptó ella—. Pero no vuelvas a dejarme al margen, quiero participar, aunque sea en secreto.

Connor la miró fijamente.

—Creí que querías que me mantuviese a distancia.

Ella se estremeció.

—Y quiero.

—Va a ser difícil si quieres también estar en esto.

—¿No puedes comportarte como un hombre civilizado? — le recriminó molesta —. Cualquiera diría que tienes el cerebro en…

Hizo un gesto con la mano, señalando una parte concreta de su anatomía y Connor siguió la dirección de su mano con la mirada y después levantó la vista para clavar sus oscuros y azules ojos en ella.

—Ya sabes que soy igual que mi padre — le recordó su insulto —. Tomo lo que quiero cuando quiero.

Emily se estremeció y sintió la amargura en su boca.

—Los dos hicimos cosas ese día que es mejor olvidar — dijo desviando la mirada.

—Yo no pienso olvidar ni un solo detalle — dijo él con voz profunda —. De hecho, recreo todas las noches cada una de las caricias…

Emily apretó los labios y lo miró enfadada.

—¿Te gusta verme sufrir?

—¿Y a ti? —preguntó él enfadado también —. ¿Te gusta hacerme daño, Emily? Porque aquel día no fui solo yo el que se pasó de la raya. Y me castigas como si fuese el único culpable.

—No pretendo castigarte.

—Ah, ¿no? —Se acercó de modo que ella tuvo que levantar la cabeza para mirarlo —. ¿Y qué se supone que haces? Porque me está matando.

—Solo quiero que… no nos… expongamos. Trato de evitar una cercanía que es muy peligrosa para los dos.

—¿Y por eso me acusaste de ser como mi padre? ¿Sabiendo que no hay nada peor para mí? Te conté cosas que no le había contado a nadie. Cosas que me hizo… que me hicieron. ¿Y te atreves a decirme que me parezco a él? ¿En qué me parezco a él? Si me pareciese a él, habría entrado en tu cuarto de noche, te habría tapado la boca y te habría hecho mía sin contemplaciones.

Emily sintió el dolor que emanaba de él y el suyo propio dejó de importarle.

—Lo siento…

—¿Lo sientes? ¿Cuánto lo sientes? — La agarró de los brazos y la atrajo hacia sí —. Demuéstrame cuánto lo sientes. Cómo lo sientes. ¿Algún día tendré un poco de paz, Emily? ¿Algún día este vacío que tengo en el pecho se llenará de otra cosa que no sea dolor?

Ella lo rodeó con sus brazos y apoyó la mejilla en su pecho. Su mano daba golpecitos en su espalda, como si fuese un niño al que consolar. Y así era exactamente como Connor se sentía, como un niño al que vuelven a negar la felicidad.

—No pienso nada de lo que te dije allí — musitó —. Creo que no hay nadie menos parecido a tu padre que tú. Eres bueno y justo, y te has pasado la vida tratando de que los demás no te vieran como eres realmente. Te han hecho daño de muchas formas y nunca tuviste en quién apoyarte. Pero ahora no estás solo, yo estoy aquí contigo. No importa lo que nos pase, tú sabes lo que siento de verdad y lo que pienso de ti. — Levantó la cabeza para mirarlo y había amor en sus ojos —. Aquel día en la playa me habría entregado a ti, deseaba ser tuya por encima de todo.

—Oh, Emily —dijo con un sentimiento de impotencia —. ¿Cómo puedo arreglarlo? ¿Qué tengo que hacer para que me creas? No somos hermanos, tu madre miente.

Ella lo soltó y dio un paso atrás, aunque sus ojos seguían teniendo la misma mirada dulce y cómplice.

—Será mejor que me marche — dijo sin acritud.

—Sí —afirmó él—. Está claro que no soy tan fuerte como creía.

Capítulo 17

Elizabeth entró en la sala DaVinci y se dirigió con paso decidido al escritorio en el que Emily trabajaba. Estaba enfrascada en los estudios de Rutherford sobre minería y ni siquiera se percató de que la madre de Connor estaba frente a ella hasta que escuchó su irritante voz.

—Te agradecería que hoy te mantuvieses aquí encerrada hasta que te retires a tu habitación. Ya he dado órdenes de que te traigan la cena para que no tengas que salir a buscarla siquiera.

Emily la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Cada día eres más obtusa, niña — dijo Elizabeth levantando la ceja igual que hacía Connor —. Quiero que te quedes aquí todo el día. ¿Me has comprendido?

—¿No es eso lo que hago siempre?

—No. A veces te veo salir a caminar y otras deambulas por la casa como un fantasma. Hoy van a venir a visitarnos unas personas importantes y no quiero que te vean por ahí.

Emily arrugó más el ceño y se recostó contra el respaldo de la silla, cruzándose de brazos.

—¿Pretende que me quede enclaustrada porque tiene invitados? ¿Qué cree que voy a hacer? ¿Subirme a una lámpara y saltar sobre ellos?

—De verdad que eres insufrible. ¿No crees que ya es hora de que hagas algo con tu vida? En lugar de estar aquí con la nariz metida en esos libros y papeles todo el día, deberías estar buscando un lugar donde vivir.

—Ya tengo un lugar donde vivir — dijo Emily sin apartar la mirada de aquellos furibundos ojos azules —. Y debería pensarse mejor lo que me pide, podría hacerle caso y entonces sería usted la que tendría que irse, según el testamento del señor Darwood.

La inquina con la que la miró habría hecho temblar a cualquiera, pero Emily ya estaba acostumbrada a ese odio irracional, llevaba varios meses soportándolo estoicamente.

—Siempre tienes que recordármelo, ¿verdad? — dijo Elizabeth —. Disfrutas sabiendo que no puedo echarte.

—Lo cierto es que disfruto más de las teorías del señor Rutherford y me gustaría volver a ello, si no le importa. Procuraré no salir de aquí para no aterrorizar a sus invitados con mi horrible aspecto.

Elizabeth apretó los labios respirando con fuerza por la nariz y, sintiéndose impotente, se dio la vuelta y salió de la sala dando un portazo.

Connor miraba a las señoritas Bradley con una expresión entre burlona y seductora. Ambas se habían excedido en sus rizos y el deslumbrante color de sus vestidos amenazaba con nublarle la vista. Charlotte era la mayor y uno esperaría que fuese la más razonable, pero su estridente risa y el constante aleteo de sus manos hacía imposible prestar atención a nada de lo que decía. En cuanto a Meredith, era dos años menor que su hermana y tenía una mirada inteligente y traviesa que, estaba seguro, debía traerle muchos problemas.

Los Bradley eran una de las familias más influyentes de Yorkshire y, cualquiera de sus dos hijas sería una excelente candidata para casarse con su hijo, a ojos de Elizabeth. El hecho de que vivieran en Harrogate no supondría ningún problema para ella, le encantaría irse de Newley en cuanto fuese posible y Harrogate era tan bueno como cualquier otro sitio.

—¿Cómo van los negocios, muchacho? — preguntó Malcolm Bradley, echándole el humo de su puro en la cara.

—Bien, aunque nunca puede decirse que los negocios vayan bien del todo, siempre hay cosas que mejorar.

—Bien visto, esa es la mejor filosofía. Si me aceptas un consejo, no delegues. No se puede delegar en otros lo que es un deber propio. Yo me paso la mayor parte del tiempo en mi banco y de ese modo cualquier imprevisto…

—Si por él fuera, dormiría allí — dijo la señora Bradley con una dulce sonrisa.

—Pero un hombre de su posición, ¿no debería limitarse a supervisar el negocio desde la distancia? — apuntó Elizabeth —. Hay demasiadas cosas agradables que hacer como para pasarse el día trabajando, ¿no creen?

—Elizabeth, tú siempre tan divertida — dijo Claudia Bradley.

—Mi querida Elizabeth —dijo el señor Bradley con simpatía —. Para que las damas puedan disfrutar de sus bonitos vestidos y que les sienten tan bien, son necesarias muchas horas de trabajo de sus maridos… o de sus hijos, como en este caso.

—Connor —lo llamó Elizabeth—. ¿Por qué no le sirves una copita de jerez a Charlotte? Ya tiene edad de darse algún capricho de mayores.

Connor hizo una ligera inclinación y se dispuso a hacer lo que su madre le pedía mientras el señor Bradley se acercaba a las damas de más edad, para dejar una relativa intimidad a los jóvenes.

—¿Puedo ir a la biblioteca, señora Darwood? — preguntó Meredith, que empezaba a aburrirse —. Mamá dice que tiene usted una colección enorme de títulos.

Elizabeth asintió satisfecha al oír que la llamaba por su nombre de casada.

—Lo que Meredith quiere decir es que le han dicho que en la biblioteca contáis con numerosos libros de temas… científicos — dijo su madre sonriendo.

—Oh, no estoy al tanto de todos los libros que poseemos — dijo Elizabeth con excesivo amaneramiento —. Pero ve, muchacha, ve y mira todo lo que quieras. Enviaremos a Ritson a avisarte cuando vayamos a pasar al comedor.

—Querida Elizabeth —dijo Claudia con una sonrisa agradecida —. Acabas de darle a mi hija la mayor alegría del día. Meredith es un auténtico ratón de biblioteca. No conocerás a ninguna jovencita a la que le gusten tanto los libros como a ella.

—Mientras lee no hace locuras — dijo su padre riendo —. Está empeñada en que el hombre podrá volar algún día.

—Y yo seré la primera —dijo la jovencita con seguridad.

—¿Eres inventora? —preguntó Connor con evidente buen humor.

—Tendrías que ver su sala de juegos — dijo su madre —. Está llena de cachivaches extraños que ella ha fabricado.

—Mi hermana es muy peculiar — intervino Charlotte, imprimiendo a su voz un tono de suficiencia —. No se preocupa por las cosas que preocupan las jovencitas.

—Yo podría presentarte a alguien con quien te entenderías a la perfección — dijo Connor dirigiéndose a Meredith —. Si tomas el camino de la izquierda y avanzas hacia el ala oeste de la casa, llegarás hasta una sala que he bautizado como sala DaVinci.

Su madre lo miró con los ojos tan abiertos que, si alguien le hubiese dado un golpe en la espalda en ese momento, sin duda, se le habrían salido de las cuencas.

Cuando Meredith entró en la sala DaVinci, lanzó una exclamación espontánea y Emily levantó la vista de su lectura.

—¡Madre mía! —dijo la muchacha sin saber adónde mirar de tantas cosas que merecían su atención —. ¡Ahora entiendo lo de sala DaVinci!

Emily se levantó de la silla y caminó hasta ella con expresión desconcertada y *Newton* la acompañó con paso tranquilo.

—¿Te has perdido?

—Discúlpeme si la he molestado. Soy Meredith Bradley — se presentó mirando de reojo al enorme y poco atractivo perro —. Hemos venido a hacer una visita a los Darwood. ¿Es usted de la familia?

—Soy una… amiga.

—¿Le importa que haya entrado sin llamar? Si la molesto, me iré inmediatamente… Es que Connor me dijo que podía venir a saludarla.

Emily sonrió más abiertamente.

—Por supuesto que no me molestas. Yo soy Emily, por cierto, Emily McLoughlin.

—¿Y él cómo se llama? —preguntó señalando al lobero que permanecía al lado de Emily sin mostrar el menor interés por la visitante.

—*Newton*. Saluda, *Newton*.

El perro dio un paso hacia Meredith y levantó una pata. La joven se la cogió riendo.

—Qué gracioso.

—Le gusta abrazar, y la gente se asustaba porque es enorme — explicó Emily —. Esto es más civilizado.

Meredith siguió riendo un poco más y después acarició la cabeza del lobero con simpatía, mientras él se dejaba querer.

—¿Eres inventora también? — preguntó acercándose a una de las pizarras de la pared, seguida por *Newton* —. No entiendo estos números, pero esos dibujos… ¿Estás fabricando un reloj?

—Lo estaba, hace tiempo que no me dedico a eso.

—¿Por qué? —preguntó lastimera—. Es lo mejor del mundo. Yo ya he creado un tenedor mecánico y una silla de una sola pata.

—¡Vaya! —exclamó admirada.

Meredith siguió recorriendo la sala y llegó hasta un precioso planetario que se sostenía alrededor de una columna invertida.

—¿Y qué haces ahora si ya no inventas nada? — preguntó sin dejar de estudiar el artilugio.

—Estudio, toco el violín…

La joven visitante dejó el planetario y volvió a centrarse en Emily.

—¿El violín?

—Guárdame el secreto, no creo que a la señora Elizabeth le gustase saberlo. De hecho, me lo guardan unos amigos para que no lo sepa nadie más que ellos.

—Me encantaría aprender a tocar el violín.

—Si vives cerca podría…

—¡Frankenstein! —exclamó Meredith, interrumpiéndola, al tiempo que corría hacia el montón de chatarra que se amontonaba en el rincón —. ¿Qué estabas construyendo? ¿Esto son alas?

Newton se alejó de ellas, aburrido y volvió a su mullida alfombra.

—Veo que conoces el libro de Mary Shelley — dijo Emily riendo con el entusiasmo de la joven —. No son alas, son aspas. Y no fue un buen invento, ninguno de ellos lo fue, por eso han acabado aquí.

—Qué pena —dijo visiblemente compungida —. En cuanto a Mary Shelley, lo cierto es que leo todo lo que me apetece, mi madre es partidaria de que lea cuanto más mejor.

—Mi madre tampoco me prohibía ninguna lectura — dijo Emily comprensiva, era evidente por qué ambas compartían una mente inquieta.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —dijo Emily.

—Meredith… —Charlotte atravesó la estancia exagerando su actitud de hermana mayor y se detuvo frente a la joven —. Llevas mucho rato aquí, vas a molestar a la señorita…

—McLoughlin —se adelantó Connor —. Emily McLoughlin. Emily, esta es Charlotte Bradley.

—Es mi hermana —dijo Meredith sonriendo.

—Encantada de conocerla —saludó Emily.

—Igualmente.

Charlotte la miraba sin disimular su curiosidad. Al parecer, las hermanas Bradley no acostumbraban a ocultarse tras estudiadas poses de indiferencia.

—Espero que mi hermana no la haya molestado — dijo Charlotte —. Es muy entrometida, pero también es un amor.

Meredith apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y sonrió con cara adorable.

—Saluda a *Newton* —dijo señalándole al perro que se había parado delante de ella —. Si no lo haces, te abrazará y es enorme.

Charlotte se apresuró a cogerle la pata y sonrió divertida.

—Qué mono.

Después de soltar al perro y que este volviese a su descanso, Charlotte echó un vistazo a la habitación y luego a su hermana.

—Debes pensar que te has muerto y estás en el cielo — dijo riendo.

Meredith también se rio.

—Mi hermana quiere ser inventora, imagino que ya le habrá hablado de sus alas.

—Las ha mencionado, sí —dijo Emily.

—Estoy segura de que, si puede hacerse, ella lo conseguirá — dijo Charlotte apoyándola sin ambages.

—¿A que tengo la mejor hermana del mundo?

—Así es —afirmó Emily—. Ojalá yo hubiese tenido hermanos…

De repente empalideció y evitó mirar a Connor, aunque sentía sus ojos clavados en ella. Por suerte, ninguna de las hermanas Bradley se percató de su turbación, interesadas como estaban en admirar la sala y sus cachivaches.

—Será mejor que no nos entretengamos más — dijo Charlotte —. La señora Darwood nos ha enviado a avisarles de que ya está la cena.

—Oh, claro —dijo Emily sonriendo al ver que la llamaba por su nombre de casada, algo que a Elizabeth le encantaría escuchar —. Es muy tarde.

Connor, que no había dicho una palabra, pero parecía estar disfrutando de lo lindo, se hizo a un lado para que pasaran. Cuando las señoritas Bradley ya estaban en la puerta, Connor seguía esperando y Emily lo miró confusa.

—Yo no…

—Por supuesto que sí, Emily. Tenemos un tema importante que tratar con el señor Bradley y nadie mejor que tú para explicárselo.

Ella lo miró sorprendida y viendo que no podía negarse sin discutir con él delante de aquellas dos encantadoras jóvenes, decidió optar por la solución más fácil y lo siguió sin protestar.

—Me parece una idea excelente — dijo Malcolm Bradley —. Y no solo me haré cargo de los préstamos de esos tres propietarios, sino que, además, pienso invertir en tu empresa, querido Connor. Estoy seguro de que será todo un éxito.

Connor y Emily se miraron entusiasmados. Si no hubiese estado en plena cena y con una mesa entre los dos, quién sabe lo que habría pasado.

—Sigo pensando que no es buena idea — dijo Elizabeth sinceramente preocupada.

—Es cierto que el señor Ashton Norcross no es muy… transigente — apuntó Claudia.

—Norcross se cree que es el rey — dijo su esposo —. Pero no es más que un hombre de negocios. No tendrá más remedio que aceptar lo que han decidido estas buenas gentes. Todo el mundo sabe que las subastas están amañadas y eso no es justo.

—Los mineros estarán muy agradecidos — dijo Emily —. Con esta solución, sus jornales estarán asegurados y quizá las condiciones en las que trabajan también puedan mejorar…

Malcolm Bradley rio a carcajadas.

—Mira, Claudia. Me parece que esta muchachita es de las tuyas, una auténtica luchadora.

Emily miró a la señora Bradley con curiosidad.

—Señorita McLoughlin, ¿ha oído usted hablar de las feministas?

Emily abrió los ojos con entusiasmo y la siguiente media hora se debatió el tema en la mesa con mayor o menor aprobación.

—¿Piensa usted casarse, señorita McLoughlin? — preguntó Meredith en un momento de la discusión.

—Meredith —la conminó su madre con suavidad —. La vida privada de la señorita McLoughlin no es de nuestra incumbencia.

—No me molesta la pregunta — respondió Emily con sencillez —. No creo que me case nunca.

Charlotte frunció el ceño.

—No puede decir algo así —dijo—. ¿Cómo puede saber lo que le deparará el destino?

—Es demasiado guapa para quedarse soltera — dijo Meredith —. Seguro que ya tiene un montón de pretendientes.

Emily se empezó a sentir incómoda, evitaba mirar a Connor y él se mantenía fuera de la conversación, por lo que estaba convencida de que no le gustaba el tema.

—¿Y vive usted con la familia Darwood desde hace mucho, señorita McLoughlin? — preguntó Malcolm, al que no le gustaban demasiado esos temas femeninos.

—Emily ha vivido aquí prácticamente toda su vida — intervino Connor antes de que ella pudiera responder —. Forma parte de la familia desde que era tan solo un bebé.

—Es una chica muy retraída — añadió Elizabeth —. No está acostumbrada a esta clase de reuniones. No sé cómo es que ha aceptado cenar esta noche con nosotros.

Elizabeth disimulaba a duras penas lo poco que le gustaba tenerla allí y los Bradley seguían intentando no demostrar que se daban cuenta, después de varios comentarios.

—Entonces, ¿no eres familia de los Darwood? — preguntó Meredith.

Emily removió la comida en su plato y negó con la cabeza.

—Es una amiga de la familia — dijo Connor saliendo en su ayuda.

—Entonces podrían casarse — dijo Meredith con total simplicidad —. Hacen una pareja excelente y está claro que a usted no le molesta que ella sea inteligente.

Emily perdió un poco de color en las mejillas y Connor miró a Meredith con simpatía.

—No me molesta en absoluto — reconoció con una sonrisa —. De hecho, me encanta, siempre y cuando no se ponga en peligro.

—Ah, ya me ha contado lo del agitador de viento. Es lo que temen mis padres que pase con mis alas, por eso se las ingenian para retrasarme.

Claudia y Charlotte se miraron sorprendidas.

—Os pensáis que no me doy cuenta, pero no soy tonta — dijo Meredith al captar sus miradas.

La cena siguió por derroteros menos personales y cuando terminaron, Malcolm y Connor se disculparon y se retiraron al despacho para concretar algunos detalles sobre el proyecto de la empresa de fundición.

—No he querido mencionarlo delante de las señoras — dijo el señor Bradley con una copa de *brandy* en una mano y un puro en la otra —. ¿De verdad estás preparado para enfrentarte a un hombre de la talla de Ashton Norcross, muchacho?

Connor se sentó frente a él en una butaca, lo bastante lejos como para que no le llegase de lleno el humo de su puro. Detestaba ese olor porque le recordaba a su padre.

—Usted ha dicho…

—Sé lo que he dicho —lo cortó Malcolm —. Conozco a Norcross desde hace muchos años y puedo asegurarte que es un hombre cruel y rencoroso al que no le gusta nada perder. Detesta que lo ridiculicen y se tomará tu iniciativa como un ataque personal. Yo estoy fuera de su alcance, pero tú en cambio…

—No tengo deudas con él, no veo qué podría hacerme.

—Las personas con capacidad para el mal suelen ser muy ingeniosas e inesperadas. Te aseguro que encontrará el modo, como mínimo, de intentarlo. Solo pretendo que lo pienses bien antes de tomar una decisión que podría ser nefasta para tus intereses. Como has dicho, tú no tienes deudas. Las minas te van bien, ¿para qué meterte en líos?

Connor sonrió de pronto.

—Ha hablado con mi madre.

Malcolm pareció dudar un instante si negaba o confesaba. Finalmente asintió sonriendo.

—Al menos he intentado complacerla, aunque me producía dolor de estómago.

—Menos mal —dijo Connor, aliviado.

—No te equivoques, muchacho. Todo lo que te he dicho sobre Ashton Norcross es cierto, es un hombre tremendamente peligroso y no deberías tenerlo como enemigo, pero no soporto que el mal venza por cobardía. Así que cuenta conmigo para ayudarte en todo lo que esté en mi mano.

Bradley levantó su copa a modo de brindis y los dos hombres bebieron para sellar su pacto.

—Te pedí expresamente que no salieses de tu encierro. — Elizabeth la miraba furibunda y retorcía sus manos, presa de un estado de extraordinaria tensión —. Fui muy clara.

Connor regresó después de acompañarlos hasta su coche y se encontró con su que su madre estaba gritándole a Emily.

—Has estropeado una reunión importante por tu empeño en meterte donde no te llaman.

—Yo no tenía intención de participar en…

—Madre —intervino Connor—. Emily no tuvo opción, yo insistí en que viniese.

Elizabeth lo miró irritada.

—Ese empeño tuyo por molestarme — dijo entre dientes —. Sabes que no la soporto.

—Pues tendrá que encontrar el modo de soportarla o regresar a Heaven, porque Emily no va a ir a ninguna parte.

Elizabeth empalideció.

—¿La estás poniendo por delante de tu madre?

—No me obligue a decir algo cruel.

Emily se dirigió a la puerta para salir del salón, no quería ser la causa de una disputa.

—No te vayas, Emily —ordenó Connor sin dejar de mirar a Elizabeth —. Creo que ya es momento de dejar las cosas claras. La herencia de mi padre es mía, no nuestra, madre. Si quiere puede quedarse, la trataré con respeto y permitiré que gaste su asignación como mejor le plazca…

—¿Vas a ponerme una asignación? — preguntó Elizabeth haciéndose la ofendida —. ¿Qué soy yo? ¿Una niña?

—No, es mi madre, aunque le pese. Y por eso me encargaré de que no le falte de nada, tanto si se queda en Newley House, como si se va. Pero quiero que algo le quede claro y espero no tener que volver a repetirlo nunca: No es la señora de esta casa, solo es mi invitada y espero que de hoy en adelante aprenda a comportarse como tal.

Elizabeth parpadeó repetidamente mientras se ponía roja, no estaba claro si era de vergüenza o de rabia.

—¿Cómo te atreves a hablarme así delante de «esta»? — dijo con desprecio.

—Usted me ha obligado con su comportamiento. Pensé que se daría cuenta sin necesidad de verbalizarlo, pero está claro que no es así.

—Después de todos los sacrificios que he hecho por ti…

—¿Sacrificios? ¿A qué sacrificios se refiere? ¿A obligarme a vivir con un hombre cruel e inmisericorde?

Elizabeth empalideció y lanzó una exclamación horrorizada.

—¿Cómo te atreves a hablar así de tu abuelo?

—Veo que no ha hecho falta que le aclarase a quién me refería. ¿Cómo llamaría a un hombre capaz de meter a un niño de seis años en un agujero lleno de ratas para dejarlo allí varios días? ¿A alguien que me ataba las manos a la espalda y me lanzaba al estanque en pleno invierno porque decía que así aprendería lo frágil que era la vida y no jugaría con cosas peligrosas?

—Él solo quería hacer de ti un hombre de provecho.

—¿Por eso me golpeó con su vara cuando dije que mi hermano era lo que más quería en el mundo? Tuve moretones en las piernas durante semanas.

—Temíamos que te convirtieses en un depravado como tu padre. Lo llevabas en la sangre.

Connor torció una sonrisa con desprecio.

—La única depravación estaba en vuestra mente.

—¿Es que no ves que esto es un tema familiar? ¿Qué haces ahí mirándome con esa cara? — escupió Elizabeth mirando a Emily con desagrado.

—Es usted una mujer horrible — dijo sin poder contenerse —. La naturaleza es injusta al permitir que mujeres como usted sean madres.

Se acercó a Connor y se quedó a su lado, frente a Elizabeth.

—Aunque me alegro de que así fuese, ya que de otro modo Connor no existiría. No entiendo cómo pudo ser tan cruel con una criatura indefensa. Y tampoco cómo ha podido convertirse en un hombre tan maravilloso después de todo lo que le hicieron.

—¿Qué sabrás tú? No tienes ni idea de lo que es tener a un ser en tu vientre robándote la vida — dijo con expresión de repugnancia —. Saber que está creciendo dentro de ti, alimentándose de ti… Y luego, cuando tiene que salir… No te imaginas lo que es eso.

—No, no me lo imagino. Pero he visto cómo lo han hecho otras y el amor inmenso que las impulsó a vivirlo con gratitud. — Pensaba en Lucille y se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo —. He visto cómo miraba una madre a su hijo con absoluta devoción y total entrega. Y que estaría dispuesta a dar su vida por él. No tiene usted ninguna justificación para haber torturado a su único hijo. En cuanto a su padre… ¡Oh! Que Dios me perdone, pero espero que reciba su justo castigo en las profundidades del infierno.

—Emily… —conminó Connor, ocultando la emoción que llenaba su corazón por completo.

—Sí, lo sé. Debería callarme — dijo caminando hacia la puerta —. Será mejor que salga de aquí o no podré contener todo lo que aún me queda por decir.

Salió del salón sin esperar respuesta y echó a correr presa de una rabia inhumana. Debería sentir remordimientos por haber sido cruel con Elizabeth, pero en lugar de eso, lo que sentía era impotencia.

Entró en la sala DaVinci, cerró de un portazo y se quedó parada con las manos en la cintura, tratando de calmar su ansiedad. ¿Qué clase de persona era esa mu…?

—¿Crees que soy un niño que necesita que lo defiendan? — La puerta se cerró tras él de un portazo —. ¿Cómo te atreves a hablarle así a mi madre? ¿Te has vuelto loca? ¡Convertirá tu vida en una tortura!

Emily lo miró enfadada.

—¿De verdad vas a recriminármelo?

—No te he contado esas cosas para que me defiendas. Sé defenderme yo solo.

—¡De acuerdo! —exclamó ella levantando las manos en señal de rendición —. Perdóname por preocuparme por ti y no querer que te humillara. Si es lo que te gusta…

Él se acercó a ella en dos zancadas y la sujetó del brazo para que no le diera la espalda.

—¿Crees que es tan sencillo?

—Sencillo no debe ser cuando llevas así toda tu vida.

—Ella también sufrió a manos de mi padre — dijo al fin —. Solo una vez me habló de aquello y toda su vida se arrepentirá de habérmelo contado, pero eso me ayudó a comprenderla un poco mejor.

Emily lo miraba furiosa. ¿De verdad la estaba defendiendo? Connor dejó escapar un largo suspiro y se mordió el labio, reflexivo. Quería encontrar las palabras, pero al parecer, no era tan sencillo.

—Mi abuelo es un hombre de fe, un hombre que habría vivido a gusto en la Edad Media. Le trasmitió a su hija un desprecio absoluto por las emociones humanas, en especial las que relacionan a un hombre con una mujer. Cuando se casó, ella no sabía lo que le esperaba y sufrió los apetitos de mi padre como una posesión demoníaca. Para ella fue como fornicar con el Demonio, ¿lo entiendes?

Emily frunció el ceño, no quería entenderlo, solo quería odiarla.

—Al principio él tuvo paciencia, pero en poco tiempo se cansó y entonces la vida de mi madre se convirtió en un auténtico infierno. ¿Puedes imaginar lo que fue para ella ser obligada a hacer cosas que creía pecado? ¿Cómo no iba a odiar al fruto de esa relación?

Emily entornó los ojos para mirarlo con atención.

—¿Estás justificando que no te amara?

Connor no sabía cómo hablar de aquellas cosas con ella. Sabía que era inocente y que no sabía nada de lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad de su alcoba. Se paseó inquieto sin moverse apenas del sitio, buscando las palabras sin encontrarlas.

—Ella cree que, de algún modo, él me «traspasó» parte de su perversión y maldad.

Emily frunció el ceño.

—¿A un bebé? —Negó—. ¿A su indefenso hijo lo vio como un ser depravado?

—En una mente atormentada, cualquier cosa es posible. Sin amor, un niño se convierte en algo molesto. Se desentendió de mí y me dejó en manos de su padre para que me «enderezara» y

se asegurase de que no sería como mi padre.

Emily negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo disculparla. Sigo pensando que es una mujer despreciable, cruel e injusta. Y la odio.

Connor se prohibió sonreír, no podía darle alas.

—Mientras esté aquí, ¿no podrías intentar caerle bien?

—¿Quieres que deje de respirar? — preguntó con cinismo —. ¿Que me traslade a una de las minas y monte una sala como esta para no tener que salir de allí nunca? Es una idea. Aunque también podríais tapiar la puerta con ladrillos y dejarme aquí dentro encerrada. Técnicamente con eso se cumplirían los deseos de tu padre, yo estaría aquí en la casa, pero sin molestar a tu madre. Si dejas un hueco para pasarme la comida, incluso podré vivir unos cuantos años…

—Tendrías las ventanas —dijo Connor señalándolas —. Podrías salir de noche, mientras ella duerme.

Emily lo miró desconcertada, pero una traidora sonrisa levantó las comisuras de sus labios.

—Sé que lo que te pido es difícil — dijo Connor con aquella dulce mirada que hacía que a Emily le temblasen las piernas —. Pero no necesito más frentes abiertos. A duras penas puedo defender los flancos.

Emily lo pensó unos segundos antes de responder.

—No prometo llevarme bien con ella, pero no volveré a hablarle del modo en que lo he hecho esta noche. La trataré con respeto y educación y cuando esté a punto de sacarme de quicio, saldré de la estancia con calma para no clavarle un abrecartas en el ojo. ¿Te parece suficiente compromiso?

Connor sonrió abiertamente.

—Y ahora, si te parece bien, ¿podríamos dejar de hablar de tu madre, para que me cuentes a qué conclusiones habéis llegado el señor Bradley y tú?

Capítulo 18

Los días que siguieron a la visita de los Bradley, la relación de Emily con Elizabeth no mejoró. La madre de Connor se empeñaba en molestarla siempre que la veía, haciendo algún comentario antipático y desagradable sobre su cabello o su ropa. Cuando eso pasaba, Emily la ignoraba por completo y, en ocasiones; Elizabeth la perseguía, soltando una larga y monótona letanía, enumerando una por una todas sus carencias, desde las económicas hasta las físicas. Emily no dejaba de asombrarse de su fluido y extenso vocabulario. Eran admirables las múltiples formas que tenía aquella mujer de llamarla fea, inútil y estúpida. Todo a la vez y en distinto orden.

En esas circunstancias, fue todo un logro que Elizabeth no acabara con un abrecartas clavado en un ojo. De hecho, Emily valoró la posibilidad de volver a construir el agitador de viento, esta vez con aspas mucho más dañinas que las originales. Finalmente, la joven inventora demostró una poderosa resistencia y mantuvo su promesa y su paz mental en un tenso, pero firme equilibrio.

—¿Vas a salir? —preguntó Elizabeth haciéndose la encontradiza —. Si es así, deberías llevar algo más que ese mísero chal. Va a llover.

Emily la miró con una enorme y complaciente sonrisa.

—Gracias por preocuparte, Elizabeth. Pero no me importa mojarme.

—Si vas a los acantilados, el aire allí es peligroso. Más si estás mojada — dijo tratando de librarse de *Newton,* que cabeceaba contra su mano para que lo acariciara, cosa que de ningún modo pensaba hacer —. Acabarás enfermando y molestando al servicio.

—Pues iré a la mina… —dijo ocultando su risa detrás de una expresión indiferente. *Newton* no cejaba en su empeño y se preguntó si el perro lo hacía a propósito para molestarla. Como ella.

—¿A la mina? ¿Para qué vas a ir tú a la mina? No se te ha perdido nada allí, el único que tiene que ir allí es Connor, que para eso es el dueño de todo esto. Tú no eres más que una…

—Criada —terminó Emily sin dejar de sonreír —. Eres tan amable de recordármelo cada vez que nos vemos. Vamos, *Newton* — lo llamó dirigiéndose a la puerta —. Deberías salir a caminar, Elizabeth, eso te ayudará a no perder la figura.

La madre de Connor abrió los ojos asustada y se dirigió con paso ligero hasta el enorme espejo que Marguerite había colgado de la pared. Una de las pocas cosas que conservaba de la mujer que le robó el marido. Se miró de frente y de perfil, y luego miró hacia la puerta cerrada por la que Emily había salido.

—¿Por qué habrá dicho eso? Mi figura es excelente.

Le gustaba escuchar el rugido del mar agitado y el rumor de los truenos en la distancia. No era muy seguro bajar por las rocas en un día como ese, pero tenía demasiada práctica como para preocuparse.

Caminaba imbuida por sus pensamientos y por eso no se percató de que alguien se acercaba, hasta que escuchó el relincho de un caballo a su espalda.

—Sabía que te encontraría aquí — dijo Connor desmontando sin soltar las riendas.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—Voy a Munro, hoy es la subasta.

Emily asintió, ya lo sabía. Habían hecho las pruebas para valorar la calidad del mineral extraído y, de momento, seguían necesitando a Norcross y a los demás fundidores.

—¿Quieres venir?

—¿Qué? Dijiste…

—Sé lo que dije, pero lo he pensado mejor.

Emily trataba de mantener su enfado, le había insistido un millón de veces para que la dejase ir y él había dicho que no todas y cada una de ellas. Aduciendo que no sería bien recibida.

—Ni siquiera has traído un caballo para mí — protestó molesta.

—Podemos ir los dos en el mío — dijo él sin borrar aquella expresión entre burlona y provocadora.

Connor esperó unos segundos más, pero al ver que no conseguía decidirse, se agarró a la silla y subió al caballo.

—Creí que te gustaría ver cómo es y conocer a los otros propietarios — dijo como si de verdad pensara irse sin ella —. Probablemente hablemos de nuestro proyecto, pero…

—Iré —dijo Emily acercándose al caballo rápidamente —. ¡*Newton*!

El perro ya debía estar en la playa. Connor se llevó varios dedos a la boca y silbó con enorme potencia. Se inclinó hacia delante y cogiéndola por debajo de los brazos, la elevó hasta sentarla delante de él.

—Ahí está *Newton* —dijo él tratando de no pensar en que la tenía entre sus brazos.

Cabalgaron con paso tranquilo y en silencio durante un buen rato. Connor se sentía cómodo teniéndola allí. Le gustaba percibir el olor fresco de sus cabellos, notar la firmeza de su cuerpo… Si pudiera decirle todo lo que sentía, probablemente se asustaría de él y saldría corriendo. Apretó sutilmente su abrazo, como si quisiera trasmitirle un mensaje secreto que no le permitían pronunciar en voz alta.

Emily sintió aquel abrazo y se estremeció. Le gustaba sentirlo ahí, pegado a ella, fuerte y seguro. Cada día era un esfuerzo tratar de no pensar, de no sentir, hasta que se dio cuenta de que no podía resistirse. Su mente era libre y libre seguiría siendo. No quería impedirse pensar o sentir cosas por el mero hecho de que no pudiesen realizarse. Él estaba allí y ella podía sentir el calor que desprendía su cuerpo, el aroma amanerado de su colonia y la firmeza de sus gestos. Nada ni nadie podrían quitarle eso, aunque lo que deseara fuese que la abrazase tan fuerte, que sus huesos crujieran y la besase hasta que sus labios se hincharan pletóricos de vida.

—¿Estará Norcross en la subasta? — preguntó saliendo de sus pensamientos.

—No suele acudir, pero podría pasar cualquier cosa. Algunos de los propietarios en peor situación están planteándose dejar el proyecto.

Emily se giró y lo miró con preocupación.

—¿Por qué? El señor Bradley se va a hacer cargo de las deudas y…

—Tienen miedo.

—¿Miedo? —Siguió mirándolo, esperando una explicación.

Connor bajó la vista, dudoso.

—¿De qué tienen miedo? —insistió Emily —. ¿Creen que puede hacerles algo? ¿El qué? Si nadie tiene deudas con él, no podrá…

—Es otra clase de miedo, Emily. Es mejor que no pienses en esto.

Ahora estaba preocupada. Se colocó mirando hacia el camino y recordó la visita de Edward dos días antes. Connor y él habían discutido, se escuchaban sus gritos desde fuera del despacho.

—¿Por eso discutías con Edward? — preguntó sin girarse y percibió una ligera presión de sus brazos.

—Quería pedirte algo… —musitó él y Emily se tensó —. Me gustaría que dejaras esos paseos durante una temporada.

Ahora sí que tuvo que reaccionar. Se giró a mirarlo y sus ojos la rehuyeron.

—¿Qué ocurre? ¿Por eso has venido a buscarme?

Él bajó la mirada un instante y después volvió a ponerla en el camino.

—Edward cree… Está convencido de que Norcross planea algo contra nosotros.

—¿Te refieres a nosotros dos, a ti y a mí?

—Me refiero a Edward y a mí — dijo mirándola con rapidez —. No sabe nada de ti. Aunque si quiere hacerme daño, tú serías su mejor arma.

Emily sintió que el calor la envolvía y clavó los ojos en sus labios con un anhelo visible. Connor apartó la mirada rápidamente y sintió su boca como una tea encendida.

—¿Crees que quiere hacerte daño? Connor, ¿tan peligroso es?

Él sonrió burlón.

—Todo lo poderoso que le permite ser su enorme patrimonio. Es un hombre cruel y vengativo al que no le gusta nada perder y tiene un estricto código contra sus enemigos.

—Pero ¿qué va a hacer? No tiene nada contra ti, tú también eres poderoso.

Connor amplió su sonrisa.

—¿Yo, poderoso? ¿Por qué piensas eso?

—Eres un Darwood. Newley debería llamarse Darwood — dijo ella convencida.

Connor soltó una carcajada y rio durante unos segundos.

—Me sobrestimas, Emily. Mi familia es pobre si la comparamos con Ashton Norcross. No te preocupes por lo que piensa Edward, siempre ha sido muy tremendista. Estoy seguro de que Norcross tiene otras preocupaciones mucho más importantes que unos insignificantes propietarios de minas de Yorkshire. Y ahora, dejemos la charla, a este paso llegaremos a Munro después de la subasta.

La subasta fue mucho más irritante de lo que Emily había imaginado. No hubo ofertas, ni regateo, ni emoción alguna. Tan solo unos sobres con una cantidad de dinero escrita. Los dueños de las minas debatieron qué oferta era mejor aceptar y después se dispusieron a ahogar su rabia y malhumor en la taberna, como solían hacer siempre tras aquel teatro.

Emily fue objeto de cuchicheos y miradas reprobadoras al entrar en la taberna acompañada de Connor y Edward. Pero como ya se lo esperaba, no permitió que la afectara su crítica no verbal. Se sentó con los demás y aceptó una jarra de cerveza, ante la divertida mirada de Connor.

Edward chocó su jarra con ella a modo de brindis y una vez bebió su primer trago, los hombres asintieron dispuestos a cambiar su opinión sobre ella. Habían oído hablar de la muchacha de Darwood a los mineros, se había encargado de las minas durante varios meses y lo había hecho realmente bien.

—Voy a cerrar la mina —dijo Robbins elevando la voz —. No hay más remedio si no quiero arruinarme del todo.

Hubo un barullo de voces discordantes y en tono elevado.

—No me queda otra, caballeros — añadió el viejo cuando lo dejaron hablar —. Perderé lo poco que me queda y mi familia se quedará en la miseria cuando yo muera. No puedo permitirlo. La vida me ha derrotado, debo reconocerlo y bajar la cabeza. Quizá mi hijo pueda volver a abrirla en el futuro, pero la decisión está tomada.

—¿No puedes esperar unos días más? — intervino Edward —. Bradley…

Robbins sacó un papel del bolsillo y lo dejó sobre la mesa con un violento gesto. Emily leyó el encabezamiento: Requerimiento de pago de deuda.

—Ayer estuve en Harrogate. Bradley hace lo que puede, pero Norcross lo está retrasando con burocracia inútil. Dice que el requerimiento es ineludible en este caso.

Connor miraba el papel con expresión ceñuda.

—¿Y no puede concederle un préstamo? — intervino Emily. Todos la miraron como si creyeran que era muda —. En lugar de intercambiar la deuda entre los dos bancos, el del señor Bradley podría concederle a usted un nuevo préstamo y usted pagaría la deuda con él.

Todos elucubraban tratando de analizar el problema tal y como ella lo había planteado.

—¿Y con qué aval? —preguntó Robbins —. El banco necesita un aval para asegurarse de que voy a pagar. No tengo nada más que poner como aval.

—Podríamos avalarlo nosotros — dijo Connor —. El resto de propietarios. Yo mismo, si los demás no están dispuestos.

Robbins lo miró sorprendido y emocionado al mismo tiempo.

—Yo estoy dispuesto —dijo Edward.

Varios propietarios más se sumaron a la oferta, tan solo un par se mantuvieron a la expectativa.

—Iré a ver a Bradley —musitó Robbins, que aún no asimilaba lo que acababa de ocurrir —. Esa mina la levantó mi padre y le dedicó toda su vida. Yo crecí en sus túneles y me partía el alma tener que desprenderme de ella. Pero mi responsabilidad es para con mi familia y debo protegerlos.

—Podrás protegerlos sin perderla — dijo un hombre bajito y rechoncho, al que todos llamaban Mac.

—Bien —dijo Connor llamando la atención de todos —. Si alguien recibe otro requerimiento o amenaza, que nos lo haga saber a Edward o a mí. Tenemos que estar unidos si queremos conseguir lo que nos hemos propuesto. — Cogió uno de los papeles en los que estaba escrito el precio que habían ofrecido las fundidoras y lo levantó por encima de sus cabezas —. Esto se ha terminado, señores. No volverán a tomarnos el pelo de esta forma. A partir de ahora,

nosotros nos encargaremos de fundir nuestro mineral y no se quedarán con nuestros beneficios para seguir ensanchando sus arcas.

Una palmada seca detrás de ellos hizo que Connor se volviese. Emily vio a un hombre alto, de unos cincuenta años y aspecto aristocrático.

—Que bien habla, señor Darwood — dijo el hombre —. Ha nacido usted para la política. ¿No ha pensado en dedicarse?

—Señor Norcross —dijo Connor poniéndose de pie —. Qué sorpresa.

Ashton Norcross, escuchó Emily en su cabeza. No era como lo había imaginado. Demasiado elegante y atractivo para ser un usurero. Se acercó a ella y le tomó la mano para besársela.

—Una dama entre tanto gañán — dijo mirándola después —. ¿Usted es…?

—Emily McLoughlin —dijo ella con fingida seguridad.

—McLoughlin… McLoughlin… ¿De qué me suena ese nombre? Conocí a un Brian McLoughlin, pero aquel era un pobre diablo al que le gustaba mucho beber. No puede tener nada que ver con una damita tan distinguida como usted.

Emily sonrió con tal dulzura, que sus ojos brillaron como dos estrellas.

—Es usted muy amable, señor Norcross, al recordar con tanto cariño a mi padre.

El hombre no pudo disimular una chispa de enfado en su mirada, pero se rehízo enseguida.

—Es un placer conocerla, señorita McLoughlin. — Se giró hacia los hombres que lo miraban expectantes y sonrió abiertamente —. Espero que estén satisfechos con el precio que hemos puesto.

—¿Satisfechos con la mitad de lo que vale? — preguntó Mac —. Claro, muy satisfechos.

—Les aseguro que tuvimos una gran discusión para decidirnos.

—Estamos convencidos —dijo Connor —. Seguramente hubieran preferido que se lo diéramos gratis.

Norcross puso sus ojos en él con gran parsimonia. No había un ápice de simpatía en aquellos ojos y Emily se estremeció al percibir una clara amenaza en aquella mirada.

—Señor Darwood, es usted un propietario muy… quisquilloso. Es una pena que su padre no supiese inculcarle sus buenas costumbres. — Miró a Emily y después volvió a mirarlo a él —. ¿O sí lo hizo?

Connor empalideció y sus puños se cerraron en un gesto instintivo.

—Creo que ya es hora de volver a casa — dijo Edward poniéndose también de pie con cierto estrépito —. Tenemos mucho que hacer, caballeros.

Norcross sostuvo la mirada de Connor durante unos pocos segundos más y después hizo una ligera inclinación a los presentes.

—Que tengan un buen día, caballeros. Señor Robbins, espero verlo mañana en mi despacho para tratar… ese asunto que usted y yo tenemos entre manos.

Emily estaba furiosa cuando llegaron junto al caballo. Tanto, que le pidió a Connor que caminaran un rato para calmarse.

—Estoy seguro de que Norcross sigue por aquí y nos está viendo ahora mismo — dijo Edward con disimulo —. Es mejor que os marchéis ya.

Emily apretó los labios y respiró con fuerza por la nariz. Cuando Connor le dio la mano para que montara, no se resistió. Los dos hombres se miraron con complicidad y Edward le dio una palmada en el lomo al caballo antes de que Connor lo pusiera al trote.

Los truenos estaban muy cerca y salieron de Munro como si huyeran de la tormenta. Emily estaba tan enfadada, que todo su cuerpo respondía a ese enfado y Connor tenía dificultades para mantenerla quieta en su sitio.

El caballo galopó durante unas cuantas millas bajo la lluvia, hasta reconocer los acantilados de Newley. Connor aminoró la marcha y bajó del caballo.

—¿Qué haces? —preguntó ella de malhumor.

—Baja —ordenó él.

—Pero ¿qué dices? Está lloviendo, vamos a casa.

—Baja —repitió Connor.

Ella obedeció al fin, con irritación y gestos bruscos. Connor la guio hacia el borde del acantilado y juntos contemplaron el paisaje. El cielo estaba cubierto de nubes y los relámpagos se lanzaban contra el mar agitado y violento. Era un espectáculo impresionante y hermoso. Poco a poco, Emily recuperó la calma y en unos pocos minutos su respiración se tranquilizó también.

—Estoy calada hasta los huesos — dijo —. No me mojaba así desde que era una niña.

—Te encantaba correr bajo la lluvia — dijo él cubriéndola con su capa —. Me hacías correr detrás de ti para atraparte y llevarte dentro de la casa.

Ella lo miró sorprendida. Las gotas caían de su pelo, recorrían su rostro y acariciaban sus labios antes de seguir su camino. Connor deseó ser gota de agua en ese momento. Puso una mano en su mejilla y ella apretó aquel contacto con la suya.

—Lo más curioso es que te daban mucho miedo los truenos.

—Todavía me dan miedo —dijo con voz profunda y mirada intensa.

—Cuando había tormenta venías a la biblioteca y te sentabas a mi lado mientras yo leía.

—¿Cuántos años tenías?

Connor calculó antes de responder.

—Nueve o diez.

—Ojalá pudiera recordarlo — dijo ella ocultando la emoción que la embargaba tras una expresión burlona —. Al único Connor que recuerdo de mi infancia era a uno que siempre encontraba el modo de hacerme enfadar. Como cuando te metías con mis trenzas.

—Te hacían parecer una sabelotodo y no es que las necesitaras para eso.

Ella entornó los ojos mirándolo con falso enojo.

—¿Algún día me lo contarás? — preguntó después de unos segundos en los que se libró de toda impostura.

Connor tenía los ojos clavados en aquellos labios suaves y mojados.

—Sé que me estabas protegiendo de algo — siguió ella —. Ahora te veo como realmente eres, Connor Darwood. Y sé que siempre has estado protegiéndome. Hiciste que te odiara y me he pasado la mayor parte de mi vida enrabiada contigo. ¿Por qué? Me preguntaba una y otra vez sin comprenderlo. ¿Por qué hace esto? Yo veía que amabas a Reece y me moría de celos. No entendía por qué a mí no me querías.

La lluvia caía inclemente sobre ellos, pero ninguno de los dos parecía darse cuenta.

—Me decía a mí misma que no me importabas, que no eras nadie para mí, pero esperaba que llegara el verano y me imaginaba que ese año serías distinto. Me hacía la encontradiza contigo y me mostraba orgullosa y altanera para que no vieras la ansiedad que aceleraba mi corazón y

hacía que me temblasen las manos. Y entonces tú me mirabas con esa expresión burlona y arrogante y me decías algo impertinente como… «¡Vaya, Emily! Cada día eres más feúcha».

Connor sonrió con el corazón henchido de amor por ella.

—Si te hubiera dicho que eras la jovencita más hermosa que había visto en todo el año, te habrías dado cuenta de que no veía a muchas jovencitas.

Emily abrió la boca sorprendida y enfadada.

—Serás…

—Me lo hacías pasar muy mal — dijo él —. Siempre tratando de que Reece se enfadara conmigo.

—Eras odioso.

—Y tú adorable.

—Y de repente cambiaste. —Lo escudriñó con la mirada tratando de leer en aquellos azules ojos que parecían no cansarse de mirarla —. Cuando Reece se marchó dejaste de torturarme. Tampoco es que fueses amable conmigo, pero al menos eras correcto y me dejabas en paz.

Connor apartó la mirada y se centró en las olas que rompían contra las rocas. Emily se colocó frente a él, de espaldas al acantilado.

—¿Qué quería que hicieras? — preguntó y al ver que él trataba de escapar a su escrutinio, se movía interceptando su mirada —. Dímelo, Connor. ¿Por qué tu padre quería que te odiara?

—No quería que me odiaras — dijo al fin, sintiéndose acorralado —. Eso le daba igual.

—Entonces… —Se quedó pensativa unos segundos y luego lo miró con los ojos entornados para que el agua no le entrase directamente —. Quería que nos apartaras de la casa. ¿Por qué? ¿Qué pasaba allí que no teníamos que ver…?

De repente el cielo de su mente se despejó, a pesar de que el agua seguía cayendo del cielo, las nubes de su memoria se disiparon de repente.

—¿Era por mi madre? ¿Por lo que le hacía a mi madre? — Se movió de nuevo obligándolo a mirarla —. Dímelo, Connor, ¿te utilizaba para que me alejaras de la casa mientras él… abusaba de ella?

Connor cerró los ojos un instante.

—¿Tú le ayudabas…? —No podía ser cierto, no podía ser cierto…

Emily echó a correr hacia el camino, pero él la alcanzó y la sujetó por la cintura, impidiéndoselo. Pataleó y le golpeó con los puños sin conseguir que él cediese un milímetro.

—Debes darme la oportunidad de…

—¿De qué? —dijo girándose furiosa cuando la soltó —. ¿De excusarte por ser su…? ¿Cómo te llamaste? ¡Bufón!

—Sí, eso era, su bufón —dijo con voz potente —. Fui un bufón desde que nací. Me llevaba con él cuando solo tenía dos años e iba a «visitar» a alguna dama ilustre. Me dejaban en un salón contiguo a sus habitaciones por si llegaba sorpresivamente el marido de alguna de ellas. Al principio no era consciente de nada, era demasiado pequeño. Después ocurrió algo terrible, una desgracia espantosa que me traumatizó. Mi padre me hizo jurar que jamás diría nada y para ello cogió a *Kannuck*, mi perrito y lo sostuvo en alto al borde de ese acantilado — dijo señalando el lugar en el que acababan de estar.

Emily relajó un poco su expresión de rabia y sus pupilas se dilataron, como si su cerebro estuviese más dispuesto a aceptar lo que tenía que decir.

—Cuando mis padres se separaron, pensé que era por mi culpa, por algo que yo había hecho. Y cuando mi abuelo empezó a castigarme, en mi mente tuvo toda la lógica. Era un mal hijo y merecía que me castigaran. — Subió las dos manos a la cabeza y se apartó el pelo mojado de la cara echándolo hacia atrás —. Cuando nació Reece, supe que siempre lo querría más que a mí. Era perfecto y bueno. Me juré a mí mismo que lo odiaría con todo mi corazón, pero…

—Nadie puede odiar a Reece — susurró ella.

Connor negó con la cabeza y se veía tan desolado, que Emily se conmovió.

—¿Por qué aceptaste seguir ocultando lo que hacía cuando creciste? — preguntó.

—Tenía miedo. Miedo de que hiciera daño a Reece, a ti o a cualquiera que me importase. La primera vez que lo vi forzando a tu madre, le grité y juré que iba a contárselo a todo el mundo. Esa misma tarde encontré a mi perro reventado en la playa. Se había caído desde lo alto de un acantilado como ese. — Señaló de nuevo —. Él no me lo dijo, pero yo sabía que había sido mi padre. Esa noche, durante la cena, con Marguerite allí sentada frente a mí, dijo que las personas deben saber que todos sus actos tienen consecuencias y que no siempre las consecuencias son para ellos mismos. Que muchas veces pagan justos por pecadores.

—Por eso… —Emily sintió que el suelo temblaba bajo sus pies —. Por eso… *Rockett*.

Connor asintió y Emily sintió que el odio la arrollaba como una enorme ola y la arrastraba hasta el mismísimo infierno en el que James Darwood debía estar pudriéndose.

—Lo supe antes de escuchar el disparo, pero no me moví de donde estaba. Aunque me hizo pedazos saber que *Rockett* pagaría por mi atrevimiento, no me moví.

Emily recordó el inmenso dolor que había entonces en sus ojos, porque aún seguía ahí.

—Sabía que si salvaba a *Rockett* me condenaba a mí mismo y aguanté el terror, el enorme dolor… Todavía duele, ¿sabes? — gimió —. Sigue doliendo.

Emily no pudo contenerse más y se acercó a él. Le cogió la cara con las manos y besó sus ojos, sus mejillas… Sus labios.

Connor supo que besarla era un error en cuanto lo hizo. La humedad exterior no podía compararse a la que encontró en su boca. La calidez que lo envolvió hizo que sus sentidos despertaran como si de un león dormido se tratase. Sintió los dedos de Emily agarrarse al pelo de su nuca, como si quisiera asegurarse de que no iba a apartarse. ¡Como si eso fuese posible! Necesitaría ser un Dios para contar con la fuerza necesaria para semejante gesto.

La candidez de Emily al entregarse provocó en él un ansia que amenazaba con escapar a su exiguo control. Deslizó su brazo por la espalda de Emily y la atrajo con fuerza contra su cuerpo. Ella no se resistió, su cuerpo se amoldó al de él con tal perfección, que parecían hechos el uno para el otro. Sus bocas seguían dominadas por un deseo salvaje de posesión insatisfecha. La lluvia paró, pero ellos no se percataron siquiera. El calor que desprendían sus cuerpos generaba un vapor húmedo y cálido, que contrastaba con el frío que había a su alrededor.

Connor lo supo, supo que podría tomarla allí mismo. Emily no se resistiría, le abriría su cuerpo como le había abierto su corazón, sin reservas. Por un breve instante se imaginó penetrándola, haciéndola suya y sufrió un momento de paroxismo y excitación sin igual. La apartó con suavidad, muy despacio, como si luchara contra un monstruo enorme y poderoso que se resistía a permitirlo.

—Si vuelves a besarme así — dijo mirándola con ojos muy oscuros —. Te arrancaré la ropa y te tomaré. No vuelvas a hacerlo, Emily, si no quieres que eso ocurra. No soy tan fuerte.

Ella enrojeció hasta tal punto, que sus ojos brillaron como luciérnagas.

—Qué vergüenza… —musitó poniéndose las manos en las mejillas —. Dios mío, qué vergüenza.

—No digas eso —la regañó, severo —. No debes avergonzarte de nada. Me amas igual que te amo yo.

—Eres mi…

—¡No lo digas! —gritó furioso—. ¡No lo digas jamás! ¿Me has oído?

Estaba realmente enfadado, pero Emily no sintió ningún miedo.

—Será mejor que regresemos a casa — dijo ella caminando hacia el caballo —. *Newton* debe haber llegado hace mucho rato y tu madre se estará preguntando qué estamos haciendo.

Capítulo 19

—¡Qué vergüenza! Llegasteis empapados como gallinas y montados sobre el mismo caballo. ¿En qué piensas, hijo? De verdad que no entiendo lo que tienes en esa cabeza tuya.

Elizabeth miraba a su hijo con el mismo desprecio que lo había mirado siempre. El hecho de poder disfrutar de la casa de la que fue despojada no parecía aliviar, en absoluto, los agravios sufridos por parte de su padre. Menos desde que Connor le había dejado claro que aquella no era, ni sería nunca su casa.

Connor respiró hondo y no respondió. Miraba a través de la ventana cómo *Newton* corría detrás de una ardilla, mientras sus sentidos volvían una y otra vez a la boca de Emily, a esos aterciopelados y húmedos labios.

—¿Por qué has tenido que meterte en semejante lío? ¿Qué te importa a ti lo que le pase a ese Robbins? Si pierde la mina será solo por su culpa, que acepte las consecuencias.

Connor bebió un trago de su *whisky* y su calor lo reconfortó.

—Lo que tienes que hacer es disfrutar del dinero de tu padre, vivir de la renta. No tienes que preocuparte por nada ni por nadie. ¿Qué nos importan a nosotros todos esos trabajadores? ¿No has pensado en lo que te dije? Deberíamos vivir en Londres. — Elizabeth sonrió tratando de aparentar una dulzura que estaba lejos de sentir —. Allí podrías encontrar una buena esposa. Una buena muchacha, creyente, sumisa y callada, que haga caso de los consejos de sus mayores…

—No vuelvas a eso, madre…

—¿Vas a dejar que Reece te tome la delantera, como siempre? Va a ser más rico que tú, solo falta que sea padre también antes que tú, siendo seis años más joven. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es lo que hice mal? ¿Por qué no pude tener un buen marido y un buen hijo?

—Es evidente que Dios no escucha sus súplicas — dijo Connor mirándola hastiado —. Quizá deberías dejar de molestarlo.

—¿Cómo puedes hablarme así? ¿Tú sabes todo lo que he sufrido por tu causa? ¡Oh, Connor! Está claro que hay algo en ti que no está bien…

Connor la miró con lástima. Realmente era una mujer desgraciada, no conocía la felicidad y muy pocas veces había disfrutado de la simple alegría.

—Madre, creo que sería bueno que se marchase de esta casa.

Elizabeth empalideció y se llevó la mano al pecho como si le costase respirar. Connor no se dejó manipular por aquella actuación tan estudiada y continuó hablando.

—Puedo buscarle una casa en Londres para que viva allí usted sola. Con servicio, por supuesto, y yo correría con todos sus gastos. No tendría de qué preocuparse.

—¿Quieres librarte de mí?

Connor dejó el vaso en la mesilla y se sentó a su lado.

—Usted no me quiere y odia este lugar, ¿qué sentido tiene torturarse de este modo? Siempre ha querido vivir en Londres, no tiene por qué regresar a Heaven.

El rostro de Elizabeth se relajó. Se imaginó viviendo en la ciudad, con sus eventos culturales, las fiestas y el boato… Conocía a varias personas muy bien relacionadas en la capital. Sin ir más lejos, los Bradley tenían casa en Londres y pasaban largas temporadas allí.

—¿Y qué harás tú aquí solo? — preguntó repentinamente preocupada por el bienestar de su hijo —. Debería quedarme contigo, al menos hasta que encuentres esposa.

Connor levantó una ceja con incredulidad.

—No creo que quiera hacerse vieja esperando, madre — dijo sincero —. No lo piense más, mañana mismo me encargaré de que busquen una casa en Londres.

—Que tenga mucha luz —dijo Elizabeth con ilusión —. ¿Podré decorarla yo misma?

—Por supuesto.

—Me gustaría que esté en una calle céntrica, pero sin demasiado ruido. Con un pequeño jardín en el que poder tomar el té en verano. En cuanto al servicio, no necesitaré mucho. Una cocinera, dos doncellas, una para que me atienda y otra para la casa, y un mayordomo.

Connor frunció el ceño, no pensaba que su madre necesitara tanto servicio. Pero no dijo nada, lo importante era dejar que se ilusionara con la idea.

Elizabeth se dio cuenta de que era la primera vez en muchos años que se sentía alegre y miró a su hijo sorprendida de que fuese él quién le proporcionase esa alegría.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí, que estás dispuesto a hacer un gasto como este solo por conseguirlo?

—Madre, si solo quisiera librarme de usted, como dice, la enviaría de vuelta a Heaven. Sé que usted no siente afecto por mí, pero aunque no lo crea, yo sí lo siento por usted. No quiero que sea desgraciada y sé que aquí lo es, igual que lo era en Heaven con… su padre.

—Tu abuelo —añadió ella.

—Para mí ese hombre no será nunca nada mío — dijo poniéndose serio —. A diferencia de usted, él me torturó a conciencia, sabiendo lo que hacía. Es un hombre malvado y perverso, y si algún día tengo hijos, jamás permitiré que se acerque a ellos.

Elizabeth se retorció las manos, nerviosa.

—No hables así, hijo. No parece que hables tú sino… — No se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿El demonio, madre? ¿Cree de verdad que padre tenía el demonio dentro? Padre era un hombre egoísta, dominado por sus instintos más básicos y, a veces, cruel. Pero le aseguro que no era el demonio el que hacía todas esas cosas, era él mismo.

—Lo siento, Connor. Ya sé que tú no elegiste ser hijo de tu padre, en cambio yo sí decidí ser su esposa. Dios me ha castigado por ello y creo que he pagado mi culpa con creces. Pero aun no siendo el culpable, no puedes deshacerte de tu estigma, es tu destino ser como tu padre.

—¡No soy como él! —gritó furioso.

—Eres apasionado y visceral como él. Tienes sus mismos instintos, Connor. ¿Acaso no te das cuenta? He visto cómo miras a Emily. Si no fuera tu hermana, ya la habrías violentado.

Connor empalideció y dejó de respirar.

—Eso no es cierto —dijo con voz ronca —. Antes me arrancaría…

—No, hijo. Yo he visto esa mirada, la conozco bien, tu padre me miraba así cuando… — Movió la cabeza tratando de borrar aquellos amargos recuerdos.

—Es una bendición para esa muchacha que James sea su padre. Una bendición.

Los últimos vestigios de luz diurna se apagaron silenciosos en el cielo y dejaron envueltos en sombra los árboles que Connor contemplaba en soledad. El viento era cada día más frío y soplaba con fuerza desde el oeste, agitando las copas de aquellos oscuros árboles.

Le gustaba salir a pasear de noche, era una costumbre que tenía desde niño y que llevaba a cabo siempre que visitaba Newley House. En aquella época paseaba su amargura y el dolor que anegaba su corazón. Ahora, siendo un hombre, esos paseos le servían para recapacitar y meditar sobre los asuntos que ocupaban su mente.

Le habría gustado que Reece estuviese allí para aconsejarle. No era que su hermano supiese mucho sobre la mina. Nunca le había interesado y no lo culpaba por ello. Sabiendo que nada de aquello sería suyo, ¿por qué iba a interesarle?

Le vino a la mente el año que pasó atemorizado en Heaven, pensando que su hermano lo mataría mientras dormía o lo empujaría desde lo alto de un acantilado diciendo que había sido un accidente cuando estuviese en Newley. Su abuelo se había pasado todo el invierno advirtiéndole del peligro que corría a su lado y de las muchas formas que tenía el demonio de tentar a las almas sucias.

Pero cuando llegaba el verano y viajaba a Newley, Connor se encontraba con un niño que, por algún extraño motivo, lo admiraba y lo quería como nadie. Era tal la confianza y ternura con la que Reece lo trataba, que todos sus fantasmas desaparecían como por ensalmo en cuanto pasaba dos días a su lado. Si había alguien en el mundo cuya alma fuese limpia, ese era Reece.

Por más que pensaba en una solución, no conseguía hallarla. Esperaba que Imogen reflexionase sobre el daño que le estaba haciendo a su hija, pero las semanas pasaban y seguía tras aquel mutismo que la estaba consumiendo. Era evidente que sufría, sufría lo indecible y él sabía por qué, aunque Emily no lo creyera.

«Es una bendición para esa muchacha que James sea su padre». «Yo he visto esa mirada, la conozco bien, tu padre me miraba así…».

Connor se detuvo en mitad del camino al recordar las palabras de su madre esa misma tarde. ¿Y si Imogen pensaba lo mismo? Eso explicaría la mentira. Su padre no dijo en ningún momento que Emily fuese hija suya, tampoco lo puso en el testamento ni en ningún documento con su firma. Dejó que fuese Imogen la que cargara con ese peso. Pero ¿cómo la convenció de que él era un peligro? Emily y Reece se querían, y él había jurado que volvería a buscarla. Si Imogen no hubiese mentido… Entornó los ojos mirando hacia la negrura, como si estuviese viendo frente a él el entramado que su padre había construido.

—¿Con qué la amenazaste?

Las piezas del puzle se fueron moviendo despacio. Caminó en círculos, la luz de la luna llena le permitía trazar un camino imaginario que seguía concentrado en sus pensamientos.

—Le advertiste de que ibas a poner una cláusula. Le dijiste que Emily tendría que quedarse aquí o yo no podría tomar posesión de la herencia. Ella te diría que no le importaba, que convencería a Emily de marcharse, pero tú te reirías y le dirías que Emily nunca dejaría a todas esas familias sin sustento. Ella te pidió entonces que no lo hicieses, que no podías dejar a su hija a mi… alcance.

Se detuvo con el corazón latiéndole desbocado. ¿Cómo podían ser todos tan injustos? ¿Qué había hecho él para que pensaran que se parecía a su padre? ¿Que sería capaz de hacerle daño a Emily? Imogen había visto su expresión horrorizada cuando vio lo que su padre le hacía, ¿cómo podía creer que…?

Se sacudió aquella angustia, ahora lo que pensaran de él era irrelevante, lo único que debía preocuparle es cómo hacer que Imogen dijese la verdad.

Emily miraba a Edward sentado al otro lado de su escritorio.

—¿Estás preocupado por Connor?

—No se toma en serio la amenaza de Norcross y te aseguro que es para tomársela muy en serio.

—¿Por qué va a hacerle nada a él? Esto es una cooperativa.

—Emily…

—¿Qué?

—Los dos sabemos que, si no fuese por Connor, este proyecto no saldría adelante. Ninguno de esos mineros tiene la menor iniciativa.

—Pero tú…

—¿Yo? Mi segundo nombre es «*Nomemetoenproblemas*».

—¿Y qué va a hacerle Norcross? No tiene deudas y no hay relación entre ellos.

—Hay muchas formas de vengarse de alguien.

—Ya. —Asintió Emily al recordar lo que le dijo Connor —. Hacer daño a los suyos.

—Su madre se marcha a Londres en dos días — dijo Edward —. Una menos de la que preocuparse.

—Aún no cantemos victoria — musitó ella.

Edward soltó una carcajada.

—Está claro que Elizabeth no es santo de tu devoción.

—¿De la tuya sí?

—Puedes apostar que no.

—Vale, sigamos pensando —dijo Emily —. ¿Qué crees que Ashton Norcross puede hacer para vengarse?

—Está claro que, como mínimo, esperará a que las cosas nos vayan mal para asestarnos una puñalada, pero no creo que se conforme con eso. Tenemos que convencer a Connor de que tenga cuidado.

—¿Dónde está Connor? —preguntó Emily.

Imogen lo miraba impasible, su rostro demacrado hacía juego con la extrema delgadez de su cuerpo. Sirvió el té también para ella y después de dejar la tetera con mano temblorosa, cogió su taza y se la llevó a los labios.

Connor la observaba con atención, evaluando las posibilidades que tenía de romper aquella gruesa cota de malla que se había puesto encima del vestido.

—Sé que has mentido —dijo sin más.

Imogen enderezó la espalda, pero no movió el gesto. Siguió mirándolo con el rostro impasible.

—Y también creo saber por qué.

Ahora sí que hubo un cambio, fue algo sutil, un nervio hizo temblar uno de sus ojos. Connor bebió sin dejar de mirarla por encima de su taza. Después la dejó sobre la mesa sin prisa, tomándose su tiempo, manteniendo su atención.

—Mi padre te obligó. Había decidido poner una cláusula en su testamento para impedir que Emily se marchara de esta casa. Creía, porque yo así se lo dije, que yo me desharía de todo y me iría de aquí. — Sus ojos azules se oscurecieron como una noche sin luna —. Tú crees que soy como él, ¿verdad, Imogen? Pero te equivocas. Amo a tu hija, la amo con todo mi…

—Es tu hermana —dijo rotunda y rápidamente —. No digas esas cosas.

—Eso es falso.

—Es tu hermana —insistió. Todo su cuerpo se había endurecido como el tronco de un árbol y lo miraba con tal fiereza, que confirmó todas sus sospechas.

—Nunca le haría daño —dijo él con suavidad —. La amo.

—Es tu hermana.

—¡Basta! —gritó enfadado.

—No dejaré que la toques. Te mataré si le pones una mano encima.

Connor la miró sorprendido. Nunca había visto aquel odio en sus ojos y no lo entendía.

—¿Qué es lo que he hecho, Imogen, para que me odies así? No soy como mi padre…

—Todos sois iguales, tomáis lo que queréis sin importaros lo que nosotras sintamos.

—Eso no es cierto, yo no…

—Tú igual que tu padre. —Lo miraba con ojos desquiciados y se retorcía las huesudas manos como si quisiera desencajarse los dedos —. Viste lo que me hacía. ¡Lo viste!

Connor empalideció. ¿Era por eso? ¿Lo odiaba porque no la defendió?

—Podrías haberme ayudado, haber…

—¿Crees que no lo intenté? ¡Se lo conté a Marguerite! — Decirlo en voz alta le hizo más daño del que esperaba —. Le dije lo que mi padre te hacía, pero no hizo nada. Yo solo era un niño pequeño, no sabía qué tenía que hacer, Imogen. Pero cuando volví a verlo años después, entonces sí hice y por eso mi padre mató a *Rockett*.

Imogen miró hacia la ventana, tratando de ocultarle sus lágrimas. Lo sabía, sabía que Marguerite estaba al corriente, pero le dolió escuchar la confirmación de labios de Connor. Volvió a mirarlo y, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas, seguían teniendo la misma firmeza.

—Seguiré diciendo que es tu hermana, Connor. No hay nada que puedas hacer o decir que me haga cambiar de opinión. Ella no es para ti. Nunca será tuya.

Una ráfaga de viento helado sacudió sus huesos y miró a su alrededor buscando a la muerte, pero no vio nada. Connor la miraba con fijeza. Imogen vio cómo la desesperación iba anegando su espíritu hasta ennegrecerlo.

—Tu padre te engendró y no hubo amor en aquel acto — dijo el ama de llaves con crueldad —. Pregúntale a tu madre, pregúntale. Eso que le hizo a ella, me lo hizo a mí durante años. Disfrutaba haciéndonos daño. ¿Cómo no vas a ser como él? ¿Puede acaso la semilla del manzano convertirse en un peral? Yo te contestaré: no, no puede. Un día, no muy lejano, lo harás. Tomarás a una mujer a la fuerza, la verás sufrir y sentirás la misma plenitud que él sentía. Y ya no podrás parar.

Connor tenía los ojos brillantes por las lágrimas y una profunda rabia se fue haciendo sitio, rodeando su corazón.

—Emily me ama y la estás condenando a una vida de soledad.

—Prefiero que esté sola, que contigo.

Entornó los ojos para mirarla con atención.

—¿Por qué viniste a esta casa, Imogen? ¿Por qué te metiste en la boca del lobo tú sola? ¿No será que eras tú la que quería lo que no era suyo? Mi padre era un hombre casado y aun así aceptaste ser el ama de cría de su primer hijo. Aceptaste ser su ramera…

—¡Yo lo amaba! —lo interrumpió con ojos desquiciados —. ¡Lo amaba de verdad! Pero él solo me veía como un objeto.

—¿Y cómo podías amar a un hombre que solo disfrutaba haciéndote daño?

—Porque entonces no lo sabía — dijo orgullosa —. Siempre había sido amable conmigo, me había tratado con respeto y ternura. Yo era muy joven y solo conocía la rudeza de mi marido. Imaginaba que él sería delicado y tierno en la cama…

—¿Imaginabas?

Imogen sonrió perversa.

—¿Crees que no sé lo que intentas? Quieres que me delate. No hace falta que emplees subterfugios. Emily no es tu hermana, pero juraré lo contrario ante La Biblia un millón de veces, si así evito que le pongas una mano encima. Déjala en paz, Connor, ella no es para ti.

Él se puso de pie muy despacio sin dejar de mirarla. No había rencor en sus ojos, tan solo tristeza. Una profunda y desoladora tristeza.

—Me han maltratado y despreciado toda mi vida. Mi madre, mi padre, mi abuelo… Solo Reece y Emily me han querido.

—Emily te detestaba.

—Emily no me conocía, solo veía lo que yo quería mostrarle. Mi padre me obligó a hacer eso también. No voy a contarte el suplicio en el que viví porque tú sí lo sabes. Yo vi lo que te hizo, es cierto, pero tú también viste lo que me hizo a mí. — Imogen apartó la mirada —. Yo era un niño inocente y torturado, y tú una mujer adulta que no movió un dedo para ayudarme. Aun así, por alguna extraña razón, no te odio, Imogen. Ni siquiera ahora que no dudas en destrozarme la vida por una absurda certeza que se apoya en… nada. No te odio porque gracias a ti, Emily existe y es lo más maravilloso que hay en este mundo. La amo profundamente y solo deseo hacerla mi esposa para cuidarla, protegerla y envejecer a su lado. Y, aunque resulte imposible de creer, ella también me ama. Me ama, Imogen, y tú la estás privando de ser feliz por tus estúpidos

e injustos miedos. Espero que el día que Emily se dé cuenta de lo que le has hecho, pueda perdonarte. Porque yo no podré.

Salió del salón sin darle opción a responder, aunque Imogen no habría podido hacerlo, se había quedado sin palabras.

Connor la observó durante varios minutos, sin que Emily se percatase de su presencia. Se apoyaba en el marco de la puerta abierta, con una pierna cruzada frente a la otra y expresión reflexiva. Se fijó en los finos rizos que se habían escapado de su peinado y caían sobre el papel en el que escribía concentrada. Debería regañarla por inclinarse tanto sobre el papel, acabaría doliéndole el cuello. Se imaginó a sí mismo poniéndole las manos en el cuello y acariciando la suave curva de su nuca con delicadeza.

Cruzó los brazos y sonrío. Le gustaría poder pasar un día dentro de su mente, ver cómo esa cabecita elucubraba complejos pensamientos y alocados artilugios. Su ansia por aprender lo abrumaba y admiraba. Le encantaba que le preguntase cualquier cosa y que escuchase su respuesta con absoluta atención. Lo hacía sentir poderoso. Nunca nadie lo había mirado como ella y eso le partía el alma. Nada debería interponerse entre dos personas que se aman de verdad. Era un sacrilegio, pero como siempre pasaba con él, Dios debía estar muy ocupado para acudir a ayudarlo.

Emily lanzó un largo suspiro y dejó el lápiz para estirar los brazos, indolente. Su cuerpo se arqueó hacia atrás y sus senos asomaron turgentes por encima de su escote. Connor sintió que sus sentidos más primitivos despertaban, atentos a su llamada, y entonces ella lo miró y sonrió.

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Unos minutos.

—¿Minutos? ¿Me espiabas? —dijo poniéndose de pie con expresión falsamente enfadada.

Connor levantó una ceja y entró en la sala.

—¿Dónde está *Newton*? — Emily miraba detrás de él, esperando ver aparecer al lobero.

—*Newton* hace rato que duerme — explicó —. Que es lo que deberías estar haciendo tú. Es muy tarde, todos se han ido a la cama hace rato.

—¿Dónde estabas? He querido hablar contigo desde que Edward se fue esta tarde.

—¿Edward ha estado aquí? No sabía que vendría. He estado cabalgando toda la tarde, necesitaba aclarar mis ideas.

Emily frunció el ceño.

—¿Estás preocupado por Norcross?

Connor decidió que esa era un buen pretexto y asintió.

—Ya me ha dicho Edward que seguro que está tramando algo para vengarse de ti.

Connor torció una sonrisa.

—Que venga, aquí lo espero.

—No seas fanfarrón.

—¿Fanfarrón? ¿Crees que le tengo miedo?

—No sé si tú le tienes miedo, pero desde luego yo sí.

Connor sintió esa calidez que lo envolvía siempre que ella hacía eso. No estaba nada acostumbrado a que se preocupasen por él.

—Tranquila, me cuidaré mucho de no caer en sus redes. Probablemente esté al acecho durante un tiempo y si se me ocurriera pedir un préstamo en cualquier banco, él intentaría hacerse con mi deuda para apretarme las tuercas. Pero no soy ningún estúpido, no caeré en su trampa.

—¿Y si intenta otra cosa?

—¿Otra cosa como qué?

—No sé… Edward dice que tiene influencias, que conoce a gente en la Cámara de los Comunes. ¿No podrían perjudicarte de algún modo?

—Edward es un exagerado. Su tío es miembro de la cámara, de ahí a decir que tiene influencia…

A Emily sí le parecía un dato destacable. Miró a Connor, que se había acercado a su escritorio y revisaba los cálculos en los que había estado trabajando.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Estoy intentando averiguar algo — dijo con ambigüedad.

—¿Es un secreto? —preguntó divertido.

—No quiero que te burles —dijo acercándose a él para poder enseñarle los dibujos que había estado haciendo —. El otro día te pregunté algo sobre tu caballo…

Connor la miró con expresión reflexiva.

—La conversación en la que te preguntabas si un caballo al galope era capaz de mantenerse en el aire con las cuatro patas.

Emily asintió, contenta de que se acordase. Desplegó los dibujos en la mesa. En ellos se veía a un caballo en diferentes momentos del galope.

—He pensado en un modo de comprobarlo. Si fuese capaz de captar con imágenes reales esto que he dibujado y luego pudiese proyectarlas de algún modo en sucesión continua…

Connor fruncía el ceño mientras visualizaba lo que le decía.

—¿Y cómo fotografiarías a un caballo en esas distintas posiciones? Es imposible.

—No, si tuviera suficientes cámaras.

—¿Suficientes?

—He calculado la velocidad a la que corre tu caballo, la distancia que recorre por segundo y el tiempo que tarda el obturador de la cámara. — Se giró hacia él, convencida —. Con quince cámaras creo que serviría.

Connor no pudo evitar la sonrisa.

—¿Quince cámaras? ¿Y cómo harás para dispararlas en el momento preciso?

—Esos son los cálculos en los que trabajo ahora mismo — dijo muy seria —. ¿Tú me ayudarás a conseguir quince cámaras?

Connor se rio divertido.

—Te ayudaría a llegar a la luna si me dijeses que es posible.

—Aún no lo es, pero te tomo la palabra…

Connor siguió riendo. Emily lo miró muy seria.

—¿Qué ideas necesitabas aclarar?

—Ya te lo he dicho, Norcross…

—No, eso lo he dicho yo. Tú te has limitado a asentir. — Entornó los ojos para escudriñar los suyos —. Estás… extraño.

—Estoy cansado, es muy tarde — dijo apartándose de ella.

Emily siguió mirándolo inquisitiva, interpretando su lenguaje corporal. Estaba tenso y había evitado rozarla siquiera. Algo lo atormentaba.

—Creía que confiabas en mí.

Él masculló algo entre dientes y se alejó aún más, fingiendo interesarse por uno de los cálculos de la pizarra. Emily escuchaba un rumor sordo que hacía vibrar su pecho. Caminó hasta él y lo agarró del brazo, obligándolo a mirarla.

—Nunca me mientas —dijo rotunda —. Nunca.

Él la miró a los ojos y su expresión era de súplica.

—Entonces no me preguntes.

—¿Por qué has tenido que salir a cabalgar?

—Emily, por favor.

Su aspecto habría conmovido a cualquiera, pero Emily no era cualquiera, no permitiría que la dejase fuera de algo que era más que evidente que era cosa suya. Connor se dio la vuelta dispuesto a salir de la sala sin responder, pero ella corrió más que él y se interpuso en la puerta.

—Quítate, Emily —dijo con ojos fríos.

—No saldrás de aquí hasta que me lo cuentes.

—Soy mucho más fuerte que tú, no me hagas apartarte.

Emily bajó los brazos con los que se había anclado al marco de la puerta y lo miró muy seria.

—Si haces esto, me estarás dando permiso para hacerte lo mismo.

Aquello le dolió más que una puñalada. No podía permitir que dejase de confiar en él. A saber cuántos peligros la acecharían entonces.

—He estado hablando con tu madre.

El rostro de Emily se contrajo en una mueca desconcertante.

—¿Con mi madre?

Connor asintió.

—¿Y por qué no podías decírmelo?

Él no respondió y dejó que ella sola averiguara la respuesta.

—¿Le has preguntado…? —Emily trataba de juntar las pocas piezas que él le daba. Eran demasiado pequeñas y no encajaban bien.

—No va a ceder.

—Te lo dije, no hay nada que podamos…

—Pero me reconoció la verdad a mí.

—¿La verdad? ¿Qué verdad?

—Que no eres hija de mi padre.

Emily se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de alegría y empezó a dar pequeños saltitos visiblemente emocionada. A Connor le tembló el corazón.

—No eres mi hermana, pero tu madre jurará sobre La Biblia que sí lo eres, ante cualquiera que le pregunte.

Emily se detuvo en seco y su alegría se esfumó como por ensalmo.

—¿Por qué haría eso? —musitó al borde de las lágrimas.

Connor respiró hondo para calmar el dolor que le oprimía el pecho.

—Para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De mí.

Emily tenía una expresión de infantil y adorable confusión, mientras sus ojos cargados de lágrimas brillaban a la luz de las velas.

—¿De ti?

Connor asintió. El dolor que veía en sus ojos lo dejaba sin aliento.

—Hablaré con ella. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas —. No puede hacerme esto. Tiene que entender…

—Cree que soy igual que él — dijo con dureza —. Cree que te haré lo mismo que hacía mi padre. Que te haré daño, que…

No pudo seguir hablando, se apartó de ella y apretó los puños mientras todo su cuerpo se contraía con fuerza. No quería derrumbarse, no delante de Emily.

Ella vio cómo temblaba y lo abrazó por la espalda, enlazando sus manos para que no se separara. Sintió los sollozos contra su mejilla y lloró con él. No había ni un ápice de su ser que no lo amara. Ahora lo sabía con total seguridad.

Pensó en su madre, en su deterioro físico evidente desde la lectura del testamento. Ahora lo entendía todo, la culpa la estaba consumiendo. Cuánto debió sufrir todos aquellos años para ser capaz de destruir a su propia hija, creyendo que la protegía. Hablaría con ella y le haría entender… Tendría que entenderlo porque si no la condenaría.

Los sollozos se calmaron y Connor recuperó la compostura. Aún tardó unos minutos en volverse, quería estar seguro de haberse recuperado.

—Lo siento —musitó con timidez infantil —. Nunca me había pasado.

Emily le acarició la mejilla con ternura.

—Ve a descansar —le dijo con mirada intensa —. Mañana hablaré con mi madre y te juro que todo se solucionará.

Connor sabía que no serviría de nada, pero también sabía que era mejor que se marchase de allí. Su corazón y su cuerpo luchaban contra su deseo y no era seguro para Emily estar con él en ese momento.

—Buenas noches, Emily.

—Buenas noches, amor mío —dijo ella.

Capítulo 20

Emily entró en el cuarto con el candelabro en la mano. Hacía ya una hora que se habían despedido y Connor estaba sobre la cama, vestido y con la vista en el techo. Cuando la oyó entrar, se sentó sobresaltado y la miró sin comprender qué hacía allí. Emily dejó el candelabro sobre un mueble, deshizo el lazo de la bata que se había puesto y la dejó caer al suelo. Connor se quedó sin habla al verla avanzar hacia él, desnuda como una diosa. Emily lo empujó para que volviera a tumbarse y se sentó a horcajadas sobre él.

—No… —musitó él como un condenado a muerte que suplica clemencia.

Emily no dijo nada. No sabía qué debía hacer ni cómo hacerlo, pero sí sabía cómo provocarlo a él.

—Dijiste que si volvía a besarte me arrancarías la ropa y me tomarías — dijo con voz ronca.

Cubrió su boca con un profundo e intenso beso. Connor gruñó contra sus labios como un animal herido, pero Emily no se compadeció de él y siguió saboreándolo con apetito voraz.

—Para, Emily —suplicó apartándola. Pero al hacerlo, sus manos tocaron sus pechos.

Emily sonrió al ver su turbación y puso sus manos encima de las de él para que no pudiera quitarlas.

—Esta noche voy a ser tuya, Connor. Y nada ni nadie podrá impedírmelo.

Sintió la protuberancia que crecía entre sus piernas y eso le indicó que estaba haciendo lo correcto. Se inclinó y volvió a besarlo, segura de que en ese terreno él estaba indefenso. Su lengua era contundente en sus caricias y él sentía que su cuerpo estallaría en llamas si continuaba.

—Emily —dijo volviendo a apartarla. Pero esta vez la obligó a tumbarse mientras sujetaba sus brazos contra las almohadas —. No sabes lo que haces.

—Lo sé —afirmó ella con una estremecedora mirada de deseo —. Te amo, Connor. Y quiero ser tuya. Solo tuya. No me importa lo que ocurra mañana, tan solo quiero sentirte dentro de mí.

Connor cerró los ojos un instante y buscó en su cabeza algún lugar al que escapar. Pero Emily no se iba a dejar vencer fácilmente y tocó aquello que tanta inquietud le producía. Connor dio un salto y bajó de la cama, necesitaba poner distancia entre ellos.

—¿No me deseas? —dijo Emily apoyándose sobre las manos en una postura que hubiera electrizado a un santo.

—¡Dios! —exclamó él llevándose la mano al pelo mientras la otra descansaba en su cintura. Daba vueltas de un lado a otro como si no encontrase el camino correcto.

—Creía que me amabas.

Emily se levantó de la cama y caminó hasta el lugar en el que había dejado caer la bata. Connor la miraba con un latido constante en la entrepierna y un dolor lacerante en el pecho. Nunca en toda su vida había deseado nada tanto, como la deseaba a ella.

Emily se puso la bata y las lágrimas rodaron por sus mejillas, imparables y amargas. Connor la agarró del brazo y tiró de ella hasta que chocó con su pecho. La abrazó temblando, notaba sus suaves contornos bajo la bata. La tenía allí mismo, en su habitación. Nadie lo sabría nunca. Podía ser suya.

—Te amo tanto, Emily —susurró contra su pelo —. Ahora mismo podrías clavarme un puñal en el corazón y no me dolería tanto como dejarte ir.

Ella levantó la cara y lo miró con una firmeza asombrosa.

—No necesito que me protejas, necesito que me ames.

—Si te tomo, tu madre tendría razón, Emily. No puedes pedirme eso. Si algún día eres mía, será con todo el derecho. No soy un ladrón, soy el hombre que te ama y te respeta por encima de todo.

—¿Incluso por encima de mí? — preguntó muy seria. Sus lágrimas se habían secado.

Connor suspiró, consciente de que no podía hacer que lo entendiera.

Abrió la puerta y miró hacia un lado y otro del pasillo, la acompañó hasta su cuarto y regresó sobre sus pasos. Cuando entró y su mirada se encontró con la cama, las imágenes de lo que acababa de ocurrir se materializaron ante él. Miró sus manos, que hacía un momento acariciaban aquella suave y aterciopelada piel. Se lanzó contra el colchón y pegó la boca a las sábanas para amortiguar el gruñido que escapó de su garganta. Aquella iba a ser la noche más larga de su vida.

Emily se levantó muy temprano. Pero en lugar de dirigirse al comedor, atravesó el corredor y se detuvo frente a la habitación de su madre. Respiró hondo antes de llamar a la puerta.

—Adelante —dijo Imogen, que se giró a mirar quién entraba. Siguió haciendo la cama —. Qué temprano te has levantado, hija. A esta hora todos…

—Mamá —la interrumpió Emily—. Mírame.

Imogen lo supo. Dejó lo que estaba haciendo y se incorporó enfrentando a su hija.

—Te lo preguntaré solo una vez y de tu respuesta dependerá que yo deje de ser tu hija o que sigas siendo mi madre.

Imogen empalideció, aunque su mirada desafiante y segura demostraba a las claras sus intenciones.

—Sé que Connor no es mi hermano. También sé que fue a verte ayer para pedirte que dejaras de mentir. Amo a Connor, mamá. Y él me ama a mí. Pensamos casarnos…

—No podéis hacerlo —dijo rotunda —. Sois hermanos.

Emily sintió que el mundo se abría a sus pies. Lo último que hubiera deseado es que su madre dijese aquellas palabras.

—Has tomado tu decisión —dijo dándose la vuelta para salir, pero antes de hacerlo se giró a mirarla —. Anoche fui a su dormitorio y yací con él. Hice que me tomara y ahora soy suya. Si

temías que me convirtiese en una ramera, tus miedos me han convertido en una ramera incestuosa.

Emily salió de la habitación y una vez fuera, se dobló sobre sí misma tratando de contener el dolor y las náuseas. Jamás hubiese creído que su madre fuese capaz de hacerle tanto daño. Ni en un millón de años habría podido imaginarlo.

Respiró hondo varias veces, conteniendo los gemidos que se empeñaban en salir de su garganta. Estiró su vestido en un gesto mecánico y encaminó sus pasos al ala oeste.

Connor bajó las escaleras para dirigirse al comedor, pero Ritson lo esperaba en el último escalón con cara seria.

—Hay un señor esperándole que insiste en que es urgente que lo vea cuanto antes. Lo he hecho pasar al salón Du… Corintio, discúlpeme.

Al servicio aún le costaba acordarse de los nuevos nombres que había instaurado la madre de Connor.

Connor frunció el ceño, molesto. Quería ver a Emily cuanto antes.

—¿No le ha dicho de qué se trata?

—No, señor. Dice que debe hablarlo con usted.

—Está bien —aceptó Connor cambiando de dirección —. Ah, Ritson, mi madre ya no vive aquí, pueden volver a utilizar los nombres de siempre.

El mayordomo lo miró aliviado, era demasiado mayor como para que le gustasen los cambios.

Entró en el salón con paso ligero y expresión seria.

—Buenos días —dijo acercándose al desconocido.

—Buenos días.

Connor entornó los ojos ligeramente al verlo. Iba bien vestido y por su aspecto diría que iba de Londres, pero no era eso lo que había activado la alerta. Ya lo había visto antes.

—Mi nombre es Ernest Cunningham, señor Darwood. Tenemos un amigo en común.

Connor frunció el ceño.

—El señor Norcross. Ashton Norcross.

Connor levantó una ceja y lo miró con ironía.

—No creo que el señor Norcross me considere un amigo.

—A juzgar por lo que vengo a decirle, yo aseguraría que sí.

Connor le ofreció asiento y él lo hizo después.

—Adelante. —Lo animó.

—Verá, al parecer ha llegado a oídos del señor Norcross la inminente creación de una nueva empresa fundidora, aquí en Yorkshire. El señor Norcross es de la opinión de que hay suficientes empresas de dicho sector y que una más no haría más que agravar las serias carencias que ya pesan sobre las que ahora mismo están en funcionamiento.

Los labios de Connor sonrieron mientras sus ojos permanecían fríos como el acero.

—El señor Norcross le trasmite sus disculpas por la mala valoración que ha recibido su producto en los últimos años y me pide que le trasmita su deseo de que, a partir de ahora, sus minas sean mejor… valoradas. Un diez por ciento extra en relación al mercado.

—¿Me está usted proponiendo un soborno?

—¡Dios me libre! —exclamó Cunningham, repentinamente incómodo —. Se trataría más bien de un «acuerdo amistoso entre caballeros».

—Pues a mí me sigue sonando a soborno, lo llame como lo llame. — Se recostó contra el respaldo de la butaca y lo miró con expresión burlona —. Y estoy seguro de que al resto de propietarios les sonará igual. ¿Le importaría repetir la oferta delante de ellos? Puedo avisarles en…

Cunningham se puso de pie rápidamente y Connor lo imitó un poco más despacio.

—Comprenderá que tengo otros asuntos que tratar…

—Lo imagino, no creo que su tarea diaria se limite a ir por ahí ofreciendo sobornos de parte del señor Norcross. ¿O sí?

—Encantado de conocerle, señor Darwood. Espero que no tenga que arrepentirse de su decisión.

Connor lo vio dirigirse a la puerta con paso rápido y nervioso.

—Y yo espero que no tenga usted que volver por aquí. La próxima vez no seré tan amable.

Se quedó un rato pensando en aquella sorprendente e inesperada visita. ¿Qué hacía ese tipejo hablando con Crowley? Estaba en la mina el día que David y él fueron para que el médico hiciera una revisión a los mineros que no acudieron a su consulta. Lo recordaba bien porque Crowley no lo mencionó y desde entonces, tenía la mosca detrás de la oreja.

Para ser un soborno lo encontraba demasiado nimio, casi ofensivo. Hubiera esperado más… Se frotó la barbilla mientras calculaba qué oferta le hubiese resultado digna. ¿Diez mil libras? Arrugó el ceño y negó con la cabeza, después se encogió de hombros y salió del salón Dupont. ¿Cómo se le ocurriría a su madre llamarlo Corintio? No había quién se acordase de ese nombre.

—Ritson, ¿dónde está la señorita Emily? ¿Aún no se ha levantado?

—No la he visto esta mañana, señor. Pero la doncella dice que no estaba en su cama cuando ha ido a despertarla.

Connor frunció el ceño y salió del comedor sin tomar ni una taza de café. Caminó con paso decidido hasta el ala oeste y entró en la sala DaVinci, pero estaba vacía. Empezaba a ponerse nervioso. Emily era muy dada a la rutina y aquel cambio no auguraba nada bueno. Volvió sobre sus pasos.

—Ritson, busque a la señorita, que venga al comedor.

—Ahora mismo —dijo el mayordomo —. Ha venido un muchacho de la mina sur. Lo ha enviado Crowley para que le dijese que lo espera esta mañana, en cuanto pueda.

—¿Ha ocurrido algo?

—El muchacho no lo sabía.

—Bien, Ritson. Vaya a buscar a Emily.

Connor se acercó a su lugar en la mesa y se sirvió un café bien cargado. Por encima de la taza miró la silla que ella ocupaba y se preguntó dónde estaría. Ritson regresó con noticias.

—Ha salido temprano y se ha llevado a *Newton*, señor. Habrá ido a dar un paseo, como hacía antes.

—Está bien, Ritson, que me preparen el caballo. De camino a la mina me pasaré por la playa y veré si está allí.

El día se presentaba tranquilo, despejado y frío. Cabalgó hasta el acantilado y la vio en la playa, paseando junto a la orilla.

Emily lo vio llegar con su caballo y lo esperó hasta que el animal estuvo frente a ella. Connor desmontó y sujetó las riendas sin dejar de mirarla.

—Pensaba que aquí estaría tranquila — dijo ella a modo de saludo.

Connor vio que tenía unas profundas ojeras y los ojos muy hinchados. ¿Había estado llorando toda la noche? El corazón le dolió y tuvo que apretar las manos alrededor de las riendas para no abrazarla.

—¿Ya no vas a hablarme nunca más?

—No tengo ganas de hablar.

—Emily, por favor…

—Tú decidiste —dijo muy seria—. Decidiste por los dos, ahora déjame para que pueda recuperar mi orgullo.

—¿Orgullo? ¿Eso es lo que te importa? ¿Tu orgullo?

—Me ofrecí a ti y me rechazaste — dijo con la misma expresión helada.

—¿Te rechacé? ¿Eso fue lo que hice? ¡Tú estabas en esa habitación! ¡Viste lo que sentía, Emily! Por muy poca experiencia que tengas en estos temas, sabes lo que mi cuerpo no podía esconder. ¡Te deseo más que nada en este mundo! ¡Te amo, Emily!

—Y, aun así, me rechazaste. No tuviste en cuenta el enorme esfuerzo que supuso para mí presentarme desnuda en tu habitación para pedirte que me tomaras.

—¿Qué no lo tuve en cuenta? — Connor no sabía cómo expresar todo lo que sentía sin tocarla siquiera —. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —dijo mirándolo con dureza —. Querías demostrarle a mi madre que se equivoca contigo. Demostrarnos a todos que no eres como tu padre. Pero ¿sabes una cosa, Connor? Yo sé que no eres como tu padre, lo sé, no necesito que me lo demuestres. Y ¿sabes por qué lo sé? Porque yo jamás podría amar a un hombre como él. Debiste confiar en mí, igual que yo confié en ti. Debiste creer que soy lo bastante inteligente como para saber lo que estaba haciendo. No fue algo improvisado, lo medité bien y era lo que quería.

El color fue desapareciendo lentamente del rostro de Connor.

—Te comportaste como mi salvador, como si yo fuese una pobre estúpida que no sabe lo que hace. Pero sí lo sabía, lo sabía muy bien. Quería que me tomaras, que me hicieras el amor y después que enfrentaras conmigo a mi madre para que supiese que no importaba lo que ella creyese, que yo tenía derecho a decidir por mí misma. Pero te uniste a ella y entre los dos decidisteis que no soy lo bastante madura e inteligente como para saber lo que me conviene. — Movió la cabeza respondiendo a una pregunta silenciosa —. Me respetaste y me trataste como a un ser inteligente, no como a uno de esos floreros de tu madre que decoran el salón Corintio. Por eso me enamoré de ti. No necesitaba un salvador, Connor Darwood, tan solo un compañero.

Se envolvió en el chal que la cubría y se dio la vuelta para continuar con su paseo. Lo dejó allí, mudo y sombrío, con el corazón latiendo tan despacio que cada latido pareciera el último. Dios, cómo la amaba. Si pudiera daría la mitad de los años que le quedaban por pasar el resto de su vida con ella. ¿Cómo era posible que ella lo amara? ¡A él! Y había sido tan estúpido como para rechazarla. ¡Dios! —gritó en su cabeza—. Si pudiera volver atrás, si pudiera tenerla entre sus brazos no habría nada ni nadie que la separase de él.

Subió al caballo y manejó las riendas para llevarlo hasta el sendero que subía pedregoso. Tenía mucho en lo que pensar y qué decidir. Tenía que arreglarlo. La comprendía y encontraría el modo de demostrárselo. No volvería a dudar de sí mismo, no tenía nada que demostrarle a nadie.

Miró una última vez desde lo alto del acantilado y la vio de espaldas frente al mar, abrazándose a sí misma, inmóvil y etérea con aquel suave vestido de un beis casi blanco que brillaba con el sol.

—Sé quién soy —musitó.

Espoleó a su caballo y se alejó al galope.

Connor llegó frente al edificio principal de la mina sur, bajó del caballo y esperó a Crowley, que se acercaba con paso cansino. Aquella mina tenía cuatro bombas y tres máquinas que Connor había modernizado en cuanto recibió la herencia. La enorme rueda hidráulica de veinte metros de diámetro giraba gracias al agua del río y producía un sonido cadente y repetitivo que se veía apagado por las máquinas.

—Tom va a hacer la voladura del túnel seis y usted dijo que le avisáramos.

Connor asintió y lo siguió hasta la entrada de la cueva. Bajaron hasta el primer nivel, alumbrándose con la luz parpadeante de su sombrero, y continuaron.

—Tenga cuidado, señor, los escalones del tercer nivel son traicioneros —dijo Crowley caminando tras él—. Debería dejarme ir delante.

Connor hizo oídos sordos y bajó con seguridad.

—¿Cómo va eso, Tom? —preguntó al llegar junto a uno de los trabajadores más veteranos de la mina.

—Bien, señor. A punto para volar la veta, ya no puedo seguir con el pico.

—Lo sé, me lo ha dicho Crowley. ¿Comprobaste lo que te dije?

—Sí señor, el saliente era tal y como usted decía, pero creo que aguantará sin problemas.

—Déjame ver cómo lo has hecho.

El minero se apartó, pero no demasiado para no dejarlo a oscuras. Connor revisó el agujero e inspeccionó la veta para asegurarse de que había seguido sus indicaciones.

—Has hecho bien tu trabajo —dijo—. ¿Dónde está la pólvora?

Tom miró a Crowley y el capataz señaló la caja que había detrás de ellos.

—¿Has bajado la caja aquí? —Connor lo escudriñó con la mirada—. ¿Te has vuelto loco?

—Es más cómodo así —respondió Crowley—. Cuando Tom haya cogido lo que necesita, volveré a subirla.

Connor se quedó mirándola pensativo y después se volvió de nuevo a la veta. Cogió la lámpara del gancho en el que estaba colgada y la acercó a la pared. Revisó de arriba abajo y de lado a lado y entonces lo vio. Una piedra mal encajada, un agujero debajo…

Se giró para mirar a Crowley, pero el capataz subía por la escalera lo más rápido que podía.

—No encienda la pólvora, Tom. Esta pared es una trampa mortal. ¿Ve ese agujero de ahí? Alguien lo ha llenado de pólvora y cuando la suya estallase…

Tom abrió los ojos como platos.

—¡Dios Santo! —exclamó.

—Busque a alguien que le ayude y límpienlos. — Corrió a la escalera —. ¡Revisen que no haya más!

Salió de la mina y vio a Crowley alejarse sobre su caballo. Se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido potente y musical. El caballo hizo una maniobra para dar la vuelta y Crowley tiró de las riendas con todas sus fuerzas hasta que el animal se detuvo y pudo saltar. Connor corrió al encuentro de su montura que, una vez liberado de su carga, se dirigía hacia él, obediente a su llamada. Subió casi de un salto para perseguir al capataz, mientras maldecía en voz alta por no haber actuado antes.

Al llegar al cruce entre Stapegate y Landford, supo que lo había perdido. Aun así, revisó los caminos por si la suerte estaba de su parte. Después de una hora y media buscándolo, regresaba hacia la mina para asegurarse de que Tom había hecho lo que le había ordenado, cuando lo interceptaron cuatro tipos con muy malas pintas. Uno de ellos sostenía una escopeta de caza mayor y lo apuntaba con ella.

—El señor Darwood, supongo — dijo el que parecía el jefe —. Tenemos que hablar con usted, caballero. ¿Le importaría desmontar?

Connor pensaba rápido. No podía escapar sin arriesgarse a que le reventaran la cabeza. Tampoco tenía muchas posibilidades de que alguien pasara por allí y los viera. Al menos, antes de que anocheciera. Pensó en la reunión que tenían esa noche en casa de Robbins y quizá Edward tomase ese camino. Desmontó con calma.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno de los cuatro hombres apoyando el palo en el suelo mientras miraba a su compañero.

—Me ha parecido escuchar «maldito Crowley» — dijo otro.

—¿Ya os habéis cansado? —preguntó el que parecía divertirse más —. Todavía respira y el jefe ha sido muy claro. Si ha sido capaz de decir algo, es que aún no tiene suficiente.

—Me duele el brazo, Joe.

—¡Eres imbécil! —le gritó al que había llamado Joe —. ¡Has dicho mi nombre!

—¿Y qué importancia tiene? — preguntó el que había cometido el desliz —. ¿Temes que se lo cuente a alguien en la otra vida?

—Venga, Joe, no te preocupes tanto. Este tío no va a salir vivo de aquí. — Se inclinó sobre el cuerpo inmóvil —. Me llamo Leo, por si quieres contárselo al de allá abajo. Dile que no tengo intención de acudir en breve.

Todos se rieron a carcajadas y Joe levantó el palo y descargó un potente golpe sobre el costado del moribundo.

Connor trataba de abrir los ojos, pero los tenía pegados. Levantó la mano para ayudarse y un dolor insoportable le atravesó el brazo. Respiró varias veces, respiraciones cortas y sonoras, antes de intentarlo con el otro brazo. Aquel parecía estar en mejor situación y pudo moverlo a pesar del dolor. Consiguió separar los párpados de los dos ojos, aunque la sangre le arrancó las pestañas y vio que era de noche. Intentó ponerse de pie.

—¡Ouch! —gimió sujetándose las costillas con un dolor lacerante atravesándolo de parte a parte. Como si tuviera un cuchillo clavado en el estómago.

Bajó la mirada para comprobar si era así. Aunque estaba oscuro, veía lo suficiente como para averiguarlo. Una vez seguro de que no había nada punzante unido a su cuerpo, trató de ponerse de pie de nuevo, contrayendo los músculos del abdomen para contener las costillas. Pero el dolor lo atravesó dejándolo sin aliento. Si no se ponía de pie, no saldría de allí. Edward ya debía estar en casa de Robbins. Habría pasado por aquel camino, pero estaba claro que no lo vio. Lo habían tirado entre la hierba y no se movía…

Notaba la sangre que manaba de su cabeza, a cada momento tenía que limpiarse para que no le cubriese los ojos. No sabía cuánta sangre había que perder para desmayarse. Pero no debía faltar mucho, a juzgar por cómo caía. Hizo acopio de toda su fuerza y se puso de pie sobrepasado por el dolor. Un gruñido potente y desgarrado salió de su garganta, tan fuerte que llegó hasta los oídos del lobero escocés que llevaba horas buscando a su amo. El perro escuchó la llamada y corrió veloz en dirección a ella.

Capítulo 21

David los miraba con semblante grave.

—No voy a engañarles, estoy muy preocupado. Su estado es crítico. Los golpes en el cuerpo ya eran graves de por sí, pero el de la cabeza… Nunca había visto una fractura como esa en alguien vivo. Les aseguro que quien le ha hecho esto, pretendía acabar con su vida — dijo esto último mirando directamente a Emily —. Deberías mandar a buscar a su madre.

Ella miró a Connor, que yacía inconsciente en su cama, y negó lentamente con la cabeza. Eso no era posible, ¿cómo iba a…?

—Creo que Connor preferiría que esperásemos — intervino Edward —. Su madre no es precisamente un remanso de paz.

—Las próximas horas serán cruciales — dijo el médico, aceptando el hecho de que nadie quería a Elizabeth allí. Guardó el material que había utilizado para examinar a Connor —. Debe estar vigilado en todo momento.

—¿Cuánto tardará en despertar? — preguntó Emily.

—Emily —dijo poniendo una mano en su hombro —. Debemos estar preparados para…

—Por supuesto que despertará — lo interrumpió Edward —. Conozco a Connor mejor que usted, jamás se rendiría de este modo.

—Me temo que no es una cuestión de voluntad, señor Bleckett. El cuerpo no es inmortal y, aunque tiene la capacidad de recuperarse, no sé si podrá con las heridas de Connor. En especial me preocupa la de la cabeza. — Hizo una pausa grave, le costaba decir aquello, pero creía que debía hacerlo —. Con esa fractura, me temo que los daños cerebrales sean irrecuperables. Debemos asumir que, si despierta, no volverá a ser el mismo.

Emily se mordió el labio y contuvo las lágrimas. No era momento de llorar, Connor la necesitaba entera y fuerte.

—Asumo la responsabilidad de su cuidado — dijo Emily —. Tú, Edward, trata de averiguar quién le ha hecho esto, pero ten cuidado, tú también estás en peligro.

—Avisaré a los demás propietarios — dijo Edward —. Está claro que esto es cosa de Norcross. Después buscaré a esa rata de Crowley, le voy a hacer tragarse sus propios dientes.

—Debo irme, Emily —dijo su amigo cogiendo el maletín —. Si hay cualquier cambio, envía a alguien a buscarme. Le dejo una lista a Ritson de las visitas que voy a hacer esta mañana. Si despierta pedirá agua, no se la des, solo puedes mojarle los labios con un pañuelo. Tampoco dejes que se mueva, sobre todo la cabeza. Volveré en cuanto acabe.

Edward se despidió también y los dos hombres salieron de la habitación.

Emily se volvió hacia la cama en la que Connor yacía inconsciente. Tenía el rostro desfigurado por los golpes. Los ojos estaban tan hinchados como dos rojas pelotas de críquet. Se acercó para asegurarse de que respiraba, aunque lo hacía con mucha dificultad. Cogió una silla y la acercó al borde de la cama. Sacó un pañuelo limpio que llevaba dentro de la manga y lo mojó con el agua que había en una jarra que descansaba sobre su mesita de noche. Le humedeció los magullados labios con delicadeza mientras se preguntaba quién le habría hecho algo así.

Edward entró en la habitación y Emily lo miró sorprendida.

—Creí que ibas a…

Él fue hasta la cama y se inclinó sobre Connor.

—Como no despiertes, te juro que mando la empresa de fundición al mismísimo infierno. Tú verás lo que haces.

Emily no pudo evitar sonreír, aunque la tristeza de sus ojos seguía presente.

—¿Y ese perro no estaría mejor en el suelo? — preguntó Edward mirando a *Newton*, que descansaba a los pies de Connor.

—Estoy segura de que a él le gustaría tenerlo ahí.

—Creí que estaba muerto —musitó Edward mirando a su amigo con ojos vidriosos —. Ha sido una sensación espantosa.

La conmovió el evidente dolor que sentía por su amigo. Humedeció de nuevo el pañuelo y se lo pasó a Connor por los labios resecos. Un movimiento atrajo su atención y bajó la mirada posándola en dos dedos que se movían. Emily le cogió la mano con delicadeza y apretó con suavidad, para que supiese que no estaba solo.

—Estás en casa, Connor —dijo con suavidad —. No temas nada, ya estás en casa.

Edward se inclinó de nuevo sobre él.

—Connor, amigo, estás a salvo. Vas a ponerte bien. Debes tener unos dolores del demonio, pero ya sabes que el dolor solo es dolor, eso me has dicho siempre.

Emily sintió que apretaba su mano. Aunque con tan poca fuerza, que dudó si se lo habría imaginado.

—Crow… —La voz era ronca y áspera.

—Tranquilo —dijo Emily poniéndose de pie sin soltarlo. Su corazón latía desbocado —. Están buscando a Crowley.

—No… veo —dijo ignorándola.

—Tienes los párpados muy hinchados — explicó —. Y no puedes abrir los ojos. David ha estado aquí, dice que has de estar tranquilo.

—Nor… cross…

Volvió a sumirse en la inconsciencia. Edward sonreía eufórico.

—Ha recuperado la conciencia — dijo aliviado —. Y ha hablado.

—Debo reconocer que me sorprende que hayas despertado con todas tus capacidades intactas — dijo David después de haberlo explorado a fondo —. La fractura que tienes en la cabeza es muy delicada, Connor. Deberás permanecer en cama durante dos semanas, en reposo absoluto.

—Sí, doctor —aceptó cansino.

Connor puso buen cuidado en no asentir con la cabeza, no quería que alguien de aquella habitación sufriese un infarto por su culpa. Con una explosión de gritos tenía suficiente.

—Yo me encargaré de que no se mueva — dijo Emily muy seria.

Connor la miró de soslayo. Desde que despertó, Emily se comportaba de un modo extraño, mostraba una indiferencia abnegada. Se preocupaba de atenderlo como una enfermera, pero como una enfermera que no lo conociese de nada.

—Me voy ya —dijo David cogiendo su maletín —. Que la habitación esté en semi penumbra. Cuantos menos estímulos reciba su cerebro, mejor. Lucille quería venir esta tarde con una tarta de manzana y con Aidan para entreteneros, pero ya le he dicho que tendrá que esperar como mínimo una semana.

—Dile que se lo agradezco igual — dijo Emily —. Y dale muchos besos a ese precioso niño de mi parte.

—Y de la mía —dijo Connor, que temía que se hubiese olvidado de él.

—Pórtate bien, Connor —dijo el médico poniéndose serio.

—Descuida, David.

—Me alegro de que estés con nosotros. — El médico asintió con la cabeza y salió de la habitación.

Emily comenzó a arreglar la colcha de la cama, alisó hasta el último rincón. Después ordenó los objetos que había quitado de la mesita para que David pusiese el maletín.

—¿No vas a mirarme siquiera?

Estaba de espaldas a él, doblando las toallas que le había llevado una doncella para el aseo de Connor y siguió con su labor sin girarse.

—Emily… —susurró él con ternura —. Lo siento…

Los hombros de ella temblaron y después el resto de su cuerpo. Se esforzó en que su llanto fuese silencioso, pero no podía controlar los espasmos que provocaban sus sollozos.

—No debo levantarme, ya has oído al doctor — dijo él —. Pero me lo pones muy difícil.

Ella se volvió rápidamente, limpiándose las lágrimas.

—Ni… se… ttte… ocurra.

Él dio unos golpecitos en la cama para indicarle que se sentará allí, pero ella ignoró su petición y se sentó en la silla que había a su lado.

—Dame al menos la mano —pidió Connor.

Ella se la cogió con las dos suyas y sin poder contenerse, bajó la cara y la apoyó en ellas, rompiendo a llorar como una niña.

—Ya, mi amor, ya. Sé lo que debes haber sufrido, si algo te pasara no podría soportarlo.

—Creí que ibas a morir. —Sollozó ella sin levantar la cabeza —. Cuando te trajeron…

Él sacó la mano mojada por sus lágrimas de la prisión en la que lo retenía y acarició su cabello con ternura.

—Túmbate a mi lado para que pueda abrazarte — pidió —. Por favor, Emily.

Ella no se hizo de rogar. Se tumbó junto a él y dejó que la rodeara con el brazo que no estaba roto. El otro lo tenía inmovilizado. Connor contuvo un quejido cuando la apretó contra su cuerpo. No quería que se apartara, así que aguantó hasta que el dolor se calmó y entonces disfrutó de tenerla a su lado.

—Mientras tuve conciencia de lo que me estaba pasando, solo podía pensar en una cosa: en lo que sentirías tú si dejaba que me mataran.

—Connor, no… —Sollozó.

—Tranquila, mi amor. Quiero que entiendas que, si estoy vivo, es solo gracias a ti. Si me hubiesen atacado hace unos años, habría muerto sin duda. Tú eres el motivo por el que he sobrevivido.

Ella levantó la cabeza y con mucho cuidado depositó un beso en sus labios.

—Te amo, Connor. Te amo con toda mi alma.

Connor sonrió satisfecho.

—Si hubiese sabido esto, yo mismo los habría contratado.

Imogen entró en la habitación con la bandeja de comida para Connor, seguida de una doncella que llevaba la de Emily. Su hija no había salido de aquella habitación desde que llevaron a Connor herido, hacía ya seis días. En ese tiempo el ama de llaves le había llevado la comida todos los días. Sin mirarlo a los ojos, dejaba la bandeja sobre la cama y su hija se encargaba de dársela.

Emily la trataba como a una extraña. La saludaba cortésmente, pero ni siquiera la miraba, como hacía ella con Connor.

—Le hemos puesto un poco de pollo en la sopa. La señora Willman lo ha cortado a pedacitos pequeños para que no tenga que masticar apenas — explicó antes de dirigirse hacia la puerta.

—Imogen. —La detuvo Connor—. ¿Podrías quedarte un momento?

Emily lo miró sorprendida y cuando el ama de llaves se volvió, Connor se maravilló de lo mucho que se parecían madre e hija. Las dos orgullosas y fuertes, capaces de afrontar la adversidad sin que les temblara el pulso.

—Emily, llévate a *Newton* — pidió mirándola —. Hace rato que no hace más que husmear frente a la puerta y los dos sabemos lo que eso significa.

—Puede hacerlo una cri…

—Emily. —La miró tajante y ella apretó los labios, molesta.

—Está bien —dijo poniéndose de pie.

Connor miró a la doncella y no hizo falta que dijese nada, la muchacha salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—¿Cómo estás, Imogen?

La mujer no pudo evitar mirarlo y sus ojos no ocultaron su desconcierto ante la pregunta. Que él le preguntase a ella cómo estaba, escapaba a toda lógica viendo su estado.

—Estoy bien.

—No lo parece. Si sigues perdiendo peso, serás un digno objeto de estudio anatómico. Al menos eso me dijo David ayer mismo.

—El doctor Rowlins debería ocuparse de sus pacientes, no de mí.

—Acabarás siendo paciente suya si no empiezas a comer con normalidad.

—Gracias por preocuparse, señorito Connor.

—No sabes lo raro que se me hace que me hables así, es como si no me conocieras de nada — dijo sonriendo —. Ven, Imogen, siéntate en esa silla. No creo que a tu hija le importe que

la ocupe otra persona, aunque solo sea durante unos minutos.

—Emily no tardará en volver.

—Por eso no debemos perder el tiempo.

Imogen se dio por vencida e hizo lo que le decía. Se sentó con las manos juntas, apoyadas en el regazo y fijó la vista en sus huesudos dedos de vieja.

—Sé lo que Emily te dijo, pero no es cierto.

Ella lo miró desconfiada.

—Tu hija sigue tan pura como siempre.

—Pero ella me…

—Lo sé. Y también sé que me matará si se entera de que te lo he contado, pero creo que mereces saberlo. La amo de verdad, Imogen. Daría mi vida por ella. Entiendo que te cueste creerme. Tuve la desgracia de ver una pequeña parte de lo que mi padre te hizo y quedé horrorizado y traumatizado. No puedo ni imaginarme lo que fue vivirlo durante años. Pero aunque no me creas, soy la persona que mejor puede comprenderte. Yo también fui torturado durante años. Fue una tortura diferente, pero creo que el efecto que causó en nosotros hace que podamos comprendernos.

Ella lo miró a los ojos por primera vez y Connor vio en ellos una pequeña chispa de entendimiento.

—En algún momento, desde ahora hasta que muera, tendrás que aceptar que no soy como él.

—Hiciste sufrir a mi hija durante años.

—Pero la estaba protegiendo — dijo sin borrar su sonrisa —. Mi padre me obligaba a alejarla de aquí cuando pensaba buscarte. No creo que a él le importase el daño que podía causarle ver «eso» que hacía contigo, pero temía que, si ella lo descubría, no habría forma humana de hacerla callar. Emily lo habría gritado a los cuatro vientos y en esta casa nadie habría podido seguir fingiendo que no ocurría nada. Su mundo se sostenía sobre frágiles cimientos, todos ellos sujetos con mentiras y la cobardía de quienes le rodeaban. A mí me utilizó desde que era un niño, ni siquiera recuerdo cómo empezó, aquellas mujeres siempre estuvieron ahí. Y tú lo sabías, ¿verdad, Imogen? Sabías lo que les hacía a esas mujeres y que yo podía verlo, pero no dijiste nada…

—Sí dije. —Le rebatió—. Hablé con la señora Marguerite. Usted tenía ya seis años y se daba cuenta de todo. Un día lo encontré llorando y me contó que su padre había hecho daño a una señora muy amable.

Connor asintió, recordaba perfectamente ese día.

—Me escondía en el armario para no ver nada, pero las escuchaba llorar…

—Hablé con la señora. —Recordó Imogen retorciéndose las manos —. Me dijo que mejor las otras, que ella. Me quedé helada, pensaba que a ella la trataba bien…

—Mi padre estaba enfermo, era incapaz de comprender el daño que hacía a quienes le querían. Incapaz. ¿Crees que yo soy incapaz, Imogen?

El ama de llaves sintió que le ardían los ojos y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—Tienes que confiar en tu hija, Imogen. No te pido que confíes en mí. Emily es una mujer inteligente, mucho más inteligente que nadie que conozcamos ninguno de los dos. ¿Crees que me amaría si yo fuese como mi padre?

Imogen se tapó la cara con las manos y lloró desconsolada. Era mucho lo que le pedía, si se equivocaba… Si se equivocaba no podría soportarlo.

Lucille la miraba con las manos tapándose la boca y expresión admirada.

—Dios Santo, estás preciosa. Eres la novia más hermosa que he visto nunca.

Emily sonrió satisfecha, echó un rápido vistazo al espejo y con un gesto de asentimiento, dio por buena su elección. Lucille se rio al ver que le daba tan poca importancia. Si fuese ella, no querría separarse de aquel espejo en todo el día, se lo llevaría consigo a la iglesia.

Pero Emily tenía otras preocupaciones. La cogió de la mano y la llevó hasta su cama para que se sentara con ella.

—Tienes que decirme con todo lujo de detalles lo que tengo que hacer esta noche.

Lucille sintió que el calor subía a sus mejillas.

—¿Te ruborizas? —preguntó Emily sorprendida —. Una vez me dijiste que no debía tener vergüenza de hablar de nada contigo.

Era cierto, pero es que lo que le pedía era demasiado personal. Una no sabe si lo que hacen todos los matrimonios en la intimidad de sus alcobas es exactamente lo mismo.

—No debes preocuparte, él…

—No, no, no, de eso nada. No voy a llegar a esta noche siendo una absoluta analfabeta. Quiero saber cuál debe ser mi comportamiento, si hay algo que debo saber. Por ejemplo, ¿es posible que algo de lo que yo haga le cause daño?

—Hombre… —Pensó su amiga—. Si le das un rodillazo en la entrepierna, podríais tener un disgusto.

—¿Tú le das rodillazos a David en la entrepierna?

—¡Emily! —exclamó azorada—. Pero ¿cómo se te ocurre?

—No sé, como lo has dicho…

—Tú me has preguntado.

—Bueno, centrémonos —dijo la novia —. ¿Puedo tocarle? Quiero decir… ¿está bien o se considera algo malo?

—Nnnno. Sí puedes, pero deberías dejar que en tu primera vez fuese él quien… te guiase. No quiero decir que tengas que quedarte quieta esperando, no es eso… A ver, hay mujeres que lo hacen. Muchas. Pero tú no eres así. — Lucille empezaba a sentirse cómoda hablando de ello —. Verás, los esposos no esperan que la primera vez seamos muy… activas. Saben que no sabemos…

Emily asentía, prestando mucha atención.

—No sé cómo es Connor en estos temas. Dios me libre, pero por mi experiencia conyugal te diré que es una cuestión de intuición. Pruebas cosas y ves si le gustan.

—Quieres decir que yo le toque y si veo que le gusta, pues sabré que está bien — dijo recordando lo que ocurrió cuando entró desnuda en el dormitorio de Connor —. ¿Debo ser expresiva o contener mis emociones?

—Expresiva —afirmó Lucille, rotunda. Pensó en David y en lo mucho que lo excitaba verla… expresarse.

—De acuerdo —dijo Emily pensativa —. Entonces debo tocarle y ser expresiva.

Lucille se rio sin poder contenerse.

—Nunca imaginé que tendría esta conversación con una joven que está a punto de casarse. En realidad, nunca pensé que tendría esta conversación con nadie. Eres increíble, Emily.

La ceremonia se celebró en la capilla de Newley, a pesar de la insistencia de Elizabeth de que debían casarse en Munro o en Londres. Emily fue tajante en eso, no quería un gran boato y se casarían en Newley.

Emily llevaba un vestido de satén de color blanco perla, sin adornos ni pedrería, tan solo un pequeño lazo en el cuello. Cuando vio a Connor, le pareció el hombre más guapo de la tierra y él la miraba como si acabase de entrar en la iglesia la diosa Atenea sobre su caballo alado.

Los votos fueron pronunciados con emoción y rotundidad, como si llevaran mucho tiempo ensayándolos. Solo habían pasado tres meses desde que Connor sufriese el ataque. Por Emily se habrían casado enseguida, pero él insistió en que quería su cuerpo a pleno rendimiento. Aunque Emily sabía que también era porque no estaría tranquilo hasta que cogiesen a quienes le dieron la paliza y confesaran quién se lo ordenó. No pudo conseguir tanto.

A los bárbaros que casi lo matan, los cogieron. Edward no paró hasta encontrarlos, pero de Norcross no dijeron ni palabra. Su amigo supuso que tenían apego a la vida. Aun así, la empresa fundidora inició su andadura con el respaldo de Malcolm Bradley y su banco. Emily sospechaba que Bradley había hablado con Norcross por algo que le dijo Meredith, y estaba segura de que no volvería a molestarlos. Después de todo, no eran los primeros mineros que construían su propia fundidora. De hecho, era una costumbre que se estaba extendiendo por toda la minería inglesa.

Cuando el reverendo dio permiso para que besara a la novia, Connor no se hizo de rogar y la atrajo hacia su cuerpo, sin recato. Emily se esperaba un beso apoteósico y su esposo sonrió sin dejar de mirarla a los ojos, como si pudiera leerle el pensamiento. Entonces la besó, suave y delicadamente, rozando apenas sus labios.

Cuando vio la expresión decepcionada de Emily, a punto estuvo de soltar una carcajada.

—Prometo que esta noche te dejaré sin aliento — susurró Connor en su oído, por lo que Emily se sonrojó irremediablemente.

Los invitados los felicitaron y todos juntos se dirigieron a Newley House, donde les esperaba comida y bebida en abundancia.

—¿Puedo hablar con mi hija un momento? — le pidió Imogen a Connor.

Connor asintió y las dejó solas. Imogen cogió a su hija del brazo y la sacó del salón. Se alejaron hasta que las voces se escucharon lejanas. Entraron a la estancia en la que solían tomar el té juntas, aquella que los Darwood no utilizaban y se había convertido en el lugar privado de las McLoughlin.

—No quiero alejarte mucho rato de tus invitados… ni de tu marido — dijo Imogen sentándose con ella en el sofá y cogiéndola de las manos —. Quiero decirte algo y es mejor a solas. Le he pedido a Connor que me busque una casa en el pueblo par…

—Lo sé —la interrumpió su hija—. Me lo dijo después de que se lo pediste. También me dijo que había accedido.

Su madre la miró con los ojos brillantes. Nunca había visto a su hija tan hermosa y feliz. Estaba radiante y el brillo que había en su mirada habría bastado para iluminar el cielo de aquel

precioso día.

—No voy a obligarte a que te quedes, mamá. Dejaré que tú decidas cómo quieres vivir. Solo te pido que esperes un poco. Quiero que estés a mi lado y compartas mi felicidad al menos unos meses. Después, si sigues queriendo irte, las dos buscaremos un lugar adecuado para ti. — La abrazó con ternura —. Quiero que seas feliz, mamá.

Imogen sorbió las lágrimas y carraspeó, no quería mancharle el precioso vestido. Emily la miró sonriendo.

—Te quiero mucho, hija.

—Lo sé, mamá. Y yo a ti.

Epílogo

Estaba nerviosa y Emily McLoughlin no era de esa clase de mujer que finge sentir lo que no siente. Aquel era un momento crítico en su vida, deseado y enormemente aterrador. Y no era porque tuviese miedo de que Connor le hiciese daño, como temió su madre. Lo que temía era que su desconocimiento resultase decepcionante para él.

—¡Dios! —La exclamación de Connor al verla completamente desnuda en medio de la habitación estuvo acorde con la expresión de su rostro —. Vas a matarme, lo sé.

Ella frunció el ceño, confusa. ¿Ya había hecho algo mal? ¡Pero si no había hecho nada aún!

Connor soltó un gruñido largo y animal, y se acercó a ella como si temiera que si la tocaba se quemaría vivo. Ella se puso de puntillas y lo besó, y él le devolvió el beso poniendo una mano en su nuca para sujetarle la cabeza y poder explayarse.

—¿Cómo quieres que sea? —preguntó mirándola a los ojos.

Su aliento le hacía cosquillas en la nariz y sentía un fuego ardiendo en un recóndito lugar que tenía la entrada entre sus piernas.

—Quiero que seas libre —dijo ella —. Quiero que me hagas sentir.

—¿Quieres dejarme hacer o prefieres…? — Dejó de hablar al ver que ella fruncía el ceño y negaba con la cabeza.

Sonrió de un modo intenso y prometedor. Cogió una mano de Emily y la llevó hasta su pecho desnudo, se había dejado los pantalones para no asustarla. Hizo que deslizara la mano suavemente por su abdomen, sin dejar de mirarla a los ojos y luego la apretó contra la forma dura que se ocultaba dentro de su pantalón.

Emily sintió de pronto un anhelo desconocido e imperioso, y lo agarró sin timidez, provocando un hondo gemido en su esposo.

—¿Esto te gusta? —preguntó con una infantil sonrisa.

—Oh, Emily. No sabes cuánto.

Entonces ella hizo algo que lo dejó completamente anonadado. Le desabrochó el pantalón, lo despojó de la ropa que llevaba y lo observó desnudo e imponente. Volvió a llevar su mano hacia el miembro viril, ahora ya sin ataduras y lo exploró con curiosidad y estupefacción.

—Es muy diferente al de Aidan — dijo pensativa mientras pasaba los dedos por cada vena y cada montículo que encontraba —. Y no es como me había imaginado al ver los dibujos en los libros de David.

Mientras ella hacía un exhaustivo recorrido por aquella parte de su anatomía tan delicada, Connor moría de deseo, desconcierto y angustia en mitad de aquella habitación.

—¿Puedo tumbarme? —pidió él sintiendo que le temblaban las piernas.

Emily asintió y lo acompañó a la cama. Una vez él estuvo tumbado, ella se sentó a horcajadas sobre él y siguió con su exploración científica. Escuchaba sus gemidos y maldiciones, anotando mentalmente cada reacción como acertada o errónea.

—Dios santo —musitó Connor sin fuerzas.

Emily lo miró entornando los ojos.

—¿Ese «Dios Santo» significa que te gusta o que no?

—Sabía que ibas a matarme — dijo él con un espasmo —. Lo sabía.

Mientras su mano se movía por aquella columna, enhiesta y dura, se preguntaba cómo alguien podía pensar que aquello podría entrar en su cuerpo. Eso era del todo imposible, empíricamente hablando. No había ningún orificio en ella por el que ese falo pudiese pasar. Ninguno en absoluto.

Aprendió el movimiento que provocaba mayor reacción en él y decidió repetirlo con suave cadencia, acelerando a veces y ralentizándose otras, de acuerdo con los gemidos que Connor emitía en cada caso.

—Ya basta —dijo Connor apartándola sin demasiada firmeza —. No será así en nuestra primera noche.

Emily lo miró con el ceño fruncido. Se lo estaba pasando bien.

—Ahora me toca a mí —dijo tumbándola sobre el colchón y colocándose sobre ella.

Empezó a besarla por el cuello y fue bajando mientras jugueteaba con la punta de su lengua. Cuando llegó a la pequeña protuberancia que lo miraba en el centro de su pecho, ella lanzó su primer gemido. Chupó, succionó y sopló para que notara el frío húmedo y después volvió a empezar provocando que Emily se arqueara instintivamente en busca de lo que le faltaba.

Connor deslizó sus dedos hasta el interior de sus muslos y Emily abrió la boca, sorprendida al notar la caricia en aquel lugar tan secreto, incluso para ella misma. De repente, una necesidad acuciante la abrasó, sin que pudiera comprender de qué se trataba. Quería moverse sobre aquella mano que capturó entre sus muslos.

—Si me aprietas tanto, no puedo moverla — susurró él con voz ronca —. Déjame hacer, amor mío.

Emily se abrió titubeante y entonces él la penetró con un dedo, jugueteando inclemente con una sabiduría desconocida para ella. Emily se incorporó y volvió a dejarse caer de golpe.

—¿Cómo sabes…? ¡Oh, Dios mío!

Connor sonrió ante el espectáculo.

—Me alegra saber que te gusta mi experiencia.

—Me gusta —afirmó ella poniendo los ojos en blanco —. Me gusta mucho.

Emily se apretó contra aquella mano y Connor se aventuró con dos dedos y luego con tres.

—No quiero hacerte daño —dijo entre caricia y caricia de su lengua —. Por nada del mundo quiero hacerte daño.

Emily se mordió el labio y unas inesperadas contracciones la hicieron explotar.

—Muévete —le dijo él—. Deja que tu cuerpo te guíe.

Ella obedeció y un éxtasis glorioso la hizo sucumbir sin fuerzas. Permaneció unos segundos tumbada mirando al techo y las lágrimas cayeron de sus ojos sin que hiciera nada por detenerlas.

—¿Lloras, amor mío? —Connor la miraba preocupado.

Emily se incorporó, lo abrazó y lo besó una y otra vez.

—Ha sido maravilloso, maravilloso. ¿Podemos hacerlo otra vez? Estoy agotada, pero quiero volver a hacerlo.

Connor sonrió feliz.

—Técnicamente, aún no lo hemos hecho.

Ella frunció el ceño sorprendida.

—Todavía no he entrado dentro de ti.

—Connor es imposible que eso. — Señaló su pene aún erecto —. Entre en mi cuerpo.

Su marido sonrió con picardía.

—Yo no apostaría a eso —dijo tumbándola de nuevo en la cama.

Emily se excitó con solo ese gesto, imaginando que iba a volver a sentir lo que acababa de sentir.

—Me partirás en dos.

—Te aseguro que no. Te dolerá un poco al principio, pero te juro que después será siempre como lo que acabas de experimentar.

—¿Siempre?

Connor asintió.

—Entonces hazlo ya y que sea rápido — dijo ella.

—Lo siento, señora Darwood. Pero aquí el experto soy yo.

—Mmmm —dijo ella mirándolo con expresión infantil —. Me gustará saber dónde has practicado. Y, por supuesto, dónde no volverás a practicar jamás.

—Teniéndote a ti, no necesito nada más en este mundo.

Cubrió su boca y lo que empezó como un beso suave y delicado, se fue trasformando en uno más profundo y exigente. Connor sabía que esta vez tenía que ser mucho más intenso, debía llevarla hasta el paroxismo para que la excitación redujese la incomodidad. Volvió a sus pezones y esta vez usó los dientes para atraparlos. Ella gemía cada vez más excitada y anhelante. Varias veces trató de que la mano de Connor volviese a acariciarla, que sus dedos se introdujesen en aquel lugar tan placentero, pero esta vez él no siguió ese camino. Al final tuvo que cogerle las muñecas e inmovilizarle las manos por encima de su cabeza.

Al principio no la penetró, duro y excitado se colocó sobre su sexo y comenzó un movimiento ascendente y descendente que la hizo suplicar.

—Connor… —susurró ella sin entender lo que sentía —. Hazlo de una vez, calma esta ansiedad que siento por dentro, por favor.

Connor volvió a atacar sus pechos y Emily se revolvió como una gata tratando de obligarlo a satisfacerla. Levantó las rodillas instintivamente y las arrastró por los muslos de Connor, abriéndose para él. Aquella fue la señal que Connor estaba esperando, soltó sus manos y se apoyó en la cama al tiempo que se colocaba en posición. Sus brazos musculosos iban a servirle para contener el impulso de empujar hasta el fondo. No quería asustarla, aunque todo habría sido más rápido.

Emily sintió la presión que ejercía y abrió los ojos asustada. Iba a hacerlo, de verdad iba a…

—¡Oooooh! —gritó sin poder contenerse.

Dolió. Fue una mezcla de sorpresa, placer y dolor. Todo a la vez, dejándola sin habla. Su cuerpo se abrió a él, generoso y, como si así hubiese sido creado, se fue amoldando a su tamaño.

Entonces sintió una punzada, como si alguien la hubiese pinchado allí dentro con una lanza ardiente. Su instinto trató de detenerlo, pero la presión de Connor no cedió y presionó hasta que sus cuerpos chocaron completamente.

—Ya estoy dentro de ti —dijo él, temblando como una hoja —. Dios, te deseo tanto que, si te mueves, será la primera vez más corta de la historia.

Ella no quería moverse, le dolía si lo hacía. Así que se quedó quieta como una muerta, respirando agitada y temerosa al pensar que en algún momento tendría que salir de ahí.

—Me ha gustado más, antes — dijo sincera.

Connor soltó una carcajada y rápidamente paró, los movimientos de su risa eran tan excitantes como los otros allí abajo.

—Cuando acabe, te preguntaré y estoy seguro de que habrás cambiado de opinión.

—¿Cuándo acabes? —Emily lo miró asustada.

—Cuando me haya calmado, voy a moverme. Emily, no tengas miedo. Te dolerá un poco al principio, pero te prometo que se pasará y querrás más.

Emily no creía que eso fuese a pasar, pero tampoco creía que pudiese amoldarse a ella, así que decidió esperar a los acontecimientos.

Connor se movió al fin y el dolor la hizo estremecerse de pies a cabeza. Se agarró a sus brazos cuando notó que empujaba de nuevo. Una vez más. Y otra. El dolor empezó a diluirse en otra sensación más intensa. Y, sin que ella lo decidiera, su cuerpo respondió y la humedad facilitó el proceso suavizando los envites. Emily se arqueó facilitándole la entrada, con los ojos prendidos en los suyos, que parecían contener dos hogueras abrasadoras. Y entonces el movimiento la golpeó con una fuerza incontrolable, ya no había ni rastro de dolor, tan solo dos cuerpos que se buscan y se encuentran sin querer separarse. Sentía una angustia y una prisa devastadoras, quería absorberlo, atraerlo hasta su mismo centro y que se fundiera allí con ella para ser solo uno.

Connor lanzó un gruñido animal. Quería alargarlo más, no quería acabar aún y sentía que las fuerzas lo abandonaban y el calor lo abrasaba. Sentía todos sus sentidos alerta, la energía que emanaba del cuerpo de Emily se expandía a su alrededor como una fuerza sobre humana. El final se acercaba imparable y quería que ella llegase con él. Aceleró el ritmo hasta que la escuchó gemir y sintió las contracciones apretando su miembro, y entonces se derramó poderoso con un largo y profundo sonido de triunfo.

Se quedaron tumbados, desnudos y agotados sobre la cama.

—¿Ha sido como imaginabas? — preguntó él.

Emily tenía la vista clavada en el techo, pero no veía el artesonado que cubría las vigas, sino una danza perpetua de estrellas brillantes. Giró la cabeza para mirarlo.

—Ni siquiera yo podría imaginar algo así — dijo convencida.

Él también había girado la cara, de modo que estaban frente a frente, y sonrió feliz.

—Ahora el porqué de todas mis desgracias — dijo él —. Toda la felicidad del universo iba a serme dada y todo el mundo sabe que los dioses tienen envidia de los que son verdaderamente felices.

Emily se incorporó al tiempo que se giraba y apoyaba su cuerpo en él. Connor sentía sus turgentes pechos sobre su abdomen y la magia de la naturaleza hizo su aparición. Emily bajó la cabeza y observó el prodigio.

—¿Tiene algún mecanismo oculto que accionas a voluntad? — preguntó divertida.

Connor se echó a reír.

—Sí, me temo que tú eres ese mecanismo — dijo y cogiéndola por la cintura la sentó a horcajadas sobre su cuerpo.

—¿Quieres que yo…? —preguntó señalando la erección que tenía delante.

Connor la miró con intensidad. De repente se emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—He tenido un rapto momentáneo — dijo cuando ella lo miró con tristeza —. He pensado que de haber sabido que un día te tendría así, como estamos en este instante, nada me habría importado.

Ella inclinó la cabeza a un lado sin dejar de mirarlo y lentamente una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Soy muy feliz —dijo y se mordió el labio también emocionada.

Connor se incorporó para poder abrazarla y sus labios se unieron para volver a empezar.

JANA WESTWOOD (Tarragona, España, 1992). Empezó a escribir cuando era una niña, aunque hasta ahora no se había atrevido a dar el salto de publicar.

Es una apasionada de la novela romántica, a la que no considera un género menor.

Actualmente, vive en un pueblecito de la costa catalana donde trabaja en su siguiente novela.

Índice de contenido

Cubierta

Hijo de la oscuridad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Sobre la autora